

¿Cómo pasar página cuando la  
persona a la que amas está a  
tan solo una llamada?

# HAS LLAMADO A SAM

DUSTIN THAO

| JUVENIL

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2022

info@edicioneskiwi.com

[www.edicacioneskiwi.com](http://www.edicacioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, marzo 2022

Título original: *You've reached Sam*

© 2022 Dustin Thao

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Traducción de Yuliss M. Priego y Tamara Arteaga

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISEÍS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PARA MIS PADRES, MI ABUELA Y DIAMOND.

# PRÓLOGO

En cuanto cierro los ojos, me asaltan los recuerdos y regreso a cuando todo empezó.

Varias hojas vuelan al interior de la librería cuando entra él. Va vestido con una chaqueta vaquera arremangada y un suéter blanco debajo. Es la tercera vez que viene desde que empecé a trabajar aquí hace dos semanas. Se llama Sam Obayashi y vamos juntos a Lengua. Me he pasado el turno mirando por la ventana y preguntándome si vendrá. No sé por qué, todavía no nos hemos dicho nada. Él se dedica a echar un vistazo por la tienda mientras yo atiendo a los clientes o repongo estanterías. No sé si lo hace porque busca algo en particular o si simplemente le gustan las librerías. O tal vez venga a verme a mí.

Muevo un libro de la estantería preguntándome si sabe cómo me llamo y, entonces, pillo el brillo de sus ojos marrones a través del hueco, mirándome desde el otro lado. Nos quedamos callados durante demasiado rato. A continuación, él sonríe y, justo cuando creo que está a punto de decirme algo, lo oculto de mi vista colocando el libro. Agarro el contenedor que tengo al lado y me dirijo a la trastienda deprisa. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no le he sonreído ni nada? Tras amonestarme a mí misma por arruinar el momento, me armo de valor para salir y presentarme, pero cuando vuelvo a la parte de fuera, veo que ya se ha ido.

En el mostrador encuentro algo que no estaba ahí antes: una flor de cerezo hecha de papel. Le doy la vuelta entre mis dedos y admiro los pliegues.

¿Sam lo ha dejado aquí?

Puede que, si me doy prisa, lo alcance. Sin embargo, en cuanto salgo por la puerta, la calle desaparece y me veo a mí misma entrando en una cafetería ruidosa en la esquina de Third Street casi dos semanas más tarde.

Hay mesas redondas sobre un suelo de madera alrededor de las cuales se congregan adolescentes sacándose fotos y bebiendo de tazas de cerámica. Llevo un suéter gris algo holgado, así como el pelo recogido y bien peinado. Oigo la voz de Sam antes de verlo al otro lado de la barra atendiendo a un cliente. Lleva el pelo cortado a capas. Tal vez sea cosa del delantal, pero tras la barra se me antoja más alto. Me dirijo a una mesa en la

otra punta de la cafetería y dejo las cosas encima. Me tomo mi tiempo sacando cuadernos para envalentonarme y acercarme a él, aunque solo sea para pedir algo de beber. Pero, cuando alzo la vista de la mesa, lo encuentro a mi lado con una taza humeante en la mano.

—Eh... —Me sobresalto al verlo a mi lado—. Esto no es mío.

—Lo sé, fue lo que pediste la última vez —responde Sam, dejándolo sobre la mesa de todas formas—. Un *latte* con sirope de lavanda ¿verdad?

Miro la taza, la barra a rebosar y después otra vez a él.

—¿Te pago aquí mismo?

Él se ríe.

—No, este corre a cargo de la casa, no te preocupes.

—Ah.

Y nos quedamos callados. «¡Di algo, Julie!».

—Te puedo preparar otra cosa, si no.

—No, está bien... Es decir, gracias.

—De nada —responde Sam con una sonrisa. Se mete las manos en los bolsillos del delantal y añade—: Te llamas Julie, ¿no? —Y señala la chapa con su nombre—. Yo soy Sam.

—Sí, vamos a la misma clase de Lengua.

—Ciento. ¿Has terminado las lecturas ya?

—Todavía no.

—Vale. —Lanza un suspiro—. Yo tampoco.

Volvemos a quedarnos en silencio y él sigue allí. Huele levemente a canela. No sabemos qué decir. Yo paseo la mirada por la cafetería.

—¿Estás en el descanso?

Sam se queda mirando la barra a la vez que se frota la barbilla.

—El gerente no ha venido, así que supongo que sí —me contesta con una sonrisa pícara.

—Seguro que más que merecido.

—Sería el quinto que me tomo en lo que va de turno, pero no los cuento ni nada.

Ambos nos echamos a reír y yo me relajo un tanto.

—¿Te importa si me siento contigo?

—Claro. —Aparto las cosas y él toma asiento en la silla junto a la mía.

—¿Dónde vivías antes? —inquiere Sam.

—En Seattle.

—Me han contado que por allí llueve bastante.

—Pues sí.

Sonríe y nos quedamos sentados hablando del instituto, de las clases que hemos elegido y de pequeños detalles personales; él tiene un hermano pequeño, le gustan los documentales de música y toca la guitarra. De vez en cuando pasea la vista por la cafetería como si él también estuviese nervioso. Pero, unas horas después, ambos nos reímos ya como viejos amigos. Fuera, el sol desciende, lo cual confiere a su tez un tono dorado al contraste de la luz que se filtra por la ventana. Me resulta complicado no fijarme en eso. No nos damos cuenta del tiempo que ha pasado hasta que un grupo de amigos de Sam entra por la puerta y lo llaman.

Una chica con el pelo largo rubio pasa un brazo por los hombros de Sam y lo abraza por detrás antes de mirarme.

—¿Y esta quién es?

—Julie. Se acaba de mudar.

—Ah. ¿De dónde?

—Seattle —respondo.

Ella se me queda mirando.

—Ella es Taylor, una amiga mía —nos presenta Sam al tiempo que palmea el brazo que ella mantiene en torno a él—. Vamos a ir a ver una peli, ¿te vienes?

—Es un thriller —añade Taylor—, seguro que no te van.

Nos miramos y yo no sé si está siendo borde o no.

Mi móvil vibra en la mesa y veo la hora. Es como si me hubiera despertado de un sueño.

—No, tranquilo, debería volver a casa.

Cuando me levanto, Taylor ocupa mi sitio, lo que me lleva a preguntarme si están saliendo. Me despido con un gesto de la mano, pero antes de irme me acerco a la barra. Me aseguro de que Sam no me vea y saco una flor de cerezo de papel del bolso para dejarla en la barra. Me he pasado una semana viendo tutoriales sobre cómo hacer una igual que la que me encontré en la librería, pero los pasos me han resultado complicados para mis torpes manos. Una azucena hubiese sido más fácil.

Cierro el bolso y salgo escopeteada de la cafetería. Me encuentro de repente en el porche de mi casa mirando hacia el césped. El rocío todavía pende de la hierba. Sam aparece en su coche con la ventanilla bajada. Anoche me escribió:

Hola, soy Sam. ¡Acabo de aprobar el carné! ¿Quieres que te lleve a clase mañana? Te recojo de camino, siquieres.

Me subo por el lado del copiloto y cierro la puerta. Me asalta un aroma a cítricos y a cuero. ¿Es colonia? Sam quita la chaqueta vaquera del asiento mientras yo me pongo el cinturón. Un cable USB conecta su móvil, que está en el posavasos, al altavoz del coche. De fondo se escucha una canción que no reconozco.

—Puedes cambiar de canción siquieres —me dice Sam—. Toma, enchufa tu móvil.

Me sobreviene un ramalazo de pánico y aprieto el móvil con fuerza. Todavía no quiero que sepa qué música escucho. ¿Y si no le gusta?

—No, esta me gusta.

—Ah, ¿así que a ti también te gusta Radiohead?

—¿A quién no? —respondo. Permanecemos en silencio durante el trayecto por las calles del barrio. Nos miramos de vez en cuando y, mientras, yo trato de pensar qué decir. Miro hacia los asientos de atrás y veo una chaqueta de vestir colgada del asidero—. ¿El coche es tuyo?

—No, de mi padre —contesta Sam, bajando el volumen de la música—. No trabaja los jueves, así que esta es la única mañana en la que puedo cogerlo. Pero estoy ahorrando para comprarme uno, por eso trabajo en la cafetería.

—Yo también estoy intentando ahorrar.

—¿Para qué?

Medito la respuesta.

—Supongo que para la universidad. O para un piso en cuanto me mude o algo.

—¿A dónde te vas a mudar? Si acabas de llegar.

No sé qué decirle.

Sam asiente.

—Así que es un secreto...

Esbozo una sonrisa.

—Tal vez te lo cuente otro día.

—Vale —dice Sam, y me mira—. ¿Qué te parece el jueves que viene?

Reprimo las ganas de reír a la vez que entramos en el aparcamiento. A pesar de que el trayecto no ha sido largo, los jueves se están convirtiendo en mi día favorito de la semana.

El recuerdo vuelve a cambiar. Unas luces iluminan el suelo del gimnasio

y la música retumba al tiempo que yo paso por debajo de un arco formado por globos de color plata y oro. Es la noche del baile y no conozco a nadie. Llevo un vestido nuevo que me he comprado con ayuda de mi madre; es de color azul marino y de raso, y tiene vuelo desde la cintura. Llevo la melena recogida y casi ni me reconozco al mirarme al espejo. Quería quedarme en casa, pero mis padres me han obligado a salir y hacer amigos. No quiero decepcionarlos. Me he pasado una hora de pie contra la fría pared de cemento, observando la pista llenarse de gente bailando y riéndose. De vez en cuando miro el móvil, fingiendo que estoy esperando a alguien, pero la pantalla no muestra notificaciones. Tal vez haya cometido un error.

Hay algo que me impide marcharme. Sam mencionó que tal vez viniese. Hace unas horas le he escrito, pero no me ha contestado. Tal vez no haya mirado el móvil todavía. En cuanto la música se vuelve más lenta y la gente se dispersa, me separo de la pared y cruzo la pista para buscarlo. Tardo un poco, pero en cuanto lo veo, se me cae el alma a los pies. Ahí está, con los brazos en torno a Taylor, bailando una canción lenta. Siento un nudo en la tripa. ¿Por qué he venido? Me tendría que haber quedado en casa. No debería haberle escrito. Me giro antes de que puedan verme y me dirijo deprisa a la entrada del gimnasio.

La noche se cierne sobre mí mientras la música reverbera en el lugar, lo que me permite respirar mejor. Varias farolas iluminan el aparcamiento, el cual resulta estar tranquísimo en comparación con la pista de baile. Están cayendo algunas gotas. Debería volver a casa antes de que se ponga a llover fuerte. Se me ocurre mandarle un mensaje a mi madre para pedirle que me recoja, pero es muy temprano. No quiero que me pregunte qué me pasa. Tal vez vuelva andando y entre en mi habitación a hurtadillas. Me empiezan a doler los pies por culpa de los tacones, pero hago caso omiso del dolor. Al tiempo que avanzo por el aparcamiento, las puertas del gimnasio se abren y oigo una voz que reconozco al instante.

—Julie...

Me giro y veo a Sam; tiene un aspecto más serio de lo normal a causa del traje negro que viste.

—¿A dónde vas?

—A casa.

—¿En plena lluvia?

No sé qué responderle. Me siento tonta, así que me obligo a sonreír.

—Apenas están cayendo cuatro gotas. Acuédate de que soy de Seattle.

—Te puedo llevar en coche siquieres.

—No te preocupes, no me importa ir andando. —Siento que me arden las mejillas.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo. —Me quiero ir ya, pero él sigue quieto.  
Lo intento una vez más.

—Seguramente tu cita está esperándote ahí dentro.

—¿Q-qué? —tartamudea un poco—. Taylor no es mi cita. Solo somos amigos.

Quiero decirle tantas cosas, pero el nudo en el estómago me impide hablar. No debería sentir lo que siento. Sam y yo ni siquiera estamos juntos.

—¿Por qué te vas tan pronto?

Recuerdo verlo bajo las luces de color con los brazos en torno a Taylor.  
No pienso decirle la verdad.

—Los bailes de instituto no me van, solo es eso.

Sam asiente y se mete las manos en los bolsillos.

—Ya, te entiendo. A veces son muy cutres.

—¿Hay alguien que de verdad se lo pase bien?

—Puede que nunca hayas ido a uno con la persona adecuada.

Se me corta la respiración. Incluso aquí, fuera del gimnasio, somos capaces de oír la música a través de las paredes. Han vuelto a poner una canción lenta.

Sam sigue en la puerta, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

—¿No te gusta bailar?

—No sé... No se me da muy bien. Y no me gusta que la gente me vea.

Sam mira en derredor y, poco después, forma una pequeña sonrisa y extiende la mano hacia mí.

—Bueno, ahora mismo no nos está mirando nadie...

—Sam —empiezo a decir.

Esa típica sonrisa pícara suya hace acto de presencia.

—Solamente un baile.

Aguanto la respiración al tiempo que Sam da un paso hacia mí y me toma de la mano para acercarme a él. Jamás imaginé que mi primer baile fuese así, con ambos moviéndonos al compás de la música en el aparcamiento del instituto. Su cara está ligeramente húmeda a causa de la lluvia, y yo inhalo su aroma familiar y dulzón mientras me apoyo contra su pecho. Cuando月 poso las manos en sus hombros, se percata de algo.

—¿Qué es esto?

La flor de cerezo de papel. La llevo atada a la muñeca con una cinta.

Vuelvo a sentir ardor en las mejillas.

—Nadie me ha regalado un ramillete, así que me lo he hecho yo.

—Yo te di esto.

—Ya lo sé.

Sam sonríe ante mis palabras.

—¿Sabes? Quería pedirte que vinieras al baile conmigo, pero me daba miedo que me rechazaras.

—¿Y por qué haría una cosa así?

—Porque no me mandaste ningún mensaje aquel día que nos vimos en la librería.

Entrecierro los ojos y rememoro ese día.

—Pero no me diste tu teléfono.

Sam deja caer la cabeza y ríe en voz baja.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunto, algo molesta, mientras él me coge de la mano. Me quita la flor de cerezo de la muñeca y empieza a desenvolverla. Empiezo a quejarme, pero me quedo callada al ver la hoja de papel en su mano. Hay una nota con el nombre de Sam y su móvil.

—No se me ha ocurrido abrirla —le digo.

—Supongo que es culpa mía.

Ambos nos echamos a reír, pero mi sonrisa se esfuma.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam.

—Que la he fastidiado.

El papel está arrugado y húmedo a causa de la lluvia.

—No te preocupes —dice Sam—. Te puedo hacer otra. Te puedo hacer mil más.

Lo envuelvo con los brazos mientras bailamos despacio en el aparcamiento, escuchando la música a través de las paredes del gimnasio. La llovizna cae a nuestro alrededor, varía el rumbo y se detiene, revelando un cielo nocturno claro; el recuerdo ha vuelto a cambiar.

La ropa sale volando por la ventana de la segunda planta mientras yo corro por el césped, lleno de las cosas de mi padre. Mis padres llevan una hora discutiendo y yo ya no soporto quedarme más en casa. Sabía que las cosas acabarían así antes o después, pero no esperaba que fuera tan pronto. ¿A dónde voy? Le he pedido a Sam que me venga a buscar, pero no ha llegado todavía. Siento los ojos de los vecinos observarme desde sus

ventanas. Ya no puedo esperar más. Doblo la esquina de la calle y empiezo a correr hasta que todo a mi alrededor se desdibuja.

Ni siquiera tengo un lugar en mente. Corro hasta que ya no me suena nada. Llego a la linde del pueblo, donde el pasto se mezcla con las montañas, y es entonces cuando recuerdo que me he dejado el móvil en casa. Unos faros iluminan la carretera vacía. Al apartarme, el coche se detiene delante de mí, y me doy cuenta de que se trata de Sam.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras subo al asiento del copiloto—. He ido a tu casa, pero no estabas.

Si me hubiera acordado de traer el móvil, le habría mandado la ubicación.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—No lo sabía, simplemente he seguido buscando.

Permanecemos sentados en el coche con el motor encendido durante un buen rato.

—¿Quieres que te lleve a casa? —acaba preguntando Sam.

—No.

—¿A dónde quieras ir entonces?

—A cualquier sitio.

Sam se pone en marcha. Damos una vuelta al pueblo hasta que perdemos la noción del tiempo. Las luces de las tiendas se van apagando una a una y la carretera se va oscureciendo. Como no tenemos a dónde ir, Sam entra en el aparcamiento de un supermercado abierto las veinticuatro horas y apaga el motor. No me pregunta qué ha pasado. Se limita a dejar que apoye la cabeza contra la ventanilla y que cierre los ojos durante un momento. Lo último que recuerdo antes de dormirme es la luz fluorescente del letrero del supermercado y Sam tapándome con su chaqueta vaquera.

Despierto sobre el césped durante el crepúsculo. La luz del sol baña mis mejillas al tiempo que me incorporo y miro en derredor. Los árboles están cubiertos de flores de cerezo hechas a mano; cientos de ellas, atadas con cuerdas largas y meciéndose en la brisa, emulando un sauce. Cuando me pongo de pie, me percato de que hay un caminito de pétalos que conduce al sonido de una guitarra a lo lejos. Sigo el sonido, atravieso una cortina de flores de cerezo de papel, y recuerdo dónde estoy. Nuestro rincón secreto en el lago. El lugar donde hemos quedado cientos de veces. En cuanto paso junto a los árboles y veo los rayos de sol reflejados en el agua, lo encuentro aguardándome.

—Julie —me llama Sam al tiempo que deja la guitarra en el suelo—. No

sabía si vendrías...

—No sabía si seguirías aquí —respondo.

Él me toma de las manos.

—Siempre estaré aquí, Jules.

No le rebato. Ahora no.

Permanecemos sentados cerca del lago, observando el agua. Las nubes flotan lentamente sobre el cielo rosado. A veces desearía que el sol no se pusiese nunca para que pudiéramos quedarnos aquí disfrutando el uno del otro, hablando como siempre, riéndonos de nuestras cosas y fingiendo que nada va mal. Miro a Sam y contemplo su rostro; la sonrisa tan bonita que tiene; el pelo negro que le tapa la frente y la tez morena, y desearía poder congelar el momento y así guardarlo para siempre. Pero no puedo. Incluso aunque sea un sueño, soy incapaz de detener el tiempo. Las nubes se espesan sobre nosotros y siento un extraño temblor bajo la tierra. Sam debe de haberlo percibido también, porque se pone de pie.

Le agarro la mano.

—No te vayas todavía.

Sam me mira.

—Julie... Si pudiera quedarme contigo, no me iría jamás.

—Pero te has ido.

—Lo sé... Lo siento.

—No te despediste de mí...

—Porque no creí que tendría que hacerlo...

Aparece una ráfaga de la nada detrás de nosotros, como si viniese a llevárselo. Tras los árboles, el sol empieza a descender y crea sombras en el agua. No deberíamos acabar así. Era el comienzo. Nuestra historia apenas acaba de empezar. El corazón me late con fuerza en el pecho. Aprieto la mano de Sam más fuerte para evitar que se vaya.

—No es justo, Sam... —empiezo a decir, pero se me quiebra la voz al tiempo que los ojos se me anegan en lágrimas.

Sam me besa una última vez.

—Sé que no formaba parte del plan, Julie, pero al menos hemos pasado tiempo juntos, ¿no? Quiero que sepas... Si volviese a nacer, volvería a hacer lo mismo. Todo.

Si el final duele tanto, no sé si merece la pena.

Mi agarre se afloja un poco al pensar esas palabras.

—Lo siento, Sam... —murmuro, retrocediendo—, pero no pienso

igual...

Sam se me queda mirando como esperando que me retracte, pero no nos sobra el tiempo. Empieza a desaparecer ante mí, disolviéndose entre los pétalos de cerezo. Yo observo cómo la ráfaga los eleva en el aire. Antes de que se haya ido del todo, estiro la mano para agarrar un solo pétalo y lo aprieto contra mi pecho. Sin embargo, se escurre entre mis dedos y desaparece en el cielo. Igual que él.

# CAPÍTULO

# UNO

AHORA

7 DE MARZO 23:09: Ni te molestes en volver a recogerme. Ya vuelvo andando yo solita.

Y lo hice. Recorrió los ocho kilómetros que separaban la estación de autobús de mi casa arrastrando una maleta de mano a punto de explotar y con una rueda rota en mitad de la noche. Sam no cejó en su intento de hablar conmigo. Doce mensajes sin leer, siete llamadas perdidas y un mensaje de voz. Pero yo ignoré todas las notificaciones y seguí caminando. Leyéndolos ahora, desearía no haber estado tan enfadada con él. Desearía haberle cogido el teléfono. Tal vez entonces todo fuese diferente.

La luz de la mañana penetra a través de las cortinas mientras me hallo acurrucada en la cama, escuchando otra vez el mensaje de voz de Sam.

«*Julie... ¿estás ahí?*». Se oyen algunas risas de fondo y el crepitar de una hoguera. «*Lo siento mucho! Se me ha ido por completo. Pero ya estoy saliendo, ¿vale? ¡Espérame allí! No tardaré más de una hora. Me siento fatal. Por favor, no te enfades. Llámame, ¿vale?*».

Ojalá me hubiese hecho caso y se hubiera quedado con sus amigos. Bueno, ojalá no se hubiese olvidado de mí en primer lugar. Si me hubiese dejado en paz en vez de tratar de arreglar las cosas como siempre hacía, nadie me culparía de lo que pasó. Ni yo me culparía tampoco.

Reproduzco el mensaje de voz unas cuantas veces más antes de eliminarlo todo. Luego me bajo de la cama y empiezo a volcar los cajones en busca de cualquier cosa que fuera de Sam o que me recuerde a él. Encuentro fotos de los dos, tarjetas de cumpleaños, entradas de cine, flores de papel, regalos estúpidos, como el lagarto de peluche que ganó en la feria del pueblo el otoño pasado, y también todos los CD que me grabó a lo largo de los años con compilaciones de canciones (¿quién sigue grabando CD hoy día?) y lo metí todo en una caja.

Cada día se me hace más difícil mirar todos estos recuerdos. Dicen que con el tiempo pasar página se torna más fácil, pero apenas si puedo sostener una foto sin que me tiemblen las manos. Mis pensamientos regresan a él; como siempre. «*No puedo seguir teniéndote a mi alrededor, Sam. Me hace*

*creer que todavía estás aquí. Que vas a volver. Que podría verte otra vez».*

En cuanto lo tengo todo guardado, echo un buen vistazo a mi habitación. No sabía que tuviese tantas cosas de él aquí. Ahora el dormitorio parece vacío. Como si hubiera un agujero en el aire. Como si faltase algo. Respiro hondo varias veces antes de coger la caja y salir de mi cuarto. Es la primera vez esta semana que consigo salir de la cama antes del mediodía. No doy ni dos pasos fuera cuando me percato de que se me ha olvidado algo. Dejo la caja en el suelo y me giro para ir a por ello. Dentro del armario está la chaqueta vaquera de Sam. La del cuello de lana y los parches (logos de bandas de música y banderas de los lugares a los que viajó) en las mangas y que él mismo colocó. La tengo desde hace tanto..., y me la pongo tan a menudo, que me he olvidado de que era suya.

Le quito la percha. La tela vaquera está muy fría al tacto, casi húmeda. Como si todavía albergara la lluvia de la última vez que me la puse.

*Sam y yo corremos a lo largo de las calles llenas de charcos de barro mientras unos relámpagos iluminan el cielo. Están cayendo chuzos de punta de camino a casa tras el concierto de los Screaming Trees. Me cubro la cabeza con la chaqueta al tiempo que Sam se abraza a su guitarra firmada, desesperado por evitar que se moje. Estuvimos esperando fuera tres horas a que el vocalista del grupo, Mark Lanegan, saliera y parara un taxi.*

—¡Me alegra de haber esperado! —grita Sam.

—¡Pero estamos empapados!

—¡No dejes que un poquitín de lluvia nos arruine la noche!

—¿A esto lo llamas un poquitín?

De todo lo que voy a tirar, esto es lo que más me recuerda a él. Se la ponía todos los días. Tal vez solo sea fruto de mi imaginación, pero todavía huele a él. Nunca tuve la oportunidad de devolvérsela como le prometí. Estrecho la chaqueta contra mí. Por un momento, me planteo conservarla. Es decir, ¿por qué tengo que deshacerme de todo? Podría volverla a guardar en el armario, esconderla bajo mis abrigos o algo. Me parece un auténtico desperdicio tirar una chaqueta tan bonita, independientemente de a quién perteneciera. Pero entonces me vislumbro en el espejo y vuelvo en mis cabales.

Estoy despeinada, con la piel más pálida de lo habitual, con la misma camiseta de ayer y abrazando la chaqueta de Sam como si esta todavía fuera una parte de él. Un fuerte sentimiento de vergüenza me embarga, y aparto la

mirada. Quedármela sería un error. Tengo que deshacerme de todo; si no, nunca seré capaz de seguir con mi vida. Cierro la puerta del armario y me apresuro a salir antes de cambiar de parecer.

Abajo en la cocina encuentro a mi madre inclinada sobre el fregadero, mirando por la ventana. Es domingo por la mañana, así que trabaja desde casa. El último escalón cruje bajo mi peso.

—Julie... ¿eres tú? —pregunta mi madre sin girarse.

—Sí, no te preocupes. —Esperaba poder tirar la caja sin que se diera cuenta. No estoy de humor para hablar sobre lo que hay en el interior—. ¿Qué miras?

—A Dave otra vez —susurra, atisbando el exterior a través de las persianas—. Lo he visto colocar nuevas cámaras de seguridad fuera de su casa.

—Ah.

—Tal y como esperaba.

Dave es nuestro vecino, que se mudó hace seis meses. Por alguna razón, mi madre tiene la impresión de que lo enviaron para vigilarnos. Está así de paranoica desde que recibió una carta del gobierno hace unos años, cuyo contenido se niega a compartir conmigo. «Es mejor que no lo sepas», me dijo cuando le pregunté. Creo que tiene que ver con aquel seminario que dio en su antiguo trabajo y que incitó un montón de protestas. Sus estudiantes fueron por todo el campus destrozando relojes contra las paredes. ¿Sobre qué protestaban? Pues sobre el concepto del tiempo. Siendo justos, ella dijo que sus estudiantes «no la entendieron». Pero la universidad decidió que sus métodos de enseñanza eran demasiado radicales y la despidieron. Está convencida de que la denunciaron al gobierno. «A Hemingway le pasó lo mismo», me explicó. «Pero nadie le prestó oídos. Una historia fascinante. Deberías buscarla en Google».

—Oí que alguien entró en su garaje el otro día —digo para tranquilizarla—. Probablemente eso explique lo de las cámaras.

—Vaya, qué casualidad —repone mi madre—. Llevamos viviendo aquí casi... ¿cuántos? ¿Tres años ya? Y lo máximo que se han llevado es un gnomo de jardín.

Me recolocho la caja en los brazos, ya que empieza a pesarme un poco.

—Mamá... nunca hemos tenido gnomos de jardín —digo. Y menos mal—. Y tampoco colecciónamos coches deportivos clásicos.

—De qué parte estás, ¿eh?

—De la nuestra—le aseguro—. Cuéntame. ¿Cuál es el plan para eliminarlo?

Mi madre suelta la persiana y suspira.

—Lo pillo... Estoy siendo paranoica. —Inspira hondo, suelta el aire como su monitor de yoga le ha enseñado, y entonces me mira—. En fin, me alegra que estés despierta —dice. Desvía los ojos hacia el reloj encima de la nevera—. Estaba a punto de salir, pero puedo prepararte algo si tienes hambre. ¿Huevos? Se mueve hacia la hornilla.

La tetera eléctrica empieza a hervir. Hay un paquete de café junto al fregadero, al lado de una cucharilla.

—No, estoy bien.

—¿Seguro? —insiste mi madre con la mano sobre el mango de una sartén limpia—. Puedo prepararte otra cosa. A ver que piense... —Parece más acelerada de lo normal. Bajo la vista a la encimera y veo un fajo de exámenes sin corregir. En la universidad del pueblo, donde trabaja mi madre, acaban de terminar los trimestrales. Es profesora adjunta en el departamento de filosofía. Fue una de las pocas facultades que la entrevistaron después del incidente. Por suerte, uno de sus antiguos colegas es profesor titular allí y dio la cara por ella. Un error y ambos podrían perder sendos trabajos.

—En realidad, voy a salir. —Echo miraditas al reloj tratando de aparentar que tengo prisa. Cuanto más permanezca aquí, más preguntas podrá hacerme.

—¿A la calle? —inquiere mi madre. Apaga el hervidor y se limpia las manos en un trapo.

—Voy a dar un paseo.

—Anda... Vale. Quiero decir que... eso está bien. —Durante la semana pasada mi madre me ha estado subiendo la comida a mi habitación y comprobando cómo estaba varias veces al día. Así que no me sorprende oír la nota de preocupación en su voz.

—Y he quedado con una amiga.

—Fantástico. —Mi madre asiente—. Te vendrá bien el aire fresco, y beber café decente. Y está genial que veas a tus amigos. Eso me recuerda... ¿has hablado con el señor Lee, de la librería?

—Todavía no... —En realidad, no he hablado con nadie.

—Deberías ir a verlo, si puedes. Al menos para decirle que estás bien. Te ha dejado varios mensajes.

—Lo sé...

—Y algunos de tus profesores también.

Descuelgo el bolso de un gancho de la pared.

—No te preocupes, mamá. Hablaré con ellos mañana.

—¿Quieres decir que... vas a volver al instituto?

—No tengo más remedio —respondo—. Si pierdo otra semana más, no me dejarán graduarme. —Eso sin mencionar que voy atrasada con los deberes, que no dejan de acumularse. Tengo que volver a centrarme y recuperar el control, porque ¿qué voy a hacer si no? La vida sigue; da igual lo que nos pase a cada uno de nosotros.

—Julie, no te preocupes por eso —replica mi madre—. Si necesitas más tiempo... lo entenderán. De hecho —levanta un dedo—, deja que haga una llamada. —Gira sobre sí misma a la vez que inspecciona la estancia—. ¿Dónde está esa cosa...?

Su teléfono está sobre la mesa de la cocina. Mientras mi madre hace amago de ir a por él, yo me interpongo en su camino.

—Mamá, escúchame. Estoy *bien*.

—Pero Julie...

—Por favor.

—¿Estás segura?

—Te prometo que sí, ¿vale? No tienes que llamar a nadie. —No quiero que se preocupe por mí. Puedo encargarme de esto yo sola.

—Muy bien, pues —suspira mi madre—. Si tú lo dices... —Me acuna el rostro con las manos a la vez que me acaricia las mejillas con los pulgares e intenta sonreír. Los brillos plateados de su cabello relucen preciosos bajo la luz. A veces me olvido de que antes era rubia. Después de contemplarnos un rato, mi madre baja la mirada—. ¿Y qué hay en la caja?

Tenía la esperanza de que no reparara en ella.

—Nada. He estado haciendo limpieza en mi habitación.

Sin preguntarme, levanta la chaqueta como si fuera una tapadera y echa un vistazo dentro. No tarda mucho en conectar todas las piezas.

—Ay, Julie... ¿estás segura?

—No es para tanto, de verdad...

—No tienes por qué deshacerte de todo —dice, husmeando en el interior

—. Me refiero a que siempre puedes guardar algo en el trastero siquieres...

—No —espeta con sequedad—. No necesito nada de esto.

Mi madre suelta la chaqueta y retrocede.

—Muy bien. No te detendré, pues.

—Tengo que irme. Te veo luego.

Salgo de casa por la puerta del garaje. Junto al bordillo de la acera, suelto la caja con las cosas de Sam al lado del buzón y del contenedor de reciclaje. Impacta contra el suelo con un repiqueteo parecido al de las monedas y los huesos. La manga de su chaqueta cuelga inerte por el borde de la caja como el brazo de un fantasma. Me aliso la camiseta y empiezo mi caminata mañanera en dirección al pueblo, permitiendo que el sol me caliente por primera vez en días.

A media manzana, mientras la brisa remueve las hojas en el camino, yo me detengo con un extraño pensamiento clavado en la mente. Si me girara, ¿estaría él allí mirándome junto a todas sus otras cosas y chaqueta en mano? Me imagino la expresión de su cara, e incluso me pregunto qué podría decir, al tiempo que cruzo la calle y continúo recorriendo la manzana sin echar la vista atrás ni una vez.

Hace un poco de fresco conforme me adentro en el pueblo. Ellensburg se halla al este de la cordillera de las Cascadas, así que en ocasiones soplan rachas de viento frío de la sierra. Es un pueblecito lleno de edificios históricos de ladrillo rojo y muchos espacios abiertos. Un pueblecito donde nunca pasa nada. Mis padres y yo nos mudamos aquí desde Seattle hace tres años, cuando mi madre consiguió trabajo en la Universidad de Central Washington, pero solo nos quedamos ella y yo cuando le ofrecieron un puesto a jornada completa. Papá regresó a su antiguo trabajo en Seattle sin siquiera parpadear. No lo culpo por salir de aquí. Este no era su sitio. A veces yo también lo pienso. Mi madre describe Ellensburg como un pueblo antiguo que sigue descubriendose en una época donde todos prefieren vivir en la ciudad. Por mucho que quiera marcharme de aquí, admito que tiene su encanto.

Me cruzo de brazos al entrar en el centro del pueblo y me percato de los cambios que ha traído la primavera estas últimas semanas. Maceteros en flor adornan la base de las farolas. Una hilera de toldos blancos bordea la calle principal para el mercado semanal. Cruzó para evitar a la multitud con la esperanza de no encontrarme a nadie. El centro de Ellensburg suele ser precioso, sobre todo durante los meses más cálidos. Pero volver a caminar por estas calles me recuerda a él. *Sam espera a que salga de trabajar y compramos falafel en el puestecillo de la esquina. Vemos una película en el cine por cinco dólares, oferta especial de los domingos, y luego*

*deambulamos por el pueblo juntos.* Cuando lo percibo al girar la esquina, esperándome, se me acelera el pulso y pienso en regresar. Pero allí no hay nadie más que una mujer perdida en su teléfono. Paso junto a ella sin que se dé cuenta siquiera.

Mi amiga Mika Obayashi y yo hemos quedado para tomarnos un café en el restaurante al otro lado del pueblo. Hay bastantes cafeterías por aquí, pero anoche le envié un mensaje a Mika diciéndole que no me apetece encontrarme a nadie. Ella me contestó: «A mí tampoco». Dentro del restaurante, la camarera me sienta en un reservado junto a la ventana y cerca de una pareja de ancianos que comparte una carta. Cuando la camarera regresa, pido un café, sin leche ni azúcar. A veces sí le echo leche, pero estoy tratando de acostumbrarme a beberlo solo. En algún lado en internet leí que era algo que se entrenaba, igual que el vino.

Solo le he dado unos cuantos sorbos cuando la campanita del techo repica y Mika entra por la puerta buscándose. Lleva una rebeccia negra y un vestido oscuro que nunca le había visto antes. Tiene mejor aspecto del que me esperaba, dadas las circunstancias. Tal vez venga de uno de los oficios. Mi madre me contó que habló en el funeral. Mika es la prima de Sam. Así nos conocimos ella y yo. Sam nos presentó cuando recién me había mudado al pueblo.

En cuanto Mika me ve, se acerca y toma asiento en el reservado. La observo dejar el móvil en la mesa y arrojar la mochila debajo de esta. La camarera reaparece, deja una taza delante de mi amiga y le sirve un buen chute de café.

—¿Puedes traer azúcar y leche, por favor? —pide Mika.

—Claro —responde la camarera.

Mika levanta una mano.

—Bueno, ¿tenéis leche de soja?

—De soja? No.

—Vaya. —Mika frunce el ceño—. Vale, pues normal entonces. —En cuanto la camarera se gira, Mika me mira—. No has respondido a mis mensajes. No sabía si seguía en pie lo de hoy o no.

—Lo siento. Últimamente no he estado muy habladura. —En realidad, no tengo ninguna otra excusa. Siempre suelo tener el móvil en silencio, pero esta semana he estado más desconectada de lo habitual.

—Lo pillo —dice, frunciendo el ceño un ápice—. Por un momento pensé que a lo mejor lo cancelabas sin decírmelo. Ya sabes que no me gusta que

me planten.

—Por eso he venido temprano.

Ambas sonreímos. Le doy un sorbo al café.

Mika me toca la mano.

—Te he echado de menos —susurra, y me la aprieta.

—Yo también a ti. —Por mucho que me repita que me gusta estar sola, siento un alivio inmenso al ver una cara familiar. Al ver a Mika otra vez.

La camarera llega, deja una jarrita de leche en la mesa junto con algunos azucarillos que saca del delantal y vuelve a desaparecer. Mika abre tres y los vierte en el café. Levanta la jarrita y me la ofrece.

—¿Leche?

Sacudo la cabeza.

—¿Porque no es de soja?

—No... Estoy intentando beberlo solo.

—Vaya, vaya. Impresionante —dice asintiendo—. Muy típico de Seattle.

En cuanto pronuncia la palabra Seattle, el móvil de Mika se ilumina y empiezan a aparecer notificaciones en la pantalla. El teléfono vibra sobre la mesa. Mika echa un vistazo a la pantalla y luego a mí.

—Voy a guardarlo. —Lo mete en el bolso y, a continuación, levanta la carta—. ¿Quieres pedir algo?

—La verdad es que no tengo hambre.

—Ah, vaya.

Mika suelta la carta. Entrelaza los dedos sobre la mesa mientras yo doy otro sorbo al café. La gramola parpadea con luces naranjas y azules al otro lado del salón, pero no suena ninguna canción. Una melodía de silencio casi se instala entre nosotras hasta que Mika por fin me hace la pregunta.

—Bueno, ¿y quieres hablar de ello?

—No mucho.

—¿Seguro? Creía que por eso querías quedar.

—Quería salir de casa.

Asiente.

—Eso es bueno. Pero ¿cómo lo llevas?

—Bien, supongo.

Mika no dice nada. Me mira como si esperara que añadiera algo más.

—¿Y tú qué? —le pregunto, en cambio—. ¿Cómo estás?

La mirada de Mika cae hasta la superficie de la mesa mientras medita la respuesta.

—No sé. Los oficios han sido un quebradero de cabeza. Tampoco es que haya un templo como tal aquí, así que hacemos lo que podemos. Hay muchas tradiciones y costumbres que ni siquiera conocía, ¿sabes?

—Ni me imagino... —digo. Mika y Sam siempre han estado ligados a su cultura de un modo que yo nunca he estado. Mis padres son de algún lugar del norte de Europa, pero no es algo en lo que piense mucho.

Volvemos a quedarnos en silencio. Mika remueve el café durante un buen rato sin decir nada. Luego se queda quieta, como si hubiese recordado algo.

—Le hicimos un velatorio —repone sin mirarme—. El día de después. Me quedé toda la noche con él. Pude volver a verlo...

Se me cierra el estómago al pensar en ello. Al pensar en ver a Sam una vez más antes de... Me detengo antes de imaginármelo. Doy otro sorbo al café e intento hacer desaparecer la imagen, pero no se va. Ojalá no me contara nada de esto.

—Lo sé. Mucha gente no quería verlo así —continúa Mika, todavía sin mirarme—. Yo casi no pude hacerlo, tampoco. Pero sabía que sería la última vez que tendría la oportunidad. Así que fui.

No digo nada. Solo bebo café.

—Pero al funeral sí que vino bastante gente —prosigue—. No teníamos asientos para todos. Vino gente del instituto que ni siquiera conocía. Y había muchísimas flores.

—Me alegro mucho.

—Algunos me preguntaron dónde estabas —dice Mika—. Les respondí que no te sentías bien. Que preferías ir a verlo tú sola.

—No hacía falta que explicaras nada —manifiesto.

—Lo sé. Pero hubo algunos que insistieron mucho.

—¿Quiénes?

—Eso da igual —replica Mika, restándole importancia.

Doy el último sorbo a mi café, que ya ha perdido todo el calor y el sabor amargo se ha intensificado.

Mika me mira.

—Bueno, y... ¿has ido a verlo?

Me tomo mi tiempo en responder.

—No... aún no.

—¿Y quieres? —me pregunta, tomándome de nuevo de la mano—. Podemos ir ahora. Juntas.

Aparto la mano.

—N-no puedo ahora mismo...

—¿Por qué no?

—Tengo cosas que hacer —digo para salir del paso.

—¿El qué?

No sé qué decir. «¿Por qué tengo que darle explicaciones?».

Mika se inclina sobre la mesa y baja la voz.

—Julie, sé que toda esta situación ha sido horrible para ti. Para mí también. Pero no puedes posponerlo para siempre. Deberías ir a presentar tus respetos. Sobre todo ahora. Luego, en prácticamente un susurro, añade

—: Por favor, es Sam...

Se le quiebra la voz al pronunciar su nombre. Oigo como un sollozo asciende por su garganta, aunque ella logra contenerlo. Verla así hace que el dolor me atraviese el pecho y hablar se me antoje imposible. No me creo que haya usado esa baza contra mí. Soy incapaz de pensar. Tengo que mantener la compostura; no puedo derrumbarme.

Aferro la taza con fuerza.

—Te lo he dicho, no quiero hablar de ello —le repito.

—Por el amor de Dios, Julie —me reprende Mika—. Sam habría querido que fuieras. No has estado para él en toda esta semana. Ni siquiera viniste al entierro.

—Lo sé, y seguro que también estoy en boca de todos —contesto.

—¿A quién le importa lo que digan los demás? —grita Mika, medio levantándose del asiento—. Solo importa lo que diría Sam.

—Sam está *muerto*.

Eso nos acalla a ambas.

Mika se me queda mirando durante un buen rato. Sus ojos escudriñan los míos en busca de alguna señal de culpa o arrepentimiento, como si esperara que retirase lo dicho, pero lo único que tengo que decir es:

—Está muerto, Mika, y que yo vaya a verlo no va a cambiar nada.

Nos aguantamos la mirada durante lo que se me antoja una eternidad antes de que ella desvíe la suya. A juzgar por lo callada que está, sé que se siente tanto sorprendida como decepcionada. Es entonces cuando me percato de que las mesas a nuestro alrededor también se han callado. Nuestra camarera pasa por nuestro lado sin mediar palabra.

Después de unos instantes, una vez se reanuda la tonada habitual del restaurante, encuentro las palabras.

—No es culpa mía, ¿sabes? Le dije que no viniera, que se quedara allí,

pero él no me hizo caso. Así que vale ya de esperar a que me disculpe y de culparme por todo...

—Oye, que yo no digo que tengas culpa de nada —se defiende Mika.

—Ya lo sé. Pero los demás probablemente sí.

—No. No todos piensan así, Julie. Y lo siento, pero esto no va de ti, sino de Sam. Te perdiste su funeral. La persona más importante para él, la que mejor lo conocía, ni siquiera estuvo allí para decir unas palabras sobre él. Sam se merecía más, y lo sabes. Eso es lo que todos esperaban. Pero no estuviste allí. En ningún momento.

—Tienes razón. Tal vez yo lo conozca mejor —convengo—. Y quizás también sepa que él pasa de toda esta parafernalia. Las ceremonias, el velatorio, la gente del instituto... por favor. A Sam le da igual todo eso. Lo habría aborrecido todo. ¡Probablemente hasta se alegre de que no haya ido!

—Sé que no lo dices en serio —repone Mika.

—No me digas lo que digo o no en serio —digo. El comentario suena más borde de lo que pretendo. Casi lo retiro, pero al final no lo hago.

Por suerte, nuestra camarera reaparece para tomarnos nota antes de que la discusión vaya a más. Mika me mira, luego a la camarera, y otra vez a mí.

—En realidad, debería irme —espeta de golpe, y recoge sus cosas. La camarera se aparta mientras Mika se levanta del reservado. Deja algo de dinero en la mesa y hace amago de marcharse—. Ah, casi se me olvida —me dice—. El otro día te apunté los deberes y trabajos que llevas atrasados. No sabía cuándo volverías. —Abre la cremallera de la mochila—. Y también han llegado los anuarios. Solo quedaban por recoger los nuestros, así que me tomé la libertad de recogértelo. Toma. —Lo deja caer todo sobre la mesa.

—Vaya... gracias.

—Hasta luego.

No me despido. Solo veo a Mika desaparecer por la puerta de entrada, haciendo resonar la campanita y dejándome sola otra vez. La camarera me ofrece más café, pero yo sacudo la cabeza. De repente, ya no soporto estar aquí, en este restaurante abarrotado, ruidoso y pringado de sirope que me está poniendo de los nervios. Necesito salir de este sitio.

A la mierda la tarde. No sé qué más hacer aparte de volver a deambular por el pueblo. Trato de no pensar en Mika y en lo que tendría que haber dicho de otra manera, porque ya es demasiado tarde. Recorro las calles y dejo que la cafeína haga su trabajo. Al menos ya no hace tanto frío como

esta mañana. Los escaparates relucen bajo el sol vespertino. Camino por delante de ellos sin entrar en ninguna tienda. Ahí está la de antigüedades. Sam y yo solíamos entrar para imaginar cómo amueblaríamos nuestro futuro apartamento. Me detengo frente al escaparate. A través del sucio cristal vislumbro largas estanterías llenas de cuadros y figuritas, el suelo cubierto de alfombras persas y muebles antiguos, entre otras cosas. Luego, sin poder evitarlo, otro recuerdo me sobreviene...

*Sam me tiende un regalo.*

—*Te he comprado algo.*

—*¿Por qué?*

—*Es tu regalo de graduación.*

—*Pero si ni siquiera nos hemos...*

—*Julie, ¡ábrelo sin más!*

*Rasgo el envoltorio. Dentro hallo un sujetalibros de plata con la forma de un ala extendida.*

—*¿No debería haber dos? —pregunto—. ¿Dónde está el otro? No lo veo.*

—*Solo puedo comprarlos de uno en uno —me explica Sam—. Pero acabo de cobrar, así que podemos ir a por él ahora.*

*Cuando regresamos a la tienda de antigüedades, ya habían vendido la otra mitad.*

—*¿Quién en su sano juicio compra la mitad de un juego de sujetalibros?*

—*pregunta Sam a la mujer detrás del mostrador.*

*Me giro hacia él.*

*Pues tú.*

Aquello se convirtió en una broma interna nuestra. Pero eso ya no importa. Lo he tirado junto a las demás cosas en la caja.

Este pueblo está lleno de recuerdos. Hay una tienda de música donde siempre lo encontraba cuando salía de trabajar. La puerta roja está abierta gracias a una silla que evita que se cierre. Hay unas cuantas personas rebuscando entre las muchas hileras de discos antiguos. Alguien está cambiándole las cuerdas a una guitarra eléctrica. Pero no veo a ningún Sam sentado sobre el mostrador junto al altavoz, cambiando la música. Él ni siquiera trabajaba aquí, solo conocía a todo el mundo. Me apresuro a alejarme de allí antes de que me vea alguien e intente entablar conmigo una conversación que no me apetece nada tener.

No sé cuánto más podré soportar seguir en Ellensburg. Estoy cansada de revivir estos recuerdos en la cabeza. No queda mucho para la graduación,

me recuerdo. Solo un par de meses más y podré pirarme de aquí. No sé exactamente a dónde todavía, pero da igual siempre y cuando no tenga que volver a poner un pie en este lugar.



No recuerdo cómo he terminado en el lago. No está nada cerca del pueblo. De hecho, ni siquiera hay senderos que lleven hasta aquí, ni tampoco señales que indiquen el camino; el único modo es salir y encontrarlo uno mismo. De la larga lista de lugares que había planeado evitar hoy, este era el último en el que esperaba acabar.

Unas cuantas hojas caen de un árbol mientras suelto las cosas en el banco y me siento frente al lago. Sam y yo solíamos quedar aquí en los meses de más calor. Era nuestro pequeño retiro del mundo. Nuestra vía de escape secreta cuando no podíamos permitirnos marcharnos del pueblo. A veces, me sentaba aquí con un cuaderno y trataba de escribir algo mientras Sam nadaba en el agua. Si cierro los ojos, aún soy capaz de oírlo chapotear en el agua, ver los omóplatos de su espalda húmeda recorrer el lago. Pero entonces los reabro y veo la plana y cristalina superficie del agua vacía, y me siento sola otra vez.

«Deja de pensar en Sam. Piensa en otra cosa».

Escribir a veces me ayuda a dejar de darle vueltas a lo mismo. Hice traído un cuaderno. Pero ¿cómo escribir cuando me resulta tan complicado concentrarme? Tal vez si me quedo sentada el tiempo suficiente, me venga algo a la mente. Sujeto el bolígrafo sobre una página en blanco y espero a que las palabras salgan solas. No tenemos talleres ni actividades de escritura creativa en el instituto, así que trato de hacerlo en mi tiempo libre. De todas formas, en clase nunca podemos escribir lo que realmente queremos. Entiendo que primero haya que conocer las normas para después romperlas, pero escribir debería brindarnos felicidad, ¿no? Creo que a los profesores se les olvida eso. A veces, hasta a mí también se me olvida. Espero que la universidad nos ofrezca una experiencia distinta.

Pronto debería recibir noticias de las universidades. Mi primera opción es Reed College. Ahí es donde estudió mi madre. Y con eso a lo mejor uno podría pensar que me beneficiaría en un futuro. «Mi reputación allí no es de

las mejores, así que, yo que tú, no me mencionaría», me advirtió mi madre. «Cuando seas lo bastante mayor, te contaré la historia. Quitando eso, Portland es una ciudad maravillosa. Te encantará vivir allí». Tampoco viene mal que esté a solo cuatro horas de camino, así que no estaremos demasiado lejos la una de la otra. Miré el catálogo de asignaturas el otro día, y está lleno de clases de escritura creativa, todas impartidas por escritores consolidados de todo el mundo. Creo que puedo ser yo misma allí, averiguar qué se me da bien. Tal vez termine escribiendo un libro para mi tesis creativa. Pero me estoy adelantando. Me he enterado de que necesitan leer una muestra, así que, aunque me aceptaran en Reed, puede que al final no logre entrar en el programa. Tengo algunos relatos que podría mirar, pero me preocupa que ninguno sea lo bastante bueno. Debería trabajar en algo nuevo. Un relato con nombre propio que los impresione. Pero esta última semana ha resultado ser muy difícil para ponerse creativa. No me saco a Sam de la cabeza, por mucho que lo intente. No estará allí cuando abra la carta de admisión. Nunca sabrá si me aceptan o no.

Transcurre una hora y la página continúa en blanco. Quizá deba tratar de leer; al menos para buscar inspiración. Tengo el anuario a mi lado. Antes he intentado dejarlo en el restaurante, pero la camarera me ha seguido y casi me lo tira a la cabeza. La cubierta es de un diseño gris y azul de lo más hortera. Hojeo algunas páginas. Una buena parte del libro son fotos de los distintos clubes y de los equipos deportivos, pero yo me las salto todas. Lo siguiente son los payasos de clase y los mejores amigos favoritos de los de último curso, que ni me he molestado en ver quienes son. Varios estudiantes de nuestra clase hicieron campaña para que los votaran; lo cierto es que dieron un poco de vergüenza ajena. La siguiente sección son los retratos de los estudiantes de último año, pero no me apetece mirarlos. Paso las páginas directamente hasta el final, hasta que ya no hay nada más que páginas en blanco para que la gente escriba lo que quiera. Y entonces me percato de que alguien ya lo ha hecho, ahí, en la penúltima página. Supongo que Mika debió de encontrar tiempo para firmarlo antes de dármelo. Pero entonces me fijo mejor en la letra y reparo en que no es de ella. No, es de otra persona. Me lleva un segundo reconocerla. Pero no puede ser.

Sam. Es su letra. Lo sé. Pero ¿cómo? ¿Cuándo ha podido escribirme? No me entra en la cabeza. No debería leerlo, al menos no ahora, cuando estoy tratando de olvidar con tanto ahínco. Pero no puedo evitarlo y me empiezan a temblar las manos.

## Su voz llena mi mente.

*Hola:*

*Quería adelantarme a todos y ser el primero en escribir. Espero que te lo tomes como otra prueba de lo mucho que te quiero. Aún no me lo creo. ¿Cómo han podido pasar tres años tan rápido? Me parece que fue ayer cuando estaba sentado detrás de ti en el autobús, tratando de reunir el coraje para decirte algo. Es una locura pensar en ese tiempo antes de conocernos. Antes del «Sam y Julie». ¿O es «Julie y Sam»? Dejaré que seas tú quien lo decida.*

*Sé que te mueres de ganas por salir de aquí, pero yo lo voy a echar de menos. Aunque lo pillo. Tus ideas siempre han sido demasiado grandes para un pueblito tan pequeño como este, y todos lo saben. Pero me alegra que tu camino, de alguna manera, haya hecho una paradita primero en Ellensburg. Así pudimos conocernos tú y yo. A lo mejor fue cosa del destino, ¿sabes? Tengo la sensación de que mi vida no comenzó hasta que te conocí. Eres lo mejor que le ha pasado a este pueblo. Y a mí. Ahora me doy cuenta de que no importa adónde vayamos, siempre que estemos juntos.*

*Te seré sincero. Antes me acojonaba marcharme de casa. Ahora no veo el momento de seguir con mi vida y crear nuevos recuerdos contigo. Pero no te olvides de los que creamos aquí, sobre todo los más importantes. Y, pase lo que pase, prométeme que no me olvidarás, ¿vale?*

*En fin, te quiero, Julie, y siempre lo haré.*

*Por siempre tuyo,*

*Sam*

## Por siempre...

Cierro el anuario y me quedo mirando ausente el agua del lago mientras asimilo lo que acabo de leer.

Una familia de patitos ha aparecido en la otra orilla. Los observo crear ondas diminutas en el agua y oigo la brisa remover las hojas de la rama a mi espalda, mientras todo el peso de las palabras de Sam reverbera en mi mente.

Ha pasado una semana desde que murió Sam. En mi intento por pasar página, he estado tratando de borrarlo de mi vida como si no fuera más que un recuerdo terrible. Después de todo lo que hemos pasado juntos. He tirado todas sus cosas. No he ido a su funeral. Y ni siquiera me he despedido de él. Sam me pidió una única cosa cuando muriese, y era que ambos nos recordáramos siempre. Y, aun así, aquí estoy, tratando de olvidarlo con todas mis fuerzas.

Un escalofrío me recorre conforme las primeras nubes empiezan a formarse. El fresco de la mañana regresa a la vez que yo permanezco inmóvil en el banco, contemplando las largas sombras aparecer en la superficie del lago, y el sentimiento más grande y acerado de culpa se

asienta en mis huesos. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo sentada aquí. Pero, entonces, me vuelvo a poner de pie y salgo corriendo hacia el pueblo.

Ya están recogiendo el mercado cuando lo atravieso; es un borrón de productos malogrados, barras de pan mustias y del traqueteo de las jaulas llenas de gallinas. No me importa contra quién me choco mientras recorro las calles en dirección a mi casa. Por el ángulo del sol y el tráfico tranquilo, debe de ser bien entrada la tarde. El camión de la basura probablemente haya pasado hace horas. Pero los horarios cambian a menudo, y los retrasos ocurren, por lo que la caja que dejé en la acera con las cosas de Sam puede que aún siga allí.

En cuanto giro la calle y veo mi casa a lo lejos, me fijo en el bordillo y caigo en la cuenta de que no está. Todo. Todas las cosas de Sam. Casi trastabillo cuando un sentimiento pesado y zozobrante me cae encima como una losa, como si se me estuviera llenando el pecho de agua, y me olvido de cómo respirar.

Entro corriendo en casa e inspecciono la cocina. Las encimeras están vacías. Rebusco en el salón por si mi madre ha evitado que cometa el mayor error de mi vida y ha salvado algunas de las cosas de Sam. Pero no veo nada.

Saco el móvil. Mi madre está en su despacho, pero se las apaña para responder al cuarto tono.

—Mamá... ¿dónde estás?

—¿Por qué? Julie, ¿va todo bien?

Me doy cuenta de lo ahogada que sueno. Pero no puedo evitarlo.

—La caja con las cosas de Sam de esta mañana. La que dejé fuera. ¿La volviste a meter en casa?

—Julie, ¿de qué estás hablando? Pues claro que no.

—Entonces no sabes dónde está? —pregunto con desesperación.

—No, lo siento —dice—. ¿Estás bien? ¿Por qué suenas tan acelerada?

—Sí. Es que... Tengo que irme...

Cuelgo el teléfono antes de que pueda decirme nada más. Se me cae el alma a los pies. Es demasiado tarde. Todo lo que me quedaba de Sam ya no está.

De repente recuerdo que no he ido a ninguna misa ni ceremonia que han celebrado en su memoria; recuerdos que he abandonado. Ni siquiera me he molestado en visitar su tumba. No puedo quedarme quieta. No dejo de pasear de un lado a otro por la casa vacía mientras todas esas emociones

abruptas, las que he estado conteniendo, me asolan como si me corriera agua helada por las venas, haciéndome tiritar. Mika tenía razón. ¿Qué pensaría Sam de mí si supiera cómo lo he tratado?

Mientras reproduzco los últimos días en mi mente, empiezo a entender algo que antes no comprendía. Toda esta ira contenida no era más que un muro para ocultar la culpa.

No fue Sam el que me dejó esa noche. Fui yo la que lo abandonó a él. En cuanto me doy cuenta de esto, vuelvo al exterior y echo a correr.

El cielo se ha nublado mientras estaba dentro, pintando de sombras todo el vecindario al tiempo que cruzo las calles. Ellensburg no es el pueblo más pequeño del centro de Washington. Pero hay una calle principal que lo recorre entero, y si la sigues en línea recta, lo ves en su totalidad. Unas cuantas manzanas antes de llegar a la universidad hay un sendero sin señalizar que cruza toda la parte norte de la localidad. Sigo el sendero hacia la colina mientras más nubes aparecen y siento las primeras gotas de lluvia.

Hay una hora de camino a pie desde el pueblo hasta el cementerio, pero este sendero reduce el tiempo casi por tres. Y como no he dejado de correr desde que salí de casa, lo alcanzo enseguida.

Está chispeando, pero la lluvia se ha convertido en neblina. Apenas soy capaz de verme los pies. Tengo la ropa medio empapada por la carrera, pero no lo suficiente para molestarme mientras atravieso la entrada del cementerio.

Sam está enterrado aquí, en algún lugar. Tengo que verlo al menos una vez, presentarle mis respetos, y contarle que siento no haber venido antes y lo horrible que he sido. Tengo que asegurarle que no lo he olvidado.

Una imagen se reproduce en mi cabeza como una película. Lo veo sentado sobre su lápida, ataviado con su chaqueta vaquera, aguardándome durante toda esta semana pasada. Se me vienen a la cabeza una decena de conversaciones diferentes mientras pienso en qué decirle, cómo explicarle por qué he tardado tanto en venir. Pero a dos pasos de llegar a la entrada, me paro en seco.

El farol que cuelga sobre la entrada cruce, apagado debido a la lluvia.

«¿Qué estoy haciendo aquí?». La colina donde se encuentra el cementerio cuenta con más de ciento cincuenta hectáreas de terreno. Alzo la mirada y veo miles de tumbas alineadas a lo largo de varios kilómetros. No sé cuánto tiempo me llevaría encontrarlo ni por dónde empezar. Dejo los pies inmóviles en el cemento mojado. No puedo entrar. No puedo hacerlo.

«Sam no está aquí». No hay nada más que ver salvo una lápida recién instalada donde se supone que está. Pero no quiero que esa sea la última imagen que tenga de él. No quiero ese recuerdo. No quiero pensar en que va a tener que pasarse el resto de la eternidad enterrado en alguna parte de esta colina.

Me alejo de la entrada unos cuantos pasos, preguntándome por qué habré venido. Ha sido un terrible error. Sam no está aquí. No quiero que esté aquí.

Antes de darme cuenta siquiera, le he dado la espalda al portón y casi he vuelto a echar a correr.

La neblina vespertina se ha transformado en un chaparrón mientras los muros de ladrillo que bordean el cementerio se desdibujan a mi espalda. Ni siquiera sé a dónde estoy yendo esta vez. Quiero alejarme lo máximo posible de aquí. El cielo está llorando con fuerza cuando me adentro en el bosque. Sigo corriendo hasta que pierdo de vista las casas y la carretera.

La lluvia ha ablandado el terreno y lo ha llenado de charcos de barro. Mientras corro, empiezo a imaginarme que emerjo en un mundo alternativo donde todo va bien y a desear poder viajar en el tiempo para así regresar y cambiarlo todo. Pero, por mucho que lo intente, el tiempo y el espacio no parecen obedecer a mi voluntad, y tampoco consigo deshacer el tapiz que se entrelaza y que me está haciendo trizas.

De repente, se me engancha el pie en algo y caigo de bruces al suelo. Mi cuerpo se queja en un millón de lugares distintos antes de entumecerse; y entonces dejo de sentir. Trato de levantarme, pero no consigo mover ni un músculo. Así que ni me molesto. Simplemente me quedo allí tumbada en el suelo lleno de piedras y hojas mientras la lluvia no deja que caer.

Echo de menos a Sam. Echo de menos el sonido de su voz. Echo de menos saber que siempre me cogería el teléfono si lo llamaba. No sé dónde estoy ni con quién puedo hablar. No estoy pasando por uno de mis mejores momentos. Y mañana me arrepentiré de haber llegado a estos extremos. Pero ahora mismo me siento tan desesperada y sola que saco el móvil y lo enciendo. La luz me ciega durante unos segundos. Se me había olvidado que lo he borrado todo esta mañana: todas las fotos, los mensajes y las aplicaciones, así que no veo nada. Rebusco en la agenda de contactos y trato de pensar en a quién más llamar, pero no tengo muchas opciones. Cuando me percato de que el nombre de Sam ni siquiera aparece, recuerdo que también lo he eliminado. Ni siquiera sé si aún recuerdo el número. Y tampoco sé lo que estoy haciendo cuando lo marco igualmente con la

esperanza de oír su voz una vez más en el contestador. A lo mejor puedo dejarle un mensaje y decirle que lo siento.

El móvil empieza a sonar y me sobresalto. Es raro oírlo en contraste con el silencio del bosque. Cierro los ojos y me estremezco de frío. El teléfono suena durante un buen rato, ahogando poco a poco mis pensamientos, y siento como si no fuera a dejar de hacerlo nunca, hasta que de repente se detiene.

Alguien responde a la llamada.

Se oye un prolongado silencio antes de que una voz comience a hablar al otro lado de la línea.

—*Julie*...

Las gotas de lluvia me aporrean la oreja. Soy consciente del latir de mi propio corazón a través de la tierra. Levanto el rostro un ápice hacia el cielo y sigo escuchando.

—...*¿estás ahí?*

Esa voz. Suave y ronca, como el murmullo del océano en una caracola. La conozco. La he oído tantísimas veces que es como si oyera mi propia voz. Esa voz. Pero es imposible.

Sam...

# CAPÍTULO DOS

—*¿Me escuchas, Julie?* —dice.

El océano se disuelve y oigo su voz más claramente.

—*¿Estás ahí?*

Pestañeó para quitarme las gotas de lluvia de los ojos. He debido de reproducir alguno de sus mensajes por error. Aunque creía que los había borrado esta mañana.

—*Si me escuchas, di algo. Para saber que eres tú...*

No recuerdo que nunca me haya dicho eso. Debe de ser otro. Tal vez me haya dado un golpe en la cabeza y me esté imaginando cosas. Se me nubla la vista, por lo que vuelvo a cerrar los ojos para que los árboles dejen de dar vueltas. No sé si la voz proviene del aparato o de mi cabeza, pero respondo de todas formas.

—*¿Sam?*

El bosque se queda en silencio. Por un momento, me da la impresión de que se ha ido. Que nunca ha estado allí. Sin embargo, escucho una respiración que no es la mía.

—*Hola* —murmura con tono de alivio—. *Pensaba que se había cortado.*

Abro los ojos y veo un fragmento del mundo. Debido al frío, me siento demasiado entumecida como para ver hacia qué lado está el cielo. Trato de recuperar algo de cordura, pero no la encuentro.

—*¿Sam?* —repito.

—*¿Me escuchas bien?* No sabía si esto iba a funcionar.

—*¿Qué pasa?*

—No sabía si me volverías a llamar —explica, como si esto fuera de lo más normal. Como si retomáramos una conversación que hubiésemos dejado ayer a medias—. Te he echado de menos. Hasta el infinito.

No soy capaz de pensar con claridad. No entiendo nada.

—*¿Tú también me has echado de menos?*

Empiezo a asimilarlo todo; su voz, tan familiar; la lluvia contra mi piel; la sensación de hundirme en la tierra; el mareo repentino; y trato de buscarle la lógica a lo que está sucediendo. Por muy extraño que parezca,

soy incapaz de reprimir la pregunta:

—¿Eres... tú de verdad, Sam?

—Sí, soy yo —responde, y se ríe un poco—. Pensé que jamás volvería a escucharte. Que tal vez te habías olvidado de mí.

—¿Cómo es posible que estemos hablando?

—Me has llamado y yo he respondido. Como siempre —explica con un tono de voz tan calmado como el agua.

«Siempre».

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible?

La línea se queda en silencio. Las gotas de lluvia resbalan por mi piel como si fuesen sudor. Sam tarda un poco en contestar.

—Si te soy sincero, Julie, yo tampoco lo entiendo —admite—. No sé cómo es posible. Pero soy yo, de verdad. ¿Me crees?

—Te creo —atino a decir.

Decido seguirle el rollo y dejar que su voz me cobije como un paraguas, a pesar de que no puede ser real. Siento que voy perdiendo la razón y que me voy hundiendo más en la tierra a la vez que me aferro a la voz de Sam como si se tratara de un salvavidas. A pesar de no saber de dónde procede. Quiero que sea él, pero no es posible. Más bien, todo lo contrario. Y es entonces cuando caigo.

—Estoy soñando...

—No es un sueño —afirma Sam, y su voz se extiende por el bosque—. Te lo prometo.

—Entonces, ¿cómo estamos hablando?

—Como siempre. Por teléfono.

—Pero Sam, sigo sin... —empiezo a decir.

—Lo sé —me interrumpe—. Esta vez es distinto, pero te prometo que pronto te daré una respuesta mejor. Por ahora, ¿podemos disfrutar sin más? De la llamada, me refiero. De poder volver a escucharnos el uno al otro. Hablemos de otra cosa. De lo que quieras. Como antes.

«Antes». Cierro los ojos una vez más e intento regresar a esa época. Antes de perderlo. Antes de que pasara todo. Antes de que todo se hubiese ido a la mierda. Pero, al reabrirlos, me veo en el bosque y Sam sigue siendo una voz al otro lado del teléfono.

—¿Sigues ahí? —pregunta. Escucho su voz con tanta claridad que vuelvo la cabeza, esperando verlo.

La única que está aquí soy yo. Se me ocurre una pregunta.

—¿Dónde estás?

—En algún lado —responde vagamente.

—¿Dónde? —insisto. Recoloco el móvil y trato de captar algún ruido de fondo a través de la línea, pero la lluvia me lo impide.

—Me cuesta explicarlo. No estoy totalmente seguro. No lo sé a ciencia cierta. Pero no importa, ¿vale? Estoy aquí. Y volvemos a estar unidos. No sabes cuánto te he echado de menos...

«Yo también. Muchísimo, Sam». Pero no me salen las palabras. En parte, sigo creyendo que esto es un sueño. Que quizá esté en un universo paralelo o algo. O tal vez el golpe que me he dado en la cabeza haya sido más fuerte de lo que pensaba. Sea lo que fuere, tengo miedo de que, si colgamos, lo vuelva a perder y jamás obtenga respuestas.

Aún llueve, pero ahora se ha convertido en una leve llovizna.

—¿Qué es ese ruido? —inquiere Sam, curioso—. ¿Es lluvia? ¿Dónde estás, Julie?

Miro en derredor. Por un momento se me ha olvidado cómo he llegado hasta aquí.

—Pues... fuera.

—¿Y qué haces ahí?

—No me acuerdo...

—¿Estás cerca de casa?

—No... No estoy segura de dónde estoy. —Ahora mismo no estoy segura de nada.

—¿Te has perdido?

Rumio la pregunta. Hay tantas formas de responderla. En lugar de hacerlo, cierro los ojos para centrarme en la voz de Sam y dejar a un lado lo demás; quiero que se mantenga al teléfono el máximo tiempo posible.

—Deberías cobijarte, Julie... Encuentra un lugar seco y seguro, ¿de acuerdo? —Me pide Sam—. Y en cuanto lo hagas, llámame.

El corazón me da un vuelco y abro los ojos.

—¡Espera! —Se me quiebra la voz—. ¡Por favor, no cuelgues!

No estoy preparada para volverlo a perder.

—No te preocupes, no me iré a ninguna parte —me tranquiliza—. Vete a un lugar seguro y llámame. En cuanto lo hagas, descolgaré. Te lo prometo.

No sería la primera vez que me promete algo que luego no cumple. Quiero resistirme, pero parece que no me salen las palabras. Ojalá pudiera mantenerlo al teléfono para siempre. No obstante, Sam repite las palabras

una y otra vez hasta que las empiezo a creer.

«*En cuanto lo hagas, descolgaré*».

No me puedo quedar aquí. Estoy empapada y empiezo a no sentir las manos. Tengo que alejarme del bosque y del frío antes de que el sol se ponga y sea incapaz de encontrar el camino de vuelta.

No recuerdo cómo se cortó la llamada ni qué pasó después. Esa parte sigue estando borrosa, como si a un libro se faltase una hoja. Lo único que sé es que seguí andando hasta salir del bosque y hallar la carretera principal.



Llego al pueblo al anochecer. Camino deprisa por la acera húmeda y me meto bajo los toldos de las tiendas para resguardarme de la lluvia. Las luces del restaurante donde he quedado con Mika esta mañana están apagadas, pero las de la cafetería al final de la calle siguen encendidas. Son las únicas que siguen dadas. Cruzo la calle y entro. A pesar de la hora, el sitio está medio repleto de estudiantes universitarios sentados bajo lámparas marroquías. Chaquetas impermeables cuelgan de los respaldos de las sillas. Las pantallas de los portátiles iluminan unos rostros inexpresivos. Me dirijo a una mesa en la parte de atrás sin pedir nada. En cuanto me pongo cómoda, giro la silla para colocarme frente a la ventana. En esta cafetería no hay espejos, así que mi reflejo pálido me pilla por sorpresa.

Soplo para apagar la velita y la imagen se esfuma. Me peino el cabello húmedo. La ropa está calando el suelo de madera. Tal vez debería haberla escurrido un poco antes de entrar. Por suerte, este rincón de la cafetería está lo suficientemente a oscuras como para pasar desapercibida.

Tomo aire varias veces para serenarme y paseó la mirada por el lugar. La mujer sentada a una mesa cerca de mí está leyendo un libro. No quiero que me escuche a hurtadillas, así que espero un poco. Está sola, va vestida totalmente de negro y me pregunta si trabajará allí. Tal vez esté leyendo durante su descanso. Bebe un té con parsimonia, y eso me pone nerviosa. Hasta que no se levanta para irse, no me calmo. Saco el móvil. Son casi las nueve. ¿Cómo se ha hecho tan tarde? Desde que he salido de casa, es la primera vez que me preocupa la hora. No tengo ni mensajes ni llamadas perdidas. Supongo que nadie se ha dado cuenta de que me he ido.

Dejo el móvil en la mesa y seguidamente lo vuelvo a coger. Repito el gesto tantas veces que pierdo la cuenta. El aroma a cafeína y a té chai consigue que me arda la nariz. Ahora que ya no estoy en el bosque y estoy más lúcida, la idea de llamar a Sam otra vez me resulta ridícula. Haya lo que haya pasado ahí fuera, tiene que haber sido una ensueño. O eso creo. ¿Me he vuelto loca acaso?

Debe de tratarse de eso, porque agarro el móvil y marco su número.

La llamada sigue su curso. Escucho el primer tono y aguento la respiración. Pero él descuelga casi de inmediato.

—Hola... Te estaba esperando.

El sonido de su voz me colma de alivio. Me llevo la mano a la boca para contener un ruidito. No sé si sentirme confusa, aliviada, o una mezcla de ambas.

—Sam... —Se me escapa su nombre.

—No estaba seguro de si volverías a llamarme —se sincera—. Pensaba que tal vez se te habría olvidado.

—No se me ha olvidado. No sabía a dónde ir.

—¿Dónde estás?

Vuelvo la cabeza y la levanto hacia el montante transparente sin pensar. Desde dentro, las letras en mosaico se ven al revés, y están iluminadas por una luz dorada y azul.

—En el Sol y Luna.

—¿Dónde solía trabajar yo? —pregunta. Casi se me había olvidado. Hace tiempo que no vengo. Sam se queda callado durante un momento y lo siento escuchar el ruido de fondo a través del móvil. De repente, yo también lo percibo más alto; el ruido de las sillas arrastrándose contra el suelo de madera; el tintineo de una cuchara contra un plato de cerámica; el murmullo de las conversaciones al otro lado de la cafetería...—. Ahí fue donde hablamos por primera vez. Estabas sentada en la parte de atrás de la cafetería. ¿Te acuerdas?

Mi mente viaja a aquel día. Un delantal negro, el humo de un *latte* caliente, una azucena de papel en la barra. Sam me trajo la bebida antes de que pidiera, y nos quedamos hablando durante horas. Pasó hace casi tres años. Esta es la misma mesa, ¿no? La de atrás, junto a la ventana. Ni me había dado cuenta.

—Solías pedir un *latte* con sirope de lavanda. Todavía me acuerdo. Pero no lo has vuelto a pedir. Ahora bebes café. O lo intentas —bromea.

Es como si hubiésemos estado aquí sentados ayer mismo. Pero ahora no quiero pensar en eso.

—Sam... —intento que volvamos al tema.

—¿Recuerdas cuando querías tomarte un expreso para acabar un trabajo, pero te dije que era muy tarde? —prosigue con tono nostálgico—. Insististe tanto que te lo preparé y te quedaste despierta toda la noche. Te enfadaste tanto conmigo...

—No estaba enfadada contigo, sino de mala leche en general.

—¿Y te acuerdas del concierto aquella noche que me firmaron la guitarra? También acabamos en la cafetería, si no recuerdo mal. Compartimos una galleta de medialuna, las del glaseado blanco. Eran las que tú decías que no tenían forma de medialuna, ¿te acuerdas?

Claro que me acuerdo. Tengo el recuerdo reciente y eso me provoca un revuelo en el estómago. Llevaba su chaqueta vaquera, la que he tirado esta mañana. Estábamos empapados por la lluvia. Igual que ahora. El corazón me va a mil por hora. ¿Por qué saca a relucir todo eso ahora? Esos momentos. Creo que ya no soy capaz de escuchar nada más.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me recuerdas todo eso...?

—¿Te parece mal?

—Sam —empiezo a decir.

Me interrumpen. Un hombro cubierto por una camiseta negra aparece al tiempo que alguien retira la silla y ocupa la mesa detrás de la mía. En ese mismo momento, la puerta se abre y entra otra pareja cerrando un paraguas. El local empieza a abarrotarse. Me giró para colocarme frente a la ventana y bajo la voz:

—Ojalá me dijeras qué está pasando —murmuro—. ¿Cómo sé que esto es real?

—Porque lo es. *Yo soy real*, Julie. Tienes que creerme.

—¿Cómo esperas que te crea? Siento que me estoy volviendo loca.

—No estás loca, ¿vale?

—Entonces, ¿cómo es que puedo hablar contigo?

—Me has llamado, Julie. Y yo he descolgado el teléfono. Como siempre. Antes ha dicho lo mismo, pero no me basta.

—No esperaba que respondieras. No esperaba volver a saber nada más de ti.

—¿Y eso te decepciona? —inquiero.

Su pregunta me sorprende. No sé cómo responderla.

—No me refería a eso. Yo...

No sé qué decir. Estoy demasiado ida como para centrarme. Alguien deja caer una cucharilla y el ruido resuena en el local. Escucho risas que provienen de otras mesas. Empieza a haber demasiado ruido. Entra más gente por la puerta y es como si la cafetería encogiese y estuviera a punto de aplastarme.

—Julie... —La voz de Sam me hace volver en mí. Es lo único que me mantiene a flote—. Sé que ahora mismo no tiene sentido que estemos hablando. Siento no poder darte las respuestas que buscas. Ojalá pudiera ofrecértelas. Desearía que hubiera una manera de demostrarte que esto es real. Pero tienes que creerme, ¿vale?

—Ya no sé qué creer.

La cafetería se llena de más voces. Y a continuación oigo el ruido de unas pisadas seguidas de alguien con vaqueros y pelo rubio. La pareja que ha entrado aparece con unas bebidas calientes y ocupa la mesa frente a la mía. Intento lanzar una mirada por el rabillo del ojo sin que se den cuenta. El estómago se me revuelve al reconocer la voz.

Taylor se sienta mientras que Liam deja las bebidas en la mesa. Son los antiguos amigos de Sam. Llevan saliendo casi un año. Estaban en la hoguera la noche en que murió. Me giro hacia la ventana y agacho un poco la cabeza. Mira que hay gente del instituto que me podría haber encontrado y han tenido que ser ellos precisamente. Seguro que se dieron cuenta de que no fui al funeral. Apuesto a que hablarán de ello largo y tendido.

Eran amigos prácticamente desde niños. Formaban parte de una pandilla que ya quedaba antes de que yo me mudara aquí. El grupo se deshizo un poco cuando Sam y yo empezamos a salir. Intuyó que Taylor tendría sus razones. Cuando le pregunté a Sam por qué no le caía bien, respondió que a la gente de aquí no les gustan los forasteros. Tal vez por las diferencias «políticas» de nuestras familias. El padre de Taylor conduce un camión de gasolina mientras que el mío, un coche que no contaminá el medioambiente. Los demás solían poner los ojos en blanco cuando él me llevaba al instituto. Mi padre odiaba vivir aquí. Estaba deseando marcharse.

Quizá no me hayan visto. Me da miedo saberlo. Justo cuando me debato si esperar hasta que se marchen o ir al baño, una luz brillante me ciega y yo alzo la vista. Taylor baja el móvil que apunta hacia mí. Abre mucho los ojos

al darse cuenta de que se le ha olvidado quitar el flash. Liam está bebiendo y finge que no ha pasado nada. Ni se disculpan ni me dicen nada. Estoy temblando.

«No puedo lidiar con todo esto. No puedo».

—Julie, ¿qué pasa?

La voz de Sam me recuerda que sigue al teléfono.

Veo que aparece un coche por la calle cuyas luces se cuelan por la ventana de la cafetería y me iluminan como si estuviera bajo un foco. «Tengo que salir de aquí». Me levanto de pronto y casi vuelco la silla. Taylor y Liam están callados, pero siento su mirada en la espalda mientras camino entre las mesas, chocando contra abrigos y hombros en dirección a la puerta, y la abro.

Por fin ha dejado de llover. La gente se acerca a mí por todos lados. Me meto bajo el paraguas de alguien y camino deprisa por la acera con el móvil apretado contra el pecho. En cuanto llego a la esquina, echo a correr y mantengo el ritmo hasta que el trajín de la cafetería y las luces se quedan atrás y no veo ni un solo coche en marcha.

Una farola apenas alumbría este lado de la calle, y yo me apoyo contra ella. La bombilla titila mientras recupero el aliento. Recuerdo que Sam sigue al teléfono. Me lo vuelvo a pegar a la oreja.

—Julie, ¿qué pasa? ¿A dónde te has ido corriendo?

Me estalla la cabeza. No sé qué decirle, así que respondo sin aire:

—No sé qué me está pasando...

Jamás me he comportado así; incluso cuando Sam murió, me mostré entera.

—Julie... ¿estás llorando?

Me doy cuenta de que sí cuando Sam lo pregunta. Y no puedo parar. ¿Qué me pasa? ¿Qué hago aquí? Ya nada tiene sentido.

Sam suaviza la voz.

—Lo siento. De verdad pensaba que si continuábamos donde lo habíamos dejado, todo iría mejor. Es culpa mía. Ojalá pudiera arreglarlo.

Inhalo profundamente y contesto:

—Dime qué es lo que pasa, Sam, por favor. Dime por qué has descolgado.

Se produce un largo silencio antes de que responda.

—Quería que tuviéramos la oportunidad de despedirnos.

Casi me desplomo en el suelo. Tengo un nudo en la garganta que apenas

me deja hablar, e intento reprimir más lágrimas.

—Pero yo no quiero despedirme de ti nunca —logro murmurar.

—Pues no lo hagas. No hace falta, ¿vale? No tienes que hacerlo ahora.

Me seco los ojos y respiro profundamente.

—Escucha —me pide Sam un ratito después—. Vamos a hacer lo siguiente. Te voy a enseñar algo. Creo que te ayudará a sentirte mejor. —Antes de poder preguntarle de qué se trata, añade—: Confía en mí.

«Confiar en él». No creo que Sam se haga a la idea de la confianza que ya estoy depositando en él al mantenerlo al teléfono. No sé qué más decir, o si decir algo siquiera. Permanezco en silencio bajo la luz de la farola, me afiero a la voz de Sam y me repito a mí misma que todo va bien, incluso aunque ya no esté segura de qué es real y qué no.



Retiro lo que he dicho antes sobre el lago. *Este* es el último sitio en el que esperaba estar esta noche.

El camino de coches de la casa de Sam está vacío. No veo ninguna luz por las ventanas de la casa. Su familia debe de estar con algún pariente lejos del pueblo. Ni siquiera sé por qué he venido aquí. Sam me ha pedido que venga a por algo que quería darme. «*Confía en mí*», repetía una y otra vez. Hay una llave de repuesto pegada a la parte inferior del buzón, tal y como me ha dicho. La encuentro y abro la puerta principal, esperando que no haya nadie.

Está demasiado oscuro como para ver nada. El olor a flores e incienso es abrumador. Piso los zapatos de su hermano pequeño y busco a tientas un interruptor. Se enciende una lámpara y miro en derredor. El salón está lleno de flores que están empezando a marchitarse. Junto al marco de la chimenea han colgado una preciosa corona de crisantemos. Todo esto debe de ser por Sam.

La voz de Sam proviene del móvil.

—¿Hay alguien en casa? —me pregunta.

—No creo. Hay demasiado silencio.

—Qué raro. ¿Dónde estarán todos?

—Hay una pila de flores para ti, eso sí —leuento—. La casa está llena

de ellas.

—¿Flores? —repite Sam con evidente sorpresa—. Interesante... ¿Hay flores tuyas?

—¿Mías?

Paseo la mirada por el salón, aunque sé que no hay nada mío. Ni siquiera una tarjeta. Un ramalazo de culpa se asienta en mi pecho y vuelvo a sentirme fatal.

—No las veo aquí —me limito a decir.

—Seguro que mamá las ha puesto en otro lado —sugiere Sam.

—Puede.

No quiero seguir en esta habitación, así que me quito los zapatos y subo. Se me hace tan raro estar aquí sola. Paso de puntillas por delante de la habitación de James, su hermano pequeño, aunque no se encuentre allí. Tal vez sea por costumbre. El cuarto de Sam está al final del pasillo. Su puerta está repleta de pegatinas de grupos y de la NASA. El pomo está frío. Cojo una gran bocanada de aire antes de girarlo.

No me hace falta encender la luz para sentir que ha cambiado algo. Las cortinas están corridas, pero la luna provee luz suficiente para ver las cajas en la habitación. Han limpiado algunas de las estanterías. Parece que los padres de Sam han empezado a meter sus cosas en cajas y solo han dejado las sábanas y su aroma. Vuelvo a tomar aire.

«Jamás pensé que volvería a estar aquí».

—¿Sigues ahí? —La voz de Sam me saca de mis ensueños—. Siento si mi cuarto está hecho un desastre. —Siempre decía lo mismo antes de que entrara.

—¿Qué quieres que busque?

—Debería estar en mi escritorio —aclara Sam—. Lo he envuelto para ti.

Lo inspecciono. Miro detrás del ordenador, debajo de las carpetas y en los cajones. Pero no hay nada.

—¿Seguro? Mira en el cajón de en medio.

—Ahí no hay nada, Sam —le digo y paseo la mirada por la habitación—. Tal vez esté en una de las cajas.

—¿Qué cajas?

Me dan ganas de no responderle.

—Hay cajas en tu cuarto. Creo que tus padres están guardando tus cosas.

—¿Por qué harían algo así?

Le doy un momento para que piense lo que acaba de decir.

—Ah... Ya. Supongo que se me había olvidado.

—Si quieras busco dentro —me ofrezco.

Sam no me escucha.

—¿Por qué han guardado las cosas tan pronto...? —Parece preguntarse más a sí mismo que en alto—. No hace tanto que me he ido, ¿verdad?

—No sé lo que pensarán tus padres... pero, a veces, cuesta ver estas cosas —intento explicarle.

—Ya, imagino.

Enciendo la lamparita para ver mejor la habitación. Las cajas están medio llenas de ropa de Sam, libros, su colección de discos y CD, los pósteres enrollados; tantas cosas que jamás pensé que volvería a ver. Recuerdo de repente todo lo que he tirado esta mañana. Lo tengo frente a mí. La camiseta de Radiohead de Sam. La gorra de los Mariners que se compró cuando estuvimos en Seattle a pesar de no tener ni idea de béisbol. Todo sigue oliendo a él. Por un momento, se me olvida lo que estoy tratando de buscar.

—¿Lo has encontrado ya? —pregunta Sam.

Abro otra caja. Esta está llena de instrumentos de grabación. Sam debió de pasarse medio año ahorrando para el micrófono. Siempre hablaba de grabar su propia música. Le dije que le ayudaría con las letras. Quería ser músico y que sus canciones sonaran en la radio algún día. Quería llegar a ser conocido. Y ahora ya no tendrá esa oportunidad.

Al final encuentro el regalo. Está envuelto en páginas de revistas y cubierto por papel de seda. Pesa más de lo que esperaba.

—¿Qué es?

—Ábrelo, Jules.

Rasgo el envoltorio y dejo que el papel caiga sobre la alfombra. Tardo un momento en entender qué es.

—Espera... —Le doy la vuelta en la mano intentando asimilar lo que estoy sujetando. El sujetalibros con forma de ala. El mismo que he tirado esta mañana. No puede ser.

—Sam, ¿de dónde lo has sacado?

—De la tienda de antigüedades. Es la otra mitad que te faltaba.

Lo inspecciono de cerca. Tiene razón; no es el mismo que tenía en mi habitación. Es la mitad perdida que no habíamos podido encontrar.

—Pero cuando volvimos, alguien ya lo había comprado.

—Fui yo.

—¿A qué te refieres?

—Esa es la sorpresa —suelta Sam riéndose—. Que volví y te compré la otra mitad. Te dejé creer que ya nunca podrías tenerla. Así sería más especial cuando te la diera. Cuando las alas estuvieran juntas. Es muy romántico, ¿no te parece?

Lo malo es que ya no tengo la otra ala. La he tirado, y ahora las dos piezas jamás volverán a estar juntas. No puedo creer que haya arruinado su regalo. Lo he estropeado todo.

—Esperaba una reacción más entusiasta por tu parte —declara Sam, al ver que me he quedado callada—. ¿He hecho algo mal?

—No, no, pero yo... —Trago con fuerza—. Yo ya no tengo la otra mitad, Sam.

—¿La has perdido?

Agarro el sujetalibros con firmeza.

—No... La he tirado.

—No te entiendo.

—Lo he tirado todo —explico—. Todas tus cosas. No era capaz ni de mirarlas. Intentaba olvidarte. Lo siento mucho, Sam.

Su habitación se sume en silencio. Sé que le ha dolido, por lo que añado:

—He intentado recuperarlas, pero ya era demasiado tarde. Se lo habían llevado todo. Sé que soy horrible. Perdóname...

—No eres horrible —contesta Sam—. No digas eso. No estoy enfadado contigo, ¿vale?

Los ojos se me vuelven a humedecer.

—Pero he estropeado tu regalo...

—No has estropeado nada. Te lo puedes quedar. Será como antes.

Antes. ¿A qué se refiere? Ya no hay vuelta atrás.

—Pero ya no tengo el resto de tus cosas. Nunca las podré recuperar...

Sam le da vueltas a mi comentario.

—¿Y si coges algunas cosas mías? Pilla lo que quieras de mi cuarto.

Ya lo había pensado, pero me daba miedo pedírselo.

—¿Seguro?

—Claro. Lo que quieras —responde—. Quiero que las tengas.

Lo mantengo al teléfono mientras rebusco entre las cajas. Es muy extraño; lo contrario a lo que he hecho esta mañana. Cojo la camiseta de Radiohead y algunas otras cosas: una púa de guitarra, pulseras de varios grupos y el sombrero que se compró en el viaje a Tokio. A continuación, me

acerco al armario y lo abro. Aún quedan algunas prendas colgadas, pero encuentro lo que quiero de inmediato. Ahí está su camisa holgada de cuadros, abotonada. Sam la llevaba casi todos los días sin importar el tiempo que hiciera. Supongo que sus padres no han podido tirarla.

Saco la camisa de la percha y me la pongo. Durante un breve instante, siento sus manos sobre mí, pero solo es fruto de mi imaginación. Me limpio los ojos con la manga. Un ratito después, me acerco a la cama y me tumbo en ella. Siento el móvil caliente contra la mejilla.

Ha sido un día largo, y una semana aún más larga. Supongo que no me doy cuenta de lo cansada que me siento hasta que dejo descansar el cuerpo sobre aquel colchón, que se me antoja un lugar tan seguro como lo es el mío. Sam me dice que me puedo quedar en su habitación todo el tiempo que quiera. Ni siquiera tengo que hablar mucho. Me quedo al teléfono escuchándolo y *sintiéndolo* al otro lado de la línea. Pasa un rato y, como sin pensar, Sam dice:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunto.

—Todo esto.

Al principio no entiendo a qué se refiere. Pero, después, caigo en la cuenta. O, al menos, eso creo.

—Yo también —susurro.

Sam se queda al teléfono conmigo durante toda la noche, y hablamos hasta que me quedo dormida. Como hemos hecho mil veces.

# CAPÍTULO

## TRES

ANTES

Está demasiado oscuro como para ver nada. Una mano pasa por delante de mi rostro y tira de una cadena para encender la lámpara que hay en el suelo entre nosotros. Sábanas blancas cuelgan de la luz del techo en el dormitorio de Sam mientras nosotros nos hallamos tumbados en la moqueta con almohadas apiladas alrededor cual muros. Estamos escondidos en el fuerte que construyó su hermano pequeño, James. Sam levanta la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara para verme mejor. Lleva su camiseta de tirantes azul marino favorita, la que enseñaba sus hombros y resaltaba su piel bronceada en verano.

—Podemos hacer otra cosa si estás aburrida —susurra.

James asoma la cabeza por entre la abertura de las sábanas con una linterna.

—Lo he oído.

Sam deja caer la cabeza y suelta un quejido.

—Llevamos dos horas aquí dentro.

—Me prometiste pasar tiempo conmigo esta noche —le rebate James. Acaba de cumplir ocho años—. Creía que os lo estabais pasando bien.

—Y así es —le aseguro, y le doy un codazo a Sam en el brazo—. Relájate, Sam.

—Sí. *Relájate*, Sam —repite James.

—Muy bien. Otra hora.

Nerviosa, levanto la mirada hacia la lámpara del techo que sostiene el peso de las sábanas, e inspecciono el fuerte. Parece estar a punto de venirse abajo.

—¿Seguro que estamos seguros aquí dentro?

—No te preocupes —responde Sam con una risa—. Lo hemos hecho un millón de veces. ¿Verdad, James?

—Nadie está seguro en estos páramos —dice James poniendo una voz rara.

—Ciento —conviene Sam para seguirle la corriente. Me mira—.

Deberíamos preocuparnos por lo que está *ahí fuera*. Mejor acurrucarse y mantenernos el uno al otro a salvo —susurra juguetón. Se inclina y me da un beso en la mejilla.

James crispera el rostro.

—Puaj. ¡En el fuerte no!

—¡Ha sido en la cara!

Rompo a reír y luego vuelvo a quedarme en silencio.

—¿Oís eso? —Me callo para escuchar con atención—. Es lluvia.

—Lluvia ácida —me corrige James.

Miro a Sam y suspiro.

—Voy a tener que volver a casa así.

—O podrías pasar la noche aquí —dice con una sonrisita.

—Sam.

James nos apunta con la linterna a la cara.

—Mamá dice que se lo diga si Julie se queda alguna vez pasadas las doce de la noche.

—¿Serías capaz de hacerme eso? —pregunta Sam, con expresión dolida

—. ¿A tu propio hermano?

—Dijo que me daría diez dólares.

—Así que ahora aceptas sobornos, ¿eh? —dice Sam—. ¿Y si yo te diera quince?

—Mamá dijo que intentarías darmes más. Dice que está dispuesta a igualar cualquier oferta, más entradas para el partido de los Rockets.

Sam y yo nos miramos. Él se encoge de hombros.

—Es buena.

—Centrémonos —advierte James, mirando a través de la abertura del fuerte en busca de intrusos—. Tenemos que averiguar lo que han hecho los alienígenas con los que han secuestrado.

—Creía que nos ocultábamos de un apocalipsis zombi —repone Sam.

—...que los alienígenas han empezado. Obviamente. —James pone los ojos en blanco. Recoloca los brazos y sujetla la linterna como si fuera un sable láser—. Hay que darse prisa y conseguir los componentes para el antídoto. No podemos perder a más hombres. —A nuestra espalda yace el cadáver de Señor Osito envuelto en una funda de almohada. Juntos, tuvimos que tomar la difícil decisión de matarlo antes de los demás nos contagiásemos con el virus.

—Ah. Te refieres a... ¿este antídoto? —Sam levanta un vial de cristal

que se parece mucho a su tarrito de colonia.

James baja el sable láser despacio. Se le ensombrece la voz.

—¿Lo has tenido todo este tiempo... mientras uno de nuestros hombres se infectaba?

—Lo he tenido en el bolsillo todo el rato.

—Traidor.

—Peor —replica Sam—. Soy el alienígena.

James entrecierra los ojos.

—Lo sabía.

Ahogo un grito cuando James se abalanza sobre Sam, desmontando el fuerte a su vez. Las sábanas me caen encima, cubriendome el rostro, y luego vuelven a elevarse en el aire antes de transformarse y caer en forma de copos de nieve; la escena ha cambiado a mi alrededor.

Estoy sentada en el coche de Sam con la puerta abierta. Estamos aparcados frente al campus de Reed College. El suelo está cubierto de hojas y de una fina capa de nieve. Sam abre la puerta y rodea el coche hasta llegar a mi lado. Agachándose, me mira y me ofrece una mano.

—Venga, Julie. Vamos a echar un vistazo —dice—. Ya que hemos venido...

—Te dije que no hacía falta. Y ha empezado a nevar. Mejor nos vamos.

—Yo a esto no lo llamaría nevar —responde Sam.

—Vámonos y ya está, Sam —insisto, y me coloco con la vista al frente en el interior del coche, lista para emprender el viaje de vuelta.

—Creía que querías ver el campus. ¿No es eso por lo que hemos conducido *cuatro* horas?

—Yo solo quería sentir el ambiente. Y ya lo he hecho.

—¿Desde el asiento de mi coche? —Apoya una mano en el techo y baja la mirada—. No lo entiendo. Estabas emocionadísima cuando planeaste este viaje. Y ahora te quieres ir ya.

—No es por nada. Solo quiero ver la ciudad antes de que cierre todo. Vamos —le urjo.

—Julie... —Me lanza una miradita que me indica que me conoce demasiado bien—. Dime qué te pasa.

Me cruzo de brazos y suspiro.

—No sé. ¿Y si no me gusta? No se parece en nada a las fotos. Estoy decepcionada.

—Pero aún no lo has visto todo.

—¿Y si es peor? —Señalo un edificio de ladrillo rojo que se parece mucho a un granero que hubiera cerca de un terreno baldío—. Mira, eso parece sacado de Ellensburg.

—No le estás dando ni una oportunidad a la universidad de tus sueños, Jules —dice Sam. Se pone de pie y observa a la gente que pasa por allí—. ¿No quieres hablar, al menos, con algunos estudiantes? ¿Preguntarles qué tal es la universidad, cómo es la vida social aquí y demás?

—Pues no —digo con sinceridad—. ¿Y si son todos una panda de esnobs ricachones a los que solo les interesa en qué trabajan mis padres?

—Para eso hemos venido, para ver cómo son.

Inspiro hondo y suelto el aire.

—No sé, Sam... La ciudad tiene un aire... ¿cómo se dice? —Me paro a pensar—. Pretencioso.

—Creía que te gustaba todo lo pretencioso —responde Sam.

Ahora soy yo la que le dedica una miradita.

—Es broma. —Sonríe—. Así que ahora, por lo que veo, ya no te gusta Portland.

—Está sobrevalorada. Al menos por lo que he podido ver.

Sam suspira y luego vuelve a agacharse para quedar a mi misma altura. Suaviza la voz.

—Te da miedo dejar sola a tu madre, ¿verdad? —deduce.

—No quiero que esté sola —acabo confesando—. Mi padre ya la abandonó, así que a lo mejor debería tomarme un año sabático o dos y trabajar en la librería. El señor Lee me dijo que me ascendería a subgerente.

—¿Eso es lo que tu madre querría que hicieras? —inquiere Sam.

No digo nada.

—¿Es lo que tú quieras hacer?

Ni una palabra.

—Estará bien, Jules —dice Sam—. ¿Vale? No hay persona más independiente que ella. Si tu madre imparte una clase llamada *Deformando el tiempo*. Literalmente hace Pilates en otras dimensiones.

—Lo sé —digo.

Sam me agarra la mano y entrelazamos los dedos.

—Portland te encantará —me promete—. Encontraremos un apartamentito guay en el centro... lo reformaremos... buscaremos cafeterías donde pueda tocar música y tú puedas sentarte a escribir... será como lo planeamos.

—Puede.

—Vamos a ver el campus, anda —insiste.

—De verdad que no hace falta —responde—. Me vale con lo que veo desde el coche. En serio.

—Vale. —Suspira—. Entonces entraré hasta el patio interior. —Saca las llaves y se pone de pie.

—¿Qué? Sam...

Sería muy capaz de hacerlo. Lo agarro antes de que pueda rodear el coche.

—Vale... iré.

Sam sonríe mientras me toma de las manos y me ayuda a bajar del coche y la niebla empieza a levantarse a nuestro alrededor. Lo sigo a través de ella como si camináramos a través de una pared de humo, a la vez que unas luces estroboscópicas destellan a mi alrededor y una música empieza a atronar, cada vez más fuerte, hasta que caigo en que me he desplazado a otro lugar.

El humo se disipa mientras Sam me guía hasta un sótano abarrotado en la casa de alguien aprovechando que los padres de ese alguien no están en el pueblo. Es mi primera fiesta de instituto y no conozco a nadie. Hay una mesa de *ping-pong* hasta los topes de vasos rojos y azules. La gente no está bailando de verdad, solo se mece al ritmo de la música. Hay varios chicos que llevan gafas de sol. Parece que he llegado tarde.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta Sam por encima de la música.

—Vale... ¿qué hay?

Sam mira hacia la barra de bar que hay contra la pared.

—¿Te gusta la cerveza? —inquiere.

—Sí —miento. No pienso beber nada. Solo quería tener algo en la mano. Recuerdo un truco que mi madre me contó que ella usaba en sus tiempos. «Tíralo yrellénalo con zumo de arándanos rojo», oigo su voz en mi cabeza.

Sam me conduce por entre la muchedumbre hacia un sofá rojo que hay al fondo, donde una chica ataviada con un jersey blanco está sentada con las piernas cruzadas.

—Ella es mi prima Mika —nos presenta Sam—. Ella es Julie. Se acaba de mudar aquí.

Mika se pone de pie para estrecharme la mano.

—Encantada —dice—. ¿De dónde dices que eres?

—De Seattle.

—Sí, se nota.

—¿De verdad? —pregunto, sin saber muy bien qué pensar de ese comentario.

Sam la mira a ella y luego otra vez a mí.

—Y, por ahora, ¿qué te parece Ellensburg? —inquiere. Se nota que ya ha bebido algo.

—Aún no lo sé —digo—. Tampoco es que haya mucho que hacer por aquí.

Sam asiente.

—Sí, supongo. Tú probablemente estés acostumbrada a, ¿qué?, espectáculos con láser y hologramas y recreativos en 3D y cosas así, ¿no?

—Ha dicho que es de Seattle, no del futuro, Sam —repone Mika.

—No, pero algunas cosas de esas sí que las tenemos —contesto.

Sam mira a Mika.

—¿Ves?

Alguien se choca conmigo y casi me derrama la bebida, así que me aparto a un lado.

—Es una fiesta de los de último año —me explica Sam para impresionarme—. Hasta tuve que preguntarle a Spence si podías venir. Es quien vive aquí. La fiesta es de su hermano mayor.

No se me ocurre nada que decir aparte de:

—Guay.

Pasa un minuto sin que nadie diga nada. Sam intenta sacar un tema de conversación trivial.

—Bueno, y ¿qué te gusta hacer para divertirte?

—Eh... me gusta escribir —respondo.

—¿En plan, libros?

—Supongo. Es decir, aún no he escrito ninguno. Pero algún día lo haré.

—¿Cuál es tu libro favorito? —indaga.

—Me gusta *El gigante enterrado*.

—Ese también es mi favorito —dice Sam.

—Te está mintiendo. No se lo ha leído —se chiva Mika.

Sam sacude la cabeza.

—Os dejaré solos —articula Mika en silencio y luego desaparece entre la multitud.

—Vale, tal vez no lo haya leído todavía —admite Sam—, pero conozco al autor. Es japonés, ¿verdad?

—Sí. Ishiguro.

—Lo sabía. —Sam asiente —. Mi madre tiene todos sus libros en el salón. —La música ensordecadora se ralentiza hasta convertirse en una canción mucho más agradable al oído. Un blues con una guitarra eléctrica y una voz muy similar a la de John Lennon—. Es Mark Lanegan. ¿Lo conoces?

—Claro —miento.

—Es de aquí, ¿sabes? De Ellensburg. Mi padre se lo encontró una vez en una gasolinera.

—Cómo mola —miento otra vez.

—Sí. ¿Ves? Aquí también pasan cosas emocionantes. Ellensburg es un buen sitio. Te gustará —me asegura con confianza—. Yo he estado a Seattle y es un rollo. Tienes suerte de haberte marchado.

—Me encanta Seattle —digo.

—Vaya... ¿Sí? He oído cosas buenas. —Trata de sonreír.

—La canción es buena —cambio de tema.

—Es *Strange Religion* —me explica, asintiendo al compás de la melodía

—. Una de mis favoritas.

Escuchamos la canción, moviendo la cabeza al ritmo de la música y mirándonos de vez en cuando, incómodos, mientras los demás en el sótano se han agrupado por parejas y están bailando pegados. Cuando Sam casi se tropieza, yo lo agarro del brazo.

—Deberías sentarte —le aconsejo, y lo ayudo a llegar hasta el sofá. Sam apoya la cabeza contra la pared y no sé muy bien si está a punto de quedarse dormido. Hace un momento parecía estar bien.

—No bebes muy a menudo, ¿verdad? —le pregunto.

—No —responde Sam.

—Yo tampoco —admito.

—Me alegra mucho de que hayas venido —dice—. No las tenía todas conmigo.

—Bueno, aquí estoy —digo. Le quito el vaso de la mano y lo dejo sobre la mesa.

—A lo mejor podemos quedar algún día. Después del insti o algo.

—Me gustaría, sí.

—¿Bebes... café?

—No, pero lo intento —digo.

—Me alegra mucho de que hayas venido.

—Eso ya lo has dicho.

Sam sonríe y cierra los ojos.

De repente la música se corta. Alguien enciende y apaga las luces. Una voz grita desde lo alto de las escaleras.

—¡Gente! ¡La poli está fuera! ¡Todos a la puerta de atrás!

—Sam, despierta, tenemos que irnos...

—¿Eh? —Bosteza a la vez que me echo uno de sus brazos en torno al cuello y lo levanto del sofá. Una estampida de cuerpos se precipita hacia el jardín de atrás mientras yo renqueo y me tropiezo en un intento por seguirlos. Al final, consigo salir por la puerta, emergiendo a una completa oscuridad, y el peso de Sam desaparece sobre mis hombros. La escena vuelve a cambiar y me hallo en otro lugar.

Una brisa sopla contra mi piel y, cuando levanto la vista en la oscuridad, veo que he conseguido salir. Parpadeo y un campo de béisbol surge bajo la luz de la luna. Distingo un telescopio en mitad del terreno, inclinado hacia el cielo. Agachado a su lado está Sam, que intenta ajustar algo.

—No va a funcionar —dice.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Me mira con expresión decepcionada.

—Está demasiado nublado. No se ve nada. Creía que funcionaría...

Quería darte una sorpresa —me dice.

Entorno los ojos en dirección al cielo.

—¿Sorprenderme con qué? ¿Con las estrellas?

—No. Quería enseñarte los anillos de Saturno. Para esa historia que estás escribiendo en clase. Dijiste que ojalá pudieras verlos para poder describirlos mejor. Se agacha y vuelve a comprobar las lentes del telescopio

—. Qué asco.

—Es alucinante que hayas montado todo esto.

—Hasta mandé un *email* al departamento de astronomía de la universidad y todo —me cuenta—. Me han prestado el telescopio solo por esta noche.

—Sam... —susurro, y le toco la espalda. Él levanta la vista de la lente. Él y yo no nos habíamos besado todavía. Nunca olvidaré su mirada perpleja cuando, despacio, empujé su cara hacia mí y pegué mis labios a los suyos, y a los dos nos dio un pequeño calambre por la energía estática del metal del telescopio.

—Muchas gracias —susurro.

—Pero si ni siquiera has podido verlos.

—Tengo mucha imaginación.

Ambos sonreímos. Sam me abraza y me acerca para darme un segundo beso más largo bajo el nublado cielo nocturno y algunos rayos de luz lunar que lo atraviesan.

Recuerdo lo que dijo después:

—Te los enseñaré en otra ocasión. Te lo prometo.

Pero no cumplió su promesa.

# CAPÍTULO

## CUATRO

### AHORA

El timbre resuena en el pasillo vacío; llego tarde a clase. He perdido el autobús y ahora tengo que entrar en una clase que ya ha empezado y convertirme en el centro de atención. Me debato sobre si saltarme la primera clase para evitar la situación, pero ya he faltado una semana entera y, además, ya estoy aquí. Antes o después tendré que enfrentarme a la gente, así que mejor quitármelo de encima. Por lo menos me acordé de poner la alarma ayer. Aunque despertarme en la cama de Sam y volver a casa corriendo no había entrado en mis planes, eso sí.

*Sam.*

Todavía sigo rumiando lo de anoche. La llamada en el bosque. Volver a escuchar su voz. ¿Cómo si no había acabado en su cuarto? «Solo pasaré siete horas en este sitio», me recuerdo a mí misma. Después, lo volveré a llamar. Es lo único en lo que pienso. Es lo que me mantiene cuerda mientras me preparo para pasar el resto del día en el instituto sin él.

Inspiro hondo antes de cruzar el umbral de la puerta de la primera clase. Todas las cabezas se vuelven hacia mí y la sala se sume en silencio. El señor White deja de escribir en la pizarra y abre la boca, rodeada de barba, como si estuviera a punto de decir algo. No obstante, desvía la mirada y prosigue con la clase, permitiéndome así sentarme. Camino entre las mesas y nadie mantiene contacto visual conmigo. Al ver la mesa vacía junto a la ventana, se me para el corazón. Es donde normalmente Sam y yo nos sentábamos juntos. Pero no me quedo parada demasiado porque siento que la gente me observa. Inspiro de nuevo antes de acercarme a ella y dejar las cosas encima. No miro a los demás alumnos. Permanezco con la vista al frente y me fijo en cómo se mueven las manecillas del reloj. Tic, tac. Tic, tac.

La gente me ignora cuando acaba la clase. No me preguntan cómo estoy, ni me miran tampoco. No sabía qué me depararía al volver. Me cuesta dejarlo pasar. Tal vez se hayan dado cuenta de que no fui al funeral. Puede que crean que soy una tía fría y despiadada que no siente nada tras la

muerte de su novio. El resto del día transcurre de la misma forma. Los pasillos se sumen en silencio cuando paso por ellos, y los susurros me acompañan allá donde voy. Sin embargo, yo mantengo la cabeza alta y finjo no oír nada. Entonces, me acuerdo de la foto que me hizo Taylor y me pregunto a quién se la habrá mandado. Probablemente a su grupito de último año, los que fueron a la hoguera. Seguro que verme así los hizo sentirse mejor. Por suerte, no tengo ninguna clase ni con ella ni con Liam. He intentado evitarlos durante todo el día. Incluso he optado por usar otras escaleras para no pasar por delante de sus taquillas.

No sé dónde sentarme a la hora de comer. Me tomo mi tiempo llenando la bandeja de comida y buscando a Mika con la mirada. Llevo toda la mañana sin verla. Puede que todavía no haya vuelto al instituto. No se ha puesto en contacto conmigo después de vernos ayer en el restaurante. Si supiera lo que pasó anoche... La llamada de Sam y que me cogió el teléfono. Pero todavía no se lo puedo contar. ¿Le importaría a Sam que se lo dijera? Debería hablar con él antes de hacer nada. Si las llamadas son reales, no quiero arriesgarme a que se acaben.

Aunque hay bastantes sillas vacías, no hay mucho sitio libre. Me debato sobre si comer fuera, pero siento cómo me mira todo el mundo. No quiero que crean que me da miedo comer sola. No pienso ser una de esas chicas que se acaba escondiendo en un cubículo del baño.

Busco una mesa vacía en la parte trasera de la cafetería. Me fijo en algo. Tras una silla, veo una mochila blanca de seda con piedras rosas. Es de mi amiga Yuki. La melena negra y sedosa le cae por la espalda como una cortina larga y preciosa. Está sentada junto a la ventana con otros dos estudiantes de intercambio: Rachel, de Vietnam; y Jay, de Tailandia. Me dirijo a ellos y apoyo la bandeja en la mesa.

—¿Está ocupado?

Multitud de pares de ojos que antes estaban fijos en la comida de la cafetería y los táperes alzan la vista. Jay, que saca una cabeza al resto de integrantes de la mesa, se quita los cascos y se aparta los rizos oscuros de la frente. Lleva una sudadera de béisbol azul que se compró en el viaje a Seattle.

—Claro que no —responde Rachel. Hoy lleva el pelo recogido en una coleta. Quita la mochila de la silla para dejarme sitio—. Ven.

—Gracias —murmuro.

Nos dirigimos unas sonrisas incómodas al tiempo que me siento entre Jay

y ella. Yuki y yo nos saludamos con un gesto de la cabeza. Comemos en silencio. Normalmente, los tres suelen charlar bastante. Sin embargo, se nota cierto aire de pesadez en la mesa que la vuelve silenciosa y sombría.

Sin mediar palabra, Jay desliza una fiambra con trozos de mango hacia mí. Una muestra de solidaridad. Le sonrió y me como uno. A continuación, me acerca una bolsita de galletas caseras junto con los Kit Kat mini de té verde que sabe que son mis favoritos. También son los suyos. Intento devolvérselos, pero Jay insiste.

—¿Los compartimos? —sugiere. Siempre ha sido un chico muy dulce. Rachel me sonríe.

—Te hemos echado de menos, Julie —afirma Rachel—. Nos hemos acordado mucho de ti. Nos alegramos de que vuelvas a comer con nosotros.

—Y también echamos de menos a Sam —confiesa Jay en tono triste—. Sentimos mucho... lo que ha pasado.

La mesa vuelve a enmudecer. La mirada de Yuki pasa de Jay a mí, como si quisiese ver mi reacción al oír el nombre de Sam. Para asegurarse de que no pasa nada por nombrarlo en voz alta. No me resulta raro que hablen de él así. A fin de cuentas, anoche hablé yo por teléfono con él.

—Sam era muy buen amigo —añade Yuki con un gesto afirmativo de la cabeza, e intenta sonreír—. De todos. Siempre lo recordaremos.

—Siempre —repite Rachel.

Me conforta oírlo, sobre todo vieniendo de Yuki. Lo conocía desde antes que los demás. Vivió con su familia durante el primer año de su programa de intercambio. Sam fue la primera persona a la que conoció al llegar a Ellensburg y él le enseñó el pueblo. Su madre esperaba que, así, su nivel de japonés mejorase. El día posterior al funeral se pasó por mi casa para llevarme sopa y té, a pesar de que yo había hecho caso omiso de todos sus mensajes.

Jay y Rachel se mudaron aquí hace unos meses. No llevan ni un año en Washington. También hay otros estudiantes extranjeros. Tratan a los europeos como si fueran reyes o algo, y encima hasta los invitan a todas las fiestas. A Yuki, Jay y Rachel, sin embargo, les ha costado más integrarse. A pesar de su fluidez con el idioma, los marginan. Nadie hace un esfuerzo por hablar con ellos, mientras que con los alemanes e italianos sí, así que dependen mucho los unos de los otros. Lo malo es que, cuando los ven juntos, los acusan de apartarse por propia voluntad. No me había dado cuenta hasta que Sam me lo explicó. Me contó que sus amigos se referían a

ellos como «los asiáticos». Y cuando Sam respondió: «¿Sabéis? Yo también lo soy», ellos le dijeron: «Ya, pero tú eres... *diferente*». Porque Sam había nacido aquí y no tenía acento. Sam ni les contestó. Un día cogió sus cosas y se sentó a la misma mesa que Yuki, y yo hice lo mismo. Ahora, comer sin él es como raro. Como si faltase algo. Y sé que los demás también tienen esa misma sensación.

Jay me da otro Kit Kat y se inclina hacia mí.

—Dinos si necesitas cualquier cosa —susurra—. Estamos contigo.

No sé qué más decir aparte de «gracias». Revuelvo la ensalada con el tenedor y seguimos comiendo en silencio. Mucho después, suelto de la nada:

—Creo que a Sam le gustaría lo que habéis dicho de él.

Sé que es cierto, y pienso contárselo luego.



Cuando acaba el instituto, me dirijo deprisa hacia la taquilla para coger mis cosas. Intento no encontrarme con nadie. Solo quiero llegar a casa y llamarlo en cuanto esté en mi habitación. Tal y como lo planeamos. Una vez estoy frente a la taquilla, siento a alguien detrás de mí que me da un toquecito en la espalda.

—¿Julie?

Me vuelvo y me encuentro con un par de ojos verde oscuro. Es Oliver, el mejor amigo de Sam, y está demasiado cerca de mí. Lleva la chaqueta de béisbol azul de siempre y la mochila colgándole de un hombro.

—Has vuelto...

—¿Qué quieras?

—Saludarte.

—Ah. Hola —espeto rápidamente. Me giro hacia la taquilla y agarro otro libro; a ver si así pilla la indirecta.

Oliver ni se inmuta.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Ah... —Espera que añada algo más, pero no lo hago. Tal vez esperaba que le dijera otra cosa. No me apetece hablar de eso. Y menos con él. Pero

insiste—: Menuda semana, ¿eh?

—Supongo.

—¿Seguro que estás bien? —repite la pregunta.

—Ya te he dicho que sí.

No pretendo ser tan borde, pero, a pesar de su relación con Sam, Oliver y yo nunca nos hemos llevado bien. Siempre ha habido cierta tensión entre nosotros que nunca he entendido del todo. Era como si los dos compitiésemos por la atención de Sam. Hubo una época en la que me apetecía conocerlo. Cuando estábamos los tres, procuraba mantener una conversación con él, pero él siempre me contestaba muy escuetamente o fingía no escucharme. Cuando invitaba a Sam a algún lado, decía que no tenía espacio en el coche para que fuera yo, o que no le quedaban entradas libres. Así que no, no tengo ganas de charlar con él. Sobre todo ahora que Sam ya no está. No tengo por qué mostrarme amable. No le debo nada.

Oliver también estuvo aquella noche en la hoguera. Tal vez quiera hablar de eso. La cosa es que ahora mismo no quiero peleas. Cierro la taquilla.

—Tengo que irme.

—Esperaba que pudiésemos hablar o algo —dice, con cierta tensión.

—Ahora no tengo tiempo. Lo siento. —Y me marcho sin una palabra más.

—Espera, un momento.

Yo sigo andando.

—Por favor —me pide Oliver. Hay algo en su tono, cierto dolor, que consigue que me detenga—. Por favor... —repite, y esta vez suena desesperado—. No tengo con quién hablar.

Me vuelvo lentamente. Ambos nos observamos mientras la gente pasa a nuestro lado. Ahora que lo miro con detenimiento, veo el dolor reflejado en su expresión. Él también ha perdido a Sam. Sin embargo, no está en contacto con él como yo. Doy un paso hacia Oliver y acorto la distancia entre nosotros antes de susurrar:

—¿De Sam?

Oliver asiente.

—Nadie lo entiende —explica. A continuación, se inclina hacia mí—. ¿Por qué tuvo que pasarle a él?

Poso una mano en su hombro y me percato de lo tenso que está. Como si se estuviera reprimiendo. No añadimos nada más porque no hace falta. Por primera vez, siento como si realmente nos entendiéramos.

—Lo sé... —murmuro.

—Me alegra de que hayas vuelto, de verdad —afirma Oliver—. Se me hacía raro no verte a ti tampoco. —Y, de la nada, me envuelve entre sus brazos y me estrecha contra su cuerpo con fuerza. Siento la suavidad del cuero de la chaqueta contra la mejilla. Normalmente no suelo mostrarme afectiva en público, pero en esta ocasión, lo permito. Ambos hemos perdido a alguien a quien queríamos. Un momento después, Oliver se aparta y se recoloca la mochila.

—¿Te importa si te escribo alguna vez? Solo para hablar.

—Claro.

Oliver sonríe.

—Gracias. Hasta mañana.

Lo observo marcharse por el pasillo. Es casi como si nos acabásemos de conocer por segunda vez. Todavía es temprano para afirmar que seremos amigos, pero, como mínimo, tal vez nuestra relación sí sea distinta.



De vuelta en casa, veo que el coche de mi madre está aparcado en la entrada. Al entrar, la encuentro lavando platos en la cocina. En cuanto cierro la puerta, escucho que cierra el grifo y oigo su voz:

—¿Julie? —me llama desde la cocina. Antes de poder responder siquiera, viene como una exhalación por el pasillo con expresión de alivio—. ¿Dónde estabas?

Me quito la cazadora.

—En el instituto. Juraría que te lo dije ayer.

—Pero ¿por qué no has contestado a los mensajes que te he mandado? —inquiere.

—¿Qué mensajes?

—Te escribí anoche. Y te llamé.

—¿Que me llamaste? —No recuerdo haber visto ninguna notificación en el móvil. El único con quien he hablado desde anoche ha sido Sam. Vuelvo a mirar el teléfono—. ¿Seguro? No he recibido nada.

Le enseño el móvil para que lo compruebe por sí misma.

—Pues claro —insiste, revisándolo—. Qué raro. Si te escribí. ¿Crees que

es algo de tu móvil? O tal vez sea cosa del mío.

—Puede que se deba a la cobertura.

—A saber... —Mi madre se queda pensativa y me devuelve el móvil—. ¿Sabes? Por muy inteligentes que los hagan, nunca funcionan bien. —Espira profundamente.

—Siento haberte preocupado.

—No pasa nada —responde mi madre—. Me alegra de que estés bien. —Se lleva mi cazadora para colgarla en los ganchos de la pared—. Por suerte, he visto que no estaba tu mochila, así que he supuesto que estabas en clase. ¿A qué hora viniste anoche?

—Pues... —Desvío la mirada al suelo. No sabe que no vine—. No muy tarde —miento.

—Podría haberte llevado esta mañana.

—No me importa ir andando. —Me vuelvo hacia las escaleras.

—Espera. —La voz de mi madre me para en seco—. ¿Qué tal en clase? ¿Cómo ha ido todo?

Permanezco quieta en el primer escalón.

—Pues... bien —replico sin girarme siquiera.

—¿No te apetece hablar de ello?

—Ahora no. Estoy un poco cansada.

Mi madre asiente.

—De acuerdo. Ya sabes que me tienes aquí, Julie —me recuerda mientras yo subo—. ¡Deberíamos mirar lo de tu móvil! Y, ahora que lo pienso, el mío también. Me ha dado la sensación de que alguien ha intentado *hackearlo*. Seguramente lo hayan pinchado. Aunque, hoy en día... seguramente estén grabando todo lo que decimos ahora mismo. ¡Ten cuidado!

—¡Lo tendré!

Cierro la puerta de mi habitación y miro en derredor. Todo está tal y como lo había dejado. He vuelto esta mañana de casa de Sam para cambiarme y coger las cosas del instituto. Por eso he llegado tarde. No había sido mi intención quedarme en su cuarto toda la noche, pero estaba tan cansada..., y Sam me dijo que le parecía bien. No he hablado con él desde entonces. Me siento en el borde de la cama y saco el móvil. Habíamos quedado en hablar en cuanto saliera del instituto. Recuerdo la promesa que me hizo sobre que volvería a descolgar el teléfono. No me habría dormido si no. Me quedo mirando la pantalla apagada del móvil. A pesar de que mi lado racional sostiene que lo de anoche fue tan solo un

sueño, alzo la mirada y veo su camisa de cuadros colgada en el respaldo de la silla. Sobre mi escritorio está la otra parte del sujetalibros que me regaló anoche. La camiseta de Radiohead está doblada y guardada en el cajón del medio. Lo he comprobado hace un segundo para cerciorarme de que seguía ahí.

Reviso el móvil. Por alguna razón, en el historial de llamadas no figura el número de Sam. Me he fijado esta mañana al despertarme. Es como si no quedase rastro de lo sucedido. No me lo puedo estar inventando todo, ¿verdad? ¿Cómo iba a saber si no lo de la llave debajo del buzón? Supongo que solo hay una forma de averiguarlo. Respiro hondo y marco el número de Sam. El sonido de los tonos me pone nerviosa. Sin embargo, solo oigo dos antes de que descuelgue.

—Julie...

Los nudos en mi estómago se desatan por sí solos y vuelvo a ser capaz de respirar bien.

—Sam.

—Veo que sigues alegrándote de volver a oírme —dice antes de reírse. La calidez que transmite su voz me transporta al principio, y es como... como *antes*.

—¿Te extraña? —susurro, como si alguien nos estuviera escuchando a hurtadillas o algo—. No esperaba que cogieses el teléfono.

—Pero te prometí que lo haría, ¿no?

Sus palabras son como el oxígeno que necesito respirar.

—Lo sé... Y por eso te he llamado. Pero sabes que es una locura, ¿no? Se supone que tú ya no estás...

—¿A qué te refieres? —pregunta.

Me siento incómoda. No sé si va en serio. Debe de saber lo que ocurrió la semana pasada, ¿no? «La hoguera. Las llamadas perdidas. Los faros en la carretera». No deberíamos poder hablar por teléfono. Me da hasta casi miedo preguntárselo, pero necesito saberlo. Me cuesta pronunciar las palabras.

—*Falleciste, Sam.* Lo sabes, ¿no?

Se produce una pausa larga antes de que me llegue su respuesta.

—Sí, lo sé... Sigo asumiéndolo.

Me estremezco. En parte, quería escuchar una respuesta distinta. Algo que lo pudiese devolver a mi lado.

—Entonces, ¿esto es producto de mi imaginación?

—No te estás imaginando nada, Julie. Te lo prometo.

Y otra promesa. Sin explicación. Aferro el móvil con fuerza y trato de controlarme.

—Sigo sin entender cómo es posible. ¿Cómo es que podemos hablar?

Sam vuelve a quedarse callado. Yo me cambio el móvil a la otra oreja, a la espera de su respuesta.

—La verdad es que no tengo ni idea, Jules —contesta—. Lo único que sé es que me has llamado y yo he descolgado. Y ahora volvemos a estar en contacto.

—Pero no puede ser tan fácil... —empiezo a decir.

—¿Por qué no? —me rebate Sam—. Sé que ahora no tiene mucho sentido, pero tal vez no debamos complicarnos con preguntas que no sabemos responder. Tal vez lo mejor sea disfrutar mientras podamos.

Miro hacia la pared y rumio su respuesta. Otra oportunidad para estar en contacto. Quizás tenga razón. Puede que se trate de un regalo del universo o de un fallo técnico. Algo que se escapa a la comprensión humana. Entonces recuerdo algo de anoche.

—Cuando me marché de la cafetería dijiste algo. Que querías que tuviésemos la oportunidad de despedirnos, y que por eso cogiste. ¿Lo dijiste en serio?

Sam se toma su tiempo para responder.

—Creo que, llegados a cierto punto, uno de los dos tendría que decirlo. Pero ahora no te preocupes por eso, ¿vale?

—Entonces... hasta ese momento, ¿puedo seguir llamándote?

—Claro. Siempre que me necesites.

—¿Y prometes coger?

—Siempre.

«Siempre».

Cierro los ojos y trato de asimilarlo. Mi mente apenas tarda en volver al *antes*. Antes de que todo cambiara y cuando los planes que teníamos seguían en pie. Antes de que Sam muriera, cuando podía tocarlo y saber que estaba a mi lado. Antes de que nos lo arrebataran todo. Siento que Sam hace lo mismo al otro lado de la línea. Al abrir los ojos, me descubro sola en el cuarto. Al pensar en Sam y en esta segunda oportunidad que tenemos, me viene a la cabeza una pregunta. Soy consciente de que es algo que ya he insistido en que me diga, pero que no me ha respondido aún.

—¿Dónde estás, Sam?

—En algún lado —responde vagamente.

—¿Dónde?

—No te lo puedo decir. Por lo menos, aún no.

Siento, por alguna razón, que no debería presionarlo con ese tema.

—¿Es un sitio donde yo ya he estado?

—No creo.

Intento captar algún sonido a través de la línea, pero no oigo nada.

—¿Me puedes decir, aunque sea, lo que ves?

Él tarda un poco en contestar.

—Un cielo infinito.

Miro por la ventana. La cortina está medio cerrada, así que me dirijo a ella y la aparto. Veo que la ventana no tiene el pestillo echado y la abro, permitiendo que la brisa se adentre en el dormitorio mientras yo miro más allá de los tejados de las casas; más allá de las cimas de las colinas y en dirección al cielo. Siento que Sam escucha lo que hago. Le pregunto:

—¿Vemos el mismo?

—Tal vez. No estoy cien por cien seguro.

—Supongo que eso es lo único que podrás decirme.

—Por ahora sí. Lo siento.

—No pasa nada. —Trato de tranquilizarlo—. Me alegra de que hayas descolgado el teléfono.

—Y yo me alegra de que hayas llamado —responde—. Aunque pensaba que no volvería a hablar contigo.

Los ojos se me anegan en lágrimas.

—Pensaba que te había perdido para siempre. Te he echado de menos.

—Yo también. Te he echado muchísimo de menos.

No le pregunto nada más acerca de lo que pasa. Por lo menos, no pienso hacerlo ahora. Lo acepto, sea lo que sea, y trato de no pensar en lo imposible que es volver a estar hablando con alguien a quien pensaba que había perdido, por ridículo que parezca. El resto de la llamada transcurre como si fuera un sueño, aunque yo sigo preguntándome qué es real y qué no. También me pregunto si importa siquiera. Hablamos de temas banales, y es como si volviéramos a la normalidad. Le hablo de Yuki y los otros durante la hora del almuerzo. Le cuento cómo me ha ido el día en el instituto, así como mi conversación con Oliver. Parece cosa de mi imaginación, pero son cosas que no puedo explicar. Sería más fácil convencerme a mí misma de que nada de esto es real, pero entonces veo en

mi cuarto los objetos que no deberían estar aquí: la camisa, las pulseras, la otra mitad del sujetalibros. ¿Cómo habría podido cogerlos sin saber dónde guardan la llave de repuesto?

La mente se me llena de preguntas, pero las aparto a un lado por ahora y me permito disfrutar de este extraño espacio en el que me encuentro. No me importa que sea imposible. He recuperado a Sam y no quiero dejarlo marchar.

# CAPÍTULO

## CINCO

Llevo trabajando en la librería del señor Lee casi tres años. Es una reliquia de lugar, lleno de extraños libros extranjeros con cubiertas de piel y colecciónables, y lleva dos generaciones abierta pese a que cada vez más gente prefiere comprar por internet. Es la última librería que queda en el pueblo. La encontré sin querer la primera semana que me mudé aquí. La tienda no tiene letrero fuera, ni nombre. El único indicio son los libros colocados en espiral en el escaparate. Muchos de nuestros clientes entran solo por mera curiosidad.

Siendo sincera, cuando eché el currículo no sabía cuánto tiempo me duraría el trabajo. Cada vez que giraba la esquina de la calle camino al trabajo me preocupaba encontrar las luces apagadas y el letrero de CERRADO en la puerta. Me sorprende que el señor Lee siga teniéndonos contratados cuando hay tan poco que hacer. No puedo estarle más agradecida por su amabilidad.

El carillón de cristal tintinea contra la puerta, también de cristal, cuando entro. Ha pasado un día. He decidido venir al acabar el instituto para ver qué tal va todo. Ya era hora después de una semana sin dar señales de vida. Cuando pongo un pie dentro, siento que acabo de cruzar un portal. Del techo penden unas bombillas a diferente altura que titilan de vez en cuando. Desde fuera, el sitio parece pequeño, pero las dieciséis largas hileras de estanterías pintadas a mano que casi rozan el techo consiguen que la tienda resulte inmensa.

De primeras la librería se me antoja vacía. Más tranquila de lo habitual. A continuación, oigo como si alguien intentara abrir una caja de cartón, seguido del ruido de la cinta adhesiva al rasgarse, y luego cómo se caen varios libros al suelo, y una voz.

—Miér...coles.

Me imaginaba que hoy le tocaría trabajar a Tristan. Sigo el sonido de su voz y lo encuentro agachado al fondo de la sección de fantasía, murmurando para sí y recogiendo los libros caídos. Me arrodillo en el suelo para echarle una mano.

—¿Te ayudo?

—¿Eh? ¡Au...!

Tristan se gira demasiado rápido y se golpea la cabeza contra la escalera de la estantería.

—Vaya... ¿estás bien?

—Sí, sí, perfecto. —Tristan trata de sonreír, aunque lo único que consigue es componer una mueca de dolor. Parpadea al reconocerme—. ¿Julie? ¿Cuándo has entrado?

—Hace un segundo —le digo, inspeccionando su frente—. Tal vez deberías ponerte algo ahí.

Tristan le resta importancia.

—No, de verdad, estoy bien —insiste, y se ríe con muy poca convicción

—. Me pasa constantemente.

—Eso me preocupa un poco.

—¡Tranquila! Solo es un chichón.

Tras apilar los libros, ayudo a Tristan a ponerse de pie. Él se yergue y se pasa una mano por los rizos castaños varias veces, aunque estos siempre rebotan hacia adelante. Es un tic nervioso que tiene.

—Siento haberte asustado —me disculpo.

—No me has asustado —responde, quitándose el polvo de las mangas—. Solo me has sorprendido un poco, ya está. No sabía que fueras a venir hoy.

—Tenía ganas de venir a ver cómo va todo. Sé que ha pasado un tiempo. —Inspecciono la tienda en busca de cambios, pero está exactamente igual que la dejé. Me giro hacia Tristan—. Siento haberlos dejado tirados así sin más. Oí que te ofreciste a cubrir mis turnos. No he tenido oportunidad de darte las gracias.

—Ah, no hace falta que me las des. Vaya, me alegro de haber podido ayudar.

Además del señor Lee, solo Tristan y yo trabajamos aquí. Si alguno de nosotros cae enfermo, el otro es responsable de sus turnos y de cerrar la tienda. Dependemos mucho el uno del otro, sobre todo cuando llegan los exámenes finales y tenemos que coordinarnos los horarios. Odio haber desaparecido una semana entera sin haberle avisado. Tristan cursa tercero, así que nunca coincidimos en clase. La primera vez que hablamos fue cuando nos sentamos con el señor Lee durante la entrevista para este trabajo. El señor Lee nos dijo que estaba impresionado con nuestro conocimiento sobre libros y que nos eligió a nosotros específicamente por

los géneros que más leemos. Se percató de que yo estoy más puesta en juvenil y ficción, y alabó el dominio de Tristan sobre la ciencia ficción y la fantasía. Luego nos enteramos de que fuimos los dos únicos que echamos el currículo para el puesto.

—Todavía me siento fatal —admito.

—Pues de eso nada —replica Tristan, sacudiendo la cabeza—. Tómate todo el tiempo que necesites. A mí me gusta estar aquí, así que no te sientas mal.

El carillón tintinea y nos avisa de que ha entrado un cliente. Tristan mira por encima del hombro y vuelve a pasarse una mano por el pelo.

—Y... ¿cómo estás tú, a todo esto? —susurra con especial cuidado—. Llevo días queriendo llamarte, pero no sabía si era demasiado pronto, ¿sabes? Siento lo que le pasó a Sam. Debe de ser un golpe muy duro para ti...

Me quedo mirando al suelo, preguntándome qué decir. Desde que Sam respondió a mi llamada, es como si el mundo entero se hubiese puesto patas arriba otra vez, y ya no sé muy bien cómo responder a estas preguntas. ¿Cómo hablar de la pena y la esperanza sin que nadie se lo tome a mal? ¿Sin revelar el secreto?

—Voy poco a poco... día tras día.

Tristan asiente.

—Tiene sentido...

El carillón tintinea otra vez. Uso esa momentánea distracción para cambiar de tema. Paso una mano por los estantes.

—Y, bueno, ¿qué tal le ha ido a la tienda?

—Bastante bien —responde Tristan, comprendiendo lo que acababa de hacer—. De hecho, ven a ver esto. —Me agarra del brazo y tira de mí hacia otra sección de la librería. Una mujer y su hijo están leyendo detenidamente algunos libros usados junto al escaparate. Tristan les sonríe—. Estoy aquí por si necesitan algo.

Llegamos a ciencia ficción, su sección favorita.

—Mira: la serie entera de *Ninjas del espacio*, edición colecciónista. —Tristan me enseña la estantería en la que ha estado trabajando—. Solo hay cincuenta de estos en todo el mundo.

—Vaya...

Tristan abre el libro con manos cuidadosas.

—Contiene un mapa holográfico de la galaxia NexPod. ¿A que mola? —

Gira la página—. Aquí hay una imagen del capitán Mega Garfio, también holográfico. Si lo inclinas un poco, se le mueve el garfio.

—Es precioso. —Toco el papel holográfico mientras brilla—. Aunque parece caro.

—Ya está vendido.

—Anda... ¿y por qué sigue aquí?

—Aún tengo que preparar el envío —explica—. Lo han comprado por internet.

—¿Estamos en internet?

—Desde la semana pasada —prosigue Tristan—. Ahora tenemos tienda online y todo. Nos está ayudando mucho a conseguir más clientela.

—Es fantástico. ¿Y al señor Lee le parece bien?

—Pues claro. Hasta me pidió que actualizara nuestra página de Facebook. Y, por cierto, ahora también tenemos Twitter.

—¿La gente todavía sigue usándolo?

—Te sorprenderías.

—Interesante.

Tristan devuelve el libro a la estantería.

—También le he escrito al autor, Steve Anders. Le pedí que viniera a hacer alguna firma y me ha respondido.

—Ay, madre. ¿Cuándo viene?

—No, no va a venir —responde Tristan, frunciendo el ceño—. Su agente me dijo que nunca habían oído hablar de Ellensburg.

—Ni la mayoría de la gente —señalo con un suspiro—. Al menos lo has intentado.

—Sí, eso es lo que me dijo el señor Lee.

El carillón tintinea otra vez y otro cliente entra. Siempre es genial ver entrar a gente en la librería, aunque luego no compren nada. Tras un momento de silencio, capto el olor a salvia y a hojas de té. Una corriente de tranquilidad embarga a la tienda. Me giro y veo que la puerta de la trastienda está abierta, y al señor Lee junto a Tristan con una mano en su hombro. Siempre tiende a aparecer como de la nada.

—Buenas tardes, Julie.

—Señor Lee... —es lo único que consigo articular. Esperaba que hoy estuviera aquí. Siento una punzada de culpa en el pecho por no haberle dicho nada antes, pero sé que él lo entiende. Nadie lo sabe, pero el señor Lee estaba conmigo el día que me enteré de que Sam había muerto. De

hecho, fue justo aquí, en la librería, cuando recibí aquella llamada de Mika por la mañana. El señor Lee me levantó del suelo, cerró la librería temprano, me llevó al hospital y espero allí conmigo para llevarme a casa. A él siempre le gustaba que Sam estuviera en la tienda.

*El señor Lee decía que nos traía buena suerte.*

—*¿Y qué traigo yo?* —le pregunté una vez.

—*Tú, a Sam.*

—Los libros te han echado de menos —dice el señor Lee levantando una mano. Aunque a los demás esas palabras podrían resultarles extrañas, yo ya me he acostumbrado a que imbuya personalidad a los libros de la tienda, como si estuvieran vivos. Por ejemplo, cuando nos entra un libro nuevo, él suele decir: «Tendremos que buscarle un hogar». A mí siempre me hace sonreír.

—Me he acordado mucho de ellos —respondo.

Asiente.

—Tenía el presentimiento de que hoy pasarías por aquí —confiesa—. Justo a tiempo. Hay algo que quiero que veas.

Dejamos a Tristan con los clientes mientras nosotros nos dirigimos a su despacho. La estancia está tras una estantería secreta, que no es realmente tan secreta. Cada vez que la atravieso y sigo la hilera de luces parpadeantes y el papel que ornamenta el techo, me siento como Alicia al atravesar el espejo.

La habitación está llena de montones de cajas marrones, cada una llena con varios libros que bien aún no hemos podido colocar o que no hemos clasificado. El señor Lee me pide que lo espere justo antes de desaparecer dentro del pequeño despacho en la esquina. Cuando regresa, lo hace con un libro que no reconozco.

—Lo encontré la semana pasada en la caja de donaciones. Échale un vistazo... —Y me lo tiende.

Acaricio la cubierta. El libro está preciosamente encuadrado con tela marrón, muy suave al contacto, con un patrón de flores bordadas que parece haber sido espolvoreado con oro y sin nada escrito encima. Tal vez le falte la sobrecubierta. Hojeo algunas páginas en busca del título. Pero está todo en blanco.

—Es una libreta —menciona el señor Lee—. Y una muy bonita, ¿no estás de acuerdo?

—Es... —susurro, admirando la calidad de las páginas—. No me creo

que alguien lo haya donado. Si está nueva.

—Pensé en ti al instante —dice, y señala al antiguo ordenador sobre el escritorio pegado a la pared de atrás—. Me he dado cuenta de que robabas papel de la impresora para escribir. Así que se me ocurrió que a lo mejor te gustaba este regalo. Quién sabe... tal vez si cambias el medio en el que escribes, te llegue la inspiración.

—Iba a devolverlo —me defiendo.

El señor Lee se ríe entre dientes y hace un ademán con la mano para restarle importancia.

Bajo la mirada a la libreta.

—¿Me la puedo quedar?

—Siempre que hagas buen uso de ella —responde el señor Lee con un gesto afirmativo de la cabeza—. Piénsalo como una inversión.

—¿Cómo?

—Verás... cuando termines tu libro, podemos ponerlo en las estanterías, nada más entrar en la tienda —explica—. Y yo podré decir a los clientes que la autora lo escribió aquí. En el cuaderno que yo mismo le regalé.

Sonrío al tiempo que estrecho el cuaderno contra mí. El señor Lee siempre me está animando a que escriba más. «Usa el tiempo que pasas en la tienda. Habla con los libros y busca la inspiración. Te sorprenderá saber que están repletos de ideas». A veces comparto mis historias con él para saber qué opina. A diferencia de mis profesores de Lengua en el instituto, el señor Lee está bien versado en el mundo de la literatura y siempre encuentra belleza en mis palabras. Entiende lo que estoy tratando de transmitir aunque ni yo misma lo sepa con certeza.

—No sé si podré escribir un libro entero —admito—. Últimamente me cuesta mucho pensar. Ya ni sé qué escribir.

—¿En qué has estado pensando estos días? —me pregunta.

Deslizo la mano por el lomo del cuaderno.

—En todo, supongo. En mi vida. En lo que está pasando en ella. —«Y en Sam, por supuesto».

—Pues escríbelo. Escribe todo lo que te está pasando.

Lo miro.

—Señor Lee, nadie quiere leer sobre mi vida.

—Dime, ¿para quién escribes? —inquiere el señor Lee, arqueando una ceja. Ya me lo ha preguntado en otra ocasión. Sé la respuesta que quiere oír. «Escribo para mí». Aunque no sé muy bien lo que quiere decir. No puedo

evitar que me importe lo que los demás piensen, sobre todo de lo que escribo—. Tenemos demasiadas voces en la cabeza. Tienes que elegir las que significan algo para ti. ¿Qué historias quieres contar de verdad?

Contemplo el cuaderno al tiempo que le doy vueltas a aquello.

—Lo intentaré, señor Lee. Muchas gracias. Y también siento no haberle avisado que no iba a venir...

El señor Lee levanta un dedo para detenerme.

—No hace falta que te disculpes. —Abre la puerta-estantería y hace un ademán hacia la librería—. Los libros te vuelven a dar la bienvenida.

Siempre me siento como en casa cuando estoy en la tienda. Podría pasarme horas aquí metida. Me embarga una especie de paz siempre que estoy rodeada de paredes llenas de libros. Pero por mucho que me guste la idea de volver, Sam me está esperando. Quedamos en que lo volvería a llamar hoy. Pero esta vez me pidió hablar en un lugar nuevo. Dijo que quería enseñarme algo.

Justo acababa de salir de la librería cuando el carillón vuelve a tintinear, seguido de la voz de Tristan.

—¡Julie! ¡Espera!

Me giro y lo veo con el brazo extendido y mi móvil en la mano.

—Se te ha olvidado esto.

Se me escapa un gritito.

—Ay, Dios... —Cojo el teléfono y lo aprieto contra mi pecho. El corazón me martillea en el pecho conforme mil situaciones hipotéticas se me pasan por la mente. «¿Y si lo pierdo? ¿Y si no puedo volver a llamar a Sam? ¿Cómo he podido ser tan descuidada? ¿Cómo podría perdonármelo si no?». Hago la promesa de no volverlo a hacer—. Muchas gracias —digo sin aliento.

—No te preocupes —responde Tristan—. Te lo dejaste en el mostrador.

—Me has salvado la vida.

Tristan se ríe.

—¿Qué haríamos sin nuestros móviles, eh?

—No te haces una idea, Tristan.

Respiro, aliviada, y sonrío a la vez que espero a que vuelva al interior de la librería. Pero no lo hace. Se queda allí plantado sin más, y la situación se vuelve un poco incómoda.

—¿Querías algo más?

Tristan se rasca la nuca.

—Bueno, sí... Es que... se me olvidó mencionarte algo antes.

—¿El qué?

—Es sobre el festival de cine. *Primavera de película*, ¿te acuerdas? Han aceptado la mía. Quería contártelo —me dice.

—¡Eso es fantástico, Tristan! Enhorabuena. Sabía que lo conseguirías.

*Primavera de película* forma parte del festival de cine anual de Ellensburg, el cual se celebra en la universidad. Es uno de los mayores eventos del pueblo. Tristan y sus amigos enviaron un corto para la categoría de instituto. Se han pasado los últimos seis meses grabando un documental sobre Mark Lanegan, el músico de rock alternativo de Ellensburg. Sam era muy fan suyo.

—Es el mes que viene, unas cuantas semanas antes de la graduación — prosigue Tristan, pasándose una mano por la mata de pelo—. Tengo una entrada de sobra. La última vez que hablamos dijiste que querías ir si me aceptaban la película. ¿Sigues queriendo ir?

La palabra *graduación* me pilla desprevenida y casi entro en pánico. «¿De verdad quedan solo dos meses?». Aún no sé nada de las universidades. Y voy muy atrasada en el instituto. ¿Y si no me da tiempo a ponerme al día? Me pierdo tanto en los pensamientos que hasta me olvido de lo que Tristan me ha preguntado. Debo de tardar mucho en responder, porque su rostro se ruboriza y la voz le tartamudea.

—Lo siento mucho. No tendría que haberte sacado el tema tan pronto. Probablemente ahora mismo tengas muchas cosas en la cabeza. Debería volver... —Se gira hacia la librería.

—Espera —lo vuelvo a llamar—. Claro. Iré.

—¿De verdad? —reafirma, sonriendo de oreja a oreja de repente—. Quiero decir... vale. Vale, genial. Guay. Pronto te contaré más detalles. Y, ya sabes, si cambias de opinión, dímelo. No pasa nada.

—Allí estaré, Tristan —le aseguro al tiempo que me giro.

Tristan se queda de pie junto a la puerta, despidiéndose con la mano, mientras cruzo la calle y desaparezco por la esquina.



Flores de cerezo caen a mis pies cuando el autobús me deja en la entrada

de la universidad. La torre de ladrillo de Barge Hall se alza detrás de los árboles cuando miro en derredor. Los caminos a través del campus están cubiertos de pétalos rosas y blancos. Hay un arroyo que discurre junto al edificio de la biblioteca. Cruzo el puente para llegar al otro lado. Conforme atravieso el césped, las ramas de los árboles dejan caer más pétalos sobre mi pelo y mis hombros. Una brisita los hace arremolinarse en el aire mientras sigo caminando. Cuando los árboles florecen en primavera, el centro de Washington parece sacado de un sueño.

El festival Sakura se celebra una vez al año, y gente de todos los rincones de Washington vienen a verlo. Sam y yo solíamos coger el autobús constantemente para venir aquí cuando hacía buen tiempo. Era muy bonito pasear por los caminitos de la universidad en esta época. Esta es la primera vez que lo veo este año. Respiro el aroma y nos recuerdo a los dos caminando de la mano.

*Sam se detiene para oler el aire.*

*—Esto me recuerda a...*

*—¿Se parece? —inquiero.*

*Él me mira.*

*—¿A qué?*

*—A los cerezos en flor de Japón.*

*Sam echa un buen vistazo en derredor.*

*—Eso es como comparar un lago con el océano. ¿Sabes a lo que me refiero? No se parecen en nada. —Acaba de volver de un viaje a Kioto para visitar a sus abuelos y asistir allí al festival Sakura. Dijo que era un viaje familiar...*

*Me cruzo de brazos.*

*—Gracias, otra vez, por la invitación.*

*—Te lo dije. —Se ríe y me toma de las manos—. iremos este verano después de la graduación. Te lo prometo. Te va a encantar aquello. No es como nada que hayas visto antes.*

*—¿Ni como Ellensburg?*

*—Son dos mundos distintos.*

*Sonríe y le regalo un beso en la mejilla.*

*—Me muero de ganas.*



—¿Y qué tal los cerezos este año? —la voz de Sam a través del teléfono me devuelve al presente.

Lo he llamado en cuanto los caminos se han despejado, de modo que solo estamos nosotros dos aquí.

—Preciosos —digo. Alzo la mirada hacia los árboles que bordean los caminos, oyendo el arroyo en algún lugar más adelante—. Pero ni se comparan con el océano, ¿verdad? —Sam no responde, pero noto cómo sonríe al otro lado de la línea—. ¿Por qué me has pedido que venga aquí?

—Es nuestra tradición —replica Sam—. Siempre caminamos por aquí en primavera, ¿recuerdas? Caí en que este año no habíamos podido venir a verlos. Y me dio pena. No quería que pensaras que se me había olvidado. Así que se me ocurrió traerte aquí una vez más, mientras todavía pueda.

—Pero no estás aquí —le recuerdo.

—Lo sé. —Sam suspira—. Pero finge que sí. Solo por un segundo. Justo allí, a tu lado, como antes...

Cierro los ojos e intento imaginármelo. Una brisa me acaricia el rostro, pero nada cambia. «Tendrías que haberme dejado ir contigo la última vez. Esto no lo compensa».

—No es lo mismo, Sam. Para nada...

—Lo sé. Pero es lo mejor que puedo ofrecerte ahora mismo.

Una pareja agarrada de la mano pasa junto a mí, recordándome lo que yo ya no tengo. «El roce de una mano. La calidez de su piel. Sentirlo junto a mí». Aunque vuelva a estar en contacto con Sam, él no está realmente aquí, ¿verdad? Aprieto el móvil y desecho ese pensamiento de mi mente mientras sigo caminando. Me preocupaba estar aquí fuera y toparme con alguien. Sam me dijo que no debería contarle a nadie lo de nuestras llamadas porque no sabe lo que podría suceder. No quiero tomar riesgos innecesarios, así que le prometí que mantendría nuestras conversaciones en secreto por ahora. Cuando el campus se ha despejado un ápice, hallo un banco vacío alejado del camino y me siento.

—¿Y el instituto qué? —pregunta Sam—. ¿Está... diferente?

—¿Te refieres a sin ti?

—Sí.

—Supongo —contesto—. He vuelto hace pocos días. Pero odio pensar que ya no estás. No me gusta sentarme junto a una silla vacía, ¿sabes?

—¿La gente habla de mí?

Pienso en ello un momento.

—No lo sé. La verdad es que no hablo con nadie.

—Ah... vale.

Detecto algo en su voz. ¿Un deje de tristeza?

—Aunque seguro que siguen pensando en ti —añado—. Hay fotos de ti en la secretaría y en algunos pasillos. Siempre las veo cuando entro. La gente no te ha olvidado, si eso es lo que te preocupa.

Sam no dice nada. Ojalá supiera lo que está pensando. Mientras permanezco aquí sentada en silencio, pensando en los estudiantes del instituto, se me ocurre una pregunta.

—¿Hablas con alguien más, Sam?

—¿A qué te refieres?

—Por teléfono, digo. Así.

—No. Solo contigo.

—¿Y eso?

Sam se toma unos instantes.

—Tú eres la única que me ha llamado.

Reflexiono sobre eso.

—¿Con eso dices que, si alguien más te hubiera llamado, también habrías descolgado?

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque nuestra conexión es distinta —responde—. Y quizás estuviera esperando tu llamada. En cierto modo.

—¿Puede ser que haya otra razón? —indago.

—¿Como cual?

—No sé —digo, y de golpe pienso en ello—. Tal vez haya algo que necesites decirme. O que necesites que haga...

—O quizás solo quería responder y cerciorarme de que estás bien —repone Sam—. ¿Tan difícil es de creer?

Me reclino en el banco y asimilo su respuesta.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir teniendo esto?

—No siempre, si eso es a lo que te refieres.

Temía que me dijera justo eso. Trago saliva con dificultad.

—¿Eso significa que un día ya no me volverás a coger el teléfono?

—No te preocupes. Primero podremos despedirnos, ¿vale? Sabremos cuándo pasará antes de que lo haga.

—¿No volverás a irte sin más?

—Te lo prometo, Julie. Me quedaré tanto como pueda.

Cierro los ojos un momento e intento hallar consuelo en sus palabras. No le pregunto a Sam nada más. No quiero arruinar este precioso día. La brisa remueve los pétalos sobre el césped. Cuando abro los ojos, alzo la mirada hacia las ramas de los árboles y atisbo el brillo del sol, como monedas de plata, a través de las flores de cerezo.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo —susurro.

—Sí. Ojalá.



El sol se ha puesto para cuando regreso a casa. He estado tantísimo tiempo al teléfono con Sam que he perdido la noción del día. Quería volver a llamarlo desde mi habitación, pero me dijo que deberíamos esperar hasta mañana. Probablemente sea lo mejor. Pese a que el instituto es lo último que tengo en la cabeza, tengo muchísimos deberes con los que ponerme al día. También estoy muy atrasada con las lecturas, que se me han acumulado en el escritorio. Me cuesta muchísimo centrarme. Apenas he terminado de leer un capítulo de mi libro de historia cuando oigo un crujido en la ventana que hace que levante la cabeza de golpe. Un segundo después, oigo otro crujido y una piedra entra volando a mi habitación antes de rebotar contra el suelo. Me precipito hacia la ventana y echo un vistazo fuera.

Una figura alta se mueve en el acceso de coches. Una que me resulta familiar.

—¿Oliver? ¿Eres tú?

Abajo, Oliver, ataviado con su chaqueta de béisbol, me saluda con la mano.

—Hola. ¿Qué tal?

Lo miro con curiosidad.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, pasaba por el barrio... —dice, encogiéndose de hombros como si nada—. Se me ocurrió venir a saludarte. Espero no haberte molestado.

—Oliver... me has lanzado una *piedra* por la ventana.

—Sí, cierto. Culpa mía. Ha sido una torpeza... —admite levantando ambas manos como si se estuviera rindiendo o algo. No parece tener

intención de marcharse.

—¿Necesitas algo? —inquiero.

Él sacude la cabeza.

—No. Para nada. Bueno, quizás. Puede que... ¿sí? Bueno, no. Esto...

—Suéltalo ya, ¿quieres?

Oliver comba los hombros y suspira.

—Quería preguntarte si querías dar una vuelta o algo.

—¿Ahora?

—Sí, a menos que estés liada, claro.

—Pues más o menos.

—Vaya...

No creo que esa fuera la respuesta que estaba esperando. Aparta la mirada a la oscuridad, un poco avergonzado.

—Lo siento —me disculpo.

Oliver se encoge de hombros.

—No, no pasa nada. Entonces supongo que volveré a casa... —Da media vuelta, hacia la calle, como si estuviera a punto de marcharse. Pero no lo hace. Se queda allí petrificado en esa pose, como a punto de echar a andar. Aguardo un poco más, pero no ocurre nada.

—No te vas a ir, ¿verdad?

Él agacha la mirada. Parece desolado.

—De verdad que necesito hablar con alguien —confiesa.

Dirijo una mirada a los deberes sobre mi escritorio y luego otra vez a Oliver.

—Vale. Ahora bajo. Pero no hagas más ruido.

Oliver se cubre la boca y me dedica un gesto con la mano para mostrar su acuerdo.

Unos cuantos minutos después, hallo a Oliver aguardándome en los escalones del porche con las manos en los bolsillos. Fuerá está oscuro. En cuanto salgo a la luz del porche, Oliver abre mucho los ojos.

—Ostras... eh, esa camisa... —tartamudea un poco y da un paso atrás.

Hace un poco de fresco esta noche, así que me he puesto la camisa de cuadros de Sam antes de salir de mi habitación sin siquiera echarle cuenta. No sabía si se daría cuenta o no.

—No encontraba mi chaqueta —me excuso. Me arremango y cruzo los brazos en un intento de no darle demasiada importancia. Los dos nos quedamos allí plantados en silencio durante un momento—. Bueno, y... ¿a

dónde vamos? —le pregunto.

—A ningún lado, en realidad —admite—. ¿Te parece bien?

—Claro.

Sonríe un ápice. Bajo la luz del porche lo veo mejor. Unos inmaculados rizos de color castaño oscuro ocultan su frente. Siempre he envidiado el pelo de Oliver. Esos rizos no pueden ser naturales.

Oliver señala los escalones.

—Las damas primero.

Caminamos en silencio por las aceras iluminadas por farolas. Los únicos sonidos que oímos son nuestras pisadas sobre el cemento y algún que otro coche de vez en cuando. Oliver tiene la vista clavada al frente, y los ojos ausentes. No sé a dónde nos dirigimos, o si acaso importa.

Después de un rato, decido decir algo.

—¿Vamos a hablar o qué?

—Claro —responde—. ¿De qué quieres hablar?

Dejo de caminar.

—Oliver... tú eres el que me ha pedido salir a dar una vuelta.

Oliver se detiene en la acera sin mirar atrás.

—Ciento. —Echa un vistazo a ambos lados de la calle en busca de coches

—. Por aquí —me indica, y cruza. Lo sigo a regañadientes. Conforme salimos del barrio, tengo la sensación de que sí que me está llevando a algún sitio.

Oliver no me mira. Solo sigue caminando. Después de un buen rato así, por fin me pregunta algo.

—¿Sigues pensando en él?

No tengo que preguntar quién es «él».

—Pues claro.

—¿Cuánto?

—En todo momento.

Oliver asiente.

—Yo también.

Volvemos a cruzar la calle, evitando así las luces del pueblo. Oliver se adentra en un camino sin asfaltar que no sé si deberíamos recorrer. Yo lo sigo de todas formas, mirando a todos lados por si vienen coches.

—¿Has visto el Facebook de Sam últimamente? —prosigue Oliver.

—No, borré mi cuenta hace poco. ¿Por qué?

—Es muy raro —me explica—. La gente sigue escribiendo en su muro.

Como si él pudiera leerlos o algo.

—¿Y qué dicen?

—Justo lo que se espera que digan —responde Oliver con el rictus tenso —. No lo aguento. Además, ya nadie usa Facebook, ¿sabes? No recuerdo la última vez que escribí en el muro de alguien. ¿Y de repente se muere y ahora está a rebosar de mensajes? Los he leído todos. Y encima no parece ni que le estén escribiendo a él. Es como si se estuvieran escribiendo los unos a los otros. A ver quién lo llora más, ¿sabes?

No sé muy bien qué decir.

—La gente lida con el duelo de formas diferentes. No deberías dejar que te afecte.

—No es diferente si todos lo hacen. —Señala al otro lado del camino—. Por aquí.

Se está haciendo tarde, pero no digo nada. El pueblo se ha quedado a nuestra espalda, y he perdido la cuenta de lo mucho que llevamos caminando. Por norma general, no me alejaría tanto de casa, y menos tan de noche. Pero Oliver está conmigo. Y es evidente que no quiere estar solo.

La temperatura desciende un poco y distingo el vaho delante de mí. Pero, por alguna razón, no tengo frío. Mantengo los brazos bruzados y me concentro en el ruido de la gravilla al crujir bajo mis zapatos, hasta que Oliver se detiene abruptamente y casi me choco con él. Luego levanto la mirada y leo el cartel. Hasta en la oscuridad, las gruesas letras blancas reflejan las palabras.

#### ESTÁ USTED SALIENDO DE ELLENSBURG

Estamos en el borde limítrofe del pueblo. Un campo de césped se extiende desde esta línea de gravilla que divide Ellensburg del resto del mundo. El aire no se mueve ni una pizca, y las estrellas están empezando a aparecer. Miro a la izquierda y veo la luna pender baja en el cielo, justo por encima de la copa de los árboles, iluminando las briznas de césped —cuyas puntas están ligeramente cubiertas de escarcha debido al frío—, que brillan como la luz de la luna sobre el agua.

Oliver toca la línea fronteriza con el pie mientras yo permanezco cerca de él, observándolo. Se queda contemplando el horizonte, con las manos en los bolsillos, durante un buen rato.

—Sam y yo veníamos mucho aquí —comenta, casi melancólico—. Bueno, antes, más bien. —Me mira—. Antes de conocerte.

No digo nada.

Oliver aparta la mirada.

—¿Sabes? Durante mucho tiempo, estuve cabreado contigo.

—¿Por qué?

—Por robarme a mi mejor amigo —responde—. Siempre estuve un poco celoso, si quieras que te diga la verdad. Siempre me dejaba de lado para ir a verte. Y las veces que quedábamos, tú eras de lo único que hablábamos.

Vuelvo a mirarlo con un arranque de risa en la garganta.

—Tiene gracia. Porque yo te envidiaba justo por lo mismo.

Oliver sonríe y luego desvía otra vez la vista.

—Sam y yo hicimos muchos planes juntos, ¿sabes? Para irnos de Ellensburg algún día. Siempre que nos cansábamos del pueblo, o uno de los dos tenía un mal día, veníamos hasta aquí y cruzábamos la línea —continúa a la vez que también la cruza—. Siempre hablábamos de terminar la universidad en la Central, y sobre a dónde iríamos después. Pero eso fue antes de que hiciera nuevos planes contigo.

—¿Y por eso siempre has pasado de mí?

—Lo siento.

—No pasa nada —lo tranquilizo, y yo también cruzo la línea—. Yo tampoco fui muy amable contigo.

Al cabo de un momento, Oliver suspira y le brillan los ojos.

—Me mata por dentro, ¿sabes? Que no consiguiera salir de aquí. Que este sitio sea lo más lejos que pudo llegar. —Niega con la cabeza.

Trago saliva.

—A mí también me duele.

—Lo cierto es que me alegro de que te conociera —admite Oliver sin mirarme—. Se notaba que lo hacías feliz. Las veces que estabais juntos. Al menos tuvo eso. —Al ver que no digo nada, añade—: No les hagas caso, por cierto. A los que te culpan. No tienen ni idea. Aparto los ojos mientras él sigue. Sam te quería mucho, ¿sabes? Si lo conocieran, sabrían lo mucho que odiaría todas las cosas que están diciendo. Trataré de callarlos si oigo algo.

—Gracias.

No sé qué más decir.

Los dos nos quedamos mirando el césped en silencio durante un buen rato. Luego, de golpe, Oliver dice algo, más para sí mismo, o para la luna, que para mí.

—Ojalá pudiera decirle una última cosa. —Entonces se gira hacia mí—. ¿Tú piensas en ello? ¿En lo que le dirías a Sam de tener la oportunidad?

Bajo la mirada. No sabe que ya he tenido esa oportunidad. Que aún tengo a Sam. Pero no puedo contárselo.

—Sí. He pensado en ello.

—Yo también.

Se está haciendo tarde. Pero nos quedamos allí de pie, en silencio, pensando y oteando el otro lado del mundo durante unos minutos más antes de que, por fin, tengamos que regresar.



Una vez llegamos a mi casa, Oliver me acompaña hasta la puerta. Antes de entrar, tengo que preguntárselo.

—¿Y qué le dirías?

Oliver me observa un poco confundido.

—A Sam, me refiero. Si tuvieras la oportunidad.

—Ah, pues, yo... —tartamudea. Abre y cierra la boca, como si hubiera olvidado cómo hablar. Como si algo lo estuviera reteniendo. Al verlo pasarlo tan mal, poso una mano en su hombro.

—No tienes por qué decírmelo —lo tranquilizo.

Oliver suelta un suspiro de alivio.

—Tal vez a la próxima —me dice.

Sonrío y abro la puerta.

—¿Crees que podríamos volver a hacerlo? —pregunta Oliver.

—¿Pasear, dices?

—Sí. —Asiente—. O, ya sabes, quedar o algo.

Lo medito.

—Claro. Pero llama a la puerta la próxima vez. O mándame un mensaje.

—Trataré de recordarlo —replica—. Aunque sí que te mandé un mensaje. Pero no me has respondido.

—¿Cuándo?

—Antes. Y ayer también.

—¿Me estás diciendo que me has mandado más de uno? No puede ser. —Compruebo los mensajes otra vez para asegurarme. No tengo ninguno de

Oliver. Ahora que lo pienso, no tengo mensajes de nadie. ¿Ya no me llegan? Me he dado cuenta de eso desde que empecé a hablar con Sam hace unos días—. Puede que sea mi teléfono. Está haciendo cosas raras últimamente.

—Es un alivio —exclama Oliver—. Creía que me estabas ignorando.

—¿Y decidiste venir y tirarme piedras a la ventana?

Oliver contiene una sonrisa.

—Qué te voy a contar. Soy muy pesado.

—Puede que un poquitín. Bueno, debería entrar.

Pero antes de hacerlo, Oliver se inclina sin decir nada y me envuelve otra vez entre sus brazos. Este abrazo dura más que el de la última vez, pero no me aparto.

—Tu camisa —me susurra al oído—. Todavía huele a él.

—Sí.

Nos damos las buenas noches. Cierro la puerta a mi espalda y oigo que Oliver permanece unos instantes en el porche antes de, por fin, bajar los escalones. Mientras me preparo para meterme en la cama, sigo preguntándome qué le diría Oliver a Sam de tener la oportunidad. Me pregunto si alguna vez confiará en mí lo suficiente como para compartirlo conmigo. O quizás sea algo que ya sepa.

# CAPÍTULO SEIS

Hay una canción que siempre escucho al ponerme a escribir. Se llama *Fields of Gold* y es la versión en vivo que interpreta Eva Cassidy. La canción empieza con unos suaves acordes de guitarra y una voz melancólica que podría compararse a un lobo gimoteando, o al llanto de un pájaro cantor. Cada vez que la escucho, cierro los ojos y me transporto allí, a un campo de cebada de color oro, mientras una brisa fresca me alborota el pelo y siento el calor del sol en la espalda. Siempre me he imaginado allí sola con los campos interminables y el sonido de la guitarra proviniendo de un lugar que soy incapaz de ver.

Sam aprendió a tocar esa canción para mí tras un día darme un toquecito en la espalda en clase y preguntarme qué estaba escuchando. Me acuerdo de que, otro día, tumbados en el césped, le pedí que me la cantara a pesar de saber que a veces le daba vergüenza su voz, pero él me respondió que «otro día». Después de entonces se lo pedí muchas otras veces y siempre se inventaba alguna excusa diferente para no hacerlo, como que no había calentado la voz, que la notaba algo ronca o que necesitaba ensayar más. Tal vez tenía miedo de destrozar la canción porque sabía lo mucho que me gustaba. Apenas la ha tarareado en varias ocasiones, como la noche que se sentó conmigo en el porche después de que yo ayudara a mi padre a llevarse sus cosas de casa y de verlo marchar.

Al tiempo que escucho la canción sola en mi cuarto, me doy cuenta de que ya jamás escucharé a Sam cantarla para mí, y que ese «otro día» ya nunca llegará.



Durante la mañana siguiente me sumerjo en la música de Sam. Encuentro uno de sus CD en el coche de mi madre y me quedo sentada escuchándolo a solas en el aparcamiento antes de ir a clase. Es una lista de temas en vivo que Sam grabó él mismo en su cuarto con la guitarra acústica, y cada una cala hondo en mí a causa de los ostinatos de baladas famosas que hizo

completamente suyas. El gusto por la música antigua le viene de su padre. Elton John, Air Supply, Hall & Oates. A pesar de que la gente ya no escucha CD, Sam me los grababa de todas formas porque sabe que prefiero el formato físico antes que el digital. Igual que con los libros; me gusta sentir algo real en la mano. A lo largo de los años, Sam me grabó decenas de ellos, a cada cual más largo y más reflexivo, y después me enteré de que, con ellos, me mostraba qué sentía por mí en ese preciso momento. Le encantaban los temas lentos, igual que a mí. Una de sus canciones favoritas era *Landslide* de Fleetwood Mac. Recurría a ella cuando alguien le pedía que tocase algo con la guitarra. Las opciones musicales en Ellensburg no es que fueran las mejores, pero se esforzaba al máximo. Tocaba en recitales del instituto, bodas, en las cafeterías que se lo permitían... Y tocó una centena de veces solo para mí. Siempre le decía que este sitio se le quedaba corto, y él me repetía lo mismo a mí.

Me doy cuenta de que este es el único CD suyo que me queda tras haberlo tirado todo. En la parte delantera veo mi nombre escrito con tinta azul de su puño y letra. Antes de salir del coche, vuelvo a guardar el CD en la caja y lo meto en la mochila.

El instituto no ha cambiado desde que regresé. La gente gira la cabeza a un lado y nadie me dirige la palabra. Ya no me importa que me hagan el vacío. Encuentro cierta paz en estar sola. Tenía ganas de la clase de historia de hoy porque es la única en la que estamos juntas Mika y yo, pero hoy tampoco ha venido. Llevo un tiempo sin verla. Le he escrito esta mañana, pero todavía no me ha contestado. No sé si es motivo para preocuparme. Espero que todo le vaya bien. Tal vez no haya recibido mis mensajes.

Veo que Jay me está esperando a la salida de la tercera clase. Lleva una camisa azul cielo arremangada y desabotonada de forma estilosa. Se ha peinado de forma distinta y los finos mechones le cubren las cejas y le hacen parecer una estrella del pop. Es un desperdicio que este instituto no se fije en su estilo. Cuando le regalo el cumplido, él sonríe, lo cual destaca sus pómulos.

—Oye, no me acuerdo, ¿fuiste modelo en Tailandia?

Jay levanta la vista hacia la luz del techo con ojos chispeantes.

—¿Tanto se me nota?

—Es por los pómulos.

Habíamos quedado con Yuki para comer fuera hoy. Rachel no viene. Ha estado ayudando a organizar un Club de Estudiantes Asiáticos con algunos

amigos y necesitan veinticinco firmas para la semana que viene. Jay me ha contado que les está costando que la gente quiera formar parte de él.

Han colocado una mesa al final del pasillo. Rachel está sentada con su amiga Konomi y habla con algunos estudiantes de último curso. Me pica la piel al descubrir a Taylor y Liam allí.

Liam coge uno de los panfletos.

—Entonces, ¿ninguno podremos apuntarnos? Dice que solo es para alumnos asiáticos.

—No dice eso —le rebate Rachel.

Taylor ladea la cabeza levemente, fingiendo interés.

—¿Qué requisitos hay?

—No hay requisitos —contesta Rachel—. Puede unirse cualquiera.

—Si es así, ¿por qué se llama Club de Estudiantes Asiáticos? —inquiere Taylor, señalando el cartel en la mesa—. Eso no suena nada inclusivo. ¿Qué soléis hacer?

—Seguramente despilfarrar dinero del instituto para ver anime —se burla Liam.

Me arden las mejillas. Sam los defendería si estuviera aquí. Pero ya no está. ¿Querría que dijera algo yo? ¿Qué defendiera a Rachel? Mientras me debato qué hacer, Jay se acerca a la mesa.

—¿Qué problema hay?

Liam lo mira.

—Nadie dice que haya un problema.

—Si el club no os interesa, no tenéis por qué formar parte de él —espeta Jay—. Ni burlaros tampoco.

Taylor se cruza de brazos.

—¿Sabes lo que son las bromas?

—Ni siquiera estábamos hablando contigo —suelta Liam. Se yergue, como si con eso fuera a intimidar a Jay lo suficiente como para marcharse. Pero Jay permanece allí, calmado. Antes de que esto vaya a llegar a más, me interpongo entre ellos, esperando poder apaciguar la situación.

—Tus bromas no hacen gracia —le digo a Liam—. ¿Por qué no los dejáis en paz? Dejad de hacer perder el tiempo a la gente.

Liam intercambia una mirada con Taylor antes de encararme.

—¿Estamos molestando a tus amigos? ¿A los únicos que te hablan? Al menos hablan nuestro idioma, algo es algo.

—Eres un capullo —espoto casi a gritos.

Él entrecierra los ojos en mi dirección.

—Al menos yo fui al funeral de mi amigo. Aunque, bueno..., es verdad que yo no tuve nada que ver con su muerte.

Me recorre un escalofrío. No sé qué responderle. Me quedó allí, quieta, intentando que la sorpresa no sea evidente en mi rostro. Taylor sacude la cabeza antes de volverse. Antes de marcharse, Liam agarra un puñado de caramelos de un bol sobre la mesa y se los mete en el bolsillo.

—Nos vemos.

En cuanto se van por el pasillo, suelto una gran bocanada de aire y me giro hacia la mesa.

—¿Estás bien, Rachel? —pregunto.

—No te preocupes. —Ella sonríe como si no pasara nada, como si lo que han dicho ni siquiera le molestara. Es una sonrisa que jamás seré capaz de entender—. ¿Y tú? —me devuelve la pregunta—. ¿Estás bien?

No sé qué contestarle. Cojo la hoja de firmas y escribo mi nombre.



El día no mejora. Soy incapaz de prestar atención durante el resto de las clases. Cada vez que miro el reloj, es como si este se detuviese, haciendo que el día resulte más largo. Garabateo en el cuaderno y miro por la ventana para que pueda volver a retomar la marcha, pero no funciona. Nadie se sienta a mi lado. Finjo no darme cuenta. Los profesores parlotean y yo no escucho ni una palabra. Lo único en lo que pienso es en Sam. Ojalá pudiera hablar con él ahora. Sin embargo, decidimos no hacerlo hasta esta noche, así que toca esperar. Se me viene algo a la mente estando sentada en la última fila en clase de Lengua. No sé por qué no se me ha ocurrido antes. Saco el móvil y le mando un mensaje en el que le digo que lo echo de menos.

Hay un error en el envío.

Intento mandarle otro y me vuelve a dar error. Qué raro. Ya se lo preguntaré luego.

Suena el timbre, por lo que me libro de un discurso larguísimo sobre *Oliver Twist*. Mientras los alumnos empiezan a recoger, el señor Gill, el profesor, dice algo que me detiene en seco.

—... Y recordad, entregadme el trabajo si no lo habéis hecho ya.

¿Qué trabajo? Siento como si me echaran un jarro de agua helada por encima cuando recuerdo la comparación entre *Hamlet* y *Gatsby* de la que ni me he acordado estas últimas semanas. Era para el miércoles pasado, pero el señor Gill nos dio tiempo extra para acabarlo por lo que pasó. Vaya, por lo de Sam. Nos mandó varios recordatorios por correo y, aún así, se me ha pasado completamente. El señor Gill es de los que creen que entregar un trabajo tarde es un acto ofensivo que debería castigarse con una bajada de la nota de un par de puntos.

Mientras la gente sale en fila, yo me dirijo a su escritorio, a pesar de no haber pensado qué decirle. Así pues, voy directa al grano.

—Señor Gill, lo siento mucho, pero no he podido hacer el trabajo.

—¿Y a qué se debe?

—No tengo excusa. He estado... dispersa.

Él recoge la pila de papeles y la ordena frente a mí.

—Tienes razón, no hay excusa.

—Lo sé, y lo siento mucho. Voy retrasada en muchas materias. —No sé qué más decirle—. ¿Podría entregárselo mañana?

—Julie, ya os he dado más tiempo. —El señor Gill se levanta con la pila de papeles en la mano.

—Lo sé... Estas dos semanas han sido horribles —le digo, siguiéndolo

—. No he podido concentrarme.

—Lo comprendo, y por eso pospuso la fecha de entrega —me repite como si con eso bastara, como si debiera agradecérselo o algo—. No te puedo dar un día más porque sería injusto para el resto de la clase.

—Por favor, señor Gill... —insisto en un tono más desesperado—. ¿No se lo puedo entregar tarde y que me baje la nota?

—Lo lamento, Julie, pero no puedo aceptar trabajos tarde. Está en la programación.

—Pero ¿por qué no? ¿No me puede poner una nota más baja o algo? Solo hay cuatro trabajos por semestre. Un cero me dejaría a las puertas del suspenso y no podré graduarme. Y si no me gradúo, no podré marcharme de este estúpido pueblo, ni mudarme a Portland, ni ir a Reed College o entrar en las asignaturas de escritura creativa, aunque no me han respondido todavía.

—Porque os estoy preparando para el mundo laboral. —El señor Gill señala la ventana vagamente—. Y ahí fuera, la vida no os alarga los plazos.

Ni siquiera en los momentos duros. Tómatelo como una valiosa lección. Ya me lo agradecerás.

Él levanta la mano para dar por zanjada la conversación. No es la primera vez que nos dice algo así. Cree firmemente en que me está haciendo un favor siendo así de estricto. «Pero no estamos en el mundo laboral», quiero decirle. «Estamos en el instituto, y por mucho que no me apetezca, suspender esta estúpida clase podría cambiarme la vida».

No insisto más porque no hay nada que hacer. Me marcho antes de decir algo de lo que me arrepienta. Odio admitirlo, pero tiene razón. Debería prepararme para un mundo en el que nadie esté de tu parte ni dispuesto a ayudarte, aunque esa ayuda no les cueste nada.

Tengo que volver a casa y hablar con Sam. Él me entenderá. Voy corriendo a mi taquilla para coger algunas cosas antes de irme, pero veo que alguien me está esperando junto a ella.

—Ah... Mika.

Ella no dice nada. Se limita a mirarme. Está pálida y tiene ojeras. Me pregunto si estará enferma.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Llevaba tiempo sin verte. Te he escrito.

—He estado en casa.

Tiene el pelo hecho un desastre. Se lo aparto de la cara.

—Pareces cansada —susurro.

—Estoy horrible, ya lo pillo —dice apoyándose contra las taquillas.

—Yo no he dicho eso.

—He tenido que ocuparme de muchas cosas. —Mira en derredor—. Y no me gusta haber vuelto.

—¿Te refieres al instituto?

Ella baja la mirada.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Mika me mira.

—Esta noche hay vigilia —me explica—. El instituto le ha pedido a mi familia que la organice. Todos asistirán esta noche, en teoría, así que me vendría bien algo de ayuda.

Sam y yo tenemos programada otra llamada esta noche. No quiero que me espere y se pregunte dónde estoy, pero tampoco le puedo contar eso mismo a Mika. ¿Qué le digo?

—Todavía no sé si podré...

Mika me atraviesa con la mirada.

—¿También te la vas a perder?

—Mika —empiezo a decir.

—No sé ni para qué me molesto —espeta, recogiendo la mochila del suelo—. Sabía que no vendrías. Ya nos veremos.

Siento un ramalazo de culpa al no saber qué decirle. Si conociera la razón... No obstante, no podemos seguir así. Cuando Mika hace amago de irse, la agarro del brazo.

—¡Iré! Iré a la vigilia.

—No hace falta —responde, soltándose.

—Quiero ir. Te lo digo en serio. Esta vez quiero estar allí.

Mika me observa y me escruta como lo hace siempre.

—Es a las ocho. Si quieres que vayamos juntas, quedamos en mi casa.

Se supone que debo llamar a Sam a esa hora, pero seguro que puedo llamarlo después. Lo entenderá. No quiero volver a decepcionar a Mika. Odio verla así.

—Te prometo que allí estaré.

—Esta noche —me recuerda.

—Esta noche.



Dejo la mochila en el suelo en cuanto llego a casa. La casa está en silencio, así que mi madre debe de seguir trabajando. Al abrir la puerta de mi cuarto, una brisa se cuela por la ventana y hace que algunos papeles salgan volando. Corro hacia ella para cerrarla, pero el marco se ha vuelto a fastidiar. Lo intento varias veces, pero nada, así que la dejo como está. Ni siquiera recojo los papeles del suelo. Camino entre ellos. Había pensado escribir en mi cuaderno nuevo al llegar a casa y ponerme con la muestra que me piden, pero ya no me siento motivada. Hoy ha sido un día agotador. Me duele la zona izquierda de la cabeza. No dejo de pensar en Liam, en Taylor, en el señor Gill y el estúpido trabajo que se me ha olvidado presentar.

Ojalá pudiese hablar con Sam ya. Echo de menos que esté a mi lado. Que estemos en el mismo sitio, yo con la cabeza apoyada en su pecho, hablando

de cualquier cosa que me preocupase. Siempre estaba dispuesto a escucharme, incluso aunque no supiera qué responder. Miro el móvil. Se supone que iba a llamarlo más tarde. Sé que debería esperar, pero ha sido un día tan horrible y tengo tantas ganas de escuchar su voz... Su camisa sigue colgada en el respaldo de la silla. Me la quedo mirando durante un buen rato antes de probar suerte y llamarlo.

El teléfono suena más tiempo de lo normal. Sin embargo, responde. El tono de su voz se me antoja cálido.

—Hola...

—Sam...

—No esperaba que me llamaras tan pronto —me dice—. ¿Va todo bien?

—No podía esperar —confieso—. Espero que no te importe.

—Claro que no me importa. Me puedes llamarme cuando quieras, Jules.

Cuando lo necesites.

Suspiro, aliviada.

—De acuerdo. Me alegro.

—¿Seguro que estás bien? Suenas algo tensa. —Siempre ha sido capaz de notar cómo estoy por la voz. Es una de las cosas que más me gustaban de él. Nunca podía ocultarle lo que sentía.

—He tenido un día duro, ya está.

—¿Qué ha pasado?

—Cosas del instituto —respondo, ahorrándole los detalles—. No es nada.

—Me siento en el borde de la cama y suspiro para destensarme. Ahora que estoy hablando con Sam, no quiero arruinar la llamada con el tema del trabajo de Lengua que se me ha olvidado entregar.

—No hace falta que te lo cuente.

Sam se ríe un poquito.

—¿De verdad eres Julie?

—¿A qué te refieres?

—A que una vez te estuviste quejando cuatro horas de un libro que devolviste tarde a la biblioteca, ¿te acuerdas? —dice—. Puedes contarme lo que quieras. Imagina que es como antes. Dime qué ha pasado.

Suspiro.

—Voy atrasada en todo. Y se me ha olvidado entregar un trabajo.

—¿Para la clase del señor Gill?

—Sí, pero no importa —repongo—. Falta uno más, y si saco buena nota en ese, no pasará nada. —Alzo la mirada hacia el calendario que tengo

colgado sobre el escritorio—. Y la graduación está a la vuelta de la esquina. Solo tengo que hacer un último esfuerzo. Todo irá bien. —Por primera vez, quiero que Sam sepa que estoy bien. Aunque no las tenga todas conmigo.

—La graduación... —Sam repite la palabra casi para sí mismo—. Por un momento se me había olvidado. Debe de estar guay tener ganas de que llegue el día.

Se me cierra la garganta. No sé qué contestarle.

—Supongo —respondo.

De repente, imaginarme con el birrete y la toga ya no me resulta apetecible. Sobre todo si Sam no está. Tal vez debería saltármela...

—¿Has pensado ya qué hacer? Despues de la graduación, quiero decir.

—Pues... —Me quedo callada sin saber qué responder. Porque Sam y yo solíamos quedarnos en vela toda la noche dándole vueltas al tema. Planeando un futuro juntos. Dónde viviríamos, los trabajos que deseábamos tener, lo que queríamos hacer. Y ahora él ya no está y yo me he quedado sola con un montón de planes partidos por la mitad—. Todavía no lo sé. No lo he decidido.

—¿Sabes algo de Reed? —inquiere Sam.

—Nada.

—Seguro que entras. Todo irá bien.

—Eso espero.

La verdad es que deberían haberme respondido ya. Todas las mañanas miro el buzón para ver si ha llegado la carta. Dadas mis notas, Reed es una elección razonable. La verdad es que estoy cansada de leer libros en los que los protagonistas solo mandan solicitudes a las universidades de la Ivy league y siempre entran. Yo no tengo la trayectoria necesaria para entrar en ellas. Me gusta más la reputación de Reed, que pasa desapercibida.

Sin embargo, ahora no me apetece hablar del futuro. Así, no. No cuando Sam ya no puede tener su propio futuro. Por eso mismo, cambio de tema.

—Hoy he visto a Mika en el instituto —leuento—. Van a celebrar una vigila para ti esta noche, con velas y eso. Me ha pedido que vaya y creo que irá mucha gente.

—Mika... —Parece alegrarse cuando menciono su nombre—. ¿Cómo está?

—No en su mejor momento. Te echa mucho de menos.

—Y yo a ella —admite Sam—. Me acuerdo mucho de ella. A veces desearía que pudiéramos hablar.

Me cambio el auricular a la otra oreja.

—¿Por qué no lo haces? Significaría mucho para ella. —Sam y Mika crecieron en la misma casa. Parecen hermanos de lo mucho que se quieren.

Sam deja escapar un suspiro.

—Si pudiera, lo haría, Jules.

El ruido de un coche al entrar en el acceso de vehículos se cuela por la ventana y me avisa de que mi madre ha llegado. Me levanto para comprobar que tengo la puerta cerrada por si trata de entrar, lo cual hace a veces.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquiere Sam tras un rato en silencio.

—Claro, lo que sea.

—Como ya no estoy por allí, ¿puedes cuidar de Mika por mí? Me refiero a que te asegures de que está bien y esas cosas.

—Por supuesto, Sam. —Siento un ramalazo de culpa porque sienta que me lo tiene que pedir. Mentalmente, me apunto el hablar con ella en cuanto acabe la llamada—. Me aseguraré de que esté bien. Te lo prometo.

—Gracias —responde Sam—. Seguro que tener a una amiga le vendrá bien, aunque no lo admita. No te olvides, ¿vale?

—No me olvidaré. No te preocupes.

—Sé que no lo harás. Siempre te acuerdas. Y eso significa mucho para mí. —No seguimos con el tema. Seguimos charlando un poco más hasta que mi madre sube las escaleras y me llama para que la ayude a meter la compra en casa—. En fin, será mejor que colguemos —dice Sam—. Seguro que tienes muchos deberes con los que ponerte al día. No quiero distraerte.

—Jamás lo has hecho.

Sam se ríe.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Espera —exclamo antes de que cuelgue—. Una cosa más.

Hay algo que no he querido mencionar porque me daba miedo. Llevo dándole vueltas desde que volví al instituto. No sé cómo preguntárselo, así que tardo en hablar.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam.

Vacilo.

—¿Estás... enfadado conmigo?

—¿Enfadado por qué?

—Por lo que pasó aquella noche.

—No te entiendo, Julie...

Trago con fuerza y trato de buscar la manera de expresarme.

—Lo que quiero saber es... si me culpas. ¿Me culpas por lo que te pasó?  
Se produce un largo silencio.

—Ah... —La voz de Sam se torna más profunda al comprender por dónde van mis tiros—. Julie... ¿Cómo se te ocurre preguntarme algo así? Claro que no. Jamás podría echarte la culpa de lo que pasó —explica—. No fue culpa tuya, ¿vale? Pero... —Y se queda callado.

—Pero ¿qué?

Sam se toma su tiempo para contestar.

—Para serte sincero, no sé qué más decir... No sé cómo contestarte. No quiero echarle la culpa a nadie. Porque no cambiará nada, ya sabes. Nada puede cambiar lo que pasó. Y me cuesta aceptarlo... —Por primera vez, detecto dolor en su voz, como si algo afilado se le hubiera quedado atragantado en la garganta.

—Lo siento. No te debería haber preguntado... —empiezo a decir.

—No pasa nada, Jules. De verdad —me tranquiliza—. ¿A qué viene esa pregunta? Espero que no lo pienses en serio.

—Al principio no. Pero algunos en el instituto lo han estado diciendo.

El tono de Sam se vuelve más severo.

—Olvídate de ellos. No saben lo que dicen. No estaban allí. No les creas.

—Lo intentaré.

—Siento que tengas que pasar por esto —se disculpa.

—Y yo siento que hayas muerto.

No volvemos al tema. Una vez cuelgo, recojo los papeles del suelo y me siento al escritorio. Me cuesta concentrarme después de haber mantenido esa conversación. Me cuesta más de una hora empezar un trabajo de historia y apenas logro escribir un par de frases. Le doy vueltas a la idea de volver a llamar a Sam, pero tengo que terminar los deberes. Las palabras de los libros se emborronan y cambian de sitio, y me olvido de lo que estoy leyendo. Debo de haberme quedado dormida en algún momento, porque cuando abro los ojos ya no me encuentro en mi habitación.

Una niebla se desliza entre mis zapatos y, cuando levanto la cabeza, me descubro en una estación de autobuses. Está oscuro. No logro vislumbrar nada más allá de la cortina de niebla, ni siquiera el cielo. Miro en derredor para tratar de dar con alguien, pero estoy sola. Lo único que hay es una maleta que le pedí prestada a mi padre cuando fui a visitarlo la última vez. Siento que me vibra algo en el bolsillo. Hundo la mano y saco el móvil.

Enciendo la pantalla.

Nueve llamadas perdidas de Sam. Doce mensajes.

Son las 23:48.

De la nada el ruido de un camión atraviesa el aire como un rayo, aunque soy incapaz de verlo. Tanto el sonido como la hora exacta me devuelven a aquella noche de hace casi dos semanas.

Esta es la noche en la que Sam murió. Y aquí me encontraba yo.

El teléfono vuelve a sonar, esta vez más alto.

Es Sam. La última vez no lo cogí porque no sabía lo que pasaría. Esta vez lo hago, solo para ver si el final es distinto.

Se oyen chisporroteos en la línea, pero no logro escuchar nada más.

—¡Sam! Sam, ¿estás ahí?

Solo oigo interferencias, como si alguien arrugara un papel. Ladeo el móvil y giro en círculos hasta que por fin percibo una voz a través del auricular. Solo que apenas consigo entenderla.

—¿Julie? ¿Quién es? ¿Hola?

—Sam, ¡soy yo, Julie!

—¿Dónde estás? No te veo. ¿Julie?

Y siguen las interferencias. Creo que no me puede oír bien.

—¡Sam, voy para allá! No te preocupes, ¡espérame ahí!

—Julie, ¿dónde estás...?

Vuelvo a oír los chisporroteos antes de que el teléfono suelte directamente un chispazo, por lo que yo me lo alejo de la oreja. Sale humo de la pantalla a la vez que grito el nombre de Sam, tiñendo el aire como la niebla hasta que no logro ver más que unos rayitos rojos y blancos que desaparecen.

Suena una bocina seguida del chasquido de las cuerdas de una guitarra al romperse, y yo despierto en mi escritorio. Ya no hay humo.

Ni siquiera compruebo qué hora es o si está oscuro. En lugar de eso, bajo corriendo, cojo las llaves del coche y salgo por la puerta. Saco el coche de la entrada antes de que mi madre repare en lo que estoy haciendo y conduzco por la carretera 10 hasta salir de Ellensburg.

Puede parecer una chorrrada, pero tal vez Sam esté ahí fuera esperándome. Tengo que encontrarlo. Lo único que ilumina la autovía durante bastantes kilómetros son mis faros. No dejo de mirar por la ventanilla por si distingo a Sam andando por el arcén. Mis pensamientos vuelven a conjurar lo que pasó aquella noche.

Sam estaba en una hoguera junto al río con unos amigos. Era la misma

noche que yo volvía de viajar a Seattle para visitar a mi padre. Sam me había prometido venir a recogerme, como siempre. Pero cuando lo llamé al salir de la estación, seguía en la hoguera, a más de una hora de camino. Él se disculpó más de una vez, pero a mí me dio rabia que se olvidase de mí, así que colgué y no volví a cogerle el teléfono. Le dije que volvería andando a casa. No tenía ni idea de que aquello sería lo último que le diría.

Supongo que Sam pensó que lo estaba desafiando, y en retrospectiva, tal vez así fuera. Porque se marchó de la hoguera para venir a buscarme. Fue entre las once y media y la medianoche, mientras conducía por la carretera 10 cuando un camión viró hacia su carril. Supongo que Sam tocó el claxon hasta la saciedad. Me pregunto si intentó esquivarlo.

Sam no murió en el accidente pese a que su coche diera vueltas de campana. No solo logró mantener la conciencia, sino que también fue capaz de soltarse del asiento, salir a rastras a la carretera y empezar a andar. No sé cómo, caminó más de kilómetro y medio antes de desplomarse. Un policía dijo que fue todo un ejemplo de fortaleza. Yo creo que fue una prueba de lo mucho que quería vivir. Tardaron horas en encontrarlo. Para entonces ya era demasiado tarde. Sam había perdido mucha sangre y había muerto de agotamiento. A nadie le gusta decirlo, pero tal vez habría sido mejor que hubiese muerto en el choque. Sin embargo, su fuerza de voluntad era demasiado tenaz. Como él.

Encontraron el móvil de Sam cerca del lugar del accidente, cubierto de cristal y suciedad. Tal vez si lo hubiera llamado en el momento oportuno, lo habría oído y hubiera cogido el teléfono, y yo habría llamado a emergencias para pedir ayuda. Puede que, si no me hubiera enfadado tanto con él, él no se habría marchado de la hoguera tan deprisa y tampoco se habría cruzado con el camión. Quizás, si los astros se hubieran alineado de otra forma, o el viento hubiese dado hacia otro lado, o hubiese empezado a llover de repente, o yo qué sé, Sam estaría vivo y yo no estaría conduciendo en plena noche para buscarlo.

Detecto algo delante. Las luces iluminan la carretera oscura a la vez que yo reduzco la velocidad. A un lado de la carretera han atado docenas de cintas blancas a los quitamiedos. Aparco y salgo del coche. Sigo la hilera de cintas hasta llegar. Ahí, junto a una corona de flores y velas ardiendo hay un retrato de Sam clavado al quitamiedos. Me arrodillo en el suelo a su lado. En la foto lleva su chaqueta vaquera; la que tiré el otro día. La brisa provoca que algunas cintas ondeen en el aire. Rozo el marco con los dedos.

—Lo siento, Sam —susurro.

Después de todo este tiempo, por fin lo he encontrado. Pero he llegado demasiado tarde.

# CAPÍTULO

## SIETE

ANTES

Para ser un martes por la noche el autocine está a reventar. Hay unas pocas mesas fuera, cada una abarrotada de adolescentes compartiendo patatas fritas bajo largas tiras de luz. Pasa un rato hasta que se quedan asientos libres para nosotros. Me siento junto a Mika mientras Sam va a por bebidas. Esta es la primera vez que quedamos los tres juntos. Solo he visto a Mika una vez, en la fiesta de hace unas semanas. No pensaba salir esta noche, pero Sam me ha mandado un mensaje hace una hora preguntándome si quería ir a cenar algo. No ha mencionado que su prima fuera a venir también.

Mika y yo apenas hablamos. Ojalá Sam no nos hubiese dejado a solas. Tal vez debería haberme ofrecido yo a ir a por la comida. ¿Por qué está tardando tanto? Luego, de la nada, sin siquiera girarse hacia mí, Mika me pregunta algo de lo más inapropiado.

—Estás enamorada de Sam, ¿verdad?

—¿Qué...? —Estaba demasiado descolocada como para hilar una frase junta. Algo se me queda atascado en la garganta—. Eh... ¿Perdona?

Mika se pasa una mano por su suave melena negra con parsimonia, imperturbable ante mi reacción.

—Simplemente te lo pregunto porque él parece estar loco por ti.

Abro mucho los ojos, sorprendida por su despreocupación.

—¿Y deberías habérmelo dicho?

Mika me lanza una miradita.

—No finjas que no te has dado cuenta. Está clarísimo. Todo el insti lo sabe.

Muevo la boca, pero no me salen las palabras. «¿Por qué tarda tanto Sam? ¿Por qué me ha dejado con ella?».

—Deberías decirle algo sobre su pelo —prosigue Mika.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Solo es una sugerencia —dice, y se inclina hacia mí—. ¿Te gustan los Sons of Seymour? La banda, me refiero.

—Creo que he oído hablar de ellos —respondo vagamente.

—Tocan en el pueblo este fin de semana. Sam está obsesionadísimo con su nuevo álbum. Deberías sugerir que vayamos. Él ya ha comprado su entrada.

—Entonces, ¿para qué voy a sugerir...?

Ella levanta una mano.

—Tú hazlo.

Un segundo después, Sam reaparece entre la muchedumbre con batidos en las manos. Mika susurra:

—Ya vuelve. Actúa normal.

Sam deja la bandeja entre nosotras.

—Se han quedado sin pajitas... —dice, llevándose una mano a su chaqueta—. He tenido que pelearme con uno por las dos últimas. —Nos tiende una a cada una—. Supongo que yo esperaré a que se derrita el mío para bebérmelo.

—Qué asco —comenta Mika.

Sam me mira.

—Las pajitas son malas para el medioambiente, de todas maneras. He oído que van a intentar prohibirlas en Seattle.

—¿Estás tratando de impresionarnos o de hacernos sentir mal? —inquiere Mika.

—Ignórala —me dice Sam poniendo los ojos en blanco. Se quita la chaqueta y luego el sombrero.

—Anda... —Me fijo en su nuevo corte de pelo—. Me gusta.

—¿De verdad? —responde, de golpe ruborizado. Me preocupaba que me lo hubieran cortado demasiado.

—No, está bien.

Nos sonreímos de forma incómoda. Doy un sorbo al batido mientras Sam se sienta frente a mí. Lo observo mientras se queda mirando su vaso sin pajita, esperando a que se derrita.

—Este viernes no hay insti —comenta Mika para sacar algo de conversación—. ¿No es un alivio?

—Sí... por fin un finde de tres días —prosigue Sam. Nos mira a ambas—. ¿Tenéis planes vosotras dos?

Mika me da un golpecito con el pie.

—Ah... Eh... Bueno, he oído que hay un concierto este finde creo que quiere que diga—. De los Sons of Seymour.

Sam se inclina sobre la mesa con los ojos refulgentes de emoción.

—¡Sí! Yo acabo de sacarme la entrada. No sabía que te gustaran los Sons of Seymour.

—Yo tampoco sabía que te gustaran a ti. —Le pego un sorbo a mi batido en un intento de parecer natural.

—¡Pues claro! Me flipan. ¿Cuál es tu canción favorita de ellos? —me pregunta Sam.

—Ah, pues... —Finjo meditarlo—. Eh... lo cierto es que me gusta todo el álbum. El nuevo, me refiero.

—Es buenísimo, ¿a que sí?

—Sí.

—A lo mejor podemos ir juntos —sugiere Sam. Seguro que venden entradas en la puerta.

—Me encantaría.

—Guay.

Miro a Mika. Ella sonríe mientras bebe de su batido, satisfecha.

Fue en este momento cuando decidí que me caía bien. Empecé a aguardar con muchas ganas esos días en los que ella se adhería a nuestros planes. Sobre todo, me encantaba cuando mandaba a Sam a buscar cualquier cosa sin importancia para darnos un momento para hablar; normalmente sobre él. Como aquella vez en el Wenatchee Valley Museum, viendo la sección de la Edad de Hielo, cuando envió a Sam al coche a traerle la chaqueta.

Mika pega la nariz al cristal para examinar un esqueleto de mamut.

—¿Qué tal el finde en Seattle?

—Me lo he pasado bien. Aunque prácticamente no ha dejado de llover en todo el día. ¿Y el tuyo?

—Sam y yo revimos *Avatar: la leyenda de Aang* —dice—. Es una de sus series favoritas. Me preguntó por ti.

—¿Sí?

Da golpecitos al cristal, aunque se supone que está prohibido.

—Sobre lo que pensaba de ti, me refiero —me aclara.

—¿Y qué le dijiste? Espero que no te importe que te lo pregunte...

—Le dije que me gustabas más que las otras chicas del insti responde Mika—. Que, francamente, no es decir mucho, si tenemos en cuenta dónde vivimos.

—Aun así, me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías —insiste Mika, asintiendo. Mi aprobación es muy importante

para Sam. Sabe que tengo buena intuición. Sobre todo con la gente. —Me mira—. Espero no equivocarme.

Al cabo, Sam regresa del coche.

—No has traído chaqueta —la informa.

Mika se da una palmada en la frente.

—Se me ha olvidado por completo. —Mira la hora en su reloj—. De todas formas, ya voy tarde al trabajo. Debería irme.

—¿Cómo que al trabajo? —pregunta Sam. Si fue idea tuya venir aquí.

—Se me pasó —se excusa Mika—. Vosotros dos terminad de ver el museo sin mí.

—¿Cómo piensas volver? —inquiero.

—Me recoge mi madre. Debe de estar al llegar. —Mika echa un vistazo a su teléfono—. Tengo que irme. Vosotros dos pasadlo bien.

No es la primera vez que nos hace algo así. Hace planes para los tres, y luego halla la manera de dejarnos a solas.

Sam y yo devolvemos la atención al esqueleto de mamut. Es mi exhibición favorita.

—Siento lo de Mika —se disculpa Sam con un suspiro—. Tiende a... meterse en donde no la llaman. —Yo contengo una risa sabedora—. Solo para que quede claro, yo no tengo nada que ver con esto.

Me giro hacia él.

—¿Con «esto» te refieres a que no quieres estar aquí?

—¿Qué? ¡No! Solo decía que... —Sam se calla, respira hondo y luego vuelve a empezar mucho más sereno—. Lo que digo es que, por mucho que quiera a Mika, no necesito que nadie me ayude a pedirte salir.

—Me parece justo —respondo.

Nos volvemos de nuevo hacia el cristal. Al cabo de un momento, el móvil de Sam suena brevemente. Y un segundo después, el mío también. Miramos los mensajes.

Levanto los ojos hacia Sam.

—¿De Mika?

—Sí.

—¿Qué dice el tuyo?

—Dice que me escaquee del museo y te pida ir a cenar. —Me devuelve la mirada—. ¿Y el tuyo?

—Que te diga que sí.

Es imposible no sonreír. Sobre todo para Sam.

—¿Vamos, pues?

Sam me ofrece su brazo. Entrelazo el mío con el suyo y nos olvidamos de la Edad de Hielo y del esqueleto de mamut.

Al final, él reúne el coraje de invitarme a salir más a menudo. Y yo también. Mientras empezamos a pasar más y más tiempo juntos, Mika nunca se distancia del todo de nuestras vidas. Aprendí que no se puede llegar a conocer a uno sin hacerlo también con el otro. Eran como hermanos en ese aspecto. Vamos juntos en coche al instituto, almorcamos en la misma mesa, compartimos un chat grupal y, en ocasiones, nos vamos de viaje en coche. El más memorable que hicimos fue a Spokane, donde nos colamos en un pub para ver una batalla de bandas de música. También fue el peor.

La música está tan alta que no oigo nada. Me quedo de pie al fondo, junto a la barra, con un botellín de agua en la mano. El amigo de Sam, Spencer, debería estar a punto de subir al escenario. Su banda se llama Poetas Guerreros. Antes les pregunté si era en referencia a Emily Dickinson, pero me respondieron con un «¡No!» muy enfático.

Sam lleva un rato hablando con unos chicos que conocimos antes. Barro la estancia con los ojos en busca de Mika, pero hay demasiada gente. Quizá haya cola en el baño. Tendría que haberla acompañado. Ahora me encuentro aquí sola, sin hablar con nadie, tratando de aislarla de la música atronadora.

Y entonces ocurre.

Un hombre se me acerca por la espalda. Desliza las manos por mi cintura.

La sorpresa me embarga y se me revuelve el estómago. Me giro.

—*No me toques*.

Es más joven de lo que pensaba. Probablemente universitario. Tiene una sonrisilla asquerosa en el rostro que me muero por borrarle a tortas. No sé si está borracho, pero no importa.

Aparece Sam.

—¿Qué pasa? ¿La estás molestando?

—¿Es tu chica? —farfulla el tipo—. Por qué no le dices que se relaje, ¿eh?

Por instinto, Sam lo aparta de mí de un empujón. Pero ojalá no lo hubiera hecho. Tenemos diecisiete años y no se nos permite entrar. No quiero llamar la atención.

El chaval recupera el equilibrio. Empuja a Sam con el doble de fuerza y

Sam trastabilla hacia atrás, se choca con varias banquetas y se cae. Todos a nuestro alrededor se han girado para ver qué está pasando. Sam logra ponerse de pie y vuelve a por más, esta vez más furioso.

Lo agarro del brazo.

—Sam. No.

Ahí es cuando Mika reaparece. Debe de haberlo visto todo desde lejos, porque le empieza a gritar al tipo, diciéndole que se disculpe.

Nunca olvidaré lo que ocurrió después.

El chico le asesta un puñetazo a Sam, pero Mika le atrapa el brazo como si lo hiciera con una flecha. Sujeta la muñeca del tipo con fuerza, lo que parece sorprender a todos; sobre todo a él. Esa noche me enteré de que Mika ayuda a impartir a mujeres la clase de autodefensa en el YMCA. Mika le retuerce la mano hasta el punto de rompérsela, lo cual consigue que él caiga de rodillas.

—Así que te gusta acosar a chicas, ¿eh? —grita Mika—. ¡Discúlpate!

—¡Vale, vale! ¡Lo siento! ¡Ahora suéltame!

Pero dio igual que se disculpara o no. Mika levantó la otra mano y le propinó un golpe final que lo dejó tumbado en el suelo. Recuerdo que todos a nuestro alrededor jalearon. Mika me enseñó ese mismo movimiento unas cuantas semanas después.

Hay tantos momentos que desearía poder revivir. Sobre todo los pequeños. Los que pasan más desapercibidos y en los que no pensamos a menudo. Aquellos eran los momentos que anhelaba y echaba más de menos. Sentarnos en el suelo de la habitación de Sam a hacer los deberes juntos, o ver musicales en el salón de Mika los fines de semana. O aquella vez que decidimos coger mantas y sacarlas al jardín de atrás para ver juntos el amanecer, solo porque sí. Nos quedamos despiertos toda la noche, hablando de lo que queríamos hacer dentro de diez años, aguardando a ver aquella bola de fuego rojo brillar por el horizonte en contraste con el cielo oscuro, ajena al significado de ver un nuevo día. Y ajena al futuro donde uno de nosotros ya no estaría.

# CAPÍTULO OCHO

AHORA

La mañana siguiente me despierto y veo un mensaje de Mika.

Oye, estoy fuera.

Me froto los ojos y parpadeo para salir del sopor. ¿Qué hace aquí tan temprano? Mientras le doy vueltas, suelto un gemido ahogado cuando me acuerdo. ¡La vigilia! Había quedado con ella anoche para ayudarla, pero me quedé dormida y se me pasó por completo. Seguro que ha venido a hablar cara a cara. Tengo que contestarle.

Vale. Ahora bajo.

Me cepillo los dientes, me visto deprisa y me salto el desayuno. Al salir, la encuentro sentada en el escalón del porche sola, dándome la espalda. Tiene la cabeza apoyada contra la barandilla del porche, oteando el césped. No dice nada cuando salgo.

—No sabía que ibas a venir —le digo.

No me responde.

—¿Estás bien?

Mika ni se vuelve ni me mira.

Me siento junto a ella. Se produce algo de silencio. Debe de estar cabreadísima conmigo.

—Siento muchísimo lo de anoche. Se me pasó que habíamos quedado. Me siento fatal, Mika.

—De verdad pensé que vendrías —repone ella—. Te esperé. Obligué a todos a esperarte.

—Lo siento mucho. —No sé qué más decir.

—Traté de llamarte, ¿por qué no respondiste?

Hago memoria. No sé qué me pasó. Debí de dejar el teléfono en casa cuando fui por la carretera 10 en coche en busca de Sam. Recuerdo haberme quedado dormida al poco de volver. Sin embargo, no le puedo decir esto a Mika. Se creerá que estoy como una cabra.

—No lo hice a propósito —me excuso—. Me quedé dormida. No tengo excusa. Perdóname.

—Si no querías ir, deberías habérmelo dicho.

—Mika, sí que...

—No —me interrumpe. A continuación, me mira y espeta en tono mordaz—: Si te hubiera importado de verdad, habrías venido a todo. Pero no lo has hecho. No sé por qué esperaba que sí. —Apoya la cabeza contra la barandilla, gesto me transmite muchísimo dolor—. Ya no importa. Tenías razón.

—¿A qué te refieres? ¿Sobre qué tenía razón?

—Sobre que ya nada importa —responde—. Como la vigilia de anoche. No cambia nada. Ya no está.

Echo la vista atrás hasta la conversación que mantuvimos en el restaurante. No pensé que mis palabras fueran a hacer mella en ella así. Ojalá pudiera explicarme bien. Sam me pidió que me asegurara de que Mika está bien y lo único que he hecho ha sido empeorar las cosas entre nosotras. No sé cómo arreglarlo.

—No me refería a eso —repongo.

—Dijiste eso tal cual. Palabra por palabra.

—Las cosas han cambiado. Ya no pienso así. Esta vez sí que quería ir.

—Y yo que vinieras, pero ya es demasiado tarde.

Mika desvía la mirada una vez más para otear el césped. Nos quedamos calladas un rato. Cuando mueve las manos, reparo en que tiene algo en el regazo. Un papel.

—¿Qué es eso de ahí?

Mika suelta el aire. Sin mediar palabra, me lo pasa.

Lo desdoble y leo la primera frase.

—¿Una carta de admisión?

—Me han rechazado —aclara Mika—. La Universidad de Washington. Me mandaron un correo el otro día y esta mañana me ha llegado la carta.

La leo. Es difícil entrar en la Universidad de Washington, pero no para alguien con notas como las de Mika. Debería haber sido un mero trámite.

—No me lo puedo creer. Debe de tratarse de un error.

—Pues no —replica Mika—. Supongo que apuntarme a un montón de clubes y sacar buenas notas no garantiza nada.

Le doy un toquecito en el hombro.

—Lo siento mucho, Mika... —susurro, sin saber qué más decir. No sé

cómo se debe de estar sintiendo, sobre todo por todo lo demás que ha pasado. Redactamos las solicitudes juntas, así que sé lo mucho que se lo ha currado. Yo pedí plaza en dos universidades y Mika, en nueve. Se pasó meses personalizando cada solicitud, destacando cualidades distintas para cada una según lo que había investigado. La UW era su opción preferida. De entre todos los que sé que han mandado la solicitud, quien debería haber entrado es ella. La justicia brilla por su ausencia.

—Todo irá bien. Todavía falta por llegar la respuesta de las demás. Recibirás buenas noticias, lo sé. Ellos se lo pierden, Mika.

—No es la primera que me rechaza —rebate Mika, a punto de lanzar una risita amarga y desprovista de humor—. Me daba vergüenza decírselo a la gente. Ya no me quedan muchas por llegar. —Y sacude la cabeza—. No sé para qué me esforcé tanto. ¿Para qué? Al menos Sam ya nunca sabrá el gran fraude que soy.

—No digas eso —la reprendo mientras le agarro la mano—. No eres ningún fraude. Estamos a marzo. Entrarás en alguna seguro.

Mika libera la mano.

—Ya no importa. Menuda pérdida de tiempo.

—Mika...

Ella se levanta de repente.

—Da igual. Me tengo que ir.

—Espera, ¿nos vamos juntas?

—No voy al instituto —replica Mika al tiempo que baja el escalón del porche.

—¿A dónde vas?

—No te preocupes por mí —contesta ella sin siquiera echar la vista atrás

—. Preocúpate de ti misma.

Me quedo callada y Mika se aleja por la calle, aunque no la sigo. Me duele que piense así de mí. Si supiera que Sam y yo hemos retomado el contacto y que puedo volver a hablar con él, entendería que las cosas han cambiado. Y que yo también he cambiado. No haber apoyado a Mika con este tema es culpa mía. He de encontrar la manera de arreglar las cosas. Solo quedan dos meses para graduarnos y no quiero que las cosas entre nosotras se queden así. Sobre todo después de haberle hecho esa promesa a Sam. No quiero perderla a ella también.



Me cuesta concentrarme en el instituto. No dejo de pensar en que debería darle explicaciones a Mika sin mentirle. ¿Cómo le puedo hacer ver que me sigue importando Sam teniendo que mantener ciertas cosas en secreto? A la hora de comer me siento con Jay, Rachel y Yuki en una mesa en el centro de la cafetería. Hoy toca pastel de carne con salsa teriyaki, así que todo el mundo trae comida de casa. Jay corta su sándwich de fruta con un cuchillo de plástico para compartirlo conmigo. Es tan bonito que casi da pena comérselo, y bien podría ampliarse a toda la comida que trae. Rachel está hojeando las solicitudes del Club de Estudiantes Asiáticos que está tratando de montar. Quiere organizar una sesión de cine un día a finales del semestre.

—Todavía nos faltan siete firmas —nos explica Rachel. Mete la mano en la mochila y saca los panfletos que ha hecho a mano—. Julie, ¿crees que podrías pedirles a algunos amigos tuyos que se apunten?

—Eh... —Supongo que no se ha coscado que los únicos amigos que tengo están sentados a esta mesa. Y los tres ya se han apuntado. Igualmente, cojo el formulario—. Supongo que puedo preguntar a ver.

—¡Genial!

A unas mesas de distancia se produce un barullo. Miro hacia allí. Liam y sus amigos se están lanzando patatas fritas unos a otros mientras Taylor se encuentra sentada encima de la mesa con el pelo echado hacia atrás. Veo que Oliver está con ellos. Después de haber pasado algo de tiempo juntos la otra noche, pensaba que por lo menos vendría a saludar. Pero desde entonces no me ha dirigido la palabra. Ni siquiera me mira. Igual que ayer. Tal vez no quiera que lo vean juntándose conmigo. Creía que las cosas no serían así.

Yuki se da cuenta de hacia dónde miro.

—¿Pasa algo, Julie?

Devuelvo la atención a nuestra mesa.

—No. Unos que estaban haciendo ruido.

—No les hagas caso —susurra Jay.

Asiento e intento comer algo.

Un momentito después, Yuki vuelve a dirigirse a mí.

—Anoche te echamos en falta. En la vigilia.

La miro.

—No sabía que fueseis a ir.

—Vino mucha gente del instituto —aclara Rachel—. Llenamos la calle y los coches ni pudieron pasar.

Bajo la mirada hacia la mesa, demasiado avergonzada como para mirarlos a los ojos. Porque yo también debería haber ido.

—También vino la familia de Sam —añade Yuki—. Su madre preguntó por ti.

«La madre de Sam». Alzo la cabeza.

—¿Qué os dijo?

—Quería saber si sabíamos algo de ti —me cuenta Yuki—. Y cómo estabas, solo eso. Dijo que esperaba que fueses a cenar a su casa algún día, que significaría mucho para ella.

Siento cierta opresión en el pecho. Llevo sin hablar con la madre de Sam o su familia desde que falleció. Me doy cuenta de lo mal que me estoy portando con ellos, sobre todo al pensar en lo mucho que iba a su casa y cenaba con ellos antes. Sam decía que su madre siempre ponía un cubierto de más en la mesa por si acaso iba yo de improviso. Cuando le preparaba la comida a Sam, siempre me daba algo a mí también. Pensaba que me odiaría por no haber ido al funeral. O al darse cuenta de que no les había enviado ni una triste y mísera flor. Y ahora tampoco había asistido a la vigilia. La vergüenza me embarga y consigue que pierda el apetito. ¿Qué pensaría Sam de mí de saberlo? ¿Si supiera que no soy la misma chica de la que se enamoró?

Ni siquiera soy capaz de mirar la comida. Aparto la bandeja.

—Lo sé; sé que debería haber ido.

Jay apoya una mano en mi hombro.

—Tranquila. No seas tan dura contigo misma.

—No puedo estar tranquila —murmuro—. Porque no he ido a nada de lo que se ha celebrado en honor a Sam. Y ahora Mika me odia. —Esta vez no tenía intención de perderme la vigilia. Después de colgar con Sam, me quedé dormida sobre el escritorio y tuve ese sueño raro. Lo siguiente que recuerdo fue que salí a buscarlo. Qué fácil es olvidar que todos están de luto por Sam mientras yo hablo con él todos los días. Lo peor es que ni siquiera puedo dar explicaciones. Le he prometido a Sam que no se lo contaría a nadie porque tal vez eso afecte al contacto que mantenemos, y no puedo arriesgarme. Se me empiezan a humedecer los ojos; no sé qué más hacer. Los chicos, por suerte, no sacan el tema.

Cuando la hora de comer se acaba, los tres me acompañan a la clase que me toca. Antes de entrar, Yuki se dirige a mí.

—¿Sabes? Tal vez podamos hacer otra cosa para Sam. Algo especial para honrar su memoria.

—Me parece muy buena idea —apunta Rachel, asintiendo—. Y podemos invitar a Mika también. Los cinco juntos.

Le doy vueltas a la idea. Algo especial para Sam. Para honrar su memoria.

—¿Cómo qué? —inquiero.

Todos se miran sin estar muy seguros.

—Ya se nos ocurrirá algo —promete Jay.

Les regalo una sonrisa.

—Gracias. No sé qué haría sin vosotros.



Han acabado las clases por hoy. Tengo que volver a casa deprisa y sin cruzarme con nadie, pero es complicado evitar a la gente cuando no puedes llegar a tu taquilla sin chocarte siquiera con una docena de hombres. Alguien me toca el brazo mientras recojo los libros.

Es Oliver. Otra vez.

—Hola. ¿Qué haces? —me pregunta.

—Estoy recogiendo para irme.

—Guay. ¿Adónde?

—A casa.

—Ah.

Cierro la taquilla y me encamino hacia la entrada principal sin mediar más palabra.

—Espera... —me pide Oliver mientras camina tras de mí por el pasillo

—. Te iba a preguntar si te apetecía hacer algo.

—Lo siento, no tengo tiempo.

—No hace falta que estemos mucho —insiste—. Tal vez podamos ir a por un helado.

—Ya te he dicho que *no tengo tiempo* —replico sin mirarlo siquiera—. ¿Por qué no sales con tus otros amigos?

—¿He hecho algo mal? —inquiere Oliver frotándose la frente.

No me apetece explicárselo. Y tampoco hace falta.

—No estoy de humor.

—¿Para un helado?

Me vuelvo hacia él.

—Para nada.

—Dos bolas —sigue insistiendo.

—Oliver, te he dicho que *no*.

—Una.

Es como si hiciese oídos sordos. Prosigo mi camino y lo dejo ahí plantado, de pie.

—¡Venga! —grita en medio del pasillo—. ¡Porfa! —exclama en voz alta y en tono desesperado—. Pago yo.

Tal vez se deba a la empatía que siento como escritora, pero freno. O puede que sea por la voz de Sam en mi cabeza. A regañadientes, inspiro hondo y me giro.

—¿Pagas tú? —repito entrecerrando los ojos.



—Póngame tres bolas de pistacho con sirope de chocolate caliente; nubes; nata montada; confites de colores y añada bastante de todo —le pido al hombre al otro lado del cristal. Me vuelvo hacia Oliver—. ¿Tú quéquieres?

—Eh, un Rocky Road, por favor...



Encontramos una mesa rosa en la esquina de la heladería. El sitio está un poco vacío. Oliver cuelga la chaqueta detrás de la silla antes de sentarse. Ambos hemos elegido tarrina en lugar de cucuricho. Oliver se come el helado despacio, mezclando la nata con la cuchara.

—Gracias por venir —me dice un rato después.

—¿Por qué te apetecía un helado? —le pregunto.

—Es jueves.

—¿Y qué?

Oliver señala la ventana que tengo detrás. Hay un póster de una vaca mal dibujada con símbolos de descuento pintados sobre las ubres. «JUEVES: ¡TOPPINGS GRATIS!». En mi opinión, el dibujo da un poco de yuyu. Me doy la vuelta y trato de apartarlo de mi mente.

Como otra cucharada de helado.

—Sam solía pedirse el de pistacho —menciona Oliver.

—Lo sé.

—Pero a él le gustaba en cucuricho.

—Eso también lo sé.

Oliver no responde. Se queda mirando la cucharilla y de repente parece triste. Tal vez debería tener más tacto.

—No estoy enfadada contigo, que lo sepas —acabo soltando—. Los que no me gustan son tus amigos.

Oliver asiente.

—Lo entiendo. Son horribles.

—¿Por qué te sientas con ellos entonces?

—No sé si te has dado cuenta —explica, recostándose en la silla—, pero mi mejor amigo ha muerto.

Me quedo helada.

—Lo siento —se disculpa de inmediato, sacudiendo la cabeza—. No debería haber dicho eso. No sé qué me pasa. No... —Traga saliva.

Estiro la mano para tranquilizarlo y contesto:

—No pasa nada, Oliver. De verdad.

Inspira hondo y suelta el aire.

Yo cojo la cucharilla y seguimos comiéndonos el helado. Sin embargo, ya no nos apetece a ninguno de los dos.

—Siento haber cortado el rollo —repite Oliver en tono de disculpa—. No quería fastidiar el momento.

—Tranquilo... No me importa hablar de Sam.

—Me alegro.

Pasa media hora y nos acabamos los helados. Miro el reloj. Son las cuatro y cuarto.

—Debería irme.

—¿Ya?

—Sí, estoy un poco cansada —respondo al tiempo que me levanto.

—¿No te apetece, no sé, ver una peli o algo? —pregunta Oliver, así por la cara.

—No debería.

—Sam me dijo que te gustan los musicales —me cuenta sin más—. Este mes hay especial de musicales icónicos en el cine. Y está al final de la calle, todo recto.

—No sé, Oliver... —repongo, intentando rechazarlo con tacto—. ¿Qué musical es?

—Todas las semanas ponen uno distinto —explica Oliver. Mira el móvil

—. Esta noche echan... *La pequeña tienda de los horrores*. ¿Te suena?

—Claro que me suena. Es uno de mis musicales favoritos.

—El mío también.

—Lo he visto un montón de veces.

—Igual que yo.

—¿Sabes? Intenté que Sam lo viera conmigo —digo volviéndome a sentar—. Pero no quiso porque decía que parecía de miedo.

Oliver se ríe.

—¡No es de miedo!

Me apoyo en la mesa.

—Ya. Pero ya conoces a Sam. No le gustan los musicales.

—Joe, eso era algo que me molestaba de él —espeta Oliver, y pone los ojos en blanco.

—¡Pues sí!

Es como si, por un momento, nos hubiéramos olvidado de lo que pasó. Pero, entonces, la sonrisa de Oliver se esfuma y ambos volvemos a acordarnos. Nos quedamos callados. Trato de volver al tema.

—¿Hay ahora alguna sesión? —pregunto.

Oliver vuelve a mirar el móvil.

—En diez minutos... —Y me mira con ojos de cordero degollado.

Tamborileo los dedos en la mesa, indecisa.

Un momento después, Oliver añade:

—Me lo tomaré como un sí.



El hombre de la ventanilla compone una mueca cuando salimos del cine. En resumen, los acomodadores nos han echado por interrumpir al reírnos tanto. La película es tan maravillosa como la recordaba. Tal vez sea porque las he escuchado muchísimas veces, pero canto las canciones por dentro mientras nos vamos. Jamás pensé que me lo fuera a pasar tan bien con Oliver. Él no ha dejado de lanzar palomitas a la pantalla y de cantar durante las canciones. Por suerte, éramos los únicos en la sala. Me alegra de haber aceptado venir. Entonces me acuerdo de Sam. Siento un dolor agudo en el pecho fruto de la culpa. Él quería que Oliver y yo nos hiciésemos amigos algún día. Debería haber estado aquí, con nosotros, para disfrutar de la película, aunque no le gustasen nada los musicales. «Los tres juntos, por fin».

Ya está oscuro. Las luces fluorescentes de la marquesina iluminan las calles cuando emprendemos el camino a casa. Se nota que Oliver también está pensando en las canciones. Se agarra a una farola y da vueltas como Don Lockwood en *Cantando bajo la lluvia* mientras canta.

—*Suddenly Seymour is standing beside you...*

Puede que en otra ocasión me hubiese dado vergüenza, pero no puedo evitar sonreír mientras Oliver sigue cantando.

—*You don't need no makeup, don't have to pretend...*

En cierto punto, yo lo acompañó en la canción mientras andamos.

—Madre mía —exclama Oliver—. No me cансo. Es... ay, no me sale la palabra —Hago una pausa—. Atemporal.

—¿Soy yo o la planta carnívora parecía más grande de lo que recordaba?

—Tal vez sea por la pantalla.

—Puede ser —acepta Oliver asintiendo—. Tía, el final es genial, ¿a que sí? Es perfecto. Que Audrey consiga todo lo que había soñado. Una vida tranquila, una casa en las afueras, una tostadora... ¡y a Seymour! No pedía mucho, ya sabes. Creo que es eso. Te hace sentir bien.

—Pues sí —coincido—. ¿Sabes que ese no era el final original? Tuvieron que regrabarlo.

—¿A qué te refieres?

—En la versión original, la planta se comió a Audrey.

Oliver me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Que Audrey muere?

—Sí.

Oliver frena en seco.

—¿Por qué harían una cosa así?

—Porque eso es lo que pasa en la obra de teatro —le explico—. Pero cuando lanzaron la película, entristeció a mucha gente; todo el mundo quería a Audrey. Así que lo rescribieron y cambiaron el final.

—¡Me alegro de que lo hicieran! —exclama él—. De lo contrario, habrían destrozado la película.

—Eso pienso yo. Solo digo que hay otro final.

—Pues no debería —insiste—. No importa lo que hayan grabado, porque Audrey sigue viva.

—Puede que en la película sí, pero en la obra de teatro no.

—Entonces no veré la obra de teatro. —Y se aleja caminando.

Lo sigo. No quería arruinarle la película.

—Yo creo que no es para tanto. Hay versiones diferentes de una misma cosa. Al final, tú decides lo que pasa, así que ambas son reales.

Oliver se vuelve hacia mí.

—Eso no puede ser. No puede haber dos versiones distintas de lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque una historia es la original y la otra una copia. Algo puede parecer lo mismo o sonar igual, pero no tiene por qué serlo. Así que, para que haya dos finales distintos, se necesitan dos Audrey distintas.

Medito sobre eso.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que solo hay un chico, que es el que conocía. No puedes clonarlo o crear versiones distintas de él para intentar escribir una nueva historia. No se pueden cambiar las cosas, porque solo hay un Sam.

Ya no estamos hablando de Audrey.

—Tal vez tengas razón. Solo era una idea.

Llegamos a la esquina en la que tomamos caminos distintos para regresar a casa. Un seto de rosas blancas asoma por detrás de la valla a nuestro lado.

—Siento haber vuelto a cortar el rollo —se disculpa Oliver.

—No pasa nada, lo entiendo.

—Gracias por ver la película conmigo.

—Me alegro de haber ido.

Antes de separarnos, Oliver ve las rosas. Se inclina para tocar una.

—Ten cuidado, puede que pinche —le advierto.

Él sonríe mientras arranca una del seto. Por un momento, pienso que me la va a dar. Sin embargo, no lo hace. Simplemente se la queda.

—¿Te vas a casa, entonces? —pregunto.

—Dentro de un rato —contesta—. Primero tengo que ir a un sitio.

—¿Adónde?

—Un lugar sin importancia.

Nos despedimos. Una vez estoy en casa, me pongo con los deberes. Hago todo lo que puedo durante lo que resta de noche, pero me cuesta concentrarme. No dejo de darle vueltas a lo que me ha dicho Oliver sobre que no puede haber dos finales distintos de algo. Sobre que por muchas versiones que haya, solo existe un original. Tal vez tenga razón. No quiero otra versión de Sam. Quiero la que perdí. Con la que aún sigo en contacto, aunque solo sea a través de unas llamadas.

Ojalá pudiera llamarlo ahora, pero no debería. Por mucho que eche de menos hablar con él, tengo que concentrarme en muchas cosas: los deberes, la graduación, recuperar mi vida. Quedamos en hablar mañana. Me dijo que tenía otra sorpresa para mí. Me duermo tarde, preguntándome dónde nos volveremos a encontrar.

# CAPÍTULO

## NUEVE

La voz de Sam me llega en pleno sueño y llena todas las fisuras de mi mente.

—*Dónde estás, Julie...?*

»*Por qué no puedo encontrarte?*

Una lamparita se enciende sobre mí. Estoy de pie, en la penumbra, rodeada de oscuridad. No veo nada a mi alrededor. No oigo nada más que el zumbido de la lámpara sobre mi cabeza. Hay una maleta junto a mí. Cuando la neblina se desplaza a mis zapatos, me percato de que estoy soñando otra vez. Una parte de mí está intentando despertar. La otra siente curiosidad por ver un final distinto.

Y entonces suena el móvil, como esperaba.

Me palpo los bolsillos, pero no está ahí. No sé dónde está el teléfono. ¿Cómo voy a responder, si no?

El móvil sigue sonando. No sé de dónde proviene el sonido. Palpo el suelo en caso de haberme caído.

«*Dónde está? El tiempo apremia.*».

De pronto, un haz de luz corta la oscuridad, enviándome rachas de aire frío, y me da un vuelco el corazón. Me pongo de pie a tiempo para ver los faros traseros, el borboteo del humo al salir del silenciador y la evanescente silueta de un camión.

Se me cierra la garganta allí de pie, contemplando la escena. Sé exactamente a dónde se dirige. Y necesito llegar antes. Tengo que llegar hasta Sam antes de que sea demasiado tarde.

La maleta se cae mientras me precipito hacia la oscuridad y corro tras los faros. Pero van demasiado rápido. Nunca los alcanzaré a tiempo. Entonces reparo en algo. Una cuerda atada a la parte trasera del camión. La aferro de golpe con un único movimiento.

«*¡Es una cuerda de guitarra!*». Tiro de ella con todas mis fuerzas, clavando los talones en la carretera. La cuerda se tensa antes de que el camión se vea obligado a detenerse en la distancia; el claxon atrona frenéticamente y las luces traseras parpadean con violencia. No se detiene

porque tenga una fuerza sobrehumana. Sino por otra fruto del miedo y la desesperación.

Cuando siento que el suelo se ablanda bajo mis pies, agacho la mirada y veo agua ascender hasta mis rodillas. Sin embargo, sigo tirando de la cuerda con todo lo que tengo hasta que el agua me llega a la altura de la cintura y siento que mis pies están a punto de resbalar. El camión continúa tocando el claxon, y yo sigo tirando y tirando de la cuerda de guitarra... hasta que finalmente esta se rompe y caigo de nuevo sobre la cama.



Me despierto llorando en mitad de la noche. Como soy incapaz de volver conciliar el sueño, llamo a Sam con la esperanza de que descuelgue. En cuanto lo hace, le pregunto si era él el que ha intentado ponerse en contacto conmigo a través del sueño. Si era él tratando de enviarme un mensaje.

—Lo siento, Jules... pero no era yo. Solo ha sido un sueño.

—¿Seguro? —inquiero con la voz rebosante de esperanza—. Tal vez mis sueños sean otro sitio donde podamos vernos.

—Ojalá fuese así. Pero creo que estamos conectados solo a través de nuestros móviles.

«Solo a través de nuestros móviles».

Me tiembla el labio.

—Pero lo sentí tan real, Sam. Era como si... como si tuviera otra oportunidad, ¿sabes?

—¿Otra oportunidad para qué?

No le respondo. Me da miedo saber lo que opinará. Temo que me diga algo que no quiero oír. Al menos ahora mismo.

Sam suelta el aire.

—Solo ha sido un sueño, Jules. Deberías tratar de descansar un poco, ¿vale? Mañana hablamos. Tengo otra sorpresa para ti.

—Vale. Lo intentaré.

Siempre que llamo a Sam de improviso, nuestras conversaciones no duran mucho. Siempre tarda mucho en descolgar y, cuando lo hace, su voz a veces se entrecorta, como si se estuviera moviendo en busca de una mejor cobertura. No sé muy bien por qué. Si quiero que la conexión sea buena, he

aprendido que tenemos que planificar las llamadas y hacerlas a la hora y lugar establecidos. Aunque puedo llamarlo siempre que lo necesite, Sam dice que tengo que ser cauta con la frecuencia. Le doy vueltas a eso. ¿Hay un número limitado de llamadas que pueda hacer? ¿Nos quedarán pocas? Ojalá supiera cómo funciona.



Es difícil prestar atención en el instituto. En clase, no dejo de sacar el móvil para cerciorarme de que sigue ahí. Me brinda algo de consuelo cuando todos los demás pasan de mí. No dejo de pensar en que Sam y yo volvemos a estar conectados. En que nos han dado una segunda oportunidad. He empezado a registrar todas las llamadas en una libreta. La hora, el lugar y la duración. También anoto las cosas de las que hablamos, junto con preguntas para las que todavía necesito respuesta. Preguntas como... «¿Por qué nos han dado esta segunda oportunidad?». Y «¿Cuánto tiempo nos queda?». Sam me dijo que no sabía la respuesta. Me pregunto si debería volver a sacarle el tema.

Mika viene hoy a clase. Llega un poco tarde y se sienta al otro lado del aula, a varias filas de mí. Lleva la ropa arrugada, el pelo sin peinar y no ha traído los libros. No me ha respondido a ninguno de los mensajes que le envié desde que hablamos ayer por la mañana en el porche de mi casa. Quiero hablar con ella después de clase, pero en cuanto suena el timbre, coge su mochila y pone pies en polvorosa antes de poder acercarme siquiera. Ojalá hablara conmigo y me diera la oportunidad de explicarle por qué he estado ignorándola. Pienso en escribirle una nota y en metérsela en la taquilla. Pero y ¿qué le digo?

Querida Mika:

Siento mucho haberme perdido la vigilia el otro día. Últimamente he estado hablando con Sam. Creo que eso está interfiriendo en las llamadas y los mensajes de los demás, y por eso se me olvidan las cosas. Sí, nuestro Sam. Sigue muerto, pero puede contestar al teléfono siempre que lo llamo. Es difícil de explicar porque no me ha respondido aún a la pregunta de cómo es posible. En fin, espero que esto te ayude a entender las cosas y que podamos volver a ser amigas.

Julie

Seguro que la lleva a la orientadora para que me lo hagan ver, y con razón. Descarto la idea de la nota y decido esperar a otra ocasión que la vea. Eso me dará tiempo a pensar qué decirle.

El almuerzo es el único momento del día que espero con ganas. Jay, Rachel y Yuki siempre se las arreglan para levantarme el ánimo. Es viernes de pizza: el día favorito de Jay.

—Es el pastel favorito de Estados Unidos —dice, disfrutando de una segunda porción de pepperoni.

—¿No es el de manzana? —inquiere Rachel.

Jay niega con la cabeza.

—¿En serio? Yo pensaba que era el de pepperoni.

—No creo que las pizzas se consideren *pasteles* —señala Yuki.

Saco el cuaderno que el señor Lee me regaló y lo abro en la mesa. He estado dándole vueltas a lo que me dijo el otro día. «¿Qué historia quiero contar? ¿Para quién escribo?». Las preguntas se repiten en mi mente mientras contemplo la página en blanco. Ojalá pudiera decir que escribo para mí, pero quizás no sea verdad. Tal vez siempre haya escrito para otra persona. Como los profesores de Reed que podrían leer esta muestra y decidir si es lo bastante buena como para admitirme. ¿Qué opinarán? ¿Y si a ninguno le importa lo que tenga que decir? «¿Qué tengo que decir?». ¿Y si es insignificante para el resto del mundo? Supongo que no debería importar siempre que a mí sí, ¿verdad? Pero es más difícil de lo que parece. «Escribir para uno mismo». Tal vez a eso se refiriera el señor Lee cuando dijo que tenemos demasiadas voces en la cabeza. Desearía poder silenciar todas para poder hallar la mía propia. Golpeteo la mesa con el boli y sigo pensando.

—Qué libreta más bonita —apunta Yuki—. ¿Dónde la has comprado?

—Me la regaló el señor Lee. —Cierro el cuaderno para mostrarle la portada. Las flores bordadas brillan como joyas bajo la luz de la cafetería—. Alguien la donó a la librería la semana pasada.

Rachel se inclina para poder observarla mejor.

—Es preciosa. ¿Puedo cogerla?

—Lo sé, me da hasta pena escribir en ella de lo bonita que es —admito, tendiéndosela a Rachel—. Siento que estoy desperdiciando las páginas.

—¿Sobre qué vas a escribir? —me pregunta Yuki.

Me miro las manos en el regazo, vacilante. Luego, de golpe, me viene casi como un recuerdo. Como si siempre hubiese tenido la respuesta frente

a mis narices.

—Sobre Sam. Voy a escribir sobre Sam. Sobre nosotros.

Yuki sonríe al oír la respuesta.

—Algún día me encantaría leerlo. Si es que te apetece compartirlo con los demás.

Le devuelvo la sonrisa al mismo tiempo que alguien se aproxima a la mesa.

—¿Os importa que me siente?

Levanto la mirada hacia Oliver. Lleva un plato de pizza con queso y un batido de chocolate. Echo un vistazo a la otra mesa donde están Taylor y Liam, y los veo observándonos por encima del hombro.

—Pues claro —le digo.

—Genial.

Oliver coloca una silla justo a mi lado y obliga a Jay a tener que echarse un lado.

—Hola, Yukes. —La saluda con un gesto de la cabeza desde el otro lado de la mesa—. ¿Cómo va el coro? ¿Algún solo nuevo?

Yuki se limpia la boca con una servilleta.

—Espero que pronto me den uno. Acabamos de hacer las pruebas para el próximo concierto.

—Seguro que les has dado mil vueltas a todos —responde Oliver, abriendo el batido de chocolate—. ¿Recuerdas aquella vez que Sam y tú os salisteis en el karaoke? Un clásico.

Casi me olvido de que Oliver y Yuki se conocen gracias a Sam.

—Ya veremos —repone Yuki, ruborizándose un poco.

—Ahí estaré igualmente —dice Oliver. Luego se gira hacia Jay y pone un brazo sobre el respaldo de la silla—. Creo que no nos conocemos. Soy Oliver.

—Eh... yo Jay.

Oliver se frota el mentón.

—¿De qué me suenas?

—Viniste a una de las reuniones que hicimos en el club de medioambiente —explica Jay—. Pero ya no volviste más.

—Ay, cierto —exclama Oliver, como si lo recordara con cariño—. Hablasteis de limpiar playas o algo así. Sonaba un poco aburrido, si te soy sincero.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Oliver. Jay es el tesorero del club. Limpiar las playas fue idea suya.

—Lo digo de broma, hombre —repone Oliver, moviendo la mano para restarle importancia—. Lo cierto es que su trabajo me impresiona bastante.

Rachel pasa un brazo a mi alrededor y le da un toquecito a Oliver en el hombro.

—¿Quieres unirte a nuestro club? —le pregunta al tiempo que le tiende el formulario—. Aún nos faltan seis firmas.

—Claro. ¿Qué club es?

Me quita el boli de la mano y se lo entrega.

—El Club de Estudiantes Asiáticos. Esperamos poder proyectar alguna película.

Oliver planta su firma sin dudar.

—Espero que pongáis *Akira* —dice—. Es un clásico.

—Lo puedo añadir a la lista —asegura Rachel—. Nuestra idea es decidirlo por votación.

—Qué democrático. —Oliver asiente y le devuelve el formulario—.  
¿También votaremos para el picoteo?

La mesa rompe a reír mientras proseguimos hablando del club. No esperaba que Oliver se sentara con nosotros, y mucho menos que se llevara tan bien con todos tan rápido. Hoy noto algo distinto en él. Un lado más tierno que no sabía que tenía. Tal vez ahora las cosas vayan mejor entre nosotros. A lo mejor, al final, sí que vamos a poder ser amigos. Me alegra de que decidiera sentarse con nosotros por fin.

El timbre suena. Mientras recojo, Yuki se gira hacia mí.

—Entonces, ¿vendrás luego?

—¿A qué? —pregunto.

—Vamos a quedar después de clase para pensar en ideas para Sam —explica—. Anoche te mandé un mensaje.

Escruto a todos los sentados a la mesa, un tanto confundida.

—No lo he recibido —me excuso—. No sabía que íbamos a quedar. —Saco el teléfono para comprobarlo otra vez. Lo he tenido conmigo durante todo el día. ¿Por qué sigo perdiendo mensajes?—. ¿Cuándo me lo enviaste?

—Era bastante tarde —dice Yuki—. Puede que ya estuvieras dormida.

Rememoro la noche anterior. Tal vez las llamadas los estén bloqueando. Me escribo una nota mental para mirar luego el registro de llamadas que he empezado a llevar.

Jay aparece a mi lado.

—Deberías venir —sugiere—. Tú conoces a Sam mejor que todos nosotros.

—¿Qué decís de Sam? —pregunta Oliver con curiosidad.

—Queremos preparar algo especial para él —contesta Rachel—. Con Julie.

—¿Como qué?

—Aún estamos pensándolo.

—Ah... —Oliver se inclina hacia adelante con los labios apretados en una línea—. ¿Puedo... participar?

Todos me miran.

—Pues claro que sí —decido. Me vuelvo hacia Yuki—. Pero no puedo quedar con vosotros hoy después de clase. Lo siento mucho. Ya he hecho planes. —No menciono que dichos planes son con Sam.

Yuki me toca la mano.

—No te preocunes. Quedaremos contigo otro día. Se nos ocurrirá algo estupendo para Sam.

Aunque sonrío al oír su comentario, no puedo evitar sentirme un poco desplazada. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que quedé con ellos tres después de clase. Solíamos ir mucho a casa de Sam para escuchar música todos juntos. Como es mi último año, no sé cuándo los volveré a ver.



En cuanto terminan las clases, me dirijo derecha al pueblo. En vez de pasarme por el trabajo, como normalmente haría, espero al autobús de las tres que sale de Ellensburg en la parada de la esquina. No voy a irme muy lejos. Solo hasta que la cresta de la montaña entre en mi rango de visión y las carreteras se conviertan en árboles y artemisa. Ha sido idea de Sam. La última vez que hablamos me dijo que tenía una sorpresa para mí. Debo llamarlo en cuanto me baje del autobús.

Dicho autobús me deja cerca de los senderos, donde hay un grupo de excursionistas, pero me desvío del caminito principal hacia la espesura de los árboles. Nunca me he alejado tanto del sendero. No hay nada a mi alrededor más que bosque y la ladera de la montaña. Cruzo campos de

flores silvestres, rozando con los dedos los capullos morados y amarillos de las margaritas. La voz de Sam me guía como una mano a través del móvil, dirigiéndome a través de un claro soleado en mitad del bosque. Su voz rebosa emoción. Es la primera vez que lo oigo así desde aquella primera llamada.

—Llevo esperando una eternidad para enseñarte esto —dice.

—Pero ¿qué es? —sigo preguntando.

—Te lo he dicho, es una sorpresa —responde con una risita—. Ya casi estás. Sigue caminando.

Los troncos de los árboles se vuelven más gruesos a la par que el sendero por el que me conduce se torna más arbolado y estrecho. Los rayos del sol iluminan desde diferentes ángulos a través de las altas ramas. Las flores silvestres colorean el suelo de morado y dorado. Una brisa sopla junto a las ramas más bajas, provocando que las hojas me acaricien suavemente los hombros conforme paso por debajo de ellas.

—Debería haber un pequeño arroyo más adelante —me indica Sam—. Cuando llegues a un tronco de hace mil años, crúzalo por encima y luego gira a la derecha.

No me puedo creer que se acuerde de todos estos detalles. Es como si él también pudiera verlo.

Inspecciono los alrededores.

—¿Sabré volver luego? —El pueblo está a kilómetros de aquí y, aunque lo tenga al teléfono, la única aquí presente soy yo.

—No te preocupes —me tranquiliza Sam—. Yo estoy contigo.

La luz del sol centellea en la linde del bosque mientras me dirijo hacia allí. En cuanto salgo de la espesura y alcanzo el otro lado, me echo el cabello hacia atrás y contemplo la vista que emerge frente a mí. Un campo dorado se extiende desde mis pies hasta casi tocar el cielo. Una brisa sopla a mi espalda, combando las briznas de hierba a su paso, haciéndolas ondear como las olas en el mar. A lo lejos, un árbol solitario se alza en medio como un barco encallado en un lago de oro. Avanzo unos cuantos pasos más y dejo que mi mano acaricie las espiguillas, tan suaves como las plumas. No tardo mucho en caer en por qué me ha traído hasta aquí.

—Cebada... —me susurra Sam al oído—. Como en la canción.

Me quedo sin aliento.

—Sam... —es lo único que consigo articular.

Cierro los ojos y respiro el aire puro. Si presto atención, casi puedo

escuchar el zumbido de su guitarra resonando en algún lugar a lo lejos.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Un día me salí del camino y lo encontré de casualidad —explica Sam—. Me recordó a la canción que siempre te toco. La que escuchas mientras escribes. Sé que últimamente te ha costado mucho concentrarte. Pensé que, quizás, si los veías en persona... los *campos de oro*... te inspirarían para volver a escribir.

El viento alborota algunos mechones de pelo volando sobre mi rostro, y yo los dejo.

—¿Por qué no me has traído antes?

—Estaba esperando al momento perfecto para enseñártelo. Lo tenía todo pensado. Debía ser especial. Pero no sabía que me iba a quedar sin tiempo.

El dolor me atraviesa.

—Así es como te lo imaginaste en la historia? —pregunta.

Se me cierra la garganta, por lo que me cuesta horrores hablar.

—Es mucho mejor —consigo decir—. Gracias.

—Ojalá pudiera verlo otra vez —prosigue Sam—. Ojalá estuviera allí contigo. Ojalá pudiera verte la cara ahora mismo...

Las lágrimas me anegan los ojos mientras oteo los campos de oro, el mar de cebada infinito y el sol que está empezando a ponerse en un intento por aferrarme a cada mínimo detalle para grabarlos en mi memoria. Para no olvidarlos. Y entonces oigo algo que nunca pensé que volvería a oír. La voz de Sam al teléfono, cantando la canción *Fields of Gold*, o *Campos de oro*, tal y como me prometió que haría algún día...

«*I never made promises lightly  
And there have been some that I've broken  
But I swear in the days still left  
We'll walk in fields of gold  
We'll walk in fields of gold...»<sup>1</sup>.*

Contemplamos juntos el atardecer, tal y como Sam planeó en un principio. Hallo un hueco donde tumbarme y dejo el móvil a mi lado con el altavoz puesto. Hablamos de todo durante horas y nos reímos como en los viejos tiempos a la vez que el cielo muda de color sobre nosotros, y juro que es como si él estuviese aquí conmigo. Sam tiene razón, es incluso más mágico por la noche. Las estrellas parecen estar tan cerca que bien podría extender el brazo y tocarlas. Busco las constelaciones y le digo a Sam cuáles creo que sé. Durante un buen rato, soy capaz de sentirlo tumbado

junto a mí. De voltear la cabeza para mirarlo, lo vería llevando su camisa de cuadros, con los brazos plegados bajo la cabeza y los ojos bien abiertos al cielo, con aquel precioso pelo oscuro y una hermosa sonrisa en la cara. Pero no me atrevo a mirar, porque tengo miedo de no hallar a nadie allí. Así que me concentro en las estrellas y me permito seguir fantaseando.

Cierro los ojos por un instante.

—Gracias por traerme aquí. No sabía lo mucho que necesitaba alejarme de todo.

—Es como otro mundo, ¿verdad? —susurra Sam a mi lado—. Como si Ellensburg estuviera a un millón de kilómetros de distancia.

—¿Lo echas de menos, Sam? Ellensburg, me refiero.

—Sí... Echo de menos todo.

Vuelvo a abrir los ojos bajo las estrellas.

—Creo que yo también lo echaré de menos.

—¿Te irás entonces?

—Ese siempre había sido el plan —le recuerdo—. Conseguir salir de aquí. Mudarme a una gran ciudad, ir a la universidad o lo que sea. Convertirme en escritora.

—No pareces muy emocionada —apunta Sam.

—Bueno, es que no quería hacerlo sola.

El silencio reina durante un buen rato hasta que Sam vuelve a hablar.

—Estarás bien, Julie. Vayas a donde vayas y termines con quien termines. Todo irá estupendamente.

—No quiero acabar con nadie más. Tú sigues aquí, Sam. Y eso es lo único que importa ahora. Nada más.

—Julie —dice Sam, algo tenso—. No lo hagas.

—¿El qué?

—Aferrarte a nosotros —responde—, como si aún tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—¿Por qué sigues diciendo eso?

—Porque no siempre será así. Es imposible. Necesito que lo recuerdes.

—Pero ¿por qué no puede serlo?

—Porque *no*, sin más... —La voz se le quiebra un poquito—. Piénsalo. No vas a pasar el resto de tu vida hablando por teléfono con tu novio muerto mientras los demás siguen adelante, conociendo gente nueva y avanzando con el resto del mundo. No puedes vivir así para siempre.

—No veo qué tiene de malo —le rebato—. Lo haces parecer peor de lo

que es. —Ahora mismo no se me ocurre nada en el mundo que quiera más, aparte de que vuelva a estar vivo—. Como si me importara lo que piensen de mí los demás. Siempre que te tenga *a ti*. Y si aún podemos estar juntos, deberíamos intentarlo. Aunque no sea exactamente como lo planeamos...

—Déjalo ya, Julie —me interrumpe—. Tú y yo no podemos seguir con esto para siempre. No es posible, y punto.

—Pero me dijiste que podía tomarme todo el tiempo que necesitara para despedirme de ti —le recuerdo—. ¿Y si no lo hago? ¿Y si me niego a decirte adiós?

Sam suspira.

—¿Eso es lo que has decidido hacer? ¿No despedirte de mí?

—Esa ha sido *siempre* la intención, Sam. Desde el día que te conocí...

Pienso en el día en que ya no descuelgue cuando lo llame y me quedo sin aire en los pulmones. Por fin lo he oído cantar; ¿y si me olvido de su voz? No me puedo imaginar cómo sería perderlo de nuevo.

Ninguno de los dos decimos nada durante un buen rato. Contemplo el cielo mientras algunas nubes se separan y revelan la luna. De repente, un brillo blanco recorre el cielo y desaparece detrás de las montañas.

—Una estrella fugaz. —Señalo al cielo, como si Sam también pudiera verlo.

—Me sorprende que solo hayas visto una —dice—. ¿Has pedido un deseo?

—Ya sabes que no creo en esas cosas.

—¿Por qué no?

—Piénsalo. ¿Alguna vez has oído que se hayan hecho realidad?

—Eso no quiere decir que no le des una oportunidad. Podrías desear recuperar la otra mitad del sujetalibros.

—Tienes muchos pajaritos en la cabeza —le dijo.

Sam se ríe.

—Muy bien, pues. ¿Qué desearías tú de poder tener cualquier cosa?

—¿Cualquier cosa?

—Cualquiera.

—¿Sin excepciones?

—Sin excepciones.

Vacilo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No te lo preguntaría si no —repone.

Cierro los ojos y respiro hondo. No tengo que pensar mucho porque ya sé la respuesta.

—Desearía que estuvieras aquí —digo—. Desearía que estuvieras tumbado a mi lado. Desearía poder mirar y verte sonreír. Desearía poder pasar una mano por tu pelo y saber que eres *real*. Desearía que pudiéramos terminar el instituto y graduarnos juntos. Poder salir de este sitio como siempre habíamos planeado, encontrar un piso en alguna parte y planificar nuestra vida juntos para no tener que hacerlo sola. Desearía que volvieras a estar vivo... y desearía haber cogido el teléfono aquella noche, para que todo fuese diferente y todo volviera a como era antes...

Se hace el silencio mientras Sam asimila mis palabras. No dice nada ni durante ni después, pero lo percibo al teléfono, escuchándome. Me sorprende que me haya dejado siquiera decir todo esto. No sé si es lo que esperaba oír, pero me ha pedido que sea sincera.

Lo que resta de noche transcurre así. Yo, tumbada en el campo, al teléfono con él durante lo que se me antoja una eternidad. No decimos nada más. Simplemente vivimos en silencio en ese mundo imaginario donde, para todo lo que deseo, sigue habiendo una preciosa posibilidad.

---

1 (N. de las T.) Nunca he hecho promesas a la ligera / Y ha habido algunas que he roto / Pero te juro que en los días que quedan / Caminaremos por campos de oro / Caminaremos por campos de oro...

# CAPÍTULO DIEZ

Cuando me despierto por la mañana me da la sensación de que algo ha cambiado. Siento la calidez de alguien a mi lado, aunque, cuando deslizo la mano sobre las sábanas, no hay nadie. Estoy sola. Me froto los ojos hasta que se me centra la vista. Los rayos de sol iluminan el techo como la luz sobre el agua. De no ser por las finas cortinas, no sabría si es de día. Es una de esas mañanas en las que no se tiene ni idea de cuánto has dormido. Si horas o días. A mí me acaba de pasar. Miro el reloj del móvil para centrarme. Es sábado y son las 9:14 de la mañana. No me parece normal, pero rebatirlo es inútil.

Me siento y miro alrededor. La silla del escritorio está girada hacia mí y la camisa de Sam sigue colgada del respaldo. A veces me gusta fingir que está en el baño o ha ido abajo a por agua y está a punto de volver. «Pronto». Así me siento menos sola cuando no estamos hablando. Estiro los brazos hacia el techo. De vez en cuando se me enreda el pelo mientras duermo, así que me lo trato de peinar con los dedos. El olor a cebada impregna el aire y lo recuerdo. Los campos de oro. ¿Fue anoche? Si cierro los ojos soy capaz de verlo otra vez. Se me hace raro estar en mi cuarto y que lo único que perdure sea el recuerdo. Es como despertar de un sueño sin ser capaz de hablar de él con alguien.

Fue otro mundo, otra vida y otra cosa más que guardarme para mí misma.

No he dormido bien. He vuelto a tener el sueño de la estación de autobuses, en el que busco a Sam. Esta vez no ha sido tan malo, pero sigo algo aturdida. Ojalá pudiera contarle lo de los sueños a alguien. Me refiero a alguien aparte de Sam. Después de lo que le dije anoche, no quiero preocuparlo más. Hay cosas que no tendría que compartir con él.

Me quedo hecha un ovillo en la cama hasta que suena una tercera alarma que me recuerda que tengo que ponerme en marcha. Mi madre me ha dejado media cafetera abajo. Me tomo dos tazas de café y un bol de cereales. Una hora más tarde, salgo al porche porque he quedado con Oliver aquí fuera. Me ha mandado un mensaje esta mañana y me ha invitado a dar otro paseo. Esta vez el destino es diferente. Ha sido idea suya. Al principio

no estaba muy segura sobre si ir, pero al final he acabado accediendo. Vamos de camino a la tumba de Sam.

Hay nubes a esta hora. Oliver y yo tomamos el camino largo para evitar a la gente del pueblo. No me juzga cuando le digo que todavía no he ido a verla. Tal vez lo haya supuesto. Puede que entienda el miedo que me da verla. En cuanto la colina del cementerio aparece en mi campo de visión, el estómago se me llena de nudos. Hay algo que me hace pararme en seco a unos pasos de llegar a la verja de hierro. Igual que antes...

Oliver vuelve la cabeza.

—¿Estás bien?

—Dame un momento... —No sé qué otra cosa decir. Me quedo observando la verja abierta y me pregunto si estaré cometiendo un error. «No tengas miedo, Julie. Sam no está ahí. Sigue a tu lado. No lo has perdido todavía».

—Todo irá bien. Ven —Oliver me ofrece la mano—. Iremos juntos.

Inspiro hondo y le doy un apretón a su mano. Atravesamos la verja juntos y subimos por la colina. Oliver me conduce por el césped flanqueado de lápidas y molinetes. Camino entre ellos con cuidado en señal de respeto. No habría sido capaz de encontrar la tumba de Sam sola. Me da la sensación de que el césped se extiende hasta el infinito, en todas direcciones. No me percato de que hemos llegado hasta que Oliver se detiene y suelta mi mano. Se coloca detrás de la lápida para que la vea mejor.

#### SAMUEL OBAYASHI

Me quedo helada. La leo en silencio varias veces.

«No le gustaba el nombre de Samuel. Habría preferido que pusiera Sam».

En mitad de la lápida hay un jarrón con girasoles. Parecen frescas y son preciosas, como si alguien las hubiera traído hace poco. Ha caído un pétalo encima del nombre, así que me agacho para apartarlo. Entonces, veo que hay algo más en el jarrón.

Una rosa blanca destaca entre los girasoles. La rozó con cuidado. Tardo un poquito en acordarme.

—¿Es la tuya?

—Sí...

Mi mente se traslada a aquella noche que vimos la película.

—Aquí viniste después...

—Me pasé, sí.

Lo miro.

—¿Cada cuánto vienes? Espero que no te importe que te lo pregunte.

Oliver se encoge de hombros.

—Tal vez demasiado.

Retrocedo varios pasos y me quedo mirando el césped. El lugar bajo la lápida. ¿Es ahí donde se supone que está Sam? Lo imagino durmiendo plácidamente porque soy incapaz de imaginarlo muerto. «Esto es surrealista. Si acabo de hablar con él». Trago saliva con fuerza y miro a Oliver.

—¿Tengo que... decir unas palabras? No sé qué debo hacer.

—No es obligatorio. Simplemente podemos quedarnos aquí un rato.

Nos sentamos en el césped. El ambiente está demasiado tranquilo, como si no hubiera un ápice de aire. Desde que hemos entrado no he sentido ni una mísera brisa. Los árboles a nuestro alrededor permanecen tan inmóviles que parecen hechos de piedra. Miro por encima del hombro cada cierto tiempo. Parece que somos los únicos que hemos venido esta tarde.

El tiempo transcurre. Oliver arranca briznas de hierba en silencio. Lleva un buen rato sin decir ni pío. Me pregunto en qué estará pensando.

—¿Sueles venir solo? —le pregunto.

—Normalmente sí.

—¿Y te quedas aquí sentado?

—A veces cambio el agua del jarrón.

Vuelvo a observar su rosa. Me pregunto cuántas flores le habrá traído a Sam.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad?

—Seguro que igual que tú.

Ambos nos miramos. A continuación, él desvía la vista y volvemos a quedarnos callados.

—Creo que a Sam le haría mucha ilusión que vengas a verlo —comento al rato—. Creo que significaría mucho para él.

Oliver alza la cabeza.

—¿Tú crees?

—Sí.

Tras un momento, él deja escapar un suspiro tenso.

—No quiero que se sienta solo, ¿sabes? ¿Y si le hace falta compañía?

Quiero que sepa que hay alguien con él —explica.

Siento una punzada de dolor. Ojalá pudiera llamar a Sam y dejar que

escuchara esas palabras. Ojalá pudiera contarle a Oliver lo de las llamadas para que se quedara tranquilo. ¿Qué le parecería? ¿Me creería?

Oliver me pregunta, casi entre susurros y con cierto nerviosismo:

—¿Te puedo contar algo?

—Claro.

—A veces... hablo con él.

—¿Con Sam?

Oliver asiente.

—¿A qué te refieres?

—Aquí. —Señala el césped donde estamos sentados—. En voz alta, me refiero. Sobre cosas normales. Como lo que solíamos hablar, ya sabes. —Y entonces aparta la mirada y sacude la cabeza—. Es una tontería, lo sé.

«Ay, si supiera. Si pudiese contárselo...».

—No lo es —rebato, tratando de tranquilizarlo—. Es comprensible. Si te sirve de consuelo, yo intenté llamarlo.

—¿Al móvil?

—Sí.

Por un momento, me da la sensación de que quiere indagar, pero no lo hace. En parte, me gustaría que lo hiciera. Observo a Oliver arrancando briznas una y otra vez y siento un ramalazo de culpa. Culpa por tener la oportunidad de hablar con Sam y no poder contárselo a nadie. Quizás debería hacerlo. Simplemente para saber qué pasa. O para que me diga que *es real*. Sin levantar la vista, me pregunta:

—¿Te puedo contar otra cosa?

Me inclino y lo escucho.

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste una noche? ¿Sobre qué le diría a Sam si pudiera?

—Sí.

—¿Quieres saberlo?

—Si te apetece contármelo, sí.

Oliver inspira hondo y expulsa el aire. Abre y cierra la boca como si hubiera algo en su interior que le impidiera hablar. Pero, al final, lo dice como si hubiese estado aguantando la respiración durante mucho tiempo.

—Le diría que lo quiero. Que siempre lo he querido.

—Seguro que Sam también te quería —respondo.

Él me mira.

—Pero no como te quería a ti.

Se hace el silencio.

—Ya no importa —murmura Oliver sacudiendo la cabeza—. Me alegro de no habérselo contado. De hacerlo, quizá hubiésemos dejado de ser amigos.

—¿Por qué lo dices? —inquiero—. Sabes que Sam y tú seguiríais siendo amigos, sin importar lo demás.

Oliver vuelve a desviar la mirada.

—Siempre me ha dado la sensación de que podría sentir lo mismo. De que tal vez hubiera algo entre nosotros. Entre Sam y yo. Antes de que vinieras, me refiero —aclara y deja caer la cabeza—. Supongo que ya nunca lo sabremos...

Se queda callado durante bastante rato. Al limpiarse los ojos y ver sus lágrimas, me percato de que está llorando. Verlo así consigue que a mí también se me humedezcan. Me pongo detrás de él y envuelvo los brazos en torno a su cuerpo. Apoyo la cabeza en su espalda y siento el pulso o los latidos o yo qué sé, pero es algo que no viene de mí. Algo que llevo un tiempo sin sentir.

—Ojalá estuviese aquí —murmura Oliver llorando.

—Ya. Yo pienso igual.

—¿De veras crees que seguiría siendo mi amigo si se lo contara?

—¿Quieres que te sea sincera?

Siento que hace un gesto afirmativo.

—Creo que ya lo sabía.

A juzgar por la ausencia de respuesta, tal vez sea algo que se estuviera preguntando. Y puede que yo también. Lo de Oliver, me refiero. Quizás por eso él y yo no nos llevábamos bien. Por Sam. Porque ambos lo queríamos de la misma forma. Y es algo que compartimos ahora que ya no está.

De la nada, una brisa sopla entre nosotros y baja por la colina, consiguiendo que los molinetes giren y las ramas de los árboles se mezcan con el viento por primera vez desde que hemos venido. Oliver y yo alzamos la vista hacia la colina, como si esperásemos ver a alguien de pie, observándonos. Pero no hay nadie. El único ruido es el de los molinetes al girar. No sé cómo, pero cada uno suena de forma distinta, como cuando se llenan copas con agua y se rozan los bordes con el dedo.

—¿Crees que es Sam? —susurra Oliver.

—Puede... —Pongo la oreja—. La canción. Me suena.

Oliver ladea la cabeza y se pone a escuchar. Ambos permanecemos

sentados en el césped en silencio durante un rato, tratando de ver si alguno reconocemos la melodía.



Acompaño a Oliver a casa al salir del cementerio. Quería cerciorarme de que estaba bien antes de ir a trabajar. Es el primer turno que hago desde que Sam murió. Sé que Tristan necesitaba algo de tiempo libre, así que me ofrecí para venir el fin de semana. Como la librería no tiene mucha afluencia, normalmente no hace falta que estemos trabajando los dos, así que apenas coincidimos. Las pocas veces que nos vemos es cuando cambiamos de turno. Eso complica el asunto de crear un club de lectura para dar bombo a la tienda. Ni siquiera hemos decidido con qué libro empezar. Tristan insiste en la *Guía del autoestopista galáctico*, pero yo creo que todo el mundo se lo habrá leído ya. «Es una novela que hay que leer un par de veces como mínimo», repite sin cesar.

Detrás del mostrador hay un tablón en el que Tristan y yo nos dejamos notas, apuntando de qué tareas nos hemos encargado y lo que queda por hacer. A veces nos dejamos mensajes personales. Encuentro una tarjetita azul clavada sobre la lista de quehaceres.

Espero que te  
encuentres  
mejor.

Te he dejado la  
entrada en el  
primer cajón.

Tristan

Miro en el cajón. En su interior encuentro un sobre dorado que guarda la entrada al festival de cine del mes que viene. Casi se me olvida. Tristan lleva meses trabajando en el documental. Es la segunda vez que prueba en

el festival, así que me alegra de que las cosas le salgan bien por fin. En parte, me da envidia. Ni siquiera es de último año y ya reconocen su trabajo. Y mientras tanto yo ni siquiera me he puesto con la muestra de escritura. Trato de no pensar así y evitar compararme con la gente, pero a veces cuesta.

Doy con un boli y garabateo una respuesta.

Gracias por cubrirmee.

Estoy deseando ver tu  
documental!

Julie

Ha empezado a llover, así que hay menos clientes de lo habitual. Por lo menos, en internet parece que las cosas van mejor. Tristan me ha dejado una lista de novelas que encontrar y empaquetar. El señor Lee los recogerá el lunes y los enviará a sus nuevos hogares. Termino las tareas tan temprano que hasta me da tiempo de barrer la tienda. En cuanto la librería se queda vacía, cojo el cuaderno y me siento en mi rincón junto a la ventana. El repiqueteo de la lluvia siempre me genera ganas de escribir. Hay algo en el sonido que causa que el resto del mundo quede en un segundo plano y que me ayuda a despejarme. Recuerdo la conversación de ayer a la hora del almuerzo en la que Yuki me preguntó que sobre qué iba a escribir. Le respondí que sobre Sam. Aunque no estoy muy segura de qué exactamente. ¿Qué quiero mostrar de él al mundo? Imagino lo que la gente esperará que haga. «Escribir sobre su muerte. Sobre lo que pasó. Sobre lo que significó para mí perderlo». Pero no quiero centrarme en eso ahora. No quiero asociar a Sam con algo trágico. No quiero que su historia radique en eso. Quiero que, cuando la gente se acuerde de Sam, recuerden lo mejor de él. Que lo recuerden como músico, cuando se quedaba hasta tarde los días de diario componiendo con su guitarra. Quiero que sepan cómo es como hermano mayor, cuando construía fuertes en su cuarto. Y quiero que nos recuerden como pareja, y los tres años que hemos pasado juntos. Cómo nos conocimos, nuestro primer beso, las razones por las que me enamoré de él. Quiero que ellos también se enamoren de Sam. Tal vez haga eso. Escribir recuerdos sobre él. Recuerdos sobre nosotros. Contar nuestra historia. En cuanto me decido, las imágenes de momentos que hemos compartido a lo largo de estos tres años me inundan la mente. Me paso una hora escribiendo las más significativas. Escribo hasta que pierdo la noción del tiempo.

El carillón tintinea sobre la puerta y hace que levante la vista. Cierro el

cuaderno al tiempo que entra alguien en la tienda.

—¡Yuki! ¿Qué haces aquí?

Yuki cierra un paraguas lila. Lleva el pelo atado con una cinta azul. Mira en derredor.

—Me he acordado de que trabajabas hoy. Espero que no te importe que me haya pasado.

—Para nada. Deja que me lleve el paraguas... —Me lo da y yo lo dejo apoyado contra la pared—. Me alegra mucho de que hayas venido. Empezaba a sentirme sola.

Yuki sonríe.

—Entonces me alegra de haber venido. —En su mano lleva algo. Una bolsa pequeña de plástico le cuelga al costado y que desprende un aroma salado.

—¿Qué traes ahí? —le pregunto.

Yuki baja la mirada hacia la bolsa, algo sorprendida.

—Espero que no te importe —responde con una sonrisa—. He traído algo para comer.

Nos comemos los sándwiches de pepino, pepinillo y cerdo junto a la ventana. Caliento agua en la trastienda y le preparo a Yuki algo de té. Sigue lloviendo, así que se queda en la tienda conmigo para esperar a que escampe. Un autobús pasa por delante de la librería. Al otro lado de la calle hay niños con chubasqueros salpicando con sendas botas de agua. Me quedo mirando mi reflejo en la ventana durante un rato, hasta que la voz de Yuki me devuelve al presente.

—¿En qué piensas? Pareces distraída.

—Estoy un poco cansada, solo es eso —contesto—. No duermo mucho.

—¿Y eso?

—Últimamente los sueños no me han dejado descansar mucho.

—¿Te importa que te pregunte sobre qué son?

La miro.

—Sam.

Yuki asiente, comprensiva.

—Ya veo. Entonces, si te mantienen en vela, no son sueños, sino pesadillas.

—Es un sueño recurrente —leuento—. Se repite una y otra vez. A veces varía un poco, pero siempre empieza igual.

—¿Cómo?

—En la estación de autobuses. La noche que Sam murió.

—¿Y todos acaban igual? —inquiere.

Me miro las manos.

—Aún no he logrado llegar hasta ahí...

Yuki lo pilla.

—Ya veo.

Apoyo la cabeza contra la ventana.

—Ojalá supiera qué significa...

Yuki se queda mirando el té, pensativa.

—¿Sabes? Cuando mi abuela falleció hace unos años, soñaba con ella. Y los sueños se parecían —me cuenta—. En uno se me caía su tetera favorita y yo trataba de repararla antes de que llegase. En otro, recuerdo ocultarle mis notas, pero siempre me pillaba. Me acuerdo de su expresión y lo mal que la hacía sentir. No quería dormir. No quería volver a decepcionarla...

—¿Dejaste de tener los sueños? —le pregunto.

Yuki asiente.

—En cuanto se lo conté a mi madre. Me habló de algo que me ayudó a entender qué significaban.

Me inclino hacia ella.

—¿Qué te dijo?

Yuki bebe un poco de té.

—Que, a veces, los sueños significan lo contrario a lo que nos muestran. Que no los deberíamos tomar como lo que vemos. Tal vez se trate de que hay algo en nuestra vida fuera de lo normal. O que estamos reprimiéndonos demasiado. Los sueños nos muestran lo contrario a lo que necesitamos para volver a encontrar el equilibrio, sobre todo cuando perdemos a alguien.

—¿Y qué suponía para ti?

—Tardé en entenderlo... —replica Yuki antes de beber otro sorbo—. Supongo que siempre me ha preocupado decepcionarla. Simplemente tenía que acordarme de lo mucho que me quería. Y que, sin importar lo demás, siempre me habría querido. —Y me mira—. Tal vez tengas que buscar lo contrario al sueño tú también. Tratar de encontrar ese equilibrio en tu vida.

Le doy vueltas a lo que ha dicho.

—¿Y cómo lo hago? Buscar lo contrario...

—No estoy muy segura —se disculpa Yuki, pesarosa—. Es diferente para cada uno.

Me quedo mirando por la ventana otra vez, insegura.

Yuki me da un toque en la espalda.

—Pero, a veces, solo son sueños —apunta—. Y puede que no signifiquen nada. Así que no le des demasiadas vueltas, ¿vale?

—Quizá tengas razón —convengo—. Ojalá pudiese dormir una noche del tirón...

Yuki desvía la mirada, pensativa.

—Tal vez tenga algo que pueda venirte bien —me dice, soltando la taza—. Ven...

Sigo a Yuki hasta donde ha dejado el bolso. Lo abre y rebusca en los bolsillos. En cuanto halla lo que estaba buscando, se vuelve y me deja algo en la palma de la mano.

—Toma.

—¿Qué es...? —Le doy la vuelta—. ¿Un cristal?

Es blanco puro, perlado y translúcido, casi brilla desde dentro, como si emitiera luz propia.

—Es selenita —explica Yuki—. Me la dio mi madre. Se supone que te da suerte y protección, y también repele las energías negativas. A lo mejor te protege de las pesadillas.

La rozo con los dedos.

—¿Cómo funciona?

—Tú solo llévala contigo —responde con voz suave—. Se llama así por la diosa de la luna. Verás —le da la vuelta al cristal en mi mano y me enseña las caras—, se dice que la selenita contiene una gotita de luz que se remonta a los orígenes del universo. La gente cree que está conectada a algo extraterrestre...

Contemplo las caras del cristal. Lo siento caliente en la mano, reluciente como la luz de luna.

—¿Tú crees en eso?

—Quiero creer que me ha protegido —replica Yuki asintiendo con la cabeza—. Y ahora es tuyo. Es un poco frágil, así que ten cuidado.

Lo aferro con fuerza contra mi cuerpo.

—Gracias —susurro.

—Espero que te brinde algo de paz —responde Yuki—. Tengo la sensación de que la vas a necesitar.



Para cuando Yuki se marcha, sigue lloviendo. Hace horas que no entra ningún cliente, así que decido cerrar antes. Cuando regreso a casa, ayudo a mi madre a preparar la cena. Hay un queso parmesano que venden en una tienda que está a una hora de aquí y que compagina muy bien con pasta con espinacas y setas. Los quesos son de los pocos manjares que nos permitimos en casa. Mi madre siempre dice: «Es una inversión». Jamás la contradigo.

Pongo la mesa al tiempo que mi madre saca los colines de la freidora de aire. Están echando las noticias en la tele del salón, pero la tenemos silenciada. A mi madre le gusta dejarla puesta todo el día. Dice que así la casa parece menos vacía. Normalmente, durante la cena, a mi madre le gusta contarme teorías extrañas que formulan sus estudiantes en clase. Como aquella en la que estamos viviendo en un videojuego al que juega una niña de doce años en el ordenador de su hermano. Sin embargo, esta noche se muestra más taciturna de lo normal. Como si ambas estuviésemos dispersas por alguna razón.

—Te ha llegado una carta —me dice al rato—. Te la he dejado en la encimera.

—Ya la he visto.

Es una carta de admisión de la Universidad de Central Washington. Ya recibí el correo hace unos días.

—¿Y qué dice?

—Que me han admitido.

Mi madre se me queda mirando rebosante de alegría.

—Julie, ¿por qué no me lo habías dicho? Tenemos que celebrarlo.

—No es para tanto —respondo, enrollando la pasta con el tenedor—. Aceptan a todo el mundo. —No es la universidad más competitiva. Entras siempre y cuando tengas unas notas decentes. Lo que sigo esperando es la decisión de Reed.

Mi madre me observa picar del plato.

—Sé que no es tu primera opción, Julie... —comienza a decir—, pero deberías sentirte orgullosa. La Universidad de Central Washington es buena, aunque no te lo parezca. Al fin y al cabo, yo trabajo allí. No la descartes tan deprisa.

La miro.

—Tienes razón. No lo decía por eso. Es que... —Suspiro—. No sé si quiero pasar otros cuatro años en Ellensburg. No entraba en mis planes.

Solo es eso.

—No entraba en los planes de nadie —responde mi madre, tal vez para sí misma. Volvemos a quedarnos calladas—. Pero lo entiendo... Las cosas no han ido bien. Sobre todo últimamente. Y en especial a ti. —Se queda contemplando la mesa, absorta—. Tal vez sea egoísta por querer que te quedes aquí un poco más. Sé que antes o después te irás, Julie... Sin embargo, esperaba que pudiésemos pasar un poco más de tiempo juntas antes de la graduación. Antes de que te vayas.

—Todavía no me he ido a ninguna parte —rebato—. Sigo aquí.

—Lo sé —aclara ella, soltando el aire—, pero no nos vemos mucho. No es culpa tuya... pero últimamente me cuesta que estemos juntas. Esta es la primera vez que cenamos juntas en dos semanas. Siento que estamos más... distantes. Tal vez solo sea impresión mía.

Echo un vistazo a mi móvil en la mesa antes de desviar la mirada hacia mi madre. ¿Tanto hace que no cenamos juntas? Después de que falleciera Sam, siempre me he llevado la comida a mi cuarto. Y en cuanto él y yo hemos retomado el contacto, me he pasado todo el tiempo hablando con él. Estuve fuera todo el día de ayer. Y antes de ayer. Intentando pensar en una respuesta, siento que me embarga la culpa. Antes solía contárselo todo. Pero no puedo hablarle de Sam. No le puedo contar lo que pasa.

—Lo siento. —Es lo único que me sale decirle—. No quería ignorarte.

—No pasa nada —me tranquiliza, sonriendo un poco—. Ahora estamos juntas. Gracias... por cenar conmigo.

Me quedo mirando la comida y me recuerdo a mí misma pasar más tiempo con ella.



Después de cenar, la ayudo a quitar la mesa y subo al cuarto. Por mucho que me apetezca llamar a Sam, debería ponerme con los deberes. Avanzo un poco con un trabajo para el señor Gill que hay que entregar la semana que viene y termino el de Historia del Arte. Parece que mi mente por fin se ha despejado y me cuesta menos concentrarme. Tal vez sea cosa del cristal. Yuki me ha dicho que lo lleve siempre conmigo, así que lo dejo cerca del sujetalibros de Sam mientras trabajo. De vez en cuando me gusta mirarlo.

Me hace sentir protegida.

Sam me dijo que podía llamarlo esta noche. Como nos pasamos el día entero de ayer hablando, la de esta noche no puede ser muy larga. No me importa. Quiero volver a escuchar su voz, aunque solo sea por unos minutos.

Como mi madre está pasando el aspirador como loca, decido llamarlo en el porche. El repiqueteo de la lluvia suena como guijarros golpeando el techo. Antes, siempre que había tormenta, Sam y yo solíamos sentarnos aquí fuera juntos, a la espera de los rayos. Por lo que parece, tal vez haya algunos esta noche. Hace un poco de fresco, así que me he puesto su camisa de cuadros. Marco el número.

Cada vez que escucho su voz es como si el tiempo se detuviese, solo para nosotros.

—Ese ruido... —Se calla para escuchar mejor—. ¿Dónde estás?

—Fuera, en el escalón del porche.

—¿Echabas de menos el aire libre?

Recuerdo los campos de ayer y sonrío para mí misma.

—Entre otras cosas —respondo—. Necesitaba alejarme del escritorio y he pensado en llamarte. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Hasta el infinito.

La voz de Sam me transmite calidez. Ojalá pudiéramos quedarnos así y hablar para siempre.

—Dime qué tal tu día —me pide—. ¿Cómo va todo en la librería? ¿Cómo está el señor Lee?

—Me alegro de haber vuelto. Me siento como en casa, ¿sabes? —leuento—. El señor Lee está bien. El otro día me regaló un cuaderno, se me olvidó mencionártelo. Casi me da pena escribir en él.

—¿Entonces has vuelto a escribir?

—He empezado. Hoy. —«Por eso me llevó a los campos. Para ayudarme a inspirarme». Quería darle una sorpresa, pero no se me da bien guardarme las cosas—. Lo cierto es que estoy escribiendo sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí, sobre ti.

Sam se ríe.

—¿Y de qué?

—Todavía estoy decidiéndolo —confieso—. ¡Acabo de empezar! Pero me está gustando mundo. Hace tiempo que no cogía una rutina de escritura,

¿sabes? Quiero escribir sobre nosotros. Nuestra historia. He empezado a anotar algunos momentos. Fragmentos. Tengo que averiguar cómo enlazarlos. Crear algo significativo.

—Me alegra de que hayas dado con el ritmo y de aparecer, por fin, en una de tus historias. —Se ríe— ¿Y para qué es?

Suelto el aire.

—Todavía no lo sé. Simplemente he empezado a practicar. Si sale bien, tal vez lo use como muestra para Reed. Por lo visto piden una para poder matricularse en sus clases de escritura. No me han aceptado todavía, pero ahora mismo no me apetece hablar de eso. En fin, ¿quién sabe? Si acaba siendo muy bueno, tal vez intente publicarlo o algo. Es como una meta. Publicar una de mis historias. Como Tristan.

—¿Como Tristan qué?

—Se me había olvidado contártelo. Han aceptado su documental en el festival de cine.

—Ah.

—Me ha invitado al estreno.

Se produce un silencio.

—Me alegro... por los dos.

Ladeo la cabeza tratando de descifrar el tono con el que lo dice.

—¿Por los dos? Yo no he conseguido nada. Apenas tengo un borrador.

—Pero tienes tiempo. Para escribirla. Y que algo tuyo perdure. Ojalá lo tuviera yo.

—¿A qué te refieres?

—Que ojalá hubiera tenido tiempo de acabar algunas cosas, ya sabes. Dejar una huella en el mundo o algo.

—¿Qué querías haber acabado?

Sam deja escapar un suspiro.

—Ya no importa, Jules... No tiene sentido seguir hablando de esto.

—Pero Sam...

—*Por favor*. No tendría que hacer dicho nada.

Siento una punzada de culpa. Pensaba que hablar de esto con él lo alegraría. Al fin y al cabo, voy a escribir de los dos. No esperaba que evocase sentimientos de los que no quiere hablar. Por lo tanto, cambio de tema, como me ha pedido.

—Hoy he visto a Oliver. Te echa mucho de menos.

—¿Oliver? —La voz de Sam se muestra más alegre al oír el nombre—.

Últimamente he pensado mucho en él. ¿Cómo está?

—Te lleva flores —le digo—. Me he enterado de que a veces se sienta junto a tu tumba para hacerte compañía. Es un muy buen amigo.

—Era mi mejor amigo. Desde siempre.

—Me ha dicho que te quiere... —le digo.

—Yo también lo quiero. Y lo sabe.

Por un momento, me debato si preguntarle a qué se refiere. Si había algo más que yo no sabía. Pero decido no hacerlo, porque tal vez no debería importar. Al menos, ya no.

—¿Es la primera vez que lo ves desde lo que pasó? —me pregunta Sam.

—No —respondo—. De hecho, nos hemos visto varias veces. El otro día vimos una película. Un musical. Fue de improviso.

—Te lo dije. Tenéis más en común de lo que pensáis.

—Eso veo. Supongo que tendría que haberte hecho caso.

—¿Eso significa que sois amigos?

—Eso creo; o, al menos, espero que así sea.

—Me alegro de que os hayáis dado una oportunidad —responde Sam.

«Yo también. Ojalá no hubiera hecho falta que te fueras para ello».

La lluvia continúa repiqueteando contra el techo del porche. Tendré que entrar dentro de poco. Antes hay algo que quiero preguntarle. Algo a lo que le he estado dando vueltas últimamente.

—¿Qué pasa? —inquiere Sam.

—Es sobre nuestras llamadas. Lo de mantenerlo en secreto. Me preguntaba qué pasaría si se lo dijera a alguien.

—Si te soy sincero, Julie, no lo sé. Pero me da la sensación de que podría afectar a nuestra conexión —contesta.

Me quedo pensativa.

—¿Y si no pasa nada?

—Ni idea—opina—. Supongo que no lo sabremos hasta que lo hagas. Pero cabe la posibilidad de que la conexión se rompa para siempre. No sé si deberíamos arriesgarnos.

Trago con fuerza. De imaginármelo me entra un escalofrío.

—Entonces no se lo contaré a nadie. Lo mantendré en secreto. No quiero perderte. No tan pronto.

—Ni yo a ti.

Un destello ilumina el cielo, precediendo un ruido sordo a lo lejos.

—¿Qué es eso? —inquiere Sam.

—Creo que se avecina una tormenta.

—¿Rayos?

—Eso parece.

Al vivir en la cordillera de las Cascadas, lo único que les da vida a estos pueblos tranquilos son las tormentas que hay de vez en cuando.

—Ojalá pudiera verlo —rezonga Sam.

—Suelan a lo lejos.

Se produce otro destello de luz que quiebra el cielo durante un segundo.

—Recuérdame cómo son —me pide.

—Como grietas en el universo. Y como si otro mundo echara un vistazo al nuestro.

—Tal vez sea eso precisamente lo que hagan.

—O tal vez el que esté al otro lado seas tú.

—¿Me dejas escucharlo?

Activo el altavoz y alzo el móvil.

Otro destello, otro ruido sordo.

—Tienes razón —dice—. Suelan a lo lejos.

Me quedo con él al teléfono hasta que escampa.

# CAPÍTULO

## ONCE

Paso unos cuantos días sin tener ninguna pesadilla, pero sigo despertándome con la misma sensación de vacío. Como si tuviera un agujero en el pecho. No sé qué me pasa ni cómo explicarlo. Siempre que cuelgo con Sam y me vuelvo a quedar sola es cuando parece aflorar esa sensación. Es como un vacío en mi interior que no logro llenar. Ojalá pudiera mandarle un mensaje a Sam, o ver nuestro registro de llamadas en el móvil, para recordarme a mí misma que es *real*. A veces sigo sin estar segura. Tal vez esa sea la causa del agujero.

Cada vez que me sobreviene esa sensación, busco las cosas de Sam, porque es lo único que parece tener sentido. Su camisa en el respaldo de la silla; la mitad del sujetalibros en mi escritorio; el resto de cosas que he guardado en el cajón... Sigo teniéndolo todo. Pero su olor está empezando a desaparecer, y cada vez me resulta más difícil distinguir este sujetalibros del que ya tiré.

Ojalá pudiera hablar con alguien sobre esta situación, o incluso enseñarle sus cosas, para que me aseguren que no estoy loca. Pero Sam me dijo que hacerlo podría afectar a nuestra conexión, y me da miedo que eso ocurra; sería como perderlo otra vez. Sin embargo, no puedo dejar de darle vueltas a la posibilidad de que no pase nada si le cuento a alguien lo de nuestras llamadas, pero no quiero volver a sacarle el tema a Sam. No ahora, por lo menos.

Me vibra el móvil. Es un mensaje de Oliver diciéndome que salga en quince minutos. Un segundo mensaje suyo reza: Que no se te olvide. No puedo volver a llegar tarde a Español. Me preparo a toda prisa, pero cuando salgo, él ni siquiera ha llegado aún. Miro el móvil. Tengo otro mensaje suyo: Vaya. Alguien estaba paseando al perro. He tenido que parar para echarme una foto. Hasta me manda la foto en cuestión.

Estos últimos días, Oliver y yo hemos estado yendo juntos al instituto dando un paseo. Su casa está a un par de manzanas de la mía, así que normalmente me avisa del tiempo que en teoría va a tardar, pero estoy empezando a notar que siempre es más del que dice. Hemos estado pasando

muchísimo más tiempo juntos, hablando de películas y de musicales y de Sam. No me puedo creer que hayan tenido que pasar tres años, además de perder a alguien que ambos queríamos, para llegar a este punto. Hemos quedado en volver a visitar pronto su tumba. La próxima vez le llevaré flores. «Flores blancas». Oliver se ha convertido en un pilar en una época en la que todo parece estar llevándoselo el viento. Me sabe fatal ocultarle secretos, sobre todo sabiendo lo mucho que también quería a Sam. Ojalá hubiese algo más que pudiera hacer por él. Me lleva un rato, pero por fin se me ocurre algo. Un gesto para conmemorar nuestra nueva amistad.

Oliver se tira de ambas correas de la mochila.

—¿Nos vamos?

—Un segundo —le grito desde el interior de la casa.

La puerta principal está entreabierta. Oliver asoma la cabeza.

—¡Vamos a llegar tarde!

—Pues será porque te has parado a echarte una foto con un perro.

—Era un Beagle. Se llamaba Arthur.

Unos segundos después salgo ocultando algo a la espalda.

Se produce un instante de silencio entre ambos.

Oliver enarca una ceja.

—¿Qué tienes ahí?

—Algo que quiero regalarte.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Dámelo.

Se lo tiendo. Oliver parpadea varias veces.

—Es... la camisa de Sam...

—Sí. Y quiero que la tengas tú.

—¿Por qué?

—A mí no me está bien. Y supongo que a ti te quedará mejor.

Oliver se la queda mirando durante un buen rato.

—No creo que pueda aceptarla —dice al cabo del tiempo.

—Pero ¿qué dices? Pues claro.

Me la devuelve.

—No, no puedo.

Le aparto las manos.

—No digas tonterías. Solo es una camisa.

—Es la camisa de *Sam*.

—Y te la estoy regalando.

—No voy a aceptarla... —Oliver trata de devolverme la camisa, pero yo la vuelvo a apartar. Seguimos con ese tira y afloja hasta que me harto.

Le doy un manotazo en la muñeca.

—¿Por qué te pones tan pesado?

Oliver suspira.

—Porque está claro que Sam quería que la tuvieses tú —se explica—. No yo.

—Eso no lo sabes. Así que quédatela, ¿vale?

Oliver me escruta, y luego devuelve la atención a la camisa.

—No lo entiendo. ¿Es que no la quieres?

—Yo tengo muchas otras cosas suyas. No te preocupes.

Desliza una mano por encima de la camisa. Y entonces la aferra con fuerza.

—Gracias.

Le sonrío.

—Pero no la pierdas, ¿eh?

—Sabes que no.

Me cuelgo la mochila y desciendo los escalones, pero, por alguna razón, Oliver permanece en el porche, inmóvil.

—¿Qué pasa? —inquiero—. No estarás arrepintiéndote, ¿verdad?

—No —repone, quitándose la chaqueta de béisbol—. Ahora siento que soy yo el que debe entregarte algo a ti. —Baja del porche y me la coloca sobre los hombros.

—¿Me regalas tu chaqueta de béisbol?

—No, solo te la estoy *prestando*. Hasta la graduación.

—Vaya, muchas gracias.

Emprendemos el camino al instituto. Esta mañana hace un poco de fresco, así que la chaqueta no me sobra.

—Oye, Oliver, ¿tú qué deporte hacías?

—Ninguno —responde—. Se la compré el año pasado a uno de los estudiantes que se graduaban.

—Entonces ¿es por posturero?

—Exactamente.

—Te admiro.

Le doy un suave empellón en el hombro y ambos nos echamos a reír.



Veo columnas de globos rojos y blancos cubriendo las paredes y estrellas de aluminio pendiendo del techo cuando entro al pasillo. Las cosas están volviendo a la normalidad en el instituto. La gente ya lleva camisetas de colores vivos, pone música en los baños y se arroja bolas de papel junto a las taquillas. Cualquier sentimentalismo que pudiera quedar por la muerte de Sam se ha visto reemplazado por el habitual espíritu estudiantil. Antes había una foto de él en la pared junto al tablón de anuncios. No sé si es que se ha caído, o si alguien la ha quitado, pero ya no está. En cada clase hay un montón de copias del periódico del instituto y, por primera vez en semanas, nadie habla de Sam. Es como si todos hubiesen pasado página. Por alguna razón, no me sorprende. Ahora lo que está en boca de todos son las exhibiciones de las animadoras, los partidos de fútbol y la graduación.

El examen de francés me sale mejor de lo esperado. Me pasé toda la noche estudiando, así que me alegra de que me haya servido de algo. Me sorprendo con la nota del examen oral. Según Madame Lia, siempre he tenido mucha facilidad para la pronunciación. En Lengua, el señor Gill está enfermo y no ha venido (Dios nos ha escuchado), así que nuestro sustituto, un hombre canoso y rechoncho que entrecierra los ojos cada vez que alguien formula una pregunta, nos manda a leer *Rebelión en la granja* en silencio. Yo, en cambio, trabajo en la redacción porque me he dejado el libro en casa. Me encanta el tema que he elegido. Cómo las novelas de ciencia ficción de Octavia E. Butler nos enseñan mejor la historia dado su atractivo emocional. El poder de la narración ha sido primordial en el ser humano desde la Edad de Piedra, cuando tallaban imágenes en las cuevas. Logro redactar tres páginas de borrador antes de que suene el timbre. He estado mucho más centrada esta semana. «Creo que es el cristal». Me aseguro de llevarlo conmigo para que me brinde paz y suerte.

—¿Cómo te ha ido el examen? —me pregunta Jay en el almuerzo.

—Bastante bien, creo. ¿Tú terminaste el trabajo en grupo?

—Hay dos jugadores de lacrosse en mi grupo... —responde a la vez que parte el sándwich por la mitad—. Así que no.

—Podría ser peor.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Podría haber tres, y no dos.

Nos reímos mientras Jay me tiende la mitad del sándwich. Un segundo después aparece Oliver. Deja la bandeja en la mesa y coloca una silla justo junto a mí, obligando a Jay a echarse a un lado.

—Me encanta la camiseta de la Tierra, Jay —opina Oliver, robándole una patata frita.

Jay lleva una de las camisetas que ha diseñado para el club de medioambiente, la de un globo terráqueo enfermo con un termómetro sobresaliéndole de la boca.

—Gracias. La he hecho yo mismo.

—¿Y cómo es que yo no tengo ninguna?

—Bueno, si vinieras a las reuniones, la tendrías.

—Fui a la primera —le recuerda Oliver, y luego nos susurra a los demás —: y fue *muy* larga.

Jay lo mira mal.

—Eres consciente de que te oigo, ¿no?

—¿Qué? Si no hemos dicho nada —disimula Oliver, y luego nos lanza un guiño a mí y al resto.

—Ya vale, chicos —los interrumpe Rachel, y se pone de pie—. Hay una emergencia en el club. El formulario hay que entregarlo mañana, y aún nos faltan cinco firmas más.

—¿Y no puedes, digamos, inventártelas? —sugiere Oliver.

Rachel abre mucho los ojos, esperanzada.

—¿Funcionará? —susurra.

—No —decreto.

Todos nos miramos y tratamos de pensar en ideas que no nos metan en líos.

—¿De verdad hace falta tener un club para poder poner una película? —inquiere Yuki—. Siempre podemos reunirnos de manera informal.

—No, pero si lo aprueban, el instituto nos da cien dólares para comida —explica Rachel.

Oliver da un golpe con la mano en la mesa.

—¡Entonces hay que conseguir esas firmas! —exclama, y todos se ríen.

—Como tú eres bastante popular, Oliver, ¿crees que podrás ayudarnos?

—pregunta Rachel, devolviéndole el formulario.

—Con la condición de tener la última palabra sobre la comida.

—Hecho.

Oliver levanta una mano. Todos le chocan los cinco.

—Anda, es Mika. —Jay señala a mi espalda.

Alzo la mirada y la veo caminando hacia aquí. Lleva tiempo sin hacer acto de presencia en la cafetería.

—¡Mika! —la llamo, pero ella pasa por nuestro lado a toda prisa sin mirarme siquiera y desaparece tras las puertas del pasillo.

Yuki frunce el ceño.

—¿Está bien?

—No se la ve muy bien —advierte Oliver. Se gira hacia mí—. ¿Has hablado con ella últimamente?

—Lo he intentado... pero sigue evitándome.

—¿Está enfadada contigo?

—Supongo. —Bajo la mirada a la bandeja sintiéndome culpable por dejar que las cosas se hayan torcido tanto—. Me perdí la vigilia después de prometerle que iría. De hecho, me he perdido muchas cosas. No creo que ahora mismo me tenga en mucha estima.

—Ayer me topé con ella en el baño —confiesa Rachel—. Estaba llorando.

Oliver se reclina en la silla.

—Qué mal. Ojalá pudiéramos hacer algo.

—Sí —convengo.

La mesa se queda en silencio durante un rato. Nadie toca apenas su comida. Sobre todo yo. Se me ha cerrado el estómago de golpe. «¿Cómo comer después de haberle prometido a Sam que me aseguraría de que Mika estaría bien?». Podría haber hablado más con ella. Es como si estuviera defraudando a Sam. A nosotros tres. Al fin y al cabo, es culpa mía que no me hable. Ojalá pudiera contarle lo de las llamadas. Tal vez eso lo arregle todo y nos volvamos a entender otra vez.

Tras un prolongado silencio, Rachel nos mira.

—Tengo una idea. Deberíamos invitarla a lanzar los farolillos de papel con nosotros. Puede que también la ayude.

Le devuelvo la mirada.

—¿Farolillos de papel?

—Es la idea que se nos ocurrió —me explica Yuki, asintiendo—. Vamos a lanzar farolillos de papel al cielo en memoria de Sam. Los llaman farolillos mensajeros. A través de ellos puedes susurrarle algo a una persona que hayas perdido y el farolillo de papel le llevará el mensaje al cielo.

—Como pequeños globos aerostáticos —me aclara Rachel. Ahueca las

manos como para sostener algo invisible—. Se coloca una vela dentro y los observamos volar. —Levanta las manos como si estuviera soltando algo en el aire.

—Es una tradición antigua que existe en muchísimas culturas —prosigue Yuki—. La gente lleva miles de años haciéndolo. Por todo el mundo, y en muchas ceremonias distintas. Trae paz y buena suerte.

La imagen de los farolillos de papel flotando en el aire fluye por mi mente.

—Suena precioso... —digo.

Rachel se inclina hacia adelante.

—Entonces, ¿te gusta la idea?

No puedo evitar sonreír.

—Es perfecta.

Aplaudí.

—Estoy emocionadísima. Lo he visto en las películas y siempre he querido hacerlo.

—Hay un problema —tercia Yuki, intercambiando una mirada con Jay—. Nos está costando encontrar un lugar donde soltarlos. Tiene que ser lejos del pueblo, un sitio abierto y al aire libre.

Medito sobre ello.

—Yo sé de un sitio. Un campo, me refiero. Puedo llevarlos hasta allí.

—¡Perfecto! —exclama Rachel.

Nos sonreímos los unos a los otros al tiempo que continuamos hablando de los farolillos. Hace unos días no sabía si llegaría a ocurrírsenos algo. Pero escuchar a todos compartir sus ideas para lograr que esto salga adelante me colma de dicha. Advierto que ya no todo gira en torno a mí. Sobre todo si también asisten Mika y Oliver. Es bonito que compartamos este momento todos juntos. Y será en memoria de Sam.

Al final del almuerzo, antes de que todos recojamos para ponernos en marcha, digo una última cosa a la mesa.

—Gracias otra vez por todo. Creo que a Sam le encantaría la idea de estar aquí.

Yuki me toca el hombro.

—Te avisaremos cuando lo tengamos todo listo. Será especial. Te lo prometo.



El día de instituto transcurre con rapidez. En teoría, Oliver y yo íbamos a volver a casa andando, pero me ha mandado un mensaje a última hora diciendo que tiene que quedarse después de clase para hablar de sus notas. Había dejado su chaqueta en la taquilla, así que voy a por ella, además de a por algunos libros. Cuando me dispongo a salir el pasillo está atestado. Me tropiezo con la funda del trombón de alguien y desparramo todas las cosas por el suelo. En cuanto me agacho para recogerlas, alguien murmura algo.

—Bonita chaqueta.

Alzo la mirada para buscar la voz.

Taylor me escruta mientras reúno el resto de mis cosas y me enderezo. Su grupito de amigas aguarda junto a ella, contemplando la escena en silencio.

—¿Es la de Oliver? —pregunta.

«Pues claro que sí. Y ella lo sabe. ¿Qué pretende que le diga?».

—Me la ha prestado, nada más.

—¿Desde cuándo sois tan íntimos?

—¿A qué te refieres? Siempre hemos sido amigos.

Me lanza una miradita.

—Sabes que eso no es verdad. A Oliver ni siquiera le caes bien. Solíamos hablar de ti a tus espaldas. ¿No te lo ha dicho?

Aferro la chaqueta con fuerza, insegura de cómo responder. Debería marcharme. «¿A quién le importa lo que Oliver dijera antes? Ahora las cosas son distintas. ¿Por qué quiere estropearlo?».

—¿Por qué me lo cuentas?

De pronto, Taylor me arrebata la chaqueta de las manos.

—¿Crees que nos hemos olvidado de lo que hiciste? ¿Solo porque Oliver esté siendo *amable* contigo?

—¿Qué leches te pasa? —grito con las mejillas encendidas. Hago ademán de recuperar la chaqueta—. Devuélveme...

Taylor extiende el brazo y casi me golpea.

—¿Que qué nos pasa? —replica—. No somos nosotros los que nos hemos mudado aquí a destrozarles la vida a los demás.

—¿De qué estás hablando?

Taylor entrecierra los ojos en mi dirección y eleva la voz.

—No te hagas la imbécil, Julie. Está muerto por tu culpa.

Siento un escalofrío conforme la gente a nuestro alrededor se detiene a escuchar. Sabía que un día me lo echaría en cara. Pero no esperaba que fuese delante de todo el instituto. Trago saliva en un intento por mantener la voz firme.

—No trates de echarme la culpa. No te atrev...

—Ni se te ocurra cargarle el muerto a otro —me interrumpe Taylor. Clava un dedo en mi clavícula, obligándome a retroceder—. Lo obligaste a ir a recogerte pese a estar a una hora de distancia. Sam solo pretendía pasar tiempo con sus amigos. Era la primera noche que estábamos todos juntos desde que llegaste al pueblo. Pero ni siquiera fuiste capaz de dejarle ese momento. Todos estábamos allí, Julie. Lo obligaste a marcharse y lo has estropeado todo.

—Eso no es verdad —me defiendo—. El que me mandó el mensaje fue él, y yo le dije que no viniera. Que volvería a casa andando.

Taylor vuelve a clavarme el dedo en el pecho.

—Qué mentirosa eres. Yo estaba hablando con él antes de que se fuera. Me contó todo lo que le dijiste. Lo hiciste sentirse culpable y por eso se marchó. Y ahora está muerto. Por tu culpa.

Endurezco el estómago.

—Te equivocas. No conoces toda la conversación. Sam nunca...

—No tienes ni idea de lo que piensa Sam —me vuelve a interrumpir Taylor.

—Y tú no sabes lo que pasó. No has leído nuestros mensajes.

—Pues enséñamelos, venga.

—No puedo...

—¿Por qué no?

—Porque los borré.

—Lo sabía.

De todas, esta conversación es la que menos me apetece tener. Quiero salir corriendo, pero se ha parado demasiada gente a escuchar, así que he de apaciguar los ánimos antes de que demude en algo peor. Respiro hondo y me obligo a responder.

—Aunque lo hubiese obligado a ir, no fui yo quien conducía ese camión. No fui yo quien se le echó encima en la carretera. ¿Cómo puedes culparme de eso? Yo soy tan responsable de su muerte como cualquiera que participara en el plan de la hoguera, que te incluye a ti.

Taylor me clava otro dedo en el pecho, más fuerte esta vez.

—¿Así que ahora intentas echarme la culpa a mí?

Aprieto los puños.

—No le echo la culpa a nadie. Eres tú la que me culpa a mí.

—Si no es culpa tuya, ¿por qué no viniste a su funeral? —inquiere Taylor. ¿Fue porque te sentías culpable o porque te importaba una mierda?

Es como si el aire se me escapara de los pulmones. Abro la boca para decir algo, pero no sale nada. Solo que, de repente, no me hace falta. Porque Mika aparece de la nada y se coloca delante de mí.

—Eso no es de tu incumbencia —le reprocha Mika a Taylor—. No tiene que darte explicaciones de nada. Y menos a ti.

—¿Por qué no te...? —empieza a gritar Taylor.

Pero Mika no la deja acabar la frase.

Oigo la bofetada sobre la mejilla de Taylor antes de que la escena prosiga. El pasillo entero ahoga un grito y luego vuelve a enmudecer. Me cubro la boca, sin saber qué va a pasar. Muy pocas personas conocen lo de las clases de defensa personal de Mika, o la historia de su pelea en el bar de Spokane. Cuando Taylor trata de devolverle el golpe, sé que justo ella no entra en ese grupo. Mika desvía rauda su brazo ¡y empuja a Taylor contra la taquilla! El gentío se agolpa a su alrededor, algunos incluso sacando sus móviles. De pronto, Liam aparece entre la muchedumbre. Agarra a Mika por la parte de atrás de la camiseta como si estuviera preparándose para lanzarla por los aires.

—Eh... —grita Liam.

Pero Mika le asesta un codazo en el vientre y él cae al suelo, resollando.

La multitud estalla. El ruido atrae a más gente al pasillo, incluidos algunos profesores que llegan para detener la pelea. Uno de ellos, el señor Lang, de Biología, se lleva dos dedos a los labios y chifla. La marabunta mira en derredor antes de dispersarse rápidamente.

Alguien me toca el brazo.

—Julie... deberíamos marcharnos.

Yuki aparece a mi lado, instándome a seguir a la multitud fuera.

—¿Y qué pasa con Mika? —pregunto, buscándola entre el gentío. Ahí está con el señor Lang. El profesor tiene una mano sobre su hombro y con la otra aferra el brazo de Liam.

—No sé si habrá algo que podamos hacer —cavila Yuki. Y, por mucho que quiera, sé que tiene razón.



Llevo esperando fuera del instituto más de una hora. Yuki se ha quedado conmigo durante un rato, pero estaban tardando tanto allí dentro que le dije que se fuera a casa sin mí. Creo que el señor Lang se los ha llevado a todos a su despacho. «¿Qué estará pasando allí?». Espero que Mika no se haya metido en líos.

Media hora después, Mika por fin sale por la puerta de entrada al instituto. Sostiene una bolsa de hielo contra el ojo izquierdo.

—Mika... ¿estás bien? —Estiro el brazo para inspeccionárselo, pero Mika gira la cabeza.

—No es nada —responde.

—¿Qué ha pasado?

—Me han suspendido.

—Qué mal. Es culpa mía. Iré y se lo contaré al señor Lang...

—Olvídalo, ya está. Tengo que irme... —se despide de golpe. Se aleja a toda prisa y me deja allí plantada.

—¡Mika! ¡Espera! —la llamo varias veces, pero ella no echa la vista atrás.

Casi salgo corriendo detrás de ella, pero algo en mi interior me dice que quiere estar sola. Al menos, por ahora. Así que me quedo allí sin más, observándola desaparecer a lo lejos. El problema es que no sé qué se supone que he de hacer. No sé cómo hablar con ella. Clavo la mirada en la acera y me pregunto cómo voy a arreglar todo esto...



En cuanto llego a casa, llamo a Sam y se lo cuento todo. Leuento lo de Oliver, lo de su chaqueta, y las cosas que me ha dicho Taylor. Luego leuento lo de Mika y la pelea que se ha desatado entre ellas.

—No quiere hablar conmigo —digo—. No sé qué hacer.

—¿Has probado a mandarle un mensaje? —pregunta Sam.

Vuelvo a mirar el móvil.

—Antes le pregunté si había llegado a casa. Pero no me ha respondido. Me siento fatal.

—Taylor es la que debería sentirse fatal —repone Sam con voz tensa—. No me puedo creer que te dijera esas cosas. Lo siento, Julie. Ojalá hubiera estado ahí. Ojalá pudiera hacer algo.

—Sí, ojalá.

Sam suspira.

—Siento que todo es culpa mía.

—Sam... no te martirices.

—Es difícil no hacerlo —me rebate, y suena frustrado—. Mika no se sentiría así; nadie te diría esas cosas de no haber... Si yo no hubiera... —Se le apaga la voz.

—*Para* —digo—. No es culpa tuya, Sam. Nada de esto lo es. Y no me importa lo que la gente opine de mí, ¿vale?

Transcurre un largo silencio.

—Pero es que me siento tan inútil. Incapaz de hacer nada... —me explica—. Ni siquiera por Mika. Ni me imagino lo que sentiría si la perdiera yo a ella, ¿sabes? Pero, al menos, tú puedes hablar con ella. A lo mejor puedes ir a su casa y verla en persona.

—No sé si me escucharía siquiera —replico.

—¿Podrías volver a intentarlo?

—Ya sabes que quiero —digo—. Pero cada vez que hablamos, siempre tengo algo que ocultarle, y creo que ella lo nota... Es como un muro entre nosotras.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Dudo si responder. Me da miedo lo que pueda decir.

—Quiero contarle lo de las llamadas. Me parece que eso arreglaría las cosas entre nosotras. Que lo entendería.

Sam enmudece.

—¿Crees que no debería?

—No lo sé, Jules —titubea—. No quiero que le pase nada a nuestra conexión.

—Pero dijiste que cabía una posibilidad de que no sucediera nada —le recuerdo.

—Bueno, puede que no. Pero sería arriesgarse mucho, ¿no?

—Entonces ¿dices que es mala idea?

Sam vuelve a quedarse callado mientras medita la respuesta.

—Dejaré que seas tú la que tome la decisión.

Clavo la vista en la ventana y debato qué hacer.

—Ojalá me dieras respuestas más claras a veces.

—Lo siento, ojalá las tuviera.

# CAPÍTULO

## DOCE

No puedo esperar ni un día más para ver a Mika. Me niego a dejar las cosas así. La culpa me está carcomiendo y provoca que me cueste concentrarme. Al llegar a la entrada principal, veo que el sol arroja sombras al camino de entrada de vehículos. La furgoneta está aparcada fuera, así que sus padres también deben de estar en casa. Espero que la que abra la puerta cuando llame al timbre sea su madre. Siempre que nos peleamos, ella es la que media.

El ruido de unas pisadas me indica que viene alguien. La puerta principal de Mika tiene muchos cerrojos y cadenas. Escucho que alguien los abre, uno tras otro. La puerta se abre un poco.

Mika me mira a través del espacio que permite una de las cadenas.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo —aclaro.

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

Mika no responde. Simplemente se me queda mirando en el umbral.

—¿Puedo entrar? —le pido.

Ella se lo piensa. A continuación, cierra la puerta, con lo que supongo que la respuesta es no. Pero resulta que quita la última cadena y la puerta se vuelve a abrir. Mika me observa sin decir ni mu antes de volver adentro. Yo me quito los zapatos y la sigo por el pasillo.

La tetera ya echa vapor cuando Mika va a apagar el fuego. Yo me quedo bajo el arco de la cocina mientras ella saca las cosas de los armarios. Siento que la casa está distinta. Aspiro. ¿Es incienso? Proviene de otra sala. Como Mika parece estar ocupada, decido rastrear el olor.

Hay un armario de madera en el salón. En el estante del medio unos hilos de humo se elevan de un bol de plata en el cual arde el incienso. A su lado encuentro un cuenco con fruta. Vi el armario la primera vez que vine a casa de Mika, hace unos años. Está repleto de fotografías. Retratos de familiares de Mika que no conozco. Una vez, me contó que eran sus antepasados. Dijo que era una muestra de respeto a los difuntos.

Y entonces la veo. Una foto de Sam que antes no estaba. Está sonriente; lleva puesta su camisa de cuadros y tras él el cielo está azul. Algo frío me recorre la espalda. Se me sigue olvidando que, para los demás, está muerto.

—Es la mejor que encontré.

Me vuelvo. Mika sujetaba una bandeja de té.

—La foto —aclara—. La elegimos mi madre y yo. Dijo que salía guapo. No sé qué decir. Me quedo ahí quieta, contemplando la foto.

Mika deja la bandeja en la mesilla baja.

—Me estaba preparando un té antes de que vinieras —dice.

Nos sentamos en el sofá. Mika levanta la tetera y me sirve té sin preguntarme siquiera. Advierto que su ojo izquierdo está algo hinchado. Pero no está tan mal como pensaba.

—Es de crisantemo —explica.

—Gracias.

Soplo el té. Desde donde estamos sentadas puedo ver la foto de Sam. Es como si velara por nosotras. Pillo a Mika mirándola, igual que yo.

—Ojalá me hubieran pedido a mí la foto —dice.

—¿Quién?

—Los del instituto. La que usaron en el periódico no me gustó. Me deberían haber pedido una.

Recuerdo el artículo. Usaron la del anuario. A Sam tampoco le habría gustado nada.

—La que has escogido es perfecta —le digo.

Mika asiente y bebe un poco de té.

—Siento lo del ojo. ¿Cómo te lo hicieron?

—Una de las amigas de Taylor me tiró un bolso cuando no estaba mirando —explica.

—Lo siento mucho, Mika.

—Fue un golpe bajo, pero estoy bien.

—No te di las gracias por defenderme —murmuro.

—No lo he hecho por ti, sino por Sam.

Bajo la mirada sin saber qué más decir.

Mika sopla su té y vuelve a beber. Tras un prolongado silencio, añade:

—Cuando vi a Taylor hablándote así... Me acordé de él. Pensé en qué habría hecho Sam de haber estado allí. A él siempre se le dio mejor hablar que a mí. Por eso caía mejor a todo el mundo. Aunque ya no está... —prosigue—, sigo esperando verlo. Cuando alguien entra por la puerta, me

pregunto si será él. Si será *Sam*. Es en esos momentos que me olvido de que ya no está y luego me vuelvo a acordar cuando peor me siento. —Clava la vista en el té—. Sé que no te gusta hablar de Sam, pero lo echo muchísimo de menos. No sé cómo la gente puede pasar página tan deprisa.

—Yo no he pasado página —le rebato.

—Pero lo intentas.

Sacudo la cabeza.

—Ya no. —Sí que era verdad hace dos semanas. Ahora que vuelvo a estar en contacto con Sam las cosas han cambiado. Si lo supiera...

—Si lo haces, no pasa nada —repone Mika, volviendo a mirar el retrato de Sam—. A veces, desearía poder dejar de pensar en él. No me importa lo de la vigilia. No me importa que no vinieras. Pero estabas tan ocupada tratando de olvidarlo que también te olvidaste *de mí*. Te has olvidado de que éramos tres. No erais solo Sam y tú. Yo también formaba parte del grupo...

—Hace una pausa y mira el móvil en el borde de la mesilla baja—. Sé que parecerá una tontería, pero yo sigo leyendo los mensajes del chat grupal. Del de los tres. ¿Sabes? El otro día me dieron ganas de escribir algo para mantenerlo activo. Para que no se quedara así... Pero no pude. Porque tenía miedo de que no contestarais ninguno. Y no quiero estar sola ahí... —Se le quiebra la voz, lo cual provoca que me duela el pecho. *He borrado el chat grupal*. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que también estaba desecharlo a Mika. Quiero decir algo para arreglar la situación, pero sé que no hay palabras que valgan.

Mika vuelve a quedarse mirando el té, y añade casi en susurros:

—El otro día, mi madre estuvo buscando fotos mías y de Sam para ponerlas en un álbum. Pero dijo que era difícil encontrar una en la que no estuvieras tú. Así que, en cambio, hizo el álbum de los tres. —Se limpia los ojos con el dorso de la manga e intenta serenarse—. Cuando pasó... Cuando Sam murió... recuerdo que pensé: «¿cómo vamos a superar esto tú y yo? ¿Qué vamos a hacer?». Esperaba que me contestases a los mensajes, que me llamases, que vinieras a verme. Pero no lo hiciste. *Ni siquiera quisiste verme...* —Se le vuelve a quebrar la voz, como si estuviese reprimiendo las lágrimas—. Es como si, al perder a Sam, también te hubiera perdido a ti.

Se vuelve a limpiar la cara y prosigue:

—Su familia vino hace unos días. Supongo que su madre sigue en shock al despertar por las mañanas y ver que se ha ido. Los primeros días iba a su

cuarto para ver si seguía ahí. Como si hubiese sido un sueño o algo. Llamó a mi padre para que la ayudase a recoger las cosas de Sam, pero cambió de opinión. Siguen en cajas en su cuarto. Como si las guardase ahí para él... por si vuelve o algo.

Llegados a este punto tengo los ojos anegados en lágrimas. Debería haber estado a su lado desde el principio. Debería haber compartido su dolor. Le cojo la mano.

—Lo siento, Mika. No debería haberte dejado sola de esa manera. Te prometo que no me he olvidado ni de ti ni de Sam. Lo sigo queriendo y pienso en él todos los días.

Mika aparta la mano.

—A mí no me lo parece —responde, llorando—. Da la sensación de que has pasado página. Te veo con tu nuevo grupo de amigos. Os sentáis juntos a la hora de comer y os reís como si no hubiera pasado nada. Como si Sam nunca hubiera estado ahí. —Se enjuga la cara de nuevo—. ¿Lloraste siquiera cuando murió?

Siento la pregunta como un puñal en el corazón. Odio que piense así de mí.

—Pues claro que sí —contesto. Si me hubiese preguntado en el restaurante, tal vez la respuesta habría sido distinta. Pero no soy la misma que entonces. Porque he encontrado a Sam. Ojalá se lo pudiera contar—. Sé que parece que no me importa, pero no es así. Claro que me importa, Mika. Pero es una situación complicada. Tienes que entender...

—Sé cuándo mientes, Julie —replica Mika—. Al igual que sé que me estás ocultando algo. Y también sé que decías la verdad en el restaurante. ¿Cómo voy a creerte que has cambiado de opinión así como así desde entonces?

—Porque ha pasado algo raro —le digo—. Ojalá pudiera contártelo, pero no puedo, lo siento. Tienes que creerte.

Mika descarta mi respuesta con un gesto de la cabeza.

—No puedo seguir así, Julie. Estoy cansada de no saber nada —repone—. Y no soporto que me ignores.

—¿A qué te refieres?

—Te he llamado una docena de veces desde que murió —explica Mika—. Y no has respondido ni una sola vez. Sé que no te apetecía hablar conmigo. Cuando yo te necesitaba. ¿Y ahora esperas que me quede aquí escuchándote?

—¿Mika me ha llamado? Vuelvo a mirar el móvil intentando hacer memoria. Son las llamadas de Sam, ¿verdad? Cuando hablamos no me llega nada. Por eso no recibo mensajes, ni llamadas y a saber qué más. Es como si la conexión bloqueara mi teléfono a los demás. Me ha apartado de Mika, la persona a la que Sam me ha pedido que cuide. Y ni siquiera se lo puedo explicar.

—Es mi móvil... —Es todo cuanto puedo decirle—. Le pasa algo raro.

—¿Qué otra cosa le digo? ¿Cómo arreglo las cosas sin decirle la verdad?

—Creo que ha llegado la hora de que te vayas —suelta Mika abruptamente. Desvía la mirada y me deja claro que no quiere seguir escuchándome. Que está a punto de levantarse y zanjar la conversación. Ojalá pudiera contárselo todo para que entienda por qué me he comportado así y que no he pasado página porque no me ha hecho falta. Porque Sam no se ha ido. Pero no quiero poner en riesgo nuestro vínculo. Abro y cierro los puños mientras me debato qué hacer... Al fin y al cabo, Sam ha dejado que decida yo, ¿no? Y cabe la posibilidad de que no pase nada malo si se lo digo. No puedo permitir que Mika siga pensando así de mí. Veo lo mucho que le duele. Necesito estar a su lado, como le prometí a Sam. No puedo dejar que pase por esto sola. Y tampoco puedo perderla. Quiero destruir la barrera que se ha erigido entre nosotras. No sé si me creerá, pero aguanto la respiración y se lo cuento de todas formas.

—Mika, escucha... —Le agarro las manos antes de que se levante—. La razón por la que no recibo tus llamadas... o por la que no estoy de luto por Sam es porque seguimos en contacto. *Sam y yo*. Todavía no se ha ido.

—¿A qué te refieres?

—Te va a parecer una locura —empiezo a decirle tratando de escoger bien las palabras—, pero puedo hablar con Sam. Por el móvil. Lo llamo y él contesta.

—¿Nuestro Sam?

—Sí.

Mika se me queda mirando.

—¿Cómo que puedes *hablar* con él?

—Me refiero a que me contesta. Por teléfono —leuento—. Puedo decirle cosas y él me responde. Hablamos durante horas casi todos los días, como antes. Y es él de verdad, Mika. No es otra persona, ni es una broma. Es Sam.

Me va el corazón a mil por hora. No sé qué más decirle.

Mika se queda cavilando.

—¿Estás segura?

Me inclino hacia delante y le doy un ligero apretón en las manos.

—Te lo prometo. Es su voz, Mika. Es él; es *Sam*. Tienes que confiar en mí.

Mika me devuelve el apretón y asiente despacio.

—Te creo, o eso intento.

Llevo tanto tiempo esperando oír algo así. Pero percibo algo en el tono que usa que no me produce el alivio que esperaba. Y noto otra cosa en sus ojos que me hace dudar.

—¿Cuándo empezaste a hablar con él? —inquiere, cautelosa.

—La semana después de que muriera.

—¿Solo a través del móvil?

—Es la única forma de contactar con él.

—¿Me puedes enseñar las llamadas? —me pide.

Vacilo.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Porque no aparecen en el historial —explico—. Sigo sin entender por qué. Y tampoco podemos hablar por mensaje, solo en llamadas.

Mika se recuesta, pensativa. Se produce un largo silencio. Yo siento una opresión en el pecho. Tal vez no se lo tendría que haber contado.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Claro que no —replica—. Perder a alguien es duro y difícil para todo el mundo, Julie. Pero ¿no crees que podría ser fruto de tu imaginación?

—Al principio lo pensé. Pero no es así, Mika. Es Sam, de verdad. He estado hablando con él, *estoy segura*.

Mika inspira hondo y suaviza la voz.

—Sam está muerto, Julie. Ya lo sabes. Lo enterramos, ¿recuerdas?

—Lo sé. No digo que no lo esté, pero me cuesta explicarlo. Es... —Se me quiebra la voz porque no sé cómo convencerla—. Sé que es una locura, pero necesito que me creas.

Al ver que no responde, sé que no lo hace. Me empieza a doler la cabeza y la estancia empieza a dar vueltas. «Estoy empezando a perder el norte». Solo hay una manera de demostrárselo.

—Mira, voy a llamarle...

—Julie —empieza a decir Mika.

Pero ya he marcado y el teléfono está dando tonos de llamada.

No hace falta que hablemos mucho. Lo suficiente como para que Mika escuche la voz de Sam. Un par de palabras, una conversación rápida para demostrarle que es él; eso la convencerá. La opresión en el pecho se agudiza con cada tono que suena mientras espero a que Sam conteste. No me creo lo que estoy haciendo. «Por fin puedo hablar de este secreto y demostrar que todo esto es verdad».

Pero el teléfono sigue dando tono. Suena tantas veces que pierdo la cuenta del tiempo que ha pasado. Mika está sentada en silencio, escrutándome. Los tonos siguen resonando, acuciando la presión en mi pecho. No sé qué pasa. «¿Dónde estás, Sam?». No es propio de él. Normalmente descuelga enseguida. Me tiemblan las manos, así que agarro el móvil con más fuerza. El teléfono no para de sonar, y me pregunto si esta vez no va a contestar.

Y entonces me viene algo a la cabeza. Un pensamiento horrible. Es como un balazo al corazón. Que no aparezca en el historial; que los mensajes no le lleguen; que lo mantengamos en secreto; las propias llamadas. Ay, madre. «¿Me lo he estado imaginando todo?». Aparto el móvil de la oreja, la sala se torna borrosa y todo se queda inmóvil. Siento que me recorre un escalofrío y la presión que ha estado creciendo en mi pecho explota, dejando un agujero enorme que hace que quiera desaparecer.

Esta vez nadie contesta, así que cuelgo.

Ni siquiera miro a Mika cuando me levanto del sofá con brusquedad.

—Tengo que irme. —Casi vuelco la taza con las prisas. Me cuesta meter el móvil en el estúpido bolsillo, porque parece no entrar.

—Julie, espera... —Mika me agarra del brazo para detenerme, pero yo lo aparto.

Me obligo a sonreír.

—¡Te estaba tomando el pelo! Era una broma. Me lo he inventado, ¿vale?

—Pero el temblor de mis manos y el tono agudo de mi voz son prueba suficiente de lo contrario, y Mika no se ríe. Me sigue por el pasillo cuando me marcho. Al reparar en su expresión preocupada, me siento tan avergonzada que lo único que me sale decir es:

—No estoy loca, te lo juro. Era broma.

—Julie, no creo que estés loca. Espera...

Algo vibra en mi mano y suena un ruido que nos sorprende a ambas. Estoy tan dispersa que el móvil se me resbala de la mano, rebota contra la

punta de mi zapato y cae sobre la alfombra.

Clavo la mirada en el teléfono y veo que está sonando. Me sorprende, porque nunca tengo el sonido puesto. Siempre lo dejo en silencio. Miro la pantalla y advierto que es un número oculto.

Mika y yo nos miramos. Ella echa un vistazo al móvil, preguntándose si voy a responder. Vacilo antes de cogerlo del suelo. Sigue sonando. Acepto la llamada y me llevo el teléfono a la oreja. Lo primero que oigo es el latir de mi propio corazón.

—¿Dígame?

Tal vez se trate del cúmulo de emociones que he vivido hace unos segundos y la adrenalina que lo ha acompañado, pero no recuerdo lo dicho ni por qué. Solo que le tiendo el móvil a Mika y espoto:

—Es... para ti.

Mika desvía la mirada de mí al teléfono. A continuación, lo coge y se lo acerca a la oreja. Se produce una pausa antes de que hable.

—¿Hola? ¿Quién es?

El corazón me late desbocado mientras permanezco inmóvil. No escucho nada del otro lado de la línea.

—¿Sam? ¿Qué Sam? —Mika me mira con una ceja enarcada—. No tiene sentido.

Otro momento de silencio mientras ella escucha.

—¿Cómo voy a creerte algo así? —responde—. No sé. No puede ser verdad... —La conversación sigue así durante un minuto, más o menos. Mika se tapa la otra oreja, como si así oyera mejor, y se aleja un poco. Lo de pasearse es un tic suyo, sobre todo cuando está hablando por el móvil. La sigo hacia la cocina y le doy algo de espacio. No quiero abrumarla. Es una llamada de Sam.

—No sé si puedo creerlo... ¿Es una broma? —inquiere Mika. Otro momento de silencio. Enarca una ceja y frunce el ceño—. ¿Preguntarte qué?

Se me hace raro escuchar solo media conversación. Es como saltarte páginas de un libro y tratar de recrear la situación. Me pregunto qué le estará diciendo Sam.

—¿Qué tipo de pregunta? —contesta Mika, confusa—. ¿Te refieres a algo que solo sepas tú? A ver que piense... —Me observa durante un momento antes de desviar la mirada. Susurra—: Vale. Si eres Sam, dime... el año en que Julie se mudó, cuando la conocí por primera vez... ¿qué te dije de ella que te pedí que no le contaras nunca?

Mika se calla para escuchar. Sam debe de haber acertado, porque abre mucho los ojos. Me lanza una mirada sorprendida y me pregunta:

—¿Te lo ha contado alguna vez?

Sacudo la cabeza, algo confusa. «¿Qué dijo?».

Mika se vuelve y sigue hablándole al móvil.

—Vale. ¿Algo más? ¿Una más difícil? A ver... —Se lo piensa—. Vale. A ver esta. Cuando teníamos siete años... el abuelo se estaba muriendo, y tú y yo entramos a su cuarto a visitarlo aunque se suponía que no debíamos. ¿Te acuerdas? Dejó que jugásemos junto a la cabecera de su cama. En su mesilla de noche había cuatro cosas. No las tocamos ni tampoco las mencionamos. Si eres Sam de verdad, te acordarás, porque yo lo hago. ¿Qué cosas eran?

Cierro los ojos e imagino la mesilla mientras Mika escucha. Al tiempo que Sam responde, ella repite las respuestas en alto una por una, como si las estuviese recordando. Una pluma blanca. Un cisne de papel atado con una cuerda. Un cuenco de cerámica lleno de incienso con la cara de un dragón pintada.

—¿Y lo último? —pregunta.

No sé qué cosa es, porque Mika no lo pronuncia, sino que permanece callada un buen rato. Al volverse para mirarme, veo que tiene los ojos anegados en lágrimas, y sé que Sam ha respondido correctamente.

—Es Sam —me dice con un gemido—. Es él de verdad.

Me sobreviene una sensación que soy incapaz de explicar; no solo es alegría, sino también alivio. Estoy a punto de pellizcarme a mí misma para cerciorarme de que no es un sueño, de que esto está pasando de verdad, y que Mika también está aquí, diciéndome que Sam está al teléfono. Que no me lo estoy imaginando. Que es real y siempre lo ha sido.

Mika permanece hablando con Sam un buen rato, preguntándole una docena de cosas, riendo y llorando a la vez. Me mira y me sonríe. Me aprieta la mano y apoya la cabeza en mi hombro, tal vez para transmitirme que me cree, o para darme las gracias. Aunque llevo un tiempo hablando con Sam, sigo sin poder creer que sea posible. Que los tres volvemos a estar unidos.

En cuanto cuelgan, Mika y yo nos abrazamos llorando, incapaces de hablar. Siento cómo trata de entender la situación. Es como un universo alternativo en el que el tiempo transcurre de forma distinta, donde los campos son infinitos y donde la tierra que pisamos se vuelve más inestable

que nunca. Aunque empiezo a perder la noción de qué es arriba y qué abajo, me embarga un alivio inmenso tener a alguien al lado. Alguien que es capaz de ver lo mismo que yo y decirme que no es un sueño. O tal vez estemos soñando juntas. Sin embargo, ahora ya no importa. Ninguna de las dos quiere despertar.



Más tarde, por la noche, una vez estoy en casa, vuelvo a llamar a Sam para hablar de lo sucedido. Esta vez contesta a la primera, como si lo esperara. Le agradezco que haya hablado con Mika y que me permita compartir esto con alguien más.

—No estaba segura de que fuera a funcionar —digo, sujetando el móvil con fuerza—. ¿Por qué no me has llamado hasta ahora?

—Porque se supone que no debo.

—¿A qué te refieres?

—No quería que lo supieras todavía. Porque si te llamo y no contestas, la conexión se romperá definitivamente.

—¿Te refieres a que se romperá para siempre?

—Sí.

Siento un escalofrío.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una de esas cosas de las que estoy completamente seguro —responde, pero no entra en más detalles.

Trago saliva con fuerza y le doy vueltas.

—Me da miedo, Sam. Si eso es verdad, no me vuelvas a llamar. A partir de ahora, solo te llamaré yo.

—Es lo mejor —conviene.

Sopla una brisa a través de la ventana abierta que mece las cortinas. Voy a cerrar la ventana. Fuera, las ramas de los árboles son como dedos que tocan el cristal.

—Lo siento —se disculpa Sam de la nada.

—¿Qué sientes?

—No haber contestado antes. Supongo que me ha puesto nervioso ante lo que podría pasar.

—Pero no ha pasado nada —le recuerdo—. Todo ha ido perfectamente. ¡Ahora es incluso mejor! Mika lo sabe y lo comprende todo. ¡Habéis podido volver a hablar! ¿No te alegras?

Se produce un momento de silencio.

—¿Sam?

—Es complicado...

Antes de poder pedirle que me lo aclare, se oyen interferencias en la línea.

—¿Qué es ese ruido? —pregunto.

—Ruido? Yo no oigo nada —contesta Sam, y de repente noto algo extraño en su voz.

—Sam, es como si te alejases. —Como si el auricular se distanciase de él

—. ¿Va todo bien?

Y más interferencias. Me pongo de pie y ladeo la cabeza, cambiando el ángulo del móvil para ver si así tengo mejor cobertura.

—Todo irá bien, Julie —dice Sam—. Te lo prometo. Pero ahora debo irme.

—Espera, ¿irte adónde? —inquiero.

No contesta. Se limita a decir:

—Hablamos pronto. Te quiero.

La llamada se corta de repente. Me quedo en silencio junto a la ventana, preguntándome si debería volver a llamarlo. Pero me sobreviene cierta sensación de frío que no puedo explicar y que me insta a no hacerlo. Como si no debiera. Así que vuelvo a la cama y estrecho el móvil contra mi cuerpo. Miro la pantalla a oscuras durante toda la noche, tratando de calmarme.

«¿He vuelto a fastidiarlo todo?».

# CAPÍTULO

## TRECE

A nuestra conexión le pasa algo. Algo horrible. No sé cómo arreglarlo, y Sam tampoco. Me recuerda a cuando hay tormenta y los truenos hacen titilar las luces o cortan el suministro de electricidad de casa y nada funciona. Sigo esperando a que las nubes se disipen, a que el tiempo cambie, pero cada vez que miro por la ventana, el cielo sigue negro y amoratado. Es difícil no dejar que me afecte, porque me lo ha buscado, ¿verdad? Es culpa mía. Yo obligué a Sam a hablar con Mika, y desde entonces, nuestras llamadas ya no son lo mismo. Antes hablábamos durante horas, siempre que lo necesitaba. Ahora tengo que esperar días antes de poder volver a llamarlo, y como nuestra conversación se alargue durante más de diez minutos o así, empiezo a oír interferencias, y eso me asusta. Me duele no poder seguir llamándolo de improviso, ni siquiera cuando necesito desesperadamente oír su voz. Cuando siento que estoy a punto de venirme abajo, he de recordarme que aún no lo he perdido del todo; *no* he perdido a Sam. Sé que he fastidiado nuestra conexión, pero sigue conmigo. Y siempre que planifiquemos las llamadas mejor, las abreviemos y encontremos los sitios donde parezca haber mejor señal, todo irá bien. Lo solucionaremos. A lo mejor hay alguna forma de arreglarlo.

Han pasado dos semanas desde que se lo conté a Mika. Desde que dejé que los dos volvieran a hablar. Pero no toda buena acción está exenta de consecuencias. Durante nuestra última llamada, Sam me confesó algo que me niego a creer. Me dijo que hay una posibilidad de que solo nos queden unas pocas llamadas más antes de que nuestra conexión se corte para siempre. Lo peor es que Sam me advirtió que esto podría suceder, pero yo no le hice caso. Al menos pudo hablar con Mika una vez más. Ver la expresión en los ojos de Mika tras su llamada hizo que correr el riesgo mereciera la pena. Al principio, sentía la necesidad imperiosa de que alguien me asegurara que estas últimas semanas han sido reales, que la voz de Sam no ha sido fruto de mi imaginación. Pero en cuanto reuní a Mika y a Sam, no solo se limitó a eso. Ahora Mika vuelve a parecer ella misma y las dos pasamos más tiempo juntas. Creo que la llamada le dio la tranquilidad

mental que necesitaba y un nuevo punto de partida para sanar heridas. Y ahora que no hay secretos entre nosotras, siento que por fin podemos apoyarnos mutuamente.

Al menos aún no me he despedido de Sam. Mientras no lo haga, seguiremos conectados, ¿no? ¿No es eso lo que me prometió? Todavía no estoy preparada para dejarlo marchar. Odio imaginarme la vida sin él. Desearía poder aferrarme a él y mantenerlo a mi lado tanto como pudiera. No sé lo que voy a hacer cuando ya no esté.

Eso es en lo único que pienso mientras contemplo, ausente, el móvil. Es lo que hago durante todo el día si no estoy hablando con él, solo por si me llama y tengo que descolgar enseguida. Así nuestra conexión no volverá a romperse...

—¿Esperas una llamada?

Levanto la mirada de la mesa y la estancia se vuelve otra vez nítida. Oliver está sentado frente a mí, esperando a que le responda. Estamos apoltronados junto a una mesita al fondo de la cafetería Sol y Luna. Las lámparas marroquíes están encendidas, titilando como las llamas, aunque fuera es de día. Para ser sábado por la mañana, al menos no está atestada. Últimamente venimos mucho aquí. Él siempre pide un chai *latte* con extra de espuma. Yo hoy he decidido probar el café americano en vez de pedir el mismo café de siempre. Lo cierto es que no sé qué diferencia hay entre los dos.

—Tienes pinta de estar esperando una llamada o algo —repite Oliver—. La Tierra llamando a Julie. ¿Estás ahí?

Parpadeo varias veces y vuelvo en mí.

—Perdona, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decías?

Oliver suelta un suspiro.

—Hablabía de la graduación.

—Ciento. ¿Qué pasa con ella?

—No me has escuchado nada de nada... —Suelta con otro suspiro—. Es dentro de unas pocas semanas, ¿recuerdas? ¿Los birretes y las togas? ¿La canción esa de Vitamina C? Dime que todo está pasando muy rápido.

—Supongo que sí. Yo intento no estresarme.

—Te lo digo en serio —me dice, quejumbroso—. Ojalá tuviera otro mes para aclararme las ideas. ¿Tú no? ¿Sabes ya lo que harás después?

Creía que sí. Creía tenerlo todo pensado. Desde el apartamento en el que quería vivir hasta las distintas asignaturas de escritura en las que me

matricularía. Pero me ha costado centrarme en el instituto desde que estropeé nuestra conexión, así que mis notas finales siguen siendo un gran interrogante. Por algún motivo, Reed aún no me ha mandado ninguna carta de admisión. Y para colmo, aún no he terminado de escribir la historia, así que a lo mejor ni puedo matricularme en una carrera dedicada a la escritura. Por mucho que me esfuerce, y por mucho que pretenda planificar las cosas, nada me cuadra.

Clavo la mirada en la taza, que sigue humeando.

—Aún no.

—Creía que ibas a ir a esa universidad —menciona Oliver—. ¿Reed era? Ya deberías haber recibido la respuesta.

Tiene razón, debería. No sé por qué aún me tienen en vilo. ¿Y si eché mal la solicitud o algo? O quizá haya habido algún error técnico y no les ha llegado. Pero Reed me lo notificaría si algo así hubiese ocurrido, ¿no? ¿Debería llamar a la oficina de admisiones y preguntar? Todas las mañanas compruebo el buzón y actualizo la bandeja de entrada del correo electrónico, pero nada. Me da demasiada vergüenza confesárselo a Oliver. No tendría que haberle contado a nadie mis planes. De ese modo no necesitaría excusarme cuando me vea obligada a cambiarlos.

¿Por qué está todo el mundo tan obsesionado con ir a la universidad? Hoy en día, de todas formas, una carrera de Filología tampoco es que sea muy práctica dada la economía del país. ¿Por qué asfixiarme en préstamos para escribir cuando puedo hacerlo por mi cuenta? Me refiero a que algunos de los mejores escritores nunca fueron a la universidad. Hemingway, Twain, Angelou... y podría seguir. Ciento es que sus circunstancias eran muy distintas a las mías, y fue hace mucho tiempo. Pero dicho queda. Claro que es probable que cambie de opinión cuando me admitan. Pero, tal y como estoy aprendiendo por las malas, siempre es mejor ponerse en lo peor.

—Pues la verdad es que estoy meditando la opción de quedarme en el pueblo —digo como si nada, y doy un sorbo al café.

—¿En el pueblo, en plan... en Central Washington? —inquiere Oliver, enarcando una ceja—. Pero odias este lugar. Más que cualquier otra persona que conozca. Siempre has dicho que serías la primera en marcharte. A ver, Central no es mala universidad, pero no es la primera opción de nadie, eso seguro. Los que van allí solo es porque está cerca de casa. —Oliver mira en derredor, se inclina un poco sobre la mesa y susurra—: ¿Es porque te han puesto en... —traga saliva— lista de espera?

—¿Qué? Claro que no.

Abre mucho los ojos.

—¿Entonces te han rechazado?

—Que *no*. Y me parece muy maleducado por tu parte preguntar —espeto a la defensiva. A lo mejor solo he cambiado de opinión. Es lícito. Vaya, tú también irás a Central, ¿no?

—Sí, pero yo soy de aquí. Es distinto. Es lo normal.

—¿Entonces te quedas aquí solo porque sí?

Oliver se encoge de hombros.

—Básicamente. Es algo nuestro, de Ellensburg. No lo entenderías. Tú eres de... —forma un arco enorme en el aire con ambas manos— *Seattle*.

—Da un sorbo a su *latte* y lo vuelve a dejar sobre la mesa—. Eres casi como una extraterrestre para nosotros.

—Me siento así, la verdad.

—¿Entonces qué es lo que te frena? Es evidente que no soportas vivir aquí, pero no te culpo. Siempre has querido irte. Aunque eso implicara encontrar un trabajo de camarera o lo que sea. Vaya, si hasta convenciste a Sam de... —Se calla.

Bajo la mirada. No quiero que me mire a los ojos y vea que podría llevar razón. Que quizá Sam sea uno de los motivos por los que no me quiera marchar. Al fin y al cabo, eran *nuestros* planes: mudarnos juntos a Portland, buscar apartamento y matarnos a trabajar a media jornada para ahorrar dinero. Él tocaría música en algún garito y yo encontraría lugares donde escribir. Pero él ya no está, así que tengo que decidir las cosas yo sola.

Clavo la vista en la mesa.

—Solo necesito un poco más de tiempo...

—Sí, lo entiendo —dice Oliver. Extiende la mano sobre la mesa y me agarra el brazo—. Oye, al menos me tendrás a mí aquí. A lo mejor hasta podemos ir a algunas clases juntos. Necesitaré a alguien de quien copiarme.

—Siempre sabes qué decir.

Se reclina en la silla, sonriente.

—Se me da bien la gente.

Doy un sorbo al café y hago caso omiso de su comentario.

Nos terminamos las bebidas. Al mediodía, tengo que marcharme a trabajar.

Arrastro la silla hacia atrás.

—¿Me acompañas?

Oliver comprueba la hora en el móvil.

—Lo haría, pero he quedado con alguien.

Le dedico una mirada cargada de curiosidad.

—Vaya. ¿Con quién?

Titubea.

—Con Jay.

Lo obsequio con otra clase de mirada.

—¿Qué significa esa miradita?

—Nada.

—Bien.

Huelo el aire.

—¿Por eso te has echado colonia?

—Yo siempre llevo colonia —se defiende Oliver, cruzándose de brazos.

—Sí, pero lo he estado notando más últimamente —sigue.

—¿No llegabas tarde al trabajo?

No puedo evitar sonreír mientras me alejo, pero no sin antes susurrar:

—¿Y esa camisa no es nueva?

—Vete ya, *por favor*.

Le guiño un ojo.

—Cuéntamelo todo esta noche.



Localizo a Tristan en cuanto entro en la librería. Está haciendo equilibrios sobre una escalera, tratando de clavar un póster que no he visto antes. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los dos coincidimos en el mismo turno. Este fin de semana el señor Lee está fuera del pueblo, así que nos ha pedido a los dos que le echemos un ojo a la tienda mientras él no está.

Inspecciono el póster.

—¿Quién es?

—Es el General Griz de *Ninjas del espacio*, volumen tres dice—. Un clásico.

—Parece una especie de conejo, ¿no?

—Un conejo mutante —me corrige—. De un experimento de laboratorio.

—¿Que salió mal?  
—Sí, ¿lo has leído?  
—Ha sido pura chiripa.

Tristan empieza a bajar la escalera y casi se cae, pero le resta importancia con una risa nerviosa. Se pasa una mano por el pelo y se quita el polvo de la camisa.

Dejo mis cosas en el mostrador. Al lado de la caja registradora hay una bandeja con serpentina, cartas colecciónables, pegatinas y chapas con nombres. Me giro hacia Tristan.

—¿Esto es para el club de lectura?

—Pues no, es para el evento de *Ninjas del espacio* —me explica, haciendo un gesto hacia los otros pósteres que ha colocado por toda la estancia—. Estoy intentando darle publicidad. Acabo de conseguir que la tienda sea el lugar de reunión a nivel regional.

—¡Qué guay! Entonces, seguro que viene muchísima gente.

—Bueno, por ahora solo se han apuntado ocho personas —admite—. Y la mayoría son amigos míos del instituto.

—No está tan mal. Seguro que vendrán más.

—Sé que a ti no te va mucho la ciencia ficción, pero pronto organizaremos una fiesta para celebrar el estreno de *Ninjas del espacio 4* —prosigue—. Puedes venir, siquieres. Puedo añadirete a la lista de contactos.

—¿Por qué no estoy ya en ella?

Tristan se ruboriza.

—Te enviaré el enlace.

Me ato el pelo en una coleta, rodeo el mostrador y abro la caja registradora. Hay una caja llena de puntos de libro que no he visto antes. Los ojeo.

—Tristan, ¿de dónde ha salido esto?

Tristan se acerca y se inclina sobre el mostrador.

—Ah... los he hecho yo en la sala de fotografía del instituto. Tienen el horario de apertura de la librería y la ubicación. Los estamos dando a los clientes cuando compran algo. —Señala la ilustración—. Ese es el señor Lee... ¿Ves las gafas?

—El señor Lee no lleva gafas —repongo.

—Lo sé. Pero creo que le quedan bien.

Compartimos una carcajada mientras yo aparto la caja.

—¿Sabes? La verdad es que estás transformando este sitio, Tristan.

—Gracias. Eso es lo que dicen los libros. Bueno, según el señor Lee, claro.

Echo un vistazo alrededor de la tienda y reparo en todos sus toques personales. Los pósteres, los puntos de libro, los colecciónables de la sección de ciencia ficción que el señor Lee ha movido una fila más arriba. Tristan hasta ha rediseñado la web de la librería y ha enlazado todas las cuentas en redes sociales que ha abierto. Odio admitirlo, pero su creatividad me da un poco de envidia. A él siempre se le ocurren cosas. Quizás yo también deba de pensar en algunas ideas creativas. Imbuir la tienda con mi propia personalidad y ayudar al señor Lee un poco más. Pienso en ello mientras me dispongo a trabajar.

Tristan permanece cerca del mostrador, arreglando algunas cosillas en la bandeja. Cuando lo pillo mirándome unas cuantas veces, me da la impresión de que quiere decir algo.

Al cabo de un momento, Tristan tose para llamar mi atención.

—Bueno, eh... ¿al final sigue en pie lo de mañana?

Lo miro.

—¿Qué pasa mañana?

—El festival de cine.

Contengo una exclamación de sorpresa.

—Ah... claro, por supuesto.

—También te he conseguido una pulsera, para la fiesta de después — continúa Tristan rascándose la nuca—. Han dicho que es exclusiva o algo así. Todos me están hablando para ir, pero solo he podido conseguir una pulsera de más. Y quería dártela a ti.

Le sonrío.

—Vaya, es todo un detalle. Pero no te sientas obligado a dármela a mí. Sobre todo si hay tanta gente que quiere ir.

—No... Me refiero a que... Lo que he querido decir es que... quiero ir contigo.

—Ah...

—Significaría mucho para mí que vinieras —dice Tristan, pasándose una mano por el pelo y poniéndose rojo como un tomate—. Habrá comida y música y un montón de gente. Es un evento medio formal, aunque no tienes que arreglarte si no quieras. Vaya, yo iré de traje, pero porque mi madre ya me lo ha comprado, y puede que otros directores también lo hagan, pero, vamos, que tú vístete como quieras.

—¿Una fiesta después? Eso no me lo había dicho. Creía que sería ver su película, felicitarlo al acabar y luego regresar a casa. ¿Ahora de pronto también hay comida y música y gente emperifollada? Por cómo lo describe Tristan, suena a compromiso mucho mayor de lo que esperaba en un principio. Como si fuera una cita o algo así. Quizá le esté dando demasiadas vueltas, pero lo que sí sé es que no me siento preparada para tener ninguna cita. «¿Qué pensaría Sam?». Palpo el móvil a través de la tela del bolsillo y me imagino cómo le sentaría.

—Entonces vienes, ¿no? —vuelve a preguntar.

Me muerdo el labio, incapaz de devolverle la mirada. Me duele hacer esto, pero tal vez no sea el momento.

—Lo siento, Tristan. Pero ya no creo que pueda ir.

Él parpadea varias veces fruto de la sorpresa.

—Ah... sí, vale. Lo entiendo —responde, y se obliga a sonreír—. Bueno, pues... a la próxima, si no.

Me quedo allí de pie mientras él se hace con la bandeja y se la lleva a la trastienda sin pronunciar otra palabra. Tal vez esté dándole al festival más importancia de la que tiene. Me siento fatal por cancelarle el plan en el último momento, pero mi conexión con Sam ya ha empezado a tambalearse. No puedo seguir arriesgándome.



Parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que hablé con Sam. Me resulta complicado concentrarme o pensar en nada que no sea oír su voz otra vez. Cuando llego a casa, pongo el CD que siempre dejo a mano y finjo que está aquí, en mi cuarto, practicando con la guitarra. Lo he estado haciendo todos los días; dejo que su música llene la estancia como si siguiera estando vivo. Hace que me sienta menos sola. El disco tiene catorce canciones y ya he perdido la cuenta de las veces que las he reproducido. La tercera es mi favorita. Una de sus originales, una balada roquera, que recuerda a la era de Stevie Nicks en Fleetwood Mac, y en la que puedo oír la voz de Sam tarareando la melodía. No hay letra porque la canción está sin terminar. Sam me había pedido ayuda para escribirla. Solíamos imaginar que algún día formaríamos un fenomenal dúo de

compositores. Como Carole King y Gerry Goffin. Una vez le pregunté qué era lo que venía primero, si la letra o la melodía, y Sam respondió: «Siempre la melodía». Yo discrepana, pero creo que por eso funcionaba nuestra relación. Éramos las dos partes de una misma canción. Él era la música, y yo, las palabras.

*Yazgo en el suelo de su cuarto, mirando al techo, con hojas de cuaderno desperdigadas por todas partes. Sam está sentado con las piernas cruzadas a mi lado y la guitarra en su regazo.*

—Tócala otra vez —le pido.

*Sam rasguea la guitarra y llena la estancia con la melodía.*

*Cierro los ojos y escucho.*

*La guitarra se detiene.*

—¿Qué haces?

—Calla... estoy intentando inspirarme —explico, aún con los ojos cerrados.

—¿Dormir te inspira?

—¡No estoy durmiendo... sino pensando!

—Vale, vale... —Sam sigue tocando y las imágenes comienzan a inundar mi mente. Cielos de un azul infinito, una pareja agarrada de la mano, pétalos de una flor de cerezo cayendo de la ventana. Me incorporo y apunto algunas de esas cosas.

*Miro a Sam.*

—¿De qué debería tratar la historia?

—¿A qué te refieres? Estamos componiendo una canción.

—Todas las canciones cuentan una historia, Sam.

*Se rasca la cabeza.*

—Yo creía que solo tenía que rimar y ya.

—Las canciones son más que rimas y acordes —prosigo—. Se supone que han de transmitir. Así que, ¿qué emoción es la que vamos a provocar? ¿De qué va la canción?

*Sam medita sobre eso.*

—Sobre el amor, supongo.

—Eso es muy ambiguo, Sam.

—¿Y no lo son la gran mayoría?

—¡Las buenas no!

*Sam se deja caer sobre la alfombra con un quejido.*

—¿Y no puedes inventártela y ya está? Tú eres la escritora. ¡A ti se te da

*mejor! Por eso te he pedido ayuda.*

El otro día rebusqué entre los cajones y encontré aquel cuaderno. Dentro había un par de versos que escribí hace meses. Después de nuestra llamada en el porche, me pasé el resto de la noche trabajando en la canción de nuevo.

Sam y yo tenemos planificada otra llamada pronto. Quiero escribir tanto como me sea posible para darle una sorpresa. Y más después de la conversación que tuvimos sobre las cosas inacabadas y el dejar huella en el mundo; puede que esto sea lo que lo consiga. Al fin y al cabo, él ha hecho tantísimas cosas por mí que este es mi regalo para él. Estoy con los nervios a flor de piel cuando descuelga. En cuando leuento lo de la canción, me pide que comparta la letra con él. Llegados a un punto, reproduzco la melodía para que pueda intuir cómo sonaría con la música...

—No te rías de mi voz, ¿vale?

Sam se ríe.

—Ni se me ocurriría.

Conforme el disco llena la estancia con los acordes de su guitarra, rasgueando una suave balada, canto parte de ella como puedo.

*«Veo tu rostro, allí en las estrellas...*

*Cierro los ojos y es como si de nuevo estuvieras*

*¿Me sientes cerca? Son nuestras manos fundidas*

*Me aferro a ti, aunque no tanto como quisiera...*

*Y aún tengo grabado en la memoria*

*Los campos de oro que recorremos noche y día*

*No me olvides, ni tampoco nuestros recuerdos*

*Porque al igual que el agua y el tiempo*

*Nuestra historia no está concluida...».*

Paro la música y me vuelvo a sentar en el suelo.

—Eso es lo que llevo por ahora. Ya lo sé... no tengo la mejor voz del mundo. Sonará mejor cuando tú la cantes.

—No, ¡ha estado genial! —exclama Sam—. Es increíble que lo hayas escrito tú. Es precioso, Julie.

—No lo estarás diciendo por decir, ¿verdad? —inquiero—. Sé sincero. No me enfadaré.

—Es mejor que nada que hubiese podido escribir yo —confiesa.

—Pues claro. Pero eso no es lo que te he preguntado.

Sam se ríe y dice:

—Lo he dicho en serio. Es perfecto. La letra es tan... ¿Cómo decirlo?

Tan profunda. Como si tuviera un significado oculto, ¿sabes?

—¿Hay algo que quieras que cambie? Venga, quiero tus comentarios.  
Sam lo medita un momento.

—Puede que le falte algo. Tal vez un puente.  
Garabateo una nota en un trozo de papel.  
«Mirar qué es un puente musical».

—Solo es el primer borrador —le digo, releyendo otra vez la letra—. Voy a hacer algunos cambios. Pero creo que tenemos un posible *hit*, Sam.

—Ojalá —replica, melancólico.  
—Y por qué no, ¿eh? —susurro.

Un silencio que me resulta muy familiar nos envuelve antes de que responda.

—Julie... Ya sabes por qué.

Me cambio el móvil a la otra oreja y finjo que no lo he oído. En cambio, me imagino a todo el mundo escuchando nuestra canción.

—Piénsalo —continúo—. Podríamos enviarla a la radio, o subirla a internet o algo. La gente la escucharía, Sam. Tenemos que sacarla. Ya la tocará alguien. Podemos enseñar también el resto de tus canciones. Lo único que nos hace falta...

—Julie —Sam me interrumpe—. Escúchate.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué has vuelto a ponerte con la canción? —me pregunta. El tono de su voz es distinto. Como más cortante—. ¿A santo de qué?

Clavo la vista en el cuaderno sin saber muy bien qué contestar.

—No sé... Pensé que querías que lo hiciera. Hace poco me dijiste que querías terminar algo. Que querías dejar huella en el mundo. Pensé que... no sé, que quizás la canción podría ser un modo de hacerlo. Y yo puedo ayudarte a escribirla. Tal y como te prometí.

Suspira.

—Te lo he dicho, Jules... No quería que habláramos de eso. De lo que ya nunca podré terminar —dice—. ¿Para qué, a estas alturas?

—Pero ¿cuál es el problema? Solo es una canción. Y no me importa hacerlo. Tienes todas esas canciones preciosas muertas del asco. Yo puedo ayudarte a acabarlas. Puedo ayudarte a compartirlas con el mundo, y tal vez podamos...

—¡Julie, para ya! —me vuelve a cortar—. Por favor, no me hagas esto.  
—¿Qué te estoy haciendo?

Sam suspira, pesaroso, y suaviza la voz.

—Escucha... Te agradezco lo que estás intentando hacer por mí. De verdad. Pero olvídalos, ¿vale? Olvida esa idea de trabajar en mi música y de enseñársela al mundo, ya es demasiado tarde para mí. Lo tengo asumido. Así que deja de perder el tiempo con eso. Por favor.

—Pero quiero hacerlo. Quiero ayudarte...

—No deberías. Tienes que centrarte en tu propia vida, ¿de acuerdo? Deja de pensar en mí todo el tiempo...

—No pienso en ti *todo* el tiempo —le replico. «¿Por qué me habla de esa forma?». Tengo mis propias metas y cosas por acabar. Como la historia. Yo también pienso en mí.

—Bien —dice Sam—. Me alegro. Me alegro de que haya otras cosas en tu vida. Me alegro de que tengas un futuro en el que pensar.

Aprieto el móvil con la mano, muda. Nunca pensé que la conversación fuera a tomar este cariz. Creía que estaba haciendo algo bueno. Creía que se alegraría. ¿Y qué si pienso en nosotros a veces? ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué no podemos hablar como antes? Antes de que nos lo arrebataran todo. Pero no pronuncio nada de esto en alto. Sé que es lo único que querría oír de mis labios.

Se produce un prolongado silencio entre nosotros. Siento que la llamada se está alargando demasiado y no sé cuánto tiempo más nos quedará. Quiero que estemos de buenas por si las interferencias regresan y tenemos que despedirnos, así que cambio de tema.

—El festival de cine es mañana por la noche. Tristan me volvió a invitar. Pero le he dicho que no podía ir.

—¿Y eso?

—No sé. Por cómo hablaba... parecía más bien una cita —confieso. Al ver que Sam no hace ningún comentario, le pregunto—: ¿Qué opinas?

Silencio.

—Creo que deberías ir —dice.

—¿Por qué?

—Parece divertido. Y Tristan es buen chaval.

—Pero, Sam, yo nunca podría... Es decir, tú sigues aquí, y seguimos conectados.

Por lo general, cuando digo algo así de sentimental, lo siento sonreír al otro lado de la línea y hasta percibo su calidez a través del teléfono. Pero ahora su voz no es más que hielo en mi oreja.

—Tú y yo no podemos estar juntos. Lo sabes.

—Lo sé... —empiezo.

—Pues no lo parece.

No respondo.

—Estás empezando a preocuparme —prosigue Sam—. Me preocupan las llamadas y lo que te están haciendo. Se supone que debes pasar página. Y no parece que lo estés consiguiendo.

—Sam... estoy *bien*. Te lo prometo.

—Pero ni siquiera vas a ir al estreno de la película de tu amigo. ¿Cómo vas a despedirte de mí así?

—Tal vez no me apetezca salir, sin más —me excuso—. Y puedo despedirme de ti cuando quiera.

—Entonces hazlo ahora.

Sus palabras flotan en el aire durante un buen rato. «¿Cómo me puede estar diciendo esto?» Ni siquiera sé cómo responderle. Odio tener que demostrarle nada. Siento un dolor en el pecho.

—Ahora mismo no puedo...

Sam suelta un suspiro.

—Entonces, ¿cuándo?

Se produce otro largo silencio entre nosotros.

—Creo que deberías ir mañana al festival —dice Sam—. Me parece que nos vendrá bien a ambos.

—¿Qué insinúas? —inquiero, tratando de no darle demasiadas vueltas—. ¿No es elección mía? ¿Y si no quiero, sin más?

—No veo qué problema hay en ir —menciona—. Solo son unas horas. ¿Por qué eres tan reacia?

—No he dicho que no quiera ir.

—Pues entonces demuéstramelo. Y ve.

Avivo la voz.

—Vaaale. ¡Iré! Y me lo pasaré bomba.

—Bien. Eso espero.

—¡Lo haré!

Colgamos. Le mando un mensaje a Tristan al instante, diciéndole que he cambiado de opinión. Él me responde un segundo después, entusiasmado perdido, lo cual me hace sentir menos culpable. Pero ¿cómo puede pedirme Sam que le haga esto? Y no solo a él, sino a los dos. No entiendo qué quiere que le demuestre. Intento que no me afecte, porque eso solo demostraría

que Sam tiene razón. No hace falta que se preocupe por mí.

Ojalá nuestra llamada no hubiera acabado mal, sobre todo esta noche. Recibo un mensaje de Yuki diciéndome que ya van de camino. Resulta que esta noche es cuando habíamos planeado hacer algo especial en memoria de Sam. Se supone que he de llevar a todos a los campos para soltar los farolillos de papel. Pienso en pedirles posponerlo, pero han puesto tanto empeño y esfuerzo que no puedo decepcionarlos. Tengo que serenarme y no dejar que la llamada me afecte. Pienso en lo que Sam me ha dicho antes. Tal vez esté perdiendo demasiado tiempo en nosotros. Tengo que centrarme más en mi vida.

Jay está de copiloto y Oliver conduce, y recogemos a Mika por el camino. Esta es la primera vez que estamos todos juntos. Yo estoy espachurrada en la parte de atrás entre Yuki y Rachel. Jay ha traído algo de picoteo y nos lo tiende. Lo admito, vernos a todos apretados en el coche comiendo Mikados me saca una sonrisa. Pero no se me escapa el detalle de que falta una persona. Jay está toqueteando el móvil y encuentra un sendero distinto que reduce a la mitad el camino que debemos hacer a pie.

El sol se ha puesto para cuando llegamos al sitio, reemplazado por un vasto océano de cielo nocturno punteado de estrellas. Uso el recuerdo de aquel día con Sam para guiar la caminata a través del bosque. Me sorprende recordarlo todo, sobre todo en la oscuridad. Mika entrelaza su brazo con el mío y lo deja así durante todo el trayecto. Cuando veo las puntas doradas de la cebada sobresalir por encima del prado como peces en el mar, detengo la marcha.

—Ya hemos llegado.

Los otros sueltan un grito ahogado colectivo mientras contemplamos las vistas con asombro.

—¿Cómo conoces este lugar? —pregunta Rachel.

—Sam me trajo aquí una vez. —No menciono cuándo.

Nos adentramos más en el campo hasta que encontramos el sitio perfecto. Jay abre la cremallera de su mochila mientras los demás ayudamos a preparar los farolillos para la ceremonia.

—¿Cómo funcionaban estos cacharros? —pregunta Oliver cuando Rachel los reparte.

—El aire caliente de las velas provoca que vuelen —explica Yuki mientras empieza a encender las velitas—. Nosotros solo tenemos que soltarlos.

Observo cómo el mío se llena de luz y calor. Es como sujetar un trocito de sol en las manos.

—Madre mía, son inmensos. —Oliver se ríe y mueve su farolillo arriba y abajo.

Yo echo un vistazo a los demás y veo sus rostros iluminados bajo la luz de los farolillos, sus sonrisas, la hierba meciéndose a nuestros pies, el cielo estrellado e infinito, y me embebo en este precioso momento que estamos compartiendo. Nunca pensé que volvería a estos campos tan pronto, sobre todo con nuestros amigos.

Me giro hacia Yuki.

—¿Tiene algún significado especial? Cuando se sueltan por una persona en concreto, me refiero.

—Es para dejarlos seguir su camino —explica Yuki—. Cuando soltamos los farolillos, ayudamos a liberarlos. Los farolillos los guiarán adonde tengan que ir.

—Pero y ¿por qué tiene que irse Sam? —le pregunto. Los otros intercambian una mirada. Caigo en la cuenta de lo extraña que ha sonado esa pregunta—. Digo que... ¿por qué necesitan que los guíen?

—Creo que solo necesitan oír de nosotros que no pasa nada. A veces es duro, hasta para ellos —comenta Yuki—. Necesitan nuestra bendición. —Se gira y levanta el farolillo hacia el cielo—. Recuerda, también son farolillos mensajeros. Si hay algo más que desearías decirle a Sam, susúrraselo ya. El farolillo llevará el mensaje hasta él.

Yuki cierra los ojos como si estuviese meditando y entonces susurra unas palabras a su farolillo al tiempo que los demás la observan y la imitan. Mika y yo intercambiamos una mirada que los demás no comprenden. Entonces, cierra los ojos igual y susurra algo al suyo. Yo también lo hago, aunque aún no he perdido a Sam. Al menos, por ahora. Pienso en qué le diría ahora mismo de tener la oportunidad.

Me acerco el farolillo y susurro:

—No te vayas todavía, Sam. Quédate conmigo un poquito más.

Yuki es la primera en soltar el suyo.

—Para Sam —pronuncia, y el farolillo se aleja de sus manos y se eleva en el aire. Los demás la siguen, soltando sendos farolillos uno por uno, todos repitiendo la dedicatoria «Para Sam» hasta que solo quedo yo.

Levanto el farolillo.

—Para Sam —digo. Y, entonces, también lo suelto.

Pero mi farolillo no se mueve. Se queda flotando en el aire, frente a mis ojos, con su luz titilando muy levemente. Le doy un empujoncito desde abajo con la palma de la mano, y este se eleva durante unos pocos segundos, pero luego vuelve a bajar y permanece en el aire.

—El mío no se va —advierto mientras los demás me miran y observan la escena con curiosidad—. Mirad. —No puedo evitar sonreír, y reírme una pizca ante la situación, porque creo que Sam me ha oído. Ha oido lo que le he susurrado, y quiere quedarse conmigo un poquito más. Entonces sopla una brisa y empieza a arrastrar el farolillo por el aire, aunque aún a baja altura, casi rozando la hierba. Doy un paso al frente y lo sigo en un intento de mantener las manos debajo del farolillo; no lo sé, en realidad. Cuando el farolillo coge algo de velocidad, yo también aprieto el paso. Y entonces, me veo corriendo por los campos con las manos extendidas hacia delante, persiguiéndolo. Algo se me viene a la cabeza. «Necesito más tiempo. No puedo dejarte marchar todavía». Pero el farolillo gana altura, como la vela de un barco al inflarse con el viento, mientras me precipito a trespicones hacia su luz.

—¡Julie!

Los otros me están llamando desde atrás, y entonces reparo en lo mucho que me he alejado de ellos, pero no puedo detenerme. Creo que Mika debe de haber salido en pos de mí, porque su voz es la que suena más cercana. Pero mis zancadas se vuelven demasiado para ella, y mi decisión de atrapar el farolillo es demasiado tajante. Solo yo permanezco corriendo en aquellos campos hasta que las voces que me llaman suenan lejanas. Lo único que oigo es el ritmo pesado de mi propia respiración y el martilleo del corazón en los oídos.

Otra brisa sopla y eleva el farolillo todavía más, desplazándolo más allá de las montañas. Y sigue alejándose sin importar lo mucho que trate de perseguirlo. Pero al final me canso tanto y me cuesta tanto respirar que soy incapaz de seguir corriendo. Así que me detengo y me quedo allí plantada, oteando el cielo, observándolo desaparecer en la noche junto a todos los demás hasta que ya no logro reconocerlo entre los millones de estrellas.

El farolillo se ha ido. «Lo he perdido. No puedo perderte a ti también. Otra vez no».

# CAPÍTULO CATORCE

## ANTES

Una vez cierro los ojos y todo se vuelve oscuro, lo veo. A Sam. Ahí parado. Ladeando la cabeza de tal forma que el corte de pelo oscuro le cubre levemente la frente. Lleva una camisa blanca abotonada y corbata. Se encuentra apoyado contra la puerta de la cocina del hotel al tiempo que los camareros entran y salen portando bandejas plateadas. Inspira hondo y se tira de la corbata, tratando de tranquilizarse. De repente me veo allí, con una mano en la suya, diciéndole:

- Todo irá bien, Sam. Respira.
- Tal vez sería mejor que nos fuéramos —responde.
- No me seas. Tienes que salir dentro de poco.
- Pero no sé si podré.
- Claro que podrás. ¿A qué vienen esos nervios?

Escuchamos como, a nuestro alrededor, la cubertería de plata choca al entrar en contacto con las bandejas. Estamos tras un telón que separa la zona de la cocina de un salón de baile repleto de invitados. Contrataron a Sam para que actuase en la boda del primo de su amigo Spencer durante la primavera del curso pasado. Le han dado una lista de canciones que quieren que cante y él lleva ya semanas ensayando. Es su primera actuación remunerada y no pienso permitir que se eche atrás.

- No conozco a nadie ahí —rezonga.
- Conoces a Spencer. Y a mí. Yo estoy aquí contigo.

Sam vuelve a tirarse de la corbata, por lo que le ayudo a aflojarla para que pueda respirar mejor. Su frente registra la primera gota de sudor. Le aparto el pelo de la cara.

- ¿Y si no le gustan a nadie? —No deja de mirar de un lado a otro.
- Claro que les gustarán. ¿Por qué si no te habrían contratado? Lo vas a hacer genial.
- Ni siquiera hemos hecho una prueba de sonido...
- Has ensayado un millón de veces. Lo vas a hacer genial.

Una persona con auriculares asoma la cabeza detrás del telón y levanta

los pulgares.

—Vamos, chico.

Le doy un apretón a Sam en la mano.

—Buena suerte. Estaré ahí mismo.

En cuanto sale, echo un vistazo al otro lado del telón. El salón de baile cuenta con un suelo de madera dura, una araña y mesas cubiertas con manteles de seda; cada una está rebosar de invitados. Hay un escenario conectado a la pista de baile donde se han colocado los integrantes de la banda. Sam aparece por un lateral del escenario con aspecto nervioso. Mientras se acerca al micrófono y ajusta la altura, yo aguento la respiración.

Las luces se atenúan, enfocando solo al escenario, al tiempo que todos se quedan callados y giran las sillas para ver la actuación. A continuación, la música empieza a sonar...

Una melodía familiar a piano inunda el salón en vivo y en directo. Apenas tardó un segundo en reconocerla. Es *Your Song*, de Elton John. Sam se sabe la letra como la palma de su mano. La ha ensayado un centenar de veces. Es una muy buena opción para empezar, perfecta para su registro.

Sin embargo, una vez Sam abre la boca para cantar, se aprecia cierto temblor en su voz. Aprieta el micrófono como si eso lo ayudara a centrarse mientras el piano lo acompaña.

Pasa algo raro. Canta a destiempo, una o dos notas por detrás. La gente se está dando cuenta. Se miran unos a otros, susurran y se preguntan qué es lo que pasa. Eso solo consigue que se acrecienten los nervios de Sam. Cuando el temblor se vuelve un tartamudeo y empieza a comerse las palabras, siento una opresión en el pecho. No pienso quedarme de brazos cruzados viendo esto. Ojalá hubiera una manera de enmendarlo. Ojalá pudiera desviar la atención de todos antes de que la cosa empeore. «No te quedes ahí parada. ¡Haz algo, Julie!».

Así que me quito los tacones y atravieso el telón. Spencer está sentado a una de las mesas del centro, con sus hermanos. Me acerco a él y le agarro la mano.

—Hola, ¿qué tal?

—Ven conmigo.

—Eh...

Levanto a Spencer de la silla, lo llevo a la pista de baile vacía y todos se vuelven para mirarnos.

—Oye, ¿qué hacemos aquí?

—¡Bailar! ¡Sígueme el rollo!

—Ay, madre.

Me va el corazón a mil por hora mientras poso una mano en el hombro de Spencer, nos colocamos en posición y empezamos a movernos en lo que creemos que podría ser un vals. No tenemos ni idea de lo que estamos haciendo ni de qué imagen estaremos dando al bailar, pero todo el mundo nos está mirando. No hago contacto visual con Sam cuando nos ponemos a bailar. Me da miedo ponerlo más nervioso. En lugar de eso, levanto el brazo de Spencer y lo fuerzo a darme una vuelta al ritmo de la música.

Bailar se nos da mejor de lo que me esperaba. En cierto momento, Spencer coloca las manos en mi espalda y me inclina, lo que provoca que las mesas a nuestro alrededor nos vitoreen. No sé si es el piano, la voz de Sam, el subidón de adrenalina o la atención, pero nos implicamos de lleno. Los giros, los elevamientos y las vueltas se vuelven casi naturales. Tal vez se nos dé bien esto. O puede que me lo esté imaginando y que para los que nos observan estemos haciendo el ridículo. Pero no importa. Porque miro a Sam y lo veo sonreír por primera vez. Su expresión reluce tanto como el foco, mientras se aleja todo lo que puede del escenario —tanto como el cable del micrófono se lo permite— y extiende una mano hacia nosotros a la par que canta el estribillo con una renovada seguridad en sí mismo.

Le devuelvo la mirada desde la pista de baile justo cuando suena la batería, seguida de la guitarra, y sentimos una conexión. Al borde de la pista se ha formado un corro de gente. Poco a poco, algunos empiezan a bailar. Lo hemos conseguido nosotros. Tanto su voz como mi baile con Spencer han cambiado el ambiente de la sala.

Una vez la música empieza a disminuir de volumen, siento que la canción está a punto de terminar. Alzo las manos por última vez y doy vueltas por la pista mientras las luces giran a mi alrededor hasta que la sala se esfuma de repente y yo caigo en brazos de Sam. Ambos nos lanzamos desde el bordillo de un muelle hacia el agua helada.

Un millón de burbujas flotan a mi alrededor en cuanto salimos a la superficie del lago, y el ruido de los fuegos artificiales se aprecia a lo lejos. Es la víspera del cuatro de julio. El verano después de segundo curso. Sam y yo habíamos hecho planes para escaquearnos y quedar aquí. «Si mi madre se enterase, me mataría».

Me estremezco en el agua.

—¡No me creo que estemos haciendo esto!

Sam suelta una carcajada y se pasa una mano por el pelo, peinándoselo hacia atrás. Le brilla la piel debido al agua.

—¡Dijiste que querías ser más espontánea!

—Sí, pero no me esperaba algo así!

Explotan más fuegos a lo lejos, iluminando la copa de los árboles a nuestro alrededor. Sam se tumba y empieza a nadar de espaldas, dejando así a la vista su torso desnudo. Yo me tapo los ojos de forma inconsciente.

—¿Y si nos ve alguien?

—Jules, aquí no hay nadie. Solo estamos tú y yo.

—Nunca lo había hecho.

—¿El qué, nadar en pelotas?

—No me puedo creer que me retaras a hacerlo!

—Ni yo que lo hicieses.

—¡Sam!

—Tranquila, ¡si no estamos desnudos del todo!

Vuelven a restallar los fuegos y Sam me rodea nadando y riendo.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —pregunto.

—Lo vi en una película —responde—. En mi cabeza parecía bonito, romántico y tal.

—Es muy cliché.

—Al menos será un momento para recordar. Una anécdota divertida.

—¡No se lo podemos contar a nadie!

—Vale, lo mantendremos en secreto.

Sam nada hacia mí. Nos miramos. Contemplo su rostro iluminado gracias a los estallidos de luz ocasionales en el cielo. Tiene razón en algo. Creo que no podré olvidar cómo me está mirando en este momento.

—¿Estás enfadada? —inquiere en susurros.

—No. Solo un poco nerviosa. —Vuelvo a estremecerme, aunque no debido al frío, sino al hecho de estar aquí con él.

—Yo también.

Sam sonríe y me aparta el pelo detrás de la oreja. A continuación, me alza la barbilla suavemente con la otra mano y me besa. Cerramos los ojos y oímos los fuegos artificiales a nuestro alrededor.

Un rayo de luz que bien podría provenir de una linterna aparece entre los árboles, seguido de unas voces y el ruido de algunas pisadas acercándose por el sendero.

—¡Viene alguien! —exclamo sin aliento.

—¿Qué...?

Nos hundimos en el agua para ocultarnos. Aguanto la respiración. Las burbujas flotan y nadan a nuestro alrededor al tiempo que caigo, igual que una piedra arrastrada por el espacio, antes de salir a una superficie de hormigón.

Es de día. El olor a los puestos de comida y azufre impregna el aire y los rascacielos se elevan a mi alrededor. Es el verano antes de empezar este último curso. Estoy en Nueva York, colocándome bien la mochila, que se me estaba clavando en el hombro, justo cuando Sam aparece de repente y pasa corriendo por mi lado arrastrando una maleta.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Tenemos que irnos!

—¡Espera!

Sam se marcha a Japón dentro de una hora y cuarenta y dos minutos. El siguiente metro al aeropuerto llegará en cualquier momento, y, si no, tal vez pierda el avión. Va a pasar todo el verano en Osaka con sus abuelos, así que él y yo habíamos planeado una escapadita de despedida para el fin de semana antes de marcharse.

Sam echa un vistazo al móvil para orientarse.

—¡Por aquí!

—Ve más despacio...

Sorteamos el tráfico parado y nos abrimos camino entre la gente, esquivando el vapor que proviene de las alcantarillas y los vendedores ambulantes intentando venderme bolsos. En cuanto llegamos a un hueco de escalera estrecho y doblamos la esquina, Sam choca contra uno de los controles de acceso y resuella.

—Tienes que pasar la MetroCard... —La paso una vez para cada uno y bajamos corriendo otra tanda de escaleras. Cuando el andén vibra bajo mis pies, sé que hemos llegado justo a tiempo. Echo un vistazo y localizo las luces del tren brillando en el túnel.

Hora de despedirse. Ojalá pudiéramos pasar más días juntos. Ojalá me fuera con él.

Sam me da un beso en la mejilla.

—Tengo que irme.

Las puertas se abren tras él y la gente sale al andén.

No sé qué decirle. Odio las despedidas. Sobre todo con él.

—En cuanto llegue te escribo, ¿vale?

—¡No te olvides!

Le doy la mochila. Me besa una última vez y sube al tren.

—Volveré antes de que te des cuenta.

—¿Por qué te tienes que ir tanto tiempo?

—Solo son seis semanas. Hablaremos todos los días.

—Espera... —Le agarro el brazo—. Llévame contigo.

Él me lanza una sonrisa.

—Iremos juntos el verano que viene. Después de la graduación.

—¿Me lo prometes?

—No te preocupes, nos iremos de viaje todos los veranos durante el resto de nuestras vidas, ¿vale? Tú y yo.

—De acuerdo —respondo. Y entonces me acuerdo de algo—. ¡Espera, tu chaqueta! —Me quito la chaqueta vaquera y hago amago de dársela antes de que se cierre la puerta, pero él me detiene.

—Guárdamela.

Sonrío y la aferro contra el pecho.

—Más te vale haber escrito un montón para cuando vuelva. Estoy deseando leerlo.

—¡Pero si apenas he empezado!

—Ahora ya no te distraeré.

—No me... —empiezo a decir.

Pero las puertas se cierran.

Sam y yo nos miramos por la ventanilla. Él exhala contra el cristal y escribe algo. Leo las letras antes de que desaparezcan.

#### S + J

Sonrío y apoyo la mano contra la ventanilla. Sam pega la suya al otro lado. Nos miramos todo el tiempo que podemos. Ojalá pudiera enmarcar este momento.

Se escucha una voz por el altavoz que nos recuerda a los viajeros en el andén que permanezcamos tras la línea amarilla. Retrocedo un par de pasos justo cuando el tren empieza a moverse, llevándose a Sam consigo. Me quedó allí quieta, abrazando la chaqueta y observando cómo coge velocidad el tren hasta que pasa a ser un borrón de líneas batiendo el aire en las vías y alborotándome el pelo hacia atrás.

Entonces, unos puntos de luz aparecen a mis espaldas, girando rápidamente en la estación, como luciérnagas, mientras el techo se eleva, atrayendo una ráfaga de aire frío consigo. Me vuelvo y aprecio que el andén

ha desaparecido y ahora lo reemplaza un cielo vespertino y las luces de un tiovivo en la feria.

La gravilla crujе bajo mis zapatos al tiempo que levanto la vista hacia el Orbiter, una atracción que alza a la gente en el aire y les da vueltas como una batidora.

—¿Qué te parece esa? —pregunto y señalo la atracción—. ¿Te da miedo?

Llevo de la mano a James, el hermano pequeño de Sam. Ahora mismo estamos solos. No me responde. Lleva toda la noche sin hablarme.

—¿O prefieres algo de comer? Podemos comprar algodón de azúcar.

James sigue sin decir ni mu. Tiene la cabeza gacha.

No sé por qué está tan callado. Lo llevo al puesto de algodón de azúcar con la esperanza de que se anime. Nunca se había comportado así. Siempre nos hemos llevado bien. Traerlo ha sido idea mía.

El hombre tras el mostrador señala el cartel, impaciente.

Le doy un toquecito a James en el brazo.

—¿De qué color lo quieres?

Nada.

—Supongo que preferimos el azul —le digo al vendedor.

James mordisquea el algodón mientras deambulamos por la feria en busca de Sam. Se ha ido a jugar a los puestos con algunos amigos. Pensé que James y yo podríamos aprovechar este tiempo a solas para estrechar nuestro vínculo, pero se niega a subirse a ninguna atracción conmigo. Mientras nos paramos a ver cómo zarandean a la gente en la atracción de La Olla, le pregunto:

—¿Estás enfadado conmigo?

Él se queda mirando la atracción sin responder.

Frunzo el ceño sin saber cómo sonsacarle qué le pasa.

—Sea lo que sea, James, lo siento. Me da pena que no quieras hablarme.

¿Me puedes decir por lo menos qué he hecho mal?

James me mira por primera vez.

—Nos vas a quitar a Sam.

—¿A qué te refieres?

Él desvía otra vez la mirada hacia La Olla.

—He oido que Sam ha dicho que ya no quiere vivir con nosotros. Que os vais a ir a algún lado. —Y me vuelve a escrutar—. ¿Es verdad?

Me quedo muda. Sam sí que me dijo que la semana pasada tuvo una discusión con sus padres sobre lo que haría una vez se graduase. Sobre lo de

mudarse a Portland conmigo y tratar de dedicarse a la música en lugar de ir a la universidad. Seguramente se trate de eso.

—Jamás os apartaría de Sam —le digo.

—¿Entonces no os vais a ir?

¿Cómo le respondo a eso?

—Yo iré a la universidad. Y tal vez Sam me acompañe. Pero eso no significa que os vayamos a abandonar.

Antes de que pueda añadir nada más, Sam aparece con un animal de peluche.

—Es una lagartija. ¿A que es mona? Me ha costado la vida ganarla en ese juego de los cubos. Estoy casi seguro de que está amañado. —Y me lo da

—. Lo he ganado para ti.

—Qué bonito.

Me vuelvo hacia James y me agacho hasta quedar a su altura.

—Te gustan las lagartijas, ¿verdad? Toma...

James me mira primero a mí, luego a la lagartija, después a Sam y, de nuevo, a mí.

—Te la ha dado a ti —responde. Y se va.

—¡No te alejes mucho! —grita Sam antes de volverse hacia mí—. No te preocupes. Lleva así unos días. Ya me ocuparé luego, ¿vale?

—Vale...

—Anímate. Estamos en la feria. ¿Quieres montarte en algo?

Miro en derredor. Todas las atracciones parecen demasiado intensas.

—Quizá en la noria, solo una vez —respondo, señalándola tras él.

Las luces de la noria se pueden divisar desde cualquier rincón del pueblo.

Se alza a más de sesenta metros, superando al resto de atracciones y edificios de Ellensburg.

Sam se gira y levanta la vista hacia ella.

—Ah. Eh..., ¿seguro que no quieras montarte en otra cosa?

—¿Le pasa algo a la noria?

—No..., solo es que está un poquitín alta.

—¿Tienes vértigo?

—Claro que no.

—Entonces vamos.

No sé cómo, pero la noria parece más alta aún cuando estás debajo. Le entregamos los sellos a alguien y nos metemos en una cabina sin paredes. Sam inspira hondo varias veces. De repente parece nervioso. Cuando

escuchamos que el mecanismo se acciona y la noria empieza a moverse, Sam me agarra de la mano.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí... perfectamente... —Se ríe, algo nervioso.

El suelo comienza a desaparecer al tiempo que ascendemos hacia el cielo.

Sam vuelve a tomar otra gran bocanada de aire, por lo que le doy un ligero apretón.

—¿Sabes? A mí también me daban miedo las alturas —le cuento.

—¿En serio? ¿Y cómo lo has superado?

La cabina se balancea de camino arriba en la segunda vuelta. Sam se retuerce, inquieto.

—Primero tienes que cerrar los ojos —le explico, y se lo muestro—.

—Ya?

—Sí.

—Yo también.

—Vale. ¿Qué más?

—Finge que estás en otro lado —añado—. En un lugar que te ayude a olvidar dónde estás. Ni siquiera tiene que ser real. Puede ser imaginario.

—¿Como de un sueño?

—Exacto.

La noria sigue moviéndose, pero con los ojos cerrados la sensación es distinta.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

Sam tarda en responder.

—En un apartamento nuevo... al que tú y yo acabamos de mudarnos, se ve un parque desde la ventana... y suena un disco desde el salón; hay cajas por todos lados que tenemos que vaciar... —Me aprieta la mano—. ¿Y tú?

—Creo que yo también estoy allí —susurro.

Lo siento sonreír.

—No quiero abrir los ojos —murmura Sam.

Pero el viaje está a punto de terminar. Es como si lo sintiera. Cierro los ojos aún con más fuerza, esperando poder detener el tiempo o al menos ralentizarlo. Porque yo tampoco quiero abrirlos. No quiero perderlo. Quiero mantenerlos cerrados y vivir en este recuerdo para siempre. No quiero abrir los ojos y ver un mundo sin Sam.

Pero, por mucho que se intente, a veces toca despertar.

# CAPÍTULO QUINCE

AHORA

La brisa sacude las persianas cada vez que un coche pasa junto a la casa. Estoy tumbada en el sofá del salón con la tele apagada y la vista fija en la ventana. No me he movido de aquí en no sé cuánto tiempo. Mi teléfono ha estado vibrando todo el día sin parar, recibiendo mensajes, así que lo apago. Es domingo por la tarde, el día después de que soltáramos los farolillos. Todos han tratado de hablar conmigo, pero me da demasiada vergüenza. Solo me apetece quedarme aquí tumbada bajo la manta durante lo que resta de fin de semana. No debería ser pedir demasiado, ¿no? Un poco de silencio por parte del mundo. Mi madre me ha dejado una taza de té sobre la mesa auxiliar que ya se ha enfriado, junto con algún piscolabis de fruta y una vela que he apagado. El olor a vainilla me estaba dando dolor de cabeza.

—Llámame si necesitas algo —me dijo antes de salir de casa—. Hay queso *brie* en la nevera. No te lo comas todo, ¿eh?

He comido el queso *brie* hace unas cuantas horas. Me acabo de despertar de la siesta y no consigo volverme a dormir. Fuera, el cielo reluce como una amatista, igual que la que tiene mi madre en su mesita de noche. A través de las persianas contemplo cómo el cielo se colorea de morado a la vez que oigo el ruido de los aspersores en el jardín. Sobre las seis, alguien llama a la puerta. Hoy no espero a nadie, así que ni me molesto en abrir. Pero la persona persiste. Me niego a levantarme, así que me coloco de costado «Déjame en paz». Luego la cerradura hace clic y alguien abre la puerta.

Alzo la mirada del brazo del sofá y Mika aparece en el salón.

Me mira.

—Hola. ¿Cómo estás? —Su voz es suave.

Parpadeando en su dirección, me pregunto cómo ha podido entrar.

—¿Desde cuándo tienes llave de mi casa?

—Tu madre me la dio. Me dijo que viniera a ver cómo ibas. Espero que no te importe.

—Supongo que no...

Esperaba no tener que verla en varios días. No me apetece hablar de lo

que hice anoche. Perseguir el farolillo como si fuese Sam. «¿Por qué no hacemos como si no hubiese pasado nunca? Por favor, evítame el mal rato».

Hay envoltorios desperdigados sobre la mesa auxiliar, y algunos hasta se han caído a la alfombra.

—No esperaba compañía. Siento el desorden.

—No pasa nada —responde Mika—. Debería haber llamado antes. —Echa un vistazo a su teléfono y me mira—. ¿Sabes? El festival de cine está a punto de empezar. ¿Por qué no estás vestida aún?

—Porque no voy a ir.

—¿Por qué no?

—No me apetece y ya está —me excuso. Me vuelvo a tapar hasta la barbilla con la esperanza de que pille la indirecta.

—¿De verdad vas a hacerle eso a Tristan? —pregunta Mika. Se queda allí plantada, observándome fingir dormir—. Lo más seguro es que te esté esperando ahora mismo. ¿Has mirado el móvil siquiera?

—No es para tanto. Lo entenderá.

—Entonces ¿te vas a quedar tumbada en el sofá toda la noche?

No digo nada.

—Creo que deberías ir, te lo digo en serio. Se lo prometiste.

—No le he prometido nada a Tristan.

Mika sacude la cabeza.

—A Tristan no... —dice—. A Sam.

Nos miramos. Mi última llamada con él. A eso se refiere. Todavía no hemos tenido mucho tiempo de hablar de ello. Notaba que anoche Mika quería sacar el tema de camino a los campos, pero no estuvimos ni un momento a solas. Al ver que no respondo, Mika rodea el sofá y se sienta sobre la mesilla, frente a mí. Me toca la mano.

—Julie... No he venido aquí para ver cómo estabas, ¿vale? He venido para asegurarme de que ibas al festival.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que vaya?

—Porque Sam tiene razón. Te hará bien.

«¿Por qué cree saber todo el mundo lo que es mejor para mí? ¿Y qué hay de lo que yo crea?».

—Ya te lo he dicho... No me apetece —le repito. Aferro la manta con más ahínco y vuelvo a apoyar la cabeza sobre el sofá.

Mika se arrodilla a mi lado.

—Julie, sé que lo estás pasando mal, y sé que esto es muy difícil para ti.

Pero tienes que demostrarle a Sam que estarás bien sin él. Tienes que ir al festival. Así que no me iré hasta que no lo hagas.

La miro a los ojos y advierto que lo dice en serio. Pues claro. Todo esto es por Sam.

—Y que no se te olvide que me he pegado con gente por ti —añade Mika  
—. Más de una vez. Me debes una.

Gimo. Tiene razón. Sí que le debo una.

—*Está bien*. Iré.

Un momento después, me encuentro en mi cuarto con Mika ayudándome a prepararme. Me sabe mal rebuscar un vestido en el armario, así que es Mika la que lo hace por mí. El rojo que llevé a la boda de mi tía hace unos años. Reviso mi aspecto en el espejo del escritorio mientras ella se encuentra a mi espalda, alisándome el pelo. Ninguna de las dos decimos gran cosa. No entiendo muy bien por qué tengo que ir al festival para demostrar nada, pero decido no hacer ningún otro comentario. Aunque sigo molesta con Mika por obligarme a hacer esto, observarla así me trae recuerdos.

—¿Recuerdas la última vez que me peinaste? —pregunto.

—Pues claro. Fue para aquel baile tan aburrido.

—Sí que fue aburrido, sí.

El baile de invierno del curso pasado. Esa vez fui yo la que le pedí ir a Sam. El tema era «parejas famosas», pero nadie se disfrazó, incluidos nosotros. Un grupo de estudiantes de último año borrachos no dejaron de pedir remixes de canciones *country*, así que nos fuimos temprano. El único buen recuerdo que tengo de aquel día fue antes del baile, cuando Mika se presentó en mi casa con su set de maquillaje y el rizador de pelo y fingió ser mi hada madrina. Los tres acabamos aquella noche en mi salón, comiendo pizza. Ahora que lo pienso, tal vez hasta nos lo pasáramos bien al final.

Pero sé que esta noche no terminará igual. Porque no lo siento así. «Sam no está aquí». Voy a salir con otro. No entiendo por qué Mika me está obligando a hacer esto. Me la quedo mirando en el espejo.

—¿Por qué soy la única que piensa que esto es muy raro? —inquiero, por fin.

—No lo eres —responde sin mirarme a los ojos—. A mí también me resulta raro.

—Entonces ¿por qué me obligas a ir?

Mika pasa un cepillo por mi melena.

—Porque Sam te lo ha pedido. No es muy frecuente recibir peticiones de personas que han fallecido, ¿sabes? Creo que es importante honrarlos, si se puede.

Nunca lo había visto de esa manera. Tal vez porque no quiero pensar en que Sam está muerto. La sola palabra hace que me den escalofríos. No sé cómo Mika puede hablar de ello con tanta facilidad. Recuerdo la foto de Sam en el armario del salón de su casa.

—¿Es algo cultural? Lo de honrar a los muertos, me refiero.

—Podría decirse que sí —repone—. También es algo familiar. Algo entre primos. Lo que digo es que, si pudieras hacer una última cosa por él, ¿por qué no hacerla?

—Supongo...

—Pero lo pillo —prosigue, dejando el cepillo sobre el escritorio—. Es una petición extraña. Sobre todo para ti. Pero tampoco es que suponga un gran esfuerzo. No creo que te esté pidiendo nada descabellado.

Medito sus palabras.

—Sí, puede que tengas razón.

Mika me mira a través del espejo al tiempo que me coloca el pelo detrás de las orejas.

—Y después de lo de anoche, creo que debes hacerlo también por ti. —Incapaz de seguir mirándola a los ojos, agacho la mirada—. No puedes aferrarte a Sam para siempre, Julie —musita—. Y también debes dejar que él siga su camino. Esto no te está haciendo ningún bien. Y diría que a él tampoco.

Una vez Mika termina de peinarme, echo un vistazo al móvil. Son las siete menos cuarto. Si no salgo ya, puede que ni llegue a la proyección de la película de Tristan. Mika me ayuda a vestirme y nos apresuramos a bajar las escaleras.

—¿Seguro que no quieras que te acompañe? —pregunta mientras nos colocamos los zapatos en la entrada. Su casa está en la dirección opuesta a la universidad, donde se celebra el festival. Sé que quiere asegurarse de que vaya, pero no debería preocuparse. Esta vez no voy a rajarme. Voy a mantener la promesa que le hice a Sam. Al fin y al cabo, ha de ser por decisión propia.

—No te preocunes —la tranquilizo—. No hace falta que me esperes.

Dejo que Mika se marche primero a casa para evitar que me siga hasta allí. En cuanto compruebo que todas las velas están apagadas, salgo a toda

prisa de casa. Mientras cierro la puerta con llave, diviso a Dan, nuestro vecino de al lado, cruzando el jardín en mi dirección y meneando algo en la mano.

—Han repartido algunas cartas mal —comenta. Me tiende un taco de sobres—. Me pasé el otro día, pero no había nadie.

—Ah... gracias.

En cuanto se aleja, vuelvo al interior para dejar la correspondencia en la mesa de la cocina para que la vea mi madre, pero entonces caigo en algo. Sé que debería revisar las cartas luego, pero me pude la curiosidad. Rebusco entre el correo con el corazón a mil.

«Ahí está». La última del montón. El nombre de Reed College está impreso en rojo sobre un sobre blanco. Después de tantos meses de espera, por fin la tengo en mis manos. «Su decisión». Sé que voy tarde, pero teniéndola aquí delante, necesito saber su respuesta. Me tiemblan las manos mientras rasgo el papel y leo lo que hay dentro.

Estimada Dña. Julie Clarke:

Agradecemos su interés por Reed College. El Comité de Admisiones ha meditado minuciosamente su solicitud y lamentamos informarle que no nos vemos en la posibilidad de ofrecerle una plaza en nuestro centro para el próximo curso...

Se me cae el alma a los pies cuando termino la frase.

«Me han rechazado».

Leo la carta otra vez para ver si ha habido algún tipo de error. Pero no. «Me han rechazado». ¿Así sin más? Después de esperar tantos meses, ¿ya está? Tengo que sujetarme al borde de la encimera para evitar desplomarme en el suelo. Con razón ha llegado tan tarde. Tendría que haberlo supuesto. La gente del instituto que entró lo supo hace semanas. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Todo este tiempo he estado haciendo planes para algo que nunca fue siquiera una opción. Todas esas redacciones han sido una pérdida de tiempo. Igual que esa estúpida historia que he estado escribiendo. ¿Por qué me hago esto? ¿Por qué esforzarme al máximo por algo para que luego ese algo se derrumbe frente a mis narices? No sé qué hacer. Necesito hablar con alguien. Sé que no debería hacerlo, porque nuestra próxima llamada no está planificada hasta dentro de unos días, pero igualmente saco el móvil y llamo a Sam. Tarda un buen rato en descolgar, aunque al final lo hace.

No hace falta que le diga nada para intuir que algo va mal. Lo nota en mi respiración.

—Julie... ¿qué te pasa?

—¡Me han rechazado!

—¿A qué te refieres? ¿Quién te ha rechazado?

—¡Reed College! Acabo de recibir la carta.

—¿Seguro?

—¡Pues claro! Si la tengo en la mano.

Sam enmudece un instante.

—Jules, lo siento mucho... No sé qué decir.

El corazón me martillea en el pecho a la vez que deambulo por la habitación.

—¿Qué hago ahora? Yo creía que entraría, Sam. No esperaba que me rechazarán. De verdad que creía...

—Respira —me indica Sam—. No pasa nada. No es el fin del mundo. Solo te ha rechazado una universidad. Olvídate de Reed. Ellos se lo pierden.

—Pero es que yo creía que me admitirían...

—Lo sé —dice—. Pero no pasa nada, ¿vale? No necesitas la validación de Reed. Vayas a donde vayas, estás destinada a hacer grandes cosas. Lo sé.

Arrugo la carta mientras trato de asimilar la situación.

—Es que me siento como si todo hubiese sido una pérdida de tiempo... Tanto trabajo para nada, ¿sabes? Ni siquiera sé qué hacer ahora. A lo mejor no soy tan buena como creía. A lo mejor debería darme por vencida.

—Eres la persona con más talento que conozco, Julie. Y una escritora fantástica. Si Reed no es capaz de reconocer eso, no te merecen —relata—. Tú solo...

Empiezo a oír interferencias en la llamada.

—Sam... ¿qué has dicho?

Más interferencias.

—¿Julie?

—¡Sam! ¿Me oyes?

Nada más que interferencias. Y entonces su voz. Muy fugazmente.

—Todo irá bien...

—¡Sam!

La llamada se corta.

Me quedo allí de pie, sola, en la cocina, tratando de no venirme abajo. Porque no tengo tiempo para entrar en pánico. Ya voy tardísimo. Tengo que asistir al festival. Tengo que ir a pasar un buen rato y a demostrarles a todos, incluido Sam, que estoy bien, que no me pasa nada y que todo irá genial, aunque ni yo misma sepa si todo eso sigue siendo verdad.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Reprimo las ganas de llorar al marcharme de casa. Estropearé el maquillaje que me ha puesto Mika, y no puedo asistir al festival con el rímel resbalándose por la cara, llamando la atención de todo el mundo. Gracias a Dios, no me he puesto tacones, porque tengo que llegar a la universidad corriendo. Los haces de luz en movimiento de los focos atraviesan el cielo. Los tomo como guía hasta que escucho el ruido de la multitud mezclado con la música en directo. No tardo en encontrar el festival. No tiene pérdida. Han montado docenas de carpas blancas conectadas por guirnaldas de luces en el patio interior. Una cuerda de terciopelo me corta el paso. Para pasar, un hombre con un chaleco dorado me pide la entrada. Se la entrego y me armo de valor para cruzar al otro lado de la cuerda, hacia la marea de trajes brillantes y vestidos de noche.

Me alegro de que Mika me haya obligado a arreglarme para lo de esta noche. Es como si hubiera atravesado la pantalla de la tele y me hubiera adentrado en una gala de entrega de premios. Las alfombras rojas cubren el césped y conectan unas carpas con otras. La persona tras una mesa con mantel de seda me sonríe y me ofrece el programa. Le echo una ojeada. Las películas principales se proyectarán en el auditorio, pero las que han presentado los alumnos se mostrarán fuera, en varias de las carpas grandes. Camino por las alfombras mirando a ambos lados hasta que la encuentro: la carpa número 23. El programa dice que la película de Tristan ha empezado hace 20 minutos, pero cuando entro por la abertura de la lona veo que la pantalla está apagada y la gente se encuentra sentada charlando. Un par de tipos con camisetas negras y auriculares pasan por mi lado, pero no encuentro a Tristan. Supongo que habrá problemas técnicos. Gracias a Dios. Me seco la frente y busco un asiento libre. Las dos primeras filas están prácticamente ocupadas, pero el resto están vacías. No parece que haya venido mucha gente. Me alegro de haber venido para apoyarlo, entonces. Debe de haber unas quince personas en el público. Según el programa, se proyecta otra película en el auditorio al mismo tiempo, así que supongo que todo el mundo estará allí.

Al final hay varias filas vacías. No obstante, no quiero que parezca que he venido sola. En la penúltima un señor mayor con cabello ralo y canoso y

que lleva una cazadora de cuero oscura está sentado solo. Lleva gafas ahumadas. Me siento a una silla de distancia de él.

Transcurren cinco minutos y nada. El público se está impacientando. Varios se levantan y se van. Me vuelvo hacia el hombre y le pregunto:

—Disculpe, ¿han dicho algo sobre cuándo empezará la película?

—Pronto —responde—. O eso es lo que llevan diciendo desde hace media hora.

—Ya veo. —Frunzo el ceño y vuelvo a revisar el programa.

—No te preocupes. En esta industria es normal. Todo suele ir con retraso. Así que se podría decir que son puntuales.

—¿Trabaja en el sector?

El hombre esboza una sonrisa de suficiencia.

—Qué va, siempre he procurado mantenerme lejos del cine. Solo he venido por la música.

—¿La música?

—Del documental —me explica—. Sabes que va sobre los Screaming Trees, ¿no? La banda de rock.

—Sé quiénes son —contesto, tal vez demasiado a la defensiva.

Él sonríe.

—Era por si te habías equivocado de película. Por experiencia, la mayoría de los de tu edad no los conoce.

No sé si lo dice con condescendencia o no.

—Pues que sepa que he venido expresamente a ver esta película —le aclaro.

—¿De veras? —Se rasca la mejilla y luce verdaderamente sorprendido—. Debes de ser una verdadera fan.

—Pues claro.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo los conociste?

—Por mi novio. Me enseñó su música. Se sabe todas las canciones.

—¿No me digas? ¿Y dónde está?

—Él... —Hago una pausa al no saber qué decir—. No ha podido venir.

—Qué pena.

Quiero hablar más de Sam, pero no queda tiempo, porque las luces se atenúan y todos se revuelven en sus asientos para colocarse hacia delante. La carpa enmudece y yo aguento la respiración al tiempo que empieza la película.

El ruido de un motor resuena con la pantalla negra y, a continuación,

aparece la imagen de una calle de un pueblo antiguo a través de la ventanilla del coche de alguien. Una mano que sobresale de una manga vaquera gira el sintonizador del coche y enciende la música. En cuanto reconozco la melodía de la guitarra, siento que todo mi cuerpo se estremece. Es *Dollar Bill*, una canción del disco favorito de Sam, el que esperamos que le firmaran bajo la lluvia. Al tiempo que se produce el cambio de escena, oigo otra canción que vuelve a hacerme pensar en él. Y después otra. Sabía que venía a ver un documental de los Screaming Trees, pero no me había preparado para escuchar una lista de reproducción de los últimos tres años de nuestras vidas.

Aun así, hay algo distinto en las canciones. Parecen ralentizadas, distorsionadas y mezcladas con unos instrumentos electrónicos o algo. Son como versiones nuevas que no he escuchado nunca. La música está acompañada de trozos de conciertos, vídeos caseros de la banda y entrevistas de los miembros en televisión que aparecen en sucesión en la pantalla, todo ello mezclado con vídeos de agua ondeando y semáforos parpadeando. En ciertos momentos, la iluminación cambia drásticamente, intensificándose para crear efectos diáfanos y como de ensueño, que provocan que entrecierre los ojos. A los veinte minutos sigo sin saber de qué trata la película. Las escenas parecen completamente desordenadas, conectadas solo a través de la música. Resulta hipnótica la forma en que lo han aunado todo, y en cierto momento casi me quedo dormida. Una vez la música se calla y la pantalla se torna negra, espero a lo que venga a continuación. Pero cuando escucho los aplausos, me doy cuenta de que ya ha acabado.

—Ha sido... interesante —opina el hombre a mi lado al tiempo que encienden las luces. Se levanta y se sube la cremallera de la cazadora—. Me alegro de haber venido. —No sé si lo dice con ironía o no.

Busco a Tristan. Hay demasiada gente de pie, paseándose, así que yo hago lo propio. En cuanto me dirijo al pasillo para dar con él, me choco con alguien a quien no esperaba ver.

—¿Señor Lee? Ha venido.

—Y tú también... —Tiene una copa de vino en la mano y lleva la chaqueta marrón de ante de siempre, solo que en esta ocasión porta una flor morada en el bolsillo delantero. Igual que las que decoran la carpa.

—No sabía que fuera a venir —musito.

—Siempre apoyo a mis empleados —responde con un asentimiento, y

hace ademán de brindar—. Al fin y al cabo, somos una familia.

Sonríe.

—Eso es cierto. Somos como una familia.

—Tristan se alegrará mucho de verte. ¿Has podido hablar con él?

—Estaba tratando de dar con él ahora.

—No ha dejado de ir de un lado para otro para ponerlo todo en orden —me explica el señor Lee, mirando en derredor—. Puede que esté haciendo contactos en la carpa de al lado.

—Tal vez deba mirar allí —murmuro—. ¿Le veré en la fiesta de después?

El señor Lee entrecierra los ojos.

—¿La fiesta de después? Tristan no me ha dicho nada.

Aprieto los labios. «Puede que yo tampoco tuviera que haber dicho nada».

—Creo que es solo para los directores y sus invitados —explico.

—¿De verdad? ¿Y habrá comida?

—Eso creo.

El señor Lee olisquea el aire.

—Pato a la brasa... —dice en voz baja, para sí mismo—. Creo que iré a esa... fiesta de después.

—Ah, pues juraría que necesita una entrada.

El señor Lee me lanza una mirada pícara.

Yo sonrío y susurro:

—Nos vemos allí.

Dejo que el señor Lee vaya a rellenarse la copa de vino y mientras sigo buscando a Tristan. No tardo mucho, porque es él quien me encuentra a mí.

Abro mucho los ojos.

—Tristan... ¡Vaya!

Tristan se yergue y me deja que lo observe; lleva un traje a medida azul oscuro con solapas de raso y una camisa blanca de seda con los dos botones de arriba desabrochados a propósito. Se ha colocado el pelo hacia atrás y lo ha peinado de una manera que jamás le he visto antes, y su colonia huele bien.

—¡Estás genial!

—Madre mía, para —me pide, sonrojándose tanto como la rosa que lleva en la mano derecha—. Mi madre me ha obligado a ponérmelo.

—Tiene un gusto exquisito, díselo de mi parte.

Tristan sonríe.

—¿Qué te ha parecido la película?

—Ah... pues sigo asimilándola. Me dijiste que era un documental, ¿no?

—Sí.

—Pero ha sido todo música y no ha hablado nadie.

—Claro, es un documental *experimental* —aclara.

—Ya veo. En ese caso, me ha encantado.

—¡Me alegra mucho! Se supone que es uno de esos documentales que tienes que ver más de una vez para entenderlos —explica Tristan—. Las películas experimentales son así. —Y mira el reloj—. Vaya, tenemos que irnos.

—¿A la fiesta de después?

—No. Quiero que veas otra película. —Tristan me agarra de la mano para conducirme afuera—. Te va a encantar.

—¿*Ninjas del espacio*?

—Ojalá.

—¿Para qué es la rosa?

—Ah... Es para ti —responde, ruborizándose otra vez—. Ha sido idea de mi madre. Pero, si no quieres, no te la quedes.

Sonrío y la acepto.

Un acomodador reconoce a Tristan y nos dirige a la parte delantera. Tomamos asiento en la fila de butacas reservadas del auditorio. No puedo evitar sentirme importante. Tristan no me ha hablado de la película, así que me pilla con la guardia baja cuando los actores hablan en otro idioma y me recuerdan lo mal que voy con el francés. La historia empieza con un camión de reparto yendo hacia una panadería, cuando un bache en el camino provoca que una *baguette* salga volando por la ventana sin que el conductor se percate. El resto de la película va sobre la *baguette* perdida y su aventura por las calles de París. Mientras que el resto de las *baguettes* se quedan apiladas en los estantes de madera o se las llevan a casa familias cariñosas, a la *baguette* perdida la atropellan, la recogen, la vuelven a dejar en la calle, la atacan unos pájaros, le dan patadas, se queda enganchada en una bufanda, la arrastra una Vespa verde lima por la ciudad y, milagrosamente, acaba en la entrada principal de la panadería. Pero antes de que el panadero salga y la encuentre, empieza a llover, empapándola hasta que se deshace en migajas que resbalan por la calle hasta la alcantarilla.

En cuanto la pantalla se apaga, Tristan me da su pañuelo para que me limpie las lágrimas.

—¿Cómo puede ser que esté llorando?

Por estúpido que suene, me he sentido reflejada en ella; lo único que quería era llegar a casa sana y salva. ¿Por eso me aferro a Sam? Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Echo un vistazo alrededor y veo que el público también está llorando. Me giro hacia Tristan.

—¿Por qué querías que viéramos esta película?

—Porque cuando leí la trama por internet, me acordé de ti —responde—. ¿Te ha gustado?

—A ver, sí, pero me da mucha pena.

—Exacto. Sabía que te provocaría esa sensación. Eso fue lo que me dijiste que buscabas en una película.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—La semana que nos conocimos —contesta—. Te pregunté qué tipo de películas te gustaban y tú respondiste que las que te hacían llorar. Porque querías llorar de una forma que no lo hubieras hecho antes. ¿Te acuerdas?

Medito su respuesta. Pues sí que suena a algo que diría yo.

—Le he estado dando muchas vueltas —añade Tristan—. No he dejado de preguntarme por qué querría alguien experimentar algo así por voluntad propia. Y creo que ya lo entiendo. Quieres *sentir* algo. Algo intenso y significativo. Quieres sentirlo en el corazón y en la tripa. Quieres que te conmueva. Que te importe o te enamore, ¿verdad? Y quieres que parezca real. Diferente. Emocionante. —Tristan desvía la mirada hacia la pantalla apagada—. Creo que, en cierta forma, esta película lo consigue. Te hace llorar por una barra de pan. Jamás has vivido algo similar. Es original. Te hace sentirte... *viva*. —Un acomodador viene para limpiar y preparar los asientos para la siguiente película. Tristan vuelve a mirar el reloj—. Vamos. Quiero que veas otras.

Logramos ver dos cortos antes de la fiesta. Uno es una comedia romántica y el otro, de acción. En torno a las diez seguimos a la multitud que se dirige a la carpa principal, donde está tocando la banda. Tristan me ata una pulsera especial antes de entrar. Una fuente de champán burbujea junto a unas bandejas plateadas llenas de entrantes al tiempo que unas cien personas o así socializan por doquier. Advierto que el señor Lee ha conseguido entrar. Lo veo en una mesa con champán y pato a la brasa. Me sonríe. Yo le guiño un ojo con complicidad.

La muchedumbre me resulta un poco abrumadora, pero Tristan no me deja sola en ningún momento. Yo sigo con su rosa en la mano mientras él

me conduce por la carpa, presentándome a otros directores, guionistas y alumnos universitarios de todas partes de Washington.

—Hay alguien que quiere conocerte —me cuenta, conduciéndome hacia la otra punta de la carpa.

Entrecierro los ojos.

—¿Quién demonios quiere conocerme?

Hay un hombre con una corbata de cachemira y una copa de vino blanco en la mano en un rincón de la carpa.

—Este es el profesor Guilford —me lo presenta—. Es uno de los miembros del jurado que ha elegido mi película. También imparte clases aquí.

—Me alegro de conocerte por fin, Julie. —Extiende su mano hacia mí.

—Lo mismo digo —respondo educadamente—. ¿Cómo es que me conoce?

Él prorrumpió en una carcajada.

—Eres la hija de la profesora Clarke, ¿no? —inquiere—. Habla mucho de ti. Me ha dicho que eres muy buena escritora.

—¡La mejor! —interviene Tristan.

—Soy normalita —replico, algo avergonzada.

—¿Sabes? La modestia es un rasgo propio de los verdaderos escritores —dice el profesor Guilford.

—Es la persona más modesta que conozco —añade Tristan.

Yo le doy un ligero codazo.

—*Tristan*.

—Tristan me ha contado que estás en el último año de instituto. ¿Has decidido ya a qué universidad irás?

Aquello me recuerda la negativa que acabo de recibir y, de repente, me encantaría poder escaquearme de la conversación.

—Todavía no —logró contestar con normalidad—, pero Central Washington es una opción. —No le digo que, por el momento, es la única que tengo.

—Ah, ¿sí?

—Ah, ¿sí? —repitió Tristan.

—Es económica y mi madre está aquí. —Es lo único que se me ocurre.

—Fantástico —exclamó el profesor Guilford con una gran sonrisa—. Entonces, tal vez te conviertas en una de mis alumnas. Por lo que sé, te gusta la escritura creativa. ¿Has pensado en ser guionista de cine o de

televisión?

—La verdad es que no. Pero suena interesante —respondo.

—Imparto una asignatura de escritura cinematográfica cada pocos años. Justo en otoño la vuelvo a dar.

—Anda.

—Normalmente lo suelo orientar para los de último año —explica con una sonrisa de suficiencia—, pero de vez en cuando hago alguna que otra excepción.

—Ay, Dios, sería increíble —contesto ahogando un grito—. No sabía que había asignaturas así. ¿Qué más enseña?

Tristan nos deja hablando a solas durante un rato. Mantenemos una conversación maravillosa acerca de los trabajos que están elaborando sus alumnos. Por lo visto, muchos hacen las prácticas en algunos de los estudios de televisión más importantes durante el verano. Siempre he pensado que esas oportunidades estaban reservadas para los hijos e hijas de productores famosos. Me hace sentirme optimista con respecto a la universidad. Tal vez pueda lograrlo. Puede que, al final, no me haga falta ir a Reed. Una vez acabamos de hablar, el profesor Guilford me invita a comer con él y con mi madre dentro de unas semanas para hablar de otras posibles oportunidades. Tras intercambiar direcciones de correo, me marcho en busca de Tristan para contárselo todo.

—Tristan, ¡no sabes lo que me alegro de que me lo hayas presentado! —leuento, sonriendo.

—¿A que es el mejor? —conviene Tristan mientras me pasa una copa de sidra achampanada—. Me alegro de que consideres venir a esta universidad. Podríamos seguir quedando. Si es que no eres demasiado guay para quedar con chicos de instituto, vaya. Incluso podríamos hacer algún que otro trabajillo juntos.

—Es una idea fantástica. ¡Deberíamos hacerlo!

—Seguro que te conviertes en una guionista maravillosa —exclama.

—Eso espero —respondo.

El resto de la noche discurre genial. Conozco al resto de amigos de Tristan, los que han trabajado en el documental con él, y los impresiono al saber tanto de Mark Lanegan y los Screaming Trees. Comemos fresas bañadas en chocolate y añadimos nuestros nombres a la rifa. Tristan gana seis entradas para el cine del pueblo. Uno de sus amigos, una cámara cara. Todos lo rodean en corro muertos de envidia, admirándola por turnos.

Entonces, uno de ellos susurra algo.

—¿Lo has visto? No me puedo creer que haya venido, tío.

Giran las cabezas de un lado a otro, pero sigo sin saber a quién se refieren. A continuación, Tristan susurra:

—Me hizo un gesto con la cabeza al acabar la película. Creo que sabía que era el director.

—¿¡Qué!? ¿Y no te has acercado a decirle algo?

—He oído que odia que se le acerquen —se defiende Tristan.

Meto la cabeza en su círculo secreto.

—¿De quién habláis?

Todos me miran. Tristan señala hacia mi derecha con la barbilla.

—A ese de ahí. El tipo con gafas.

Me vuelvo para buscarlo.

—¿El de las gafas ahumadas? —El hombre al lado de quien me he sentado durante la película de Tristán—. Antes he hablado con él. Ha sido muy majo.

Tristan abre los ojos como platos.

—¿A qué te refieres con que has «hablado» con él?

—Me he sentado a su lado durante tu película —les explico—. Hemos charlado un poco antes de que empezase. No ha sido nada del otro mundo. La mayor parte del tiempo lo he ignorado.

—Julie... dime que sabes quién es —dice uno.

—Es Marcus Graham —susurra Tristan, tenso—. Uno de los primeros mánager de la banda. Es un buen amigo de Mark Lanegan y los hermanos Connor. Ha desempeñado un papel crucial en su éxito. Es famoso.

—¡Y se va ya! —grita uno de sus amigos.

Me vuelvo para verlo desaparecer por la abertura de la zona trasera de la carpa. ¿Cómo es que no he reconocido quién era? No me extraña que le provocase tanta curiosidad mi interés por la banda. Al observarlo marcharse, se me pasa algo por la cabeza. Tengo que volver a hablar con él. Es la única oportunidad que tengo.

Dejo a Tristan con sus amigos y salgo pitando de la carpa en su busca. Es increíble el ruido que aísla la lona desde fuera. La fría brisa nocturna hace que me estremezca y se me destaponen los oídos.

—¡Espere! —grito a sus espaldas.

El hombre se detiene. Se vuelve buscando la voz. Solo estamos él y yo. Se recoloca las gafas.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

Tardo un segundo en pensar en algo que decir.

—¡Lo siento! Siento no haberlo reconocido antes.

—No te preocunes —responde soltando una carcajada—. No serás la única.

—Mi novio... Le hubiera encantado conocerlo. Es un gran fan suyo —le digo—. Se llama Sam.

—Me has hablado de él. Es una pena que no haya podido venir —contesta, haciendo amago de irse.

Doy un paso hacia él.

—Él también es músico —prosigo—. Toca la guitarra y compone su propia música. Le habéis inspirado.

—Me alegro, chica.

Rebusco en el bolso.

—Tengo uno de sus CD —añado—. Me haría un gran favor si lo escuchase. —En cuanto lo encuentro, se lo ofrezco—. Algunas de las canciones están sin acabar, pero tiene talento.

El hombre alza la mano.

—Lo siento, chica, pero tengo una regla de no aceptar música que no haya pedido previamente. Es la política del negocio.

Doy otro paso más para acercarle el CD.

—Por favor, escúchelo. Significaría mucho para él.

Él hace un ademán con la mano.

—He dicho que no puedo. Lo siento.

—*Por favor...*

—Que pases una buena noche —replica con firmeza, y se aleja caminando.

Me quedo ahí parada con el brazo extendido mientras el frío de la noche me estremece una vez más, y siento que mi cuerpo se pone a temblar.

No puedo dejar que se me escape esta oportunidad. Tengo que detenerlo. Por Sam. El hombre está a punto de marcharse de mi vida para siempre.

—¡Está muerto! —exclamo sin aliento. Las palabras me desgarran la garganta—. ¡Está muerto! —Al reparar en lo que estoy diciendo, soy incapaz de reprimirme más—. Por eso no ha podido venir. Porque ha muerto. Murió hace unas semanas...

Se me anegan los ojos en lágrimas y se me hincha la garganta. Llevo mucho tiempo sin pronunciar esas palabras. Tal vez desde que dejé de creer

en ellas.

El hombre frena en seco. Se gira y me mira. Se hace el silencio antes de que vuelva a dirigirse a mí.

—¿Has dicho que se llamaba Sam?

Asiento sin mediar palabra a la vez que me seco la cara y trato de dejar de llorar.

—¿Y tocaba la guitarra?

—Sí —contesto con la voz rota de dolor.

Él da un paso hacia mí y extiende la mano.

—Vale. Lo escucharé.

—Muchísimas gracias.

Le acerco el CD, pero no es capaz de quitármelo de la mano. Lo agarro con demasiada fuerza.

Él me observa.

—¿Va todo bien?

—Yo... Acabo de darme cuenta de que es la única copia que tengo —leuento—. No me quedan muchas cosas de él.

El tipo suelta el CD.

—Vamos a hacer una cosa. Mándamelo por correo —sugiere—. Así no lo perderás y yo podré responderte. —Saca la cartera y me da su tarjeta—. Cuídate.

Lo veo alejarse por el aparcamiento. No vuelvo a la carpa. Aferro el CD con firmeza. Estúpido CD. Igual que el farolillo. Quería olvidarme de todo, pero ni siquiera soy capaz de desprenderme de esto. ¿Cómo voy a dejar ir a Sam entonces, eh?

Hay algo en el suelo. Bajo la mirada. Es la rosa de Tristan. Ni siquiera me he dado cuenta de que se me ha caído.

# CAPÍTULO DIECISIETE

Una melodía a piano llena la estancia mientras pongo la mesa. Aliso el mantel, coloco los platos de cerámica de una misma vajilla y enciendo una vela. Hay cajas de cartón apiladas unas junto a otras a mis pies. Levanto una hasta la encimera mientras continúo sacando cosas. Cubiertos atados con bramante, tazas de café y cucharas de madera. En cierto momento, la música cambia sin yo percatarme siquiera, y suena *Kiss the Rain* de Yiruma. Su canción suena como si gotas de agua cayeran suavemente sobre tejados de gres en primavera. Cuando toco el tirador del cajón, *siento* a alguien a mi espalda. Unas manos que conozco se mueven por mi cintura y la calidez de su piel me deja inmóvil. Luego noto un beso en el cuello y cierro los ojos...

—¿Y si nos tomamos un descanso...? —susurra Sam.

Acabamos de mudarnos a nuestro nuevo piso. Los tablones de madera que conforman el suelo crujen y hay tuberías de hierro surcando el techo. Tal y como me lo había imaginado. La casa está sin amueblar, un poco hecha polvo, y necesita algunas reformas. Pero tiene mucho potencial. Igual que nosotros.

Le toco las manos.

—Sam, si apenas acabamos de ponernos. Y aún nos queda mucho por hacer.

Sam me vuelve a dar un beso en el cuello.

—Tampoco pasa nada si tardamos más de lo normal...

La música sigue sonando. Por la ventana no se ven más que nubes y más nubes, como si estuviésemos suspendidos en el cielo.

Me giro y me embebo en su imagen: los ojos oscuros, una tonalidad más clara que su cabello; los labios delgados, curvados dulcemente en una sonrisa. No puedo evitarlo. Subo las manos y toco su rostro para memorizar cada rasgo. Reparo en el contraste de nuestra piel, sus mejillas doradas bajo mis pálidos dedos. En cuanto hundo una mano entre sus suaves mechones de pelo, él me estrecha contra sí para obsequiarme con otro beso, esta vez más largo, y mi mente borra a todo lo demás en el mundo salvo nosotros.

Sam se separa y me agarra las manos.

—Bueno y... ¿qué te parece el piso?

No puedo dejar de sonreír.

—Es perfecto.

Sam mira en derredor con los ojos rebosantes de ideas.

—Lo sé. Solo hace falta ponerlo a punto.

Por todo el suelo hay cajas de cartón que no van a vaciarse solas. En el diminuto espacio que conforma la cocina, un hervidor está encendido sobre el fuego junto a una tetera. Percibo el cálido olor del jengibre y la hierba de limón. En una hora o así puedo hacer algo de cenar. Haremos la compra porque comer fuera es caro, aunque, de todas formas, nosotros preferimos la comida casera.

La melodía a piano se corta de pronto y me interrumpe los pensamientos. Luego el tocadiscos se detiene.

Sam me mira con el ceño fruncido.

—Luego lo arreglo...

Suelto una risa cuando me arrastra hasta el otro lado del apartamento, que hace de salón.

—Y este es el salón —dice haciendo un ademán con la mano y otorgándole vida—. Justo aquí podemos poner el sofá y una mesita, y quizás un cuadro en la pared.

Señalo la otra punta de la estancia.

—¿No es mejor poner el sofá allí?

Sam desvía la mirada hacia allí, pensativo.

—Mejor incluso —cavila—. Sabía que tenías buen ojo.

Lo observo mientras da vueltas por la habitación, contemplándolo todo a la par que se imagina nuestro nuevo hogar.

—Aquí podemos poner un escritorio, contra la pared, para que tú escribas. Y puedo construirte una estantería; como te has traído cajas llenas de libros... La podemos poner allí. Y también necesitaremos algunas plantas...

Su emoción es contagiosa. Yo tampoco puedo evitar inspeccionarlo todo con entusiasmo. Es como un lienzo en blanco sobre el que podemos pintar juntos, desde cero. Un nuevo comienzo para nuestra historia. Una oportunidad de empezar una historia nueva. En cuanto arreglemos el piso, buscaremos trabajo. Empezaremos a ahorrar dinero. Yo me centraré en escribir y en volver a intentar entrar en Reed College en otoño.

Sam me toma de las manos y entrelazamos los dedos.

—Te gusta, ¿verdad?

—Más de lo que te imaginas —respondo, sonriente. Escudriño la estancia

—. Yo solo quiero que todo sea perfecto. Como siempre hemos planeado.

Sam me da un beso en la mejilla.

—¿Sabes, Julie? No siempre vamos a poder planificarlo todo al dedillo. Siempre surgirán cosas para las que no estamos preparados —comenta—. A veces hay que vivir el momento. Dejar que la vida nos sorprenda.

Yo no digo nada. Solo medito sus palabras.

—Escucha —dice Sam con los ojos brillantes—. ¿Qué tal si salimos esta noche? A algún lado con música. No tiene que ser muy sofisticado ni nada. Podemos pedir algo pequeño y para compartir. Podemos hasta buscar uno de esos sitios donde te dan pan gratis.

—Pero tenemos mil cajas que deshacer... —le recuerdo.

—No te preocupes. Tenemos todo el tiempo del mundo por delante.

«Todo el tiempo del mundo...». Las palabras resuenan en mi mente como la brisa que entra a través de la ventana y me eriza la piel. Echo un vistazo al reloj sobre la puerta. No lo había visto antes. No tiene manecillas. Fuera, sigo sin ver nada más que nubes relucientes. Ahora que lo pienso, ¿cuánto rato lleva poniéndose el sol?

—¿Qué te pasa? —la voz de Sam vuelve a llevarme hasta él.

Parpadeo unas cuantas veces.

—Nada. Bueno... eso creo, al menos.

—Entonces, ¿qué dices a lo de salir?

Tuerzo el gesto y pienso en ello.

—Es nuestra primera noche aquí, así que supongo que deberíamos celebrarlo.

—Espléndido.

—Siempre que quitemos algunas cajas antes —añado.

—Hecho. —Sam vuelve a besarme la mejilla y luego levanta una caja del suelo—. ¿Dónde va esta?

—Al cuarto. Pero es frágil, así que ten cuidado.

—«Cuidado» es mi segundo nombre.

Le lanzo una miradita irónica mientras él se aleja despacio y desaparece por el pasillo.

En cuanto no está, vuelvo a escrutar el salón para decidir con qué ponerme a continuación. Veo una caja más pequeña en el rincón, iluminada gracias a la luz proveniente de la ventana. Por alguna razón, no está

marcada como las otras. Sam debe de haberse olvidado de hacerlo. La aupó hasta la encimera y la abro la primera. Son las cosas de Sam, guardadas dentro de forma aleatoria. Sacó algunas de sus camisas y las doblo sobre la mesa. También hay otras cosas. Unos cuantos CD, algunas fotografías, un montón de tarjetas de cumpleaños y cartas, y algo más que me deja helada. Uno de los sujetalibros que me regaló. Me lo quedo mirando durante un rato, junto con las demás cosas que he dejado sobre la mesa. Ver todo aquello junto me trae una sensación familiar. Como si fuesen las piezas de un puzzle. Las examino todas otra vez y, de repente, las piezas encajan y la imagen me golpea con la fuerza de un huracán. «No puede ser, ¿verdad?». Tendría que haber algo más en la caja. No me hace falta mirar para saber qué es. Introduzco el brazo despacio y la saco.

«La chaqueta vaquera de Sam». Clavo la mirada en ella durante un buen rato. Esta es la misma caja que tiré hace semanas.

Mientras estoy allí de pie, toqueteándolo todo, el tocadiscos se enciende de golpe y yo pego un bote. Suena una canción que antes no sonaba, una que no reconozco. Cuando el tocadiscos empieza a chirriar, y a subir de volumen, me apresuro a desconectarlo. En cuando levanto la aguja del vinilo, siento que las velas se apagan a mi espalda y la estancia se queda en silencio. La luz del sol se atenua fuera y el apartamento se sume en la penumbra. Me giro y veo que la mesa está vacía. Conforme observo la estancia, reparo en que las cajas también han desaparecido de golpe, incluyendo la de las cosas de Sam; el piso está vacío. ¿Dónde ha ido todo?

—¿Sam?

Lo llamo varias veces, pero no obtengo respuesta. ¿Sigue aquí? Me dirijo al dormitorio en su busca. No sé por qué, pero el pasillo es más largo de lo que recordaba y parece extenderse más y más a la par que lo recorro. Por alguna razón, no hay puertas a los lados, solo una al fondo. Está llena de pegatinas, iguales que las que tiene Sam en la puerta de su cuarto. Toco el pomo y respiro hondo antes de girarlo. Un par de hojas caen sobre el suelo del pasillo cuando abro la puerta, seguido de una brisa que me resulta familiar.

Largas briznas de hierba se comban bajo mis zapatos al poner un pie fuera, y me hallo en mitad de un campo. Respiro el aire y percibo el olor a cebada. Hay algo distinto en este lugar. El cielo está encapotado y noto una extraña vibración moviéndose a mis pies. Una fuerte racha de viento dobla los pastos hasta casi romperlos. No se oyen grillos, solo un creciente

retumbar proveniente de algún lado muy hondo en la tierra. Cuando veo acercarse más nubes, siento las primeras gotas de lluvia en la piel. A lo lejos, muy por encima del nivel de las montañas, destella un relámpago. Se acerca una tormenta, y parece que voy que tener que afrontarla sola.

«Sam no está aquí ya. Tal vez nunca lo haya estado».



Antes solía vivir en mis ensueños. Me pasaba horas planeando el futuro en mi cabeza, imaginándome que dentro de diez años, cuando hubiese terminado la universidad, estaría viviendo en un apartamento en la ciudad y podría dedicarme a la escritura. Me he imaginado los detalles del resto de mi vida: los electrodomésticos que tendría en la cocina, los títulos de las historias que publicaría, los lugares a los que viajaría, quién estaría ahí conmigo. Pero entonces recibes negativas en el correo, pierdes a la persona que lo significa todo para ti y te ves de nuevo en la casilla de salida, sin saber a dónde ir. Ahora trato de no perderme en ilusiones. Eso solo me colma de imágenes de Sam y me hace especular la posibilidad de que aún podamos estar juntos, de que hay un futuro para nosotros, hasta que la realidad aparece como una tormenta y lo manda todo al garete.

Sam no va a volver. Pero, no sé cómo, siempre sigo esperándolo. No tengo ni idea de cuántas llamadas nos quedan, pero el número disminuye de forma alarmante. Me he pasado la mañana mirando el registro de llamadas que he estado llevando, recordando las conversaciones en un intento por buscarle el sentido a todo. Desde que lo dejé hablar con Mika, me he percatado de que cada llamada es más corta que la anterior, y que las interferencias llegan antes. «¿Cuántas llamadas más me quedarán antes de perderte?». Es difícil preocuparse por esto cuando hay otros interrogantes que no hemos respondido todavía. «¿Por qué nos han dado esta segunda oportunidad? ¿Solo para despedirnos?». Es como si hubiésemos retomado el contacto solo para volver a separarnos después. Sam me dijo que deberíamos apreciar esto por lo que es, pero no puedo evitar pensar que debe de haber una razón por la que podamos hablar otra vez. Pero el tiempo es limitado. Tal vez nunca sepa la respuesta.

Cada vez que cuelgo con él es como si me acercase todavía más al final.

Aunque sabía que llegaría, aún sigue rompiéndome por dentro. «Es como perderlo otra vez. ¿Qué voy a hacer cuando ya no esté?». Ojalá el mundo girara más despacio para nosotros. Ojalá pudiera echar más monedas para comprarnos más tiempo. Ojalá pudiera guardar estas últimas llamadas tanto como pueda, para así seguir conectados. Ojalá pudiese hacer algo para mantenerlo a mi lado.

—Todo irá bien —me dijo Sam durante la llamada anterior—. Aún nos queda tiempo juntos. No voy a irme a ningún lado hasta que nos despidamos, ¿vale?

—Pero ¿y si nunca me siento preparada?

—No digas eso, Julie. Tienes toda la vida por delante. Muchas cosas a las que aspirar. Y estás destinada a hacer grandes cosas, lo sé.

—¿Y tú qué?

—Yo también estaré bien. No te preocupes.

«Sus respuestas siempre son vagas. He aprendido a no presionarlo para que me cuente más. Sé que tiene sus motivos».

—Prométeme una cosa —dije antes de que la llamada tocara a su fin.

—¿El qué?

—Que, pase lo que pase, este no será nuestro final. Que algún día volveremos a hablar.

Se hizo el silencio.

—Prométemelo, Sam —se lo volví a pedir.

—Lo siento, Jules, pero no puedo prometerte eso. Por mucho que quiera.

Era la respuesta que estaba esperando. Pero sigue dejándome vacía por dentro.

—Entonces dices que, cuando nos digamos adiós, ¿será el final de verdad? ¿Y que nunca podré volver a hablar contigo?

—No lo veas así —replicó Sam—. Es solo un comienzo distinto, sobre todo para ti. Y tendrás muchos.

—¿Y tú? ¿A dónde irás después?

—Para serte sincero, no estoy seguro del todo. Lo que sí sé es que estaré bien. Por lo menos, eso sí puedo prometértelo. Así que no te preocupes, ¿vale? —Y entonces llegaron las interferencias, como si supiesen el momento exacto en el que sonar—. Creo que pronto tendré que marcharme...

Apreté el móvil.

—¿Dónde estás ahora?

—Sigo sin saberlo. Lo siento.

—¿Puedes decirme al menos lo que ves? —pregunté.

Sam se tomó un momento para responder.

—Campos. Unos campos infinitos.



La lluvia salpica el parabrisas mientras conducimos por la carretera interestatal hacia Seattle. Cuando cruzamos el puente Lacey V. Murrow Memorial Bridge, que atraviesa el lago Washington, la vista de las montañas desaparece a nuestra espalda, reemplazada por los rascacielos de cemento que se apiñan junto al agua azul como el océano. No tenía pensado volver tan pronto. Esperaba poder quedarme en la cama todo el fin de semana, viendo series en el portátil. El viaje a la costa ha sido idea de Yuki. Quería verlo una vez más antes de la graduación y de tener que volver a Japón. Cuando Yuki me pidió si podía acompañarla, le dije que no. Últimamente he estado más reservada de lo habitual. Desde el festival de cine hace dos semanas, no me ha apetecido mucho hacer vida social. Pero entonces Rachel pilló la gripe el jueves, y me imaginé a Yuki subiendo sola el autobús y perdiéndose en la ciudad, y sentí un ramalazo de culpa. Así que decidí ir con ella. Cuando se lo dije ayer a la hora del almuerzo, Oliver también se autoinvitó y se ofreció a conducir. Hasta convenció a Jay de que se saltara la reunión semanal del club de medioambiente y viniera con nosotros.

Con los auriculares puestos, fijo la vista en la ventanilla. A lo mejor pasar tiempo lejos de Ellensburg es lo que me hace falta, al fin y al cabo.

No hay mucho tráfico este sábado por la mañana, así que llegamos pronto para desayunar en el muelle. En cuanto deja de llover, los cuatro paseamos por la costa, deteniéndonos en los pocos puestecillos que nos cruzamos, buscando nuestros nombres en los llaveros. Mientras los otros se dirigen a las galerías de Pike Place Market, yo me tomo un descanso de las atracciones turísticas y encuentro un banco alejado de la multitud para poder disfrutar de algo de espacio a solas.

Un barco mercante que navega por el puerto manda ondas diminutas contra las rocas. Me las quedo mirando ausente. Hace un poco de fresco

aquí en el muelle, en el centro de Seattle. Inspiro el frío aire salado y luego lo suelto despacio. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que olí el océano. Es extraño volver aquí después de haber pasado tanto tiempo fuera. Se me había olvidado lo sola que te podía hacer sentir el agua solo con mirarla.

Ojalá estuviera Sam aquí con nosotros. El mundo parece más tranquilo sin él. Ha pasado más de una semana desde la última vez que hablamos. Ojalá pudiera llamarlo un momentín de nada, solo para oír su voz. «Para saber que sigue aquí». Tal vez entonces pueda disfrutar del viaje en vez de estar pensando en él a cada segundo. Mantengo el móvil en el regazo y lo miro de vez en cuando. Me recuerda que seguimos unidos, aun cuando no podamos oírnos. Me pregunto si nuestro vínculo funcionará también fuera de Ellensburg. No sabía si sería buena idea venir hasta aquí y jugármela a que desaparezca. Pero como últimamente nuestras llamadas han de espaciarse más que antes, sabía que no podría llamarlo igualmente este fin de semana. Pero, bueno, solo unos cuantos días más. Al menos debería tratar de pasarlo bien y estar con los demás. Pero es mucho más difícil de lo que pensaba en un principio.

Al cabo de un rato, alguien se aproxima al banco.

—¿Puedo sentarme contigo?

Levanto la vista y veo a Yuki. Trae una bandeja biodegradable con dos cafés. Quito la chaqueta del banco y le hago hueco. Ella se sienta a mi lado y me acerca la bandeja.

Siento el café caliente al contacto con mis manos.

—Gracias, pero no tenías por qué traerme nada.

—Creo que es lo mínimo que podía hacer —dice Yuki, contemplando el agua—. Por hacerte venir hasta aquí con nosotros. —Me mira—. No pareces estar pasándotelo muy bien.

Clavo la mirada en el teléfono y me embarga la culpa. Seguro que ella no es la única que se ha dado cuenta.

—Lo siento, no estoy del mejor humor —me excuso—. Pero me alegra de haber venido con vosotros. Solo es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿En qué piensas?

Suspiro.

—En lo mismo... —respondo.

Volvemos a contemplar el agua. Unas cuantas gaviotas chillan en el cielo. Tras unos cuantos instantes de silencio, Yuki pregunta:

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Pienso en el cristal que sigo llevando conmigo. Está bien guardado en el bolsillo del bolso. Nunca salgo de casa sin él.

—Pues la verdad es que no. Creo que lo que me diste me las quitó.

—Me alegro de que te sirviera.

Doy un sorbo al café y dejo que el líquido me caliente la garganta. No puedo compartir con Yuki lo que me pasa de verdad. Que sigo imaginándome un futuro con Sam. Pese a saber que las llamadas no durarán para siempre, no consigo pasar página ni dejar a un lado nuestra conexión, aunque esta ya se está deteriorando. Sigo pensando en lo que me dijo Mika la noche del festival. Sobre lo de aferrarme a Sam.

«Esto no te está haciendo ningún bien. Y diría que a él tampoco».

Reproduzco la conversación en mi cabeza. ¿Qué quiso decir exactamente con eso? ¿Le estoy haciendo daño a Sam al aferrarme a él tanto como puedo? ¿Lo estoy reteniendo? Por mucho que lo quiera, tampoco quiero obligarlo a quedarse aquí más tiempo. Sobre todo si necesita seguir adelante, sea adonde sea que vaya. Esto también le incumbe a él. Al fin y al cabo, fue él quien respondió mi llamada en primer lugar. Después de un rato, me giro hacia Yuki.

—¿Recuerdas lo que me dijiste sobre los sueños? Los que tenía con Sam. Que debería buscar lo contrario para así encontrar el equilibrio o algo así...

Yuki asiente.

—Sí.

—Le he estado dando vueltas —digo, mirando de nuevo al móvil, que aferro con fuerza—. Creo que ya sé lo que significa. Significa que tengo que dejar de pensar en él. Que tengo que olvidarme de él y seguir con mi vida. —Suelto un suspiro profundo—. Ojalá fuese más fácil.

Yuki aparta la mirada como para meditar mis palabras. Al cabo de unos instantes, opina:

—¿Sabes? No creo que puedas olvidar a Sam, aunque lo intentaras.

—¿A qué te refieres?

—Lo que digo es que Sam sigue formando parte de tu vida, ¿verdad? —declara—. Puede no estar físicamente aquí, pero siempre llevarás una parte de él contigo. Sé que tu tiempo con él ha resultado ser más corto del que querías, pero ese tiempo juntos no es algo que puedas devolver. Pasar página no es sinónimo de olvidar. Es buscar el equilibrio entre seguir con tu vida y mirar atrás de vez en cuando, recordando a la gente de tu pasado.

Vuelvo a centrarme en el agua, pensativa. Si supiera lo distinto que es para mí. Yo soy la única que lo habrá perdido dos veces.

Yuki me toca la mano.

—Sé que sigue siendo difícil para ti. Pero me alegra de que decidieras venir hoy. Me alegra de que estemos volviendo a pasar tiempo juntas.

Sonríó.

—Yo también.

Alguien silba a nuestra izquierda y ambas levantamos la vista del banco. Jay y Oliver están junto a la barandilla del entablado con churros en la mano. Los dos se han vuelto inseparables últimamente. Siento que se prende la chispa entre ellos.

Oliver nos llama con la mano.

—¡Tenemos churros!

—¡Volved! —grita Jay—. Hay leones marinos.

Yuki y yo intercambiamos una sonrisilla.

—¿Quieres saber una cosa? Me encantan esos dos juntos —declara Yuki.

—A mí también.

Conforme el cielo por fin se despeja, pasamos el resto del día en el litoral. Después de comer y de comprar velas, nos dirigimos al acuario para ver a las nutrias, porque son el animal favorito de Oliver. Jay sugiere que nos compremos gorros a juego para conmemorar el viaje y los llevamos durante la caminata a través del parque de esculturas. Como es muy tarde para subir a un ferry, nos dirigimos al Muelle 57 y nos montamos en la noria. Cuando contemplo las vistas a sesenta metros sobre el suelo, pienso en Sam, y el recuerdo de los dos en la feria me llena de calidez.



Mientras los demás regresan a casa esa noche, yo decido quedarme en Seattle para pasar el resto del fin de semana con mi padre. Lleva semanas pidiéndome que viniera a verlo. En cuanto se baja del coche para recogerme, empiezan a lagrimearme los ojos. Se me había olvidado lo mucho que lo echaba de menos. Él siempre ha sabido cómo ayudarme sin necesidad de preguntarme qué me pasa. Hasta ha llamado a mi madre, preguntándole si podía faltar a clase para poder pasar otro día juntos.

Hacemos todas mis actividades favoritas: comemos tortitas en Portage Bay, donde vivíamos antes, bebemos café expreso filtrado a mano en Pioneer Square y visitamos mis librerías favoritas en la Décima Avenida. Al final, estar lejos de Ellensburg era justo lo que necesitaba. Aún pienso en Sam de vez en cuando, pero los recuerdos son felices, y me dejan respirar cada vez mejor. Aunque no esté aquí, sigo viéndolo en todos lados. Y, por primera vez en mucho tiempo, pensar en él me brinda consuelo.



Llego a la estación de autobuses tarde el lunes por la tarde. Mi madre sigue en clase en la universidad, así que tengo que esperar unas cuantas horas antes de que pueda venir a recogerme. Dejo la mochila en el suelo y miro el móvil. Ahora que he regresado a Ellensburg, mis llamadas con Sam deberían volver a funcionar. Han pasado diez días desde que hablamos por última vez. Es lo máximo que llevo sin saber de él desde que descolgó el teléfono la primera vez. Desde que nuestra conexión se deterioró, Sam y yo habíamos estado planificando las llamadas con varios días de antelación, y una por una. La siguiente sería hoy. Tengo la fecha marcada en la libreta. Iba a esperar hasta cuando volviera a mi habitación, pero después de haber pasado tanto tiempo, me muero por oír su voz otra vez.

Tengo una nueva notificación en el móvil. Un correo electrónico de alguien que me suena. Abro el correo y lo leo primero.

Querida Julie:

Lamento haber tardado tanto en responderte. Me he pasado la mañana escuchando las canciones que me mandaste. Tengo que ser sincero contigo. Algunas de las pistas eran fantásticas. Sam era muy buen músico. Sabía cómo crear una buena melodía. Es un don muy raro de ver. Y no lo diría si no fuese cierto. Tenía algo especial, de veras. Siento lo que le ocurrió. Es una pérdida tremenda.

Pero, bueno, me he adelantado y les he reenviado tu correo a Gary y a algunos otros de la banda (puesto que sé que los dos sois grandes fans). Espero que no te importe. En cuanto me respondan, te lo comunicaré. Les encantará saber que sois del mismo pueblo.

Espero que todo te vaya bien. No dudes en escribirme siempre que quieras.

Cuídate,  
Marcus

Apenas si consigo contener un gritito mientras leo el correo una segunda vez. Marcus Graham, el mánager de los Screaming Trees. El hombre que conocí en la proyección de la película la de Tristan. Nunca esperé que me respondiera cuando le escribí después del festival. ¡No me creo que se acuerde de mí! Y más importante aún, ¡que le flipara la música de Sam! ¡Ha

dicho que era muy buen músico!

«Tengo que llamar a Sam. Tengo que decírselo ahora mismo».

Me tiemblan las manos de la emoción cuando marco el número. Como siempre, contengo el aliento cuando el teléfono empieza a dar tonos de llamada. Tarda unos instantes, pero al final descuelga.

—Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad —comenta Sam—. Te he echado de menos.

Su voz me colma de calidez. Como la luz del sol que penetra en la habitación.

—Yo también te he echado de menos —digo—. No te vas a creer lo que acaba de pasar. ¿Te acuerdas de Marcus Graham? ¿El mánager de los Screaming Trees?

—Claro. ¿Qué pasa con él?

—Lo conocí en el festival de cine hace unas semanas. Le envié una muestra de tu música. Acaba de responderme. Te lo tengo que leer...

Le releo el correo. Subo el volumen de la voz en las partes donde Marcus señala lo mucho que le han encantado las canciones, el talento que tiene Sam y que le ha reenviado todo a los otros integrantes de la banda.

—¿Te lo puedes creer, Sam? ¡Ha dicho que se lo ha enviado a Gary! Eso significa que seguro que también se lo ha mandado a Mark. ¿Y si las están escuchando ahora mismo? Ay, Dios... ¿y si están hablando de ti en este mismo momento? ¿Qué canción les gustará más...?

Sam se queda callado mientras asimila la situación.

—¿Qué opinas? ¡Di algo!

—¿Por qué no me dijiste que le habías enviado mi música? —inquiere Sam.

—Porque no sabía si me respondería —respondo—. No sabía si la escucharía siquiera.

—Pero creí decirte que no lo hicieras.

Enmudezco un momento, sorprendida por su respuesta.

—Tampoco es que yo fuera buscándolo. Pasó sin más. ¿Por qué te has enfadado conmigo? Sam... ¡Son los Screaming Trees! Marcus Graham ha dicho que eres...

—Qué más da lo que haya dicho —me interrumpe Sam—. ¿Por qué sigues en las mismas, Julie? Ya lo hemos hablado. Y tú sigues erre que erre aferrándote a mi música y a mi vida, cuando te he dicho que ya no tiene ningún sentido. ¿Por qué no puedes aceptar el hecho de que...?

—¿El qué? ¿Que estás *muerto*?

Silencio. Trago saliva mientras espero a que me responda. Cuando presiento que no va a hacerlo, prosigo, esta vez con la voz más mordaz.

—Lo he aceptado. Lo acepté hace tiempo.

—Pues no lo parece —replica Sam—. Parece que estés obsesionada con la idea de que vaya a volver o algo. Desde que empezamos a hablar es como si ya no pudieras dejarme marchar. Y me preocupa que...

—No tienes de qué preocuparte —lo interrumpo, cabreada de pronto—. Y deja que te recuerde que fuiste tú el que me cogió el teléfono en primer lugar.

—Bueno, pues a lo mejor no tendría que haberlo hecho.

La sorpresa me deja helada. Sus palabras nos callan a los dos. Me quedo allí de pie, petrificada, aferrando el móvil con fuerza. «No me creo que haya dicho eso...». Quiero responderle, pero no me sale nada.

—Perdona. No lo he dicho en serio. Por favor, no... —empieza Sam.

Cuelgo antes de que pueda terminar la frase. No quiero oír su disculpa. Clavo la mirada en la acera y apenas consigo procesar lo que acaba de pasar entre nosotros. Las lágrimas me arden en los ojos, pero me niego a llorar. Ahora no. Quiero volver a casa. Ya no quiero seguir esperando en la estación de autobuses.

Recojo la mochila del suelo, pero antes de empezar a caminar, el teléfono vibra en mi mano. Y entonces empieza a sonar, aunque lo tengo en silencio. La última vez que sucedió, era Sam el que llamaba. Pero acordamos que no volvería a llamarme otra vez. «Porque si no respondo, nuestra conexión se cortaría definitivamente».

Miro la pantalla. Es un número oculto, igual que la última vez. Así que descuelgo.

—¿Qué quieres? —pregunto.

Discurre un breve instante de silencio antes de que Sam responda. En cuanto lo hace, percibo el dolor en su voz.

—Lo siento —se disculpa—. Pero creo que necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa, Sam?

Suelta el aire.

—No sé cómo explicarlo —dice—. Pero tiene que ver con mi familia. Tengo un mal presentimiento, aquí en el pecho. Nunca lo había sentido. ¿Has sabido algo de ellos últimamente?

Vuelvo a sentir un ramalazo de culpa en el pecho. No he hablado con

ellos desde que murió Sam. Me avergüenza responderle.

—No, hace tiempo que no sé nada de ellos. Lo siento.

Se produce otro silencio entre ambos.

—¿Crees que podrías hacer algo por mí? —pregunta Sam.

—Claro. Lo que quieras.

—Ve a ver a mi familia, si puedes... Si no, pregúntale a Mika si ella sabe algo.

—¿Crees que pasa algo?

—No sé. Espero que no, la verdad.

—Espera, le pregunto ahora...

En cuanto colgamos, le mando un mensaje a Mika preguntándole si ha pasado algo. Ella me responde casi al instante.

Es James. No ha ido al colegio. Creemos que se ha escapado. Todos lo estamos buscando. Te aviso si lo encontramos.

Llamo a Sam y se louento.

—¿Tienen idea de dónde puede estar? —inquiere Sam.

—Creo que no —le digo—. Mika no me ha dicho nada.

—Jo, ojalá estuviera allí. Seguro que nadie sabe dónde buscarlo.

—¿Dónde crees que podría estar? Yo puedo ayudar a buscarlo —me ofrezco.

—Podría estar en un montón de sitios...

—Miraremos en todos.

—A ver, déjame pensar... —Tiene la voz como tomada.

—Todo irá bien, Sam. Lo encontraremos.

Escribo los lugares que Sam recuerda en un trozo de papel y vuelvo a escribirle a Mika. Ella coge el coche de su padre para recogerme y vamos en busca de James. Mika y yo dividimos la lista por la mitad, basándonos en la proximidad entre un sitio y otro. Como yo voy a cubrir la parte norte del pueblo, Mika me deja cerca del teatro y salgo corriendo. Miro en la tienda de cómics, el autocine, la tienda de donuts, y todo lo que hay entre un punto y otro. Cuando caigo en que no está en el pueblo, salgo pitando hacia el lago para ver si está allí, pero no lo veo por ningún lado. Así que sigo. Hay un buen trecho hasta el cementerio, pero tengo que ir a mirar, por si acaso. No aparece en la lista que me ha dado Sam. Pero tengo la extraña sensación de que James podría estar allí, sentado con él. En cuanto alcanzo el portón y subo la colina, me decepciona comprobar que me equivocaba.

Vuelvo a echar un ojo a la lista. Lo últimos sitios que Sam me dijo están un poco lejos. Hay algunos en el barrio donde vivían antes. Uno de ellos es un parquecito donde solían montar en bici después de clase. No sé qué posibilidades habrá de que James esté allí, pero salgo del cementerio y me dirijo allí igualmente.

Tardo un rato en localizar dónde está el parque. Nunca he venido a esta parte del pueblo. Tengo que detenerme y preguntar a gente en la acera. Cuando por fin lo encuentro, al fondo de una calle sin salida, diviso una conocida chaqueta verde colgando de un banco. En cuanto avisto a James sentado solo en los columpios, mirando al suelo, me detengo de golpe para recuperar el aliento.

No he hablado con él desde la muerte de Sam. Ni siquiera sé qué decir mientras me acerco a él en los columpios. Aunque aún sigo recuperando el aliento de la carrera hasta aquí, mantengo la voz suave cuando me arrodillo frente a él.

—Hola, James... —lo saludo—. Todo el mundo te está buscando, ¿sabes? Nos tenías preocupados.

James no me mira. Mantiene la vista clavada en el suelo.

—Se alegrarán de saber que estás bien —prosigo—. ¿Qué haces aquí, tan lejos?

James no dice nada. De repente me acuerdo de aquella noche en la feria, cuando se negaba a hablar conmigo. Fue la última vez que estuvimos los tres juntos, ¿no? Supongo que ha pasado más tiempo del que creía desde la última vez que vi a James. Suavizo la voz otra vez.

—¿Qué te parece si volvemos a casa?

—No.

—Tus padres están preocupados... —empiezo.

—¡No quiero ir a casa! —me grita.

—¿Pasa algo? Sabes que puedes contármelo.

Estoy segura de que tiene que ver con Sam. Pero no sé cómo afrontar esa conversación. Ni me imagino lo que es perder a un hermano. Es una clase de dolor que nunca llegaré a entender. Trato de agarrarle la mano, pero James la aparta.

—Déjame en paz —dice, cruzándose de brazos—. No voy a ir a casa.  
¡Aléjate de mí!

Me duele oírlo hablar así. Ojalá pudiera mejorar la situación.

—¿Puedes decirme al menos por qué te has escapado? —pregunto.

James no dice nada.

—¿Es por Sam...? —susurro—. ¿Porque no está allí?

—No —dice James, sacudiendo la cabeza—. ¡Porque me odia!

—¿Por qué piensas eso? Pues claro que Sam no te odia.

—¡Sí! ¡Me lo dijo!

—¿Cuándo te lo dijo?

James entierra el rostro en las manos en un intento por ocultarme las lágrimas.

—Cuando entré en su habitación y le rompí el micro. Me dijo que me odiaba.

Le toco el hombro y le digo:

—James, escúchame. A veces la gente dice cosas cuando está enfadada, pero no es de verdad. Sam no te odia...

—¡Pero me dejó de hablar! —brama—. ¡Me estuvo ignorando! Justo antes de que muriera.

Se me rompe el corazón al oírlo. Me seco los ojos y agarro las manos de James.

—Sam te quiere, ¿vale? Los hermanos se pelean constantemente y se dicen cosas que no sienten. Si Sam estuviese aquí, te lo diría él mismo.

James se enjuga las lágrimas con la manga.

—Eso no lo sabes. ¿Y a ti qué te importa? ¡Si ni siquiera te caigo bien!

—Pues claro que sí... ¿cómo puedes decir eso?

—¡Pasas de nosotros! ¡Solo te gustaba Sam! Solo venías a verlo a él.

—Eso no es verdad —le rebato—. Tú y yo también somos amigos. Tu familia me importa.

—¡Mentira! Porque cuando Sam murió, no viniste ni una vez, ¡ni volviste a hablar con nosotros! Es como si tú también hubieses *muerto*.

Un dolor intenso me atraviesa el pecho conforme el peso de sus palabras me cae como una losa encima. Apenas consigo contener las lágrimas. Abro la boca, pero soy incapaz de hablar. Tendría que haber ido a ver a su familia después de la muerte de Sam. Nunca se me ocurrió pensar en lo que James debía de estar pasando.

—L-lo siento, James. No tendría que haber pasado así de ti. Tendría que haber intentado... —Se me quiebra la voz. Porque no sé qué más decir para conseguir que James me perdone. Tal vez la razón por la que he estado evitando a su familia es porque no soportaba la idea de verlos sin Sam. Porque no quería recordar que ya no está. Pero da igual. Tendría que haber

estado ahí para James. En cambio, le he puesto las cosas más difíciles. Lo he abandonado también.

—No voy a ir a casa —llora James.

Ojalá pudiera penetrar en sus defensas. Pero ni siquiera me mira. Aunque no lo culpo. Ojalá pudiese hacer algo para mejorar la situación. Me duele verlo así. Tengo que hacer algo, pero no sé qué. Pienso en Sam. Él sabría qué decir de estar aquí. Él es el único a quien James escucharía ahora mismo. Se me ocurre algo. Nuestra conexión se está debilitando, pero tengo que hacer algo. No puedo permitir que James se pase el resto de su vida pensando que Sam lo odiaba.

Mientras me alejo de los columpios un momento, saco el móvil y llamo a Sam otra vez. Él contesta después del primer tono.

—¿Lo has encontrado? ¿Está bien?

—Estoy con él ahora mismo. No te preocupes.

La voz de Sam se inunda de alivio.

—¿Dónde estaba?

—En el parque. Donde tú decías.

—Me alegro de que esté bien. ¿Por qué se ha escapado?

—Es un pelín complicado —digo—. Pero cree que lo odias.

—¿Yo? ¿Por qué piensa eso?

—James me ha contado que se lo dijiste antes de que murieras —le comento—. He intentado explicarle que no lo decías en serio, pero no me escucha. No sé qué más decirle. Pero me aseguraré de que llegue sano y salvo a casa.

—Gracias —dice Sam—. Por encontrarlo.

—No hay de qué —respondo. Luego desvío de nuevo la mirada hacia los columpios—. Pero ahora necesito que me hagas un favor.

—¿El qué?

—Quiero que hables con James —le pido.

—Julie... —empieza Sam.

—Hazlo por mí, ¿vale? Por favor, antes de terminar la llamada. Te necesita.

Se produce un breve instante de silencio mientras lo medita.

—Pero nuestra conexión ya se ha debilitado mucho... Esto podría romperla del todo —me advierte Sam—. ¿Estás segura?

Respiro hondo.

—Sí.

James está mirando al suelo cuando me aproximo otra vez a él. Me arrodillo frente a él y le tiendo el móvil.

—Escucha, James. Hay alguien que quiere hablar contigo, ¿vale?

Me mira.

—¿Mis padres?

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué no lo compruebas por ti mismo? Toma...

James se acerca el teléfono a la oreja y presta atención. Veo el momento exacto en el que oye la voz de Sam, porque abre los ojos como platos, como si estuviera buscándole el sentido. Al cabo de un minuto al teléfono, cuando James empieza sollozar sobre su camiseta, sé que ha entendido que es Sam de verdad. Y los dos reconectan de golpe. Me aparto en silencio para darles ese breve e inexplicable momento juntos. Capto algunos detalles de su conversación. Hablan de que James tiene que ser fuerte para su madre, de cuidar de la familia mientras Sam no está, de lo mucho que lo quiere Sam.

Pero como nuestro vínculo se está rompiendo, la llamada no dura demasiado. Cuando James me devuelve el teléfono, a Sam y a mí solo nos quedan unos segundos para hablar.

—Muchas gracias —dice—. Pero ahora tengo que irme.

—Lo entiendo —respondo.

Y entonces se corta la llamada. Así sin más.



James y yo salimos del parque cogidos de la mano. Le mando un mensaje a la madre de Sam por primera vez en un tiempo avisándola de que he encontrado a James y de que vamos de camino. Cuando veo la casa de Sam a lo lejos, su madre está en el acceso de coches, esperándonos. En cuanto nos divisa, sonríe de oreja a oreja como si no nos hubiésemos visto en años. Cuando me envuelve con un brazo, nos abrazamos con fuerza, y no sé quién de las dos empieza a llorar antes. La madre de Sam agarra a James de la otra mano y nos encaminamos adentro para saludar a su padre. Después de ayudar a poner la mesa, los cuatro nos sentamos a cenar juntos por primera vez en lo que se me antoja demasiado tiempo.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Últimamente tengo mucho tiempo para dedicármelo a mí misma. Tiempo para pensar, asimilar y ponerme al día con el mundo. Desde la última llamada con Sam, ya no me quedo esperando junto al móvil. En lugar de hacer eso, paso más tiempo con mis amigos y he vuelto a centrarme en el instituto. He acabado el trabajo final para la clase del señor Gill y está previsto que me gradúe. También he tenido tiempo para dedicarme a la muestra de escritura, aunque no la vaya a mandar. Qué más da si no la lee nadie ahora. Por una vez, escribir para mí misma me ha ayudado. Recordar aquellos momentos me ha hecho sentirme más unida a Sam, sobre todo cuando nuestras llamadas se cortan. Esos recuerdos son algo que perdurarán para siempre. Incluso una vez que se vaya. Ojalá pudiese leerlo. Eso sí, intento no pensar de esa manera. Agradezco el agujero temporal del universo en el que nos encontramos durante estos últimos meses.

Me cuesta creer que me vaya a graduar en unos días. Sigo sin saber qué hacer después. Al no tener muchas opciones que digamos es como si no tuviera ni voz ni voto. Como si ya lo hubieran decidido por mí. No estoy acostumbrada a sentirme así. Me gusta hacer planes, prever y analizar qué es lo que me espera. Pero cada vez que lo hago, parece que la vida se me desbarata. Sam siempre me decía que fuera más espontánea y que dejara que la vida me sorprendiera. De lo que nunca me advirtió fue de que las sorpresas no siempre son buenas. Eso lo he tenido que aprender por mi cuenta.

A Sam y a mí nos queda una única llamada. La última. La última vez que pueda hablar con él. Tendré que despedirme de él definitivamente. Sam dice que es la única forma de romper el contacto y que ambos podamos pasar página. La llamada será la noche de la graduación y solo durará unos minutos. Dice que deberíamos hacerla antes de medianoche, porque si no tal vez perdamos la oportunidad. En parte desearía aferrarme a esa última llamada todo lo que pudiese, pero tengo que ser fuerte por los dos.

Han pasado varias semanas desde la última vez que hablamos. Todavía me duele pasar tanto tiempo sin saber de él; es como si se alejase más a

cada día que pasa. Sin embargo, esa distancia ha traído algo bueno. Se ha producido un acercamiento entre mi madre y yo. Hemos pasado estas últimas semanas juntas, cenando todas las noches, viendo la tele, comprando y yendo a la playa los fines de semana, cosas que antes solíamos hacer. Me ha dicho que echaba de menos pasar tiempo conmigo. No me había dado cuenta de que yo también.

Los conductores hacen sonar el claxon, impacientes, mientras mi madre y yo esperamos en el atasco. Vamos de camino al centro comercial para buscar un vestido de graduación. Los árboles de hoja perenne flanquean la carretera. Llevamos en la autovía casi una hora. Mi madre ha puesto flojito su podcast de meditación y yo no dejo de contemplar las nubes por la ventanilla.

Me mira. Lleva puesta la ropa de yoga aunque no haya tenido clase esta mañana. Dice que la ayuda a centrarse mientras conduce.

—¿Has echado ya un ojo a las asignaturas de Central? —me pregunta—. Se llenan bastante deprisa.

—Les he echado un vistazo.

—Parece que van a organizar un taller de escritura en primavera. Seguro que te hace ilusión.

—Estoy loca de contenta.

—Nada de frases estereotipadas en el coche. Tú misma pusiste esa regla. Suspiro.

—Lo siento. Me cuesta ser positiva al no haber entrado en ninguna otra universidad.

—Ya sabes que puedes ir a la de aquí los dos primeros años —empieza a decir mi madre, en voz baja— y después solicitar el traslado a alguna otra. Muchos lo hacen, Julie.

—Supongo —respondo—. Lo que pasa es que no formaba parte del plan. Nada de esto entraba... —Que me rechazaran en Reed. Quedarme en Ellensburg. Perder a Sam.

—Los planes no siempre salen como queremos.

—Ya lo veo... —contesto, apoyando la cabeza contra el cristal de la ventanilla—. No te esfuerces mucho en algo o acabarás decepcionada.

—Qué pesimista —replica mi madre—. La vida es más dura que lo que nos gustaría, sí. Pero seguro que sabes encontrar tu camino.

Resoplo.

—Y yo que creía que al menos una cosa me iría bien —murmuro—. A

veces desearía poder dar un salto en el tiempo y ver qué acabo haciendo para no malgastar el tiempo planeando y que luego todo salga mal.

—Así no se vive la vida —rebate mi madre con las manos en el volante—. Veo que muchos de mis alumnos se preocupan constantemente por lo que va a pasar. Y lo veo en ti también... —Me mira—. Vives precipitándote, Julie. Tomando decisiones y queriendo hacer cosas para asentarte en un futuro específico.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que la vida te pasará por delante —contesta, prestando atención a la carretera— y te perderás las pequeñas cosas, los momentos que crees que no importan, pero que sí que son relevantes. Igual que al escribir —añade de repente—. No se escribe para poner un punto y final. Se escribe porque se disfruta. Cuando uno escribe, no quiere dejar de hacerlo nunca. ¿Lo entiendes?

—Supongo...

Rumio sus palabras. ¿Y si no me gusta lo que estoy viviendo?

Cuando por fin entramos en el aparcamiento, mi madre apaga el motor del coche y se recuesta en el asiento. Tamborilea el volante con los dedos.

—¿Hay algo más que te preocupe? —me pregunta tras quedarse un rato en silencio—. Ya sabes que puedes contarme lo que quieras.

Vuelvo a mirar por la ventana. Hace tiempo que no me desahogo con ella sobre lo que me está pasando. Tal vez sea hora de hacerlo.

—Es Sam... —empiezo a decir—. Sigo acordándome de él. De que no podrá acabar el instituto ni graduarse con nosotros. ¿Cómo voy a pensar en la universidad y en el resto de mi vida si la suya ha acabado tan pronto? Sé que no me hace bien, pero ojalá siguiese vivo.

Mi madre se gira hacia mí y me acaricia el pelo.

—Yo también —responde con suavidad—. Ojalá pudiera saber qué decir para que las cosas mejorasen, o al menos decirte cómo sobrellevarlo, Julie. Pero la verdad es que nadie lida con la pena de la misma forma, y a todos nos afecta de manera diferente. No pasa nada por desear eso o imaginarlo contigo, incluso. Porque esos momentos en nuestra mente son tan reales como cualquier otra cosa. —Se da un toquecito en la frente—. Por mucho que la gente diga lo contrario.

La miro con la cabeza ligeramente ladeada y me pregunto a qué se refiere. Por un momento estoy a punto de preguntarle si sabe lo de las llamadas, pero no lo hago.

—Sé que pronto tendré que despedirme—le confieso—, pero no creo ser capaz de dejarlo marchar.

Mi madre asiente en silencio. Antes de salir del coche, me enjuga una lágrima y susurra:

—Entonces no lo hagas. Deja que se quede contigo, pero ayúdalo a vivir de otra manera.



Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza durante lo que resta de semana. Intento no estresarme demasiado sobre lo que no ha pasado y disfrutar de mis últimos días en el instituto. Oliver nos lleva a Jay y a mí a una fiesta junto al lago el sábado y los tres nos vamos de senderismo la mañana siguiente. Tras ponerla en la lista de espera, a Mika la han aceptado en Emory y se mudará a Atlanta a finales de verano. Aunque me alegra muchísimo por ella, me da rabia que estemos tan lejos la una de la otra. Pero dice que volverá para Acción de Gracias y Navidad, y yo he prometido visitarla en cuanto ahorre algo de dinero. Al menos Oliver estudiará en Central conmigo. Hemos echado un vistazo a la lista de asignaturas para buscar algunas a las que podamos ir juntos. Tal vez ir allí no sea tan malo. Sobre todo si consigo plaza en la clase de escritura cinematográfica. Le he enviado un correo al profesor Guilford y me ha contestado que vaya el primer día, así que cruzo dedos. Y mi madre tiene razón. Puedo pedir el traslado de expediente en tercero si saco buenas notas. Podría solicitar plaza en Reed College incluso. Tengo que seguir siendo optimista, pero precavida también.



Es la noche de la graduación. Los globos azules y blancos decoran la valla metálica alrededor del campo de fútbol al tiempo que las familias entran en fila a las gradas. Mis padres están sentados juntos en alguna parte del centro, junto con Tristan y el señor Lee. La banda lleva el uniforme y toca una mezcla de canciones irreconocibles tan alta que me cuesta oír otra

cosa que no sea su estridente sonido. En cuanto acaban lo que presupongo que es el himno nacional, la ceremonia comienza con el coro y una actuación en solitario de Yuki. Al acabar, me pongo de pie y coreo su nombre. Se pronuncian varios discursos, cambia la música y, de repente, ya nos toca subir a por el graduado. En teoría, Oliver iba a subir con Sam, pero el instituto le ha permitido caminar hasta el escenario con Mika y conmigo, los tres con los brazos unidos. Los tres llevamos algo de Sam bajo las togas, en conmemoración. Oliver lleva su camisa de cuadros, Mika uno de sus jerséis, y yo la camiseta de Radiohead. Puede que sea cosa mía, pero me da la sensación de que somos a los que más ovacionan.

Apenas tengo unos minutos para ponerme el vestido nuevo antes de que nos hagan un millón de fotos delante del escenario. Tristan me regala un ramo de rosas amarillas. Mi madre insiste en que me haga fotos con todos, incluso con David, de clase de Historia y con quien apenas he intercambiado cinco palabras. Yuki me presenta a sus padres y estos nos invitan a Rachel, a Jay y a mí a su casa en Japón el verano que viene. «¡Una reunión!» chilla Rachel con una gran sonrisa de oreja a oreja. En cuanto la música se acaba y empieza a ponerse el sol, miro la hora. Tendré que marcharme pronto. Una vez la multitud se dispersa un poco, voy en busca de los otros para despedirme.

Esta noche hablaré con Sam por última vez. Tengo que darme prisa en llegar a casa, subir a mi cuarto y armarme de valor para despedirme. Sé que me preguntará cómo ha ido el día. Ojalá hubiera estado aquí para celebrarlo con nosotros...

—Oye, ¿y la fiesta de graduación? —inquiere Oliver—. No te la puedes perder, va a ser brutal.

—Tengo algo que hacer —respondo.

—¿Seguro? —pregunta Mika. Le lanza una mirada significativa y ella asiente con complicidad—. Tal vez puedas venir luego. Escríbeme, ¿vale?

—Lo haré —prometo, y los abrazo a los dos.

Me giro para irme con el teléfono bien agarrado, pero un chico alto del equipo de fútbol choca conmigo. El golpe es tan fuerte que mi teléfono sale despedido y cae sobre el hormigón, quebrando la pantalla. No oigo la disculpa siquiera. El mundo se transforma en un túnel...

Me estremezco. Tengo miedo de moverme un milímetro siquiera. El corazón me va a mil cuando recojo el móvil del suelo. No se enciende. Por mucho que lo intente, *no se enciende*. La pantalla está rota y negra y no sé

qué hacer. Me quedo petrificada tratando de asimilar lo que acaba de pasar.

Mika ha debido de percibirlo de que algo va mal, porque aparece a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Mi móvil... *Lo he roto*... Mika, ¡lo he roto! —Yo no hago otra cosa que repetirlo mientras ella trata de tranquilizarme diciéndome que no pasa nada, porque sí que pasa. Las teclas no funcionan. La pantalla sigue en negro.

Me vuelvo hacia ella.

—Necesito tu móvil... —Lo cojo y marco el número de Sam, pero no coge. Lo intento varias veces más, pero nada.

Oliver viene.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Julie ha roto su móvil —responde Mika con voz seria.

—Jo, lo siento. Seguro que te lo pueden arreglar mañana...

—No. Lo necesito esta noche... Dame tu móvil...

Se lo arrebato de las manos antes de que pueda decir ni mu. La llamada no da tono. Nada.

—¿A quién llama? —inquiere Oliver mientras yo me paseo de un lado a otro, marcando el número de nuevo, alzando el móvil para ver si consigo una cobertura distinta que pueda encontrar Sam. Debo de parecer desquiciada, porque se ha formado un corro a mi alrededor. ¿Por qué no funciona?

Entonces recuerdo algo que me dijo Sam. Su voz resuena en mi cabeza.

«Estamos conectados solo a través de nuestros móviles».

Le devuelvo a Oliver su teléfono al tiempo que llega mi madre. Me pregunta qué pasa, pero no tengo tiempo de responderle. Cojo su móvil y pruebo a llamar a Sam, a pesar de saber que no funcionará. Nada lo hará. Pero no sé qué más hacer. Las llamadas solo se pueden hacer desde mi móvil, y como soy tan estúpida y no he mirado por dónde iba, lo he roto. Tengo que buscar una solución. Tengo que arreglarlo.

Sam espera que lo llame. No puedo dejarlo esperando para siempre. ¿Y si cree que me he olvidado de él? ¿Y si piensa que algo va mal? El corazón me late más deprisa que nunca a la vez que siento una subida de adrenalina que consigue que me cueste respirar. Tengo que ir a buscárselo. Tengo que encontrar a Sam. No pienso perder la última llamada que me queda. No pienso volver a perderlo. Así no.

Me vuelvo hacia mi madre.

—Necesito las llaves del coche... —Se las arrebato sin responder a sus preguntas—. ¡Que papá te lleve a casa!

Me meto en el coche y conduzco sin saber a dónde ir. Doy rodeos por las calles del pueblo y miro a través de los escaparates de establecimientos a los que solíamos ir para ver si Sam está allí, pero nada. Aparco y entro en el Sol y Luna ignorando las miradas de la gente e inspecciono la mesa donde nos sentábamos.

—¿Sam? ¡Sam! —lo llamo.

No está. Claro que no está.

Y entonces caigo en que fue él quien vino a buscarme. Regreso al coche y, de pronto, he vuelto a la ruta 10, al lugar del accidente. Bajo la ventanilla y miro para ver si lo encuentro a un lado de la carretera, buscándome. Pero Sam tampoco se encuentra aquí. Vuelvo a estremecerme. Miro el reloj y veo que son las once y diez. «Se me acaba el tiempo». Si Sam no está caminando por el arcén, ¿dónde podría estar? ¿Adónde se dirige?

En ese momento recuerdo algo más. Durante una de nuestras conversaciones telefónicas le pregunté lo que veía.

Campos. Campos infinitos.

¡Pues claro! Doy la vuelta con el coche y tomo la siguiente salida, hacia los campos a los que me llevó una vez. Voy por el atajo que descubrió Jay y llego poco después. En cuanto salgo del coche, me envuelve la oscuridad. El corazón me late desbocado y apenas logro ver nada mientras salgo corriendo a toda prisa por el camino que lleva a los campos. Las ramas de los árboles me rozan la cabeza cual manos esbeltas. Por un momento pienso en si volver al coche, pero continúo. Sam me está esperando en algún lugar ahí fuera. No puedo decepcionarlo.

«¿Dónde estás, Sam? ¿Por qué no puedo encontrarte?»

Hay algo que palpita en mi bolsillo. Al sentir una calidez, meto la mano para ver qué es. «La selenita». La piedra que Yuki me dio y que llevo conmigo a todos lados. ¡Está brillando! La sujeto delante de mí y dejo que su luz ilumine mi camino y mantenga a raya a la oscuridad. Puedo sentir cómo irradia su energía a través de mi cuerpo, hacia fuera. Elevo la piedra hacia el cielo y veo que la luna desciende hacia mí, arrojando más luz. Ahora soy capaz de verlo todo. Jamás he podido contemplar los campos mejor. A continuación, empieza a nevar. «¿A mediados de mayo?». Miro en derredor preguntándome qué está pasando. Mientras la nieve cae sobre mi

pelo y hombros reparo en que no es nieve, sino pétalos. Llueven pétalos de cerezo.

Eso seguro que significa que está cerca de mí.

«Sé que estás aquí, Sam. Te siento. Porque estas en todos lados. Al igual que estabas en la cafetería, en el lago, en algún lugar de los campos. Todo este tiempo me he preguntado por qué nos han dado una segunda oportunidad. Tal vez siempre hayamos estado conectados, incluso después de que te fueras. Porque no te voy a perder nunca. Ahora formas parte de mí. Estás allá donde mire, cayendo del cielo como pétalos».

Oteo los campos y me interno entre la cebada, llamándolo, buscándolo. Creo ver su coronilla y me dirijo corriendo hacia allí, pero no hay nadie. Juraría que capto su olor —a pino, a colonia—, pero se me escapa. No dejo de correr de un lado a otro, atravesando los campos, hasta que me tiemblan las piernas. Corro hasta que estoy tan cansada que me desplomo sobre la hierba y trato de coger aire.

Creo que Sam ya no está aquí. Empiezo a dudar de que lo estuviera siquiera. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué he venido? Vuelvo a mirar la hora. 00:35. Ya es más de medianoche. Se me para el corazón. Es demasiado tarde. He vuelto a perderlo. Los pétalos han desaparecido.

Después de todo lo que Sam ha hecho por mí, he roto nuestra promesa. Me pidió que lo llamara una última vez para despedirnos y lo he decepcionado. ¿Y si se queda esperándome para siempre? ¿Y si necesitaba que me despidiera de él para seguir adelante? Saco el móvil roto e intento encenderlo. Nada. Estoy destrozada y decepcionada conmigo misma, además de atemorizada por lo que he hecho, pero de todas maneras me llevo el móvil a la oreja y hablo con él. Si estamos siempre conectados, tal vez todavía exista una posibilidad...

—Sam —empiezo a decir—. No te oigo... pero tal vez tú me puedes oír a mí. ¡Lo siento! No he podido contactar contigo a tiempo. Sé que querías que nos despidiéramos. Siento haber arruinado las cosas otra vez. No me esperes, ¿vale? Puedes irte. No tienes que esperarme. ¡Puedes seguir hacia delante! —Se me quiebra la voz—. Te voy a echar muchísimo de menos. Pero quería decirte una última cosa... —Inspiro profundamente y represso las lágrimas—. Te equivocas con respecto a una cosa. Sí que has dejado huella en el mundo, Sam. Has dejado huella en mí. Me has cambiado la vida. Y no te olvidaré nunca, ¿vale? Somos parte el uno del otro, ¿me oyes? Sam... —Se me apaga la voz.

«¿Por qué no puedo llamarte con otro teléfono? ¿Por qué solo con el mío?».

Su voz vuelve a resonar en mi cabeza.

«Estamos conectados solo a través de nuestros móviles».

Le doy vueltas. Pienso en nuestra conexión. En que sea solo de ambos. Solo los nuestros. Repito esas palabras hasta que me viene una idea a la cabeza. El corazón me da un vuelco. Claro. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

En cuanto caigo en la cuenta, me levanto y me dirijo deprisa hacia el coche. El camino de vuelta es como un borrón. Aparco en la entrada para coches de Sam y me dirijo a su casa corriendo. La llave bajo el buzón sigue ahí. Abro la puerta y entro deprisa. Gracias a Dios que no hay nadie en casa. La familia de Sam está pasando la semana con sus abuelos, así que no tengo que preocuparme por hacer ruido mientras me encamino hacia su cuarto a toda prisa y rebusco entre sus cosas. Miro en una docena de cajas y abro las bolsas de plástico hasta dar con ella. La caja con las cosas de Sam que encontraron en el lugar del accidente aquella noche.

En la caja encuentro su cartera, su documento de identidad, su llavero y el móvil. Justo lo que estaba buscando. Lo cojo, cambio las tarjetas SIM y lo enciendo. La luz de la pantalla me ciega durante unos segundos. Es la 01:43. Hay batería suficiente para llamar una vez, así que marco.

«Estamos conectados solo a través de nuestros móviles». Puede que eso signifique que el suyo también lo está. Inspiro hondo y aguento la respiración.

Los tonos hacen que me estremezca. Me siento en su cama e intento no perder los nervios. Suenan hasta que se oye una voz al otro lado de la línea.

—Julie...

—¡Sam! —exclamo con voz ahogada. Reprimo un grito al tiempo que el alivio se apodera de mi cuerpo—. ¡Creía que no contestarías!

—No me queda mucho tiempo —dice.

—No pasa nada —respondo casi a gritos, intentando no llorar—. Solo quería que supieras que no me he olvidado de ti.

—¿Por qué has tardado tanto en llamar? —inquiere.

—Se me ha roto el móvil. Lo siento...

—Me alegra mucho de que estés bien. Empezaba a preocuparme...

—Ya estoy aquí —murmuro—. Me alegra tanto de escucharte. Pensaba que te había perdido para siempre.

—Yo también me alegra de oírte. Y de que hayas llamado. Aunque sea tarde. Pero ahora tenemos que despedirnos, ¿vale? Tengo que irme dentro de poco...

Me duele el pecho, pero no puedo dejar que Sam se vaya sabiéndolo. Tengo que ser fuerte por él. Aguantar el dolor.

—Vale, Sam.

—Te quiero, Julie. Quería que lo supieras.

—Yo también te quiero.

Se oyen interferencias. Tengo que darme prisa para decir lo que necesito decirle.

—Gracias, Sam. Por todo lo que has hecho. Por contestar cuando te he necesitado. Por estar a mi lado siempre.

Se hace el silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí, no te preocupes —me tranquiliza—. Pero necesito que digas adiós ¿de acuerdo? Necesito que digas esa palabra.

Trago saliva con fuerza. La voz se me quiebra.

—Adiós, Sam.

—Adiós, Julie.

Justo después, añade:

—Haz una última cosa por mí, ¿vale?

—¿El qué?

—Cuando colguemos... Voy a volver a llamarte. Necesito que no cojas. ¿Me lo prometes?

Necesita que rompamos el contacto de una vez por todas. Que pase página.

—Lo prometo —susurro, aunque me mate decirlo.

—Gracias. Voy a colgar. ¿Vale?

—Vale.

—Me alegro de que hayamos podido hablar una última vez —dice Sam

—. Aunque hayan sido solo unos segundos.

—Yo también —le contesto, pero él ya ha colgado.

Me siento entumecida mientras permanezco sentada en su casa en silencio, esperando a que llame. Y entonces suena. Es un número oculto, pero sé que es él. Aprieto el móvil queriendo contestar desesperadamente, ansiosa por escuchar su voz de nuevo. Pero no puedo hacerlo. Se lo he prometido. Así que dejo que suene. Sigue sonando hasta que para, la

pantalla se apaga y yo me vuelvo a quedar sola en el cuarto. Se me rompe el corazón en pedazos que caen al fondo de mi estómago. Apoyo el móvil y me hago un ovillo en la cama de Sam, dando rienda suelta a las lágrimas.

Nuestra conexión se ha roto. Así sin más. No podré volver a hablar con Sam. Debería levantarme e irme, pero no soy capaz de moverme. Así que me quedo tumbada a oscuras durante un rato. En su cama, sola en la casa vacía, deseando que las cosas fueran distintas. Y entonces sucede algo.

Se oye un ruido en la habitación que procede de una luz que parpadea. Me levanto de la cama para ver qué es. El móvil de Sam. Lo cojo y lo enciendo.

La pantalla se llena de cien notificaciones. Veo llamadas perdidas y mensajes de Mika, mi madre y aquellos que no han podido contactar conmigo todos estos meses. Aquí están, llegando ahora, justo después de acabar la última llamada con Sam. Como si el teléfono volviese a estar conectado con el resto del mundo. Como si todo siguiese adelante.

Tengo un mensaje en el buzón de voz. Uno de esta noche. Pero no reconozco el número.

Lo escucho de inmediato.

La voz de Sam se escucha a través del auricular.

—Hola... Bueno, no sé si debería hacer esto... o si funcionará o no. Tal vez debería haberte contado esto en la llamada, pero nos hemos quedado sin tiempo. O puede que solo tuviera miedo de que me vieras con otros ojos... si supieses la razón por la que descolgué la primera vez. —Hace una pausa—. Antes de colgar, has dicho algo que me ha hecho sentirme un poco culpable. Has dicho que te contesté aquella noche porque me necesitabas. Supongo que en parte sí es cierto. Pero esa no es la razón por la que descolgué realmente. —Otra larga pausa—. Lo cierto es que... respondí porque el que te necesitaba era yo. Necesitaba oír tu voz otra vez, Julie. Porque quería asegurarme de que no me olvidabas. Ya ves, te llevé a todos esos sitios, como los campos o a ver las estrellas aquella noche, para que me recordaras siempre. Para que, siempre que miraras al cielo por la noche, pensaras en mí. Porque no quería dejarte marchar todavía. Nunca he querido decirte adiós, Jules. Y tampoco quería que lo hicieras tú. Por eso lo he alargado tanto como he podido. Así que no te culpes de nada. He sido yo el que te ha retenido a ti. Tal vez haya sido un tanto egoísta por mi parte, pero tenía tanto miedo de que me olvidaras... Ahora me doy cuenta de que te he puesto las cosas más difíciles para seguir adelante. Y espero que me

perdones por ello. —Otra pausa.

»¿Recuerdas cuando estuvimos en los campos, cuando te pregunté lo que deseabas... de poder tener cualquier cosa? Bueno, pues... yo también quiero todo eso, Jules. Yo también quiero estar ahí contigo. Quiero graduarme con vosotros. Quiero irme de Ellensburg y vivir contigo, y envejecer juntos. Pero no puedo. —De nuevo se detiene—. Pero tú sí. Tú sí puedes hacer todas esas cosas, Julie. Porque te las mereces. Y te mereces enamorarte una docena de veces, porque eres amable y preciosa y ¿quién no se enamoraría de ti? Eres una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Y cuando pienso en mi vida, pienso en ti en ella. Eres mi mundo entero, Julie. Y un día tal vez yo solo sea una pequeñísima parte de la tuya. Espero que no la olvides.

Oigo interferencias.

—Te quiero más de lo que te puedes imaginar, Julie. Nunca olvidaré el tiempo que pasamos juntos. Así que, por favor, tampoco me olvides tú, ¿vale? Intenta pensar en mí de vez en cuando. Aunque solo sea por un momento. Significaría mucho para mí. No te haces una idea. —Otra prolongada pausa, seguida de más interferencias—. Tengo que irme ya. Gracias... por no coger el teléfono esta vez. Adiós, Julie.

El mensaje de voz termina.

Lo escucho otra vez. Y otra de vuelta a casa, y varias veces más antes de conciliar el sueño. Lo escucho a la mañana siguiente cuando viene Mika y se lo pongo también a ella. Lo vuelvo a escuchar esa noche, y el día siguiente. Lo escucho los días que más echo de menos a Sam y quiero oír su voz de nuevo. Escucho su mensaje de voz hasta que lo memorizo y ya no me hace falta volverlo a reproducir.

# **EPÍLOGO**

Pero sigo pensando en él. Pienso en él a lo largo de la primera semana en la universidad, cuando camino bajo los cerezos. Pienso en él siempre que estoy en el pueblo, bebiendo café en el Sol y Luna. Pienso en él cuando hablo por teléfono con Mika durante horas. Pienso en él después de una incómoda cita a ciegas que ha organizado Oliver a mis espaldas. Pienso en él después de una primera cita con alguien de mi clase de Literatura que va mejor. Pienso en él cuando termino de escribir nuestra historia y la presento a un certamen literario. Pienso en él cuando gano una mención especial y la publican en internet. Pienso en él cuando voy a su casa a cenar cada domingo junto a James y su familia. Pienso en él el último día que estoy en Ellensburg, mientras me preparo para marcharme a la ciudad donde habíamos planeado vivir juntos. Y pienso en él siempre que cierro los ojos, y nos veo otra vez tumbados en aquellos campos de oro.

# AGRADECIMIENTOS

Uno se olvida del tiempo que ha pasado hasta que hay que sentarse a escribir los agradecimientos. A la hora de publicar, se aprende muy rápido que, o todo sucede de golpe, o no lo hace en absoluto. Y durante gran parte de mi vida, no sentía que pasara absolutamente nada. Pero bueno, hay mucha gente a quien quiero dar las gracias por haberme acompañado hasta este punto de mi vida. La primera persona a quien quiero agradecer es a mi hermana, Vivian. Menudo viaje, ¿verdad? Estabas ahí cuando este libro no era más que una idea en mi cabeza. Te convertiste en mi primera lectora beta. Me diste algunos de los mejores comentarios y también los más duros — que he recibido hasta la fecha. Hay tantísimas ideas y pensamientos tuyos en este libro que apenas los distingo ya de los míos. Y lo más importante de todo: gracias por ser la mayor fan de mis historias.

Gracias a mi agente, Thao Le. No sabes lo emocionado que estaba cuando recibí tu correo diciéndome que ibas por la mitad de la novela y que te estaba encantado. Después de nuestra llamada, supe que eras la persona adecuada para representar este libro. Gracias por ayudarme a darle forma. Y gracias por todo tu apoyo y por abogar por mí. De verdad que eres el mejor en la industria, y trabajar contigo es maravilloso. Gracias a todos en Sandra Dijkstra Literary Agency por todo lo que hacéis. Una mención especial a Andrea Cavallaro por conseguir llevar este libro al extranjero. Y gracias a mi maravillosa agente audiovisual, Olivia Fanaro, en UTA.

Gracias a mi editora, Eileen Rothschild. Has ayudado a llevar a este libro a unos niveles que ni yo mismo sospechaba que existieran. Creo que es porque lo entendías de un modo que nadie más lo ha hecho. Has ayudado a darle vida a Sam, y estoy enormemente agradecido de que hayamos tenido la oportunidad de trabajar juntos. Gracias a la familia de Wednesday Books. Mary Moates y Alexis Neuville, conseguís que las cosas sean muchísimo mejores y más divertidas. Gracias por todo lo que hacéis entre bambalinas. Gracias a Kerry Resnick por tu genialidad y amabilidad. Gracias por encontrar a Zipcy, cuya ilustración es la mejor portada que podría haber pedido nunca. Gracias a Tiffany Shelton. Y gracias a Lisa Bonvissuto. Es toda una alegría haber podido trabajar con vosotras en este libro.

A mis amigos y familia. Gracias a Jolie Christine, amiga y lectora. Me

has ayudado mucho durante la revisión. Gracias a Julian Winters y a Roshani Chokshi por vuestro apoyo a lo largo de todo el proceso. Gracias a Judith Frank de Amherst. Me diste espacio para trabajar en esta novela cuando no tenías por qué hacerlo. Gracias a mi amiga Ariella Goldberg, que me ayudó con el prólogo cuando a mí se me atragantó. Gracias a mi hermano, Alvin, por estar siempre ahí, por apoyar mis historias. Y gracias a mi madre y a mi padre. Desde el principio, siempre habéis creído en mí.